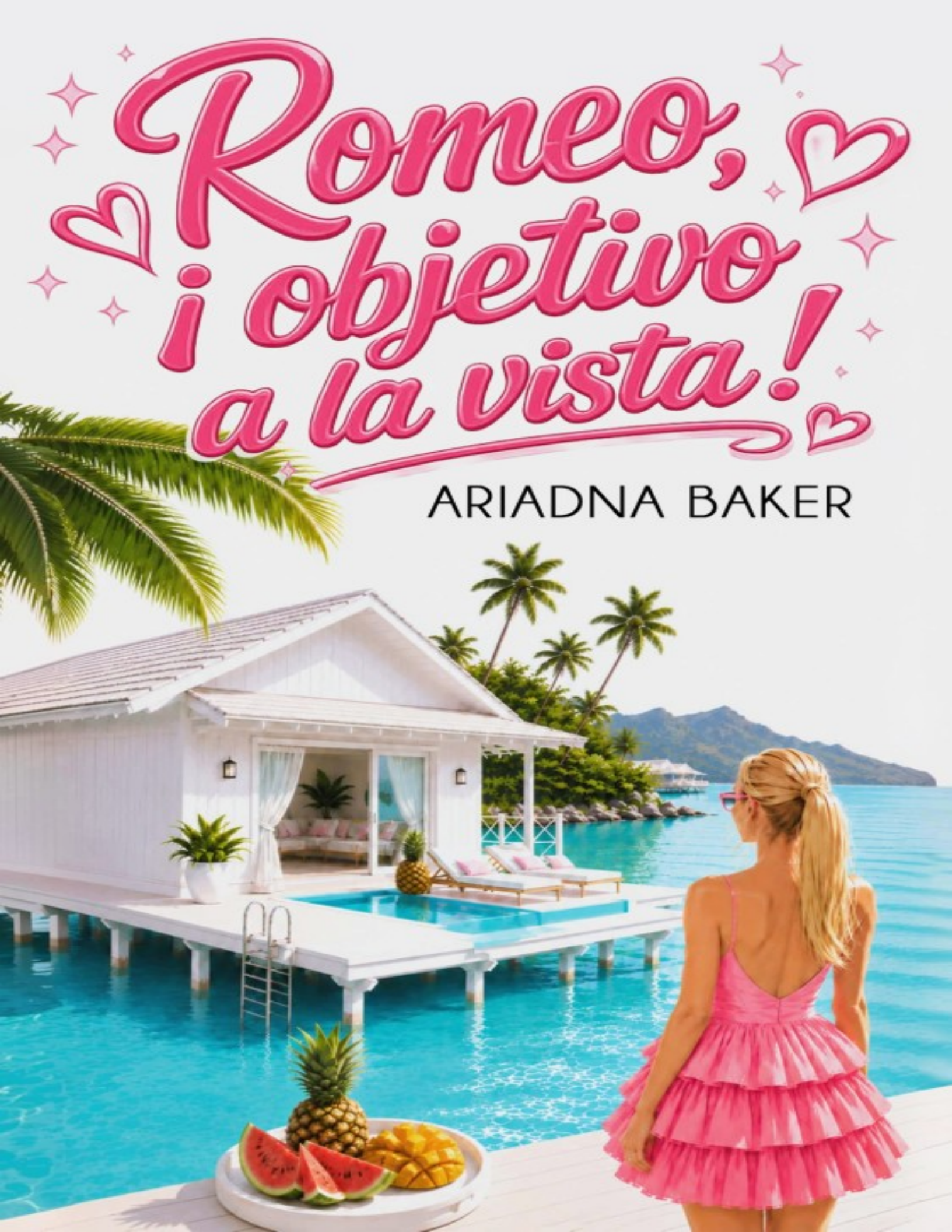
Romeo, ¡objetivo a la vista!

ARIADNA BAKER





ARIADNA BAKER

Primera edición.
Romeo, ¡objetivo a la vista!
©Ariadna Baker.
©mayo, 2026
©imágenes por Magnific
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Epílogo
RRSS

Capítulo 1



Julia me miraba intentando contener la sonrisilla, mientras yo me descalzaba las sandalias de tacón que llevaba soportando toda la noche. Ya comenzaban a ser bastante molestas.

Sabía que mi hermana estaba loca por explotar.

—Ríete y dime que ya me lo advertiste. Estás deseándolo —le dije.

—Tú solita lo has dicho.

Como no, hizo su típica mueca de ladear la boca hacia un lado, con un ligero movimiento de cabeza en la misma dirección, a la vez que alzaba los hombros. Con esos gestos lo daba todo por hecho.

Si había una persona en este mundo a la que le gustase pinchar más a otra, esa era ella.

Suspiré mientras negaba y la miraba agotada, por la noche que había dado paso a un nuevo día.

—¡¡Vivan las mujeres guapas!!

Casi me mató de un infarto. Esa voz la conocía, pero no me la esperaba de repente y con ese tono tan fuerte.

—Hombre, nuestro gran amigo Damián —expresó Julia.

Lo miramos sonrientes, a pesar de que yo tenía una mano en el pecho y el corazón en la boca.

—No me digáis que habéis estado aquí de fiesta toda la noche y no nos hemos tropezado. Estas cosas no me pueden pasar a mí, no puedo ser tan desafortunado. No sé qué le hice a la vida para que me trate de esta manera tan injusta y lamentable.

—Sí, sobre todo, te trata mal. ¡Lo que hay que oír! Pero bueno, parece ser que tuvo que despejarse la terraza para vernos las caras.

—Maldita multitud de personas…

—El destino no está hecho para que coincidamos en los momentos claves.

Sonreí con ironía y aguanté la carcajada que me venía.

—Carina, Carina… algún día serás mía.

Habló confiado, mientras se sentaba a mi lado y me acariciaba la espalda con cariño.

—¿Debo irme o puedo participar en un prometedor trío?

—Por mí no hay problema —le contestó a Julia—, pero creo que tu hermana no quiere estar conmigo, así que mucho menos con los dos. Es muy exquisita ella.

—Menos mal que te van quedando las cosas claras, amigo. Al menos la lucidez no la has perdido esta noche —le dije a Damián.

El camarero se acercó, ya que la terraza estaba lista para los desayunos. Le pedimos tres cafés con leche y una ración de churros con un *topping* de chocolate que ponían aparte para mojarlos.

Era como una tradición terminar la noche de fiesta comiéndolos.

Damián era un exitoso empresario de una bodega de vino muy famosa en el país, y en muchos otros a los que exportaba.

Éramos amigos desde hacía años y muchas veces coincidíamos en el club. Habíamos vivido con él momentos de locura total, ya que era una persona muy divertida. Cada vez que preparaba un evento en su bodega nos invitaba casi de las primeras.

—Carina, ¿entonces vendrás a estrenar mi nueva propiedad inmobiliaria?

—Claro que sí, para otra fiesta estoy yo.

Solté una risita mientras observaba como Julia negaba con una mano en la frente, la otra la tenía muy ocupada sujetando un churro. Le encantaba gesticular y hacer poses como si la estuvieran fotografiando y no se diera cuenta. Moría con ella.

—¿Nunca te he comentado que tengo un máster en masajes? —me preguntó Damián— Te adelanto que todas las que prueban quieren repetir.

Mordió con fuerza un churro, causándonos una carcajada.

Era todo un personaje y lo mejor es que era el típico hombre que muchas mujeres soñaban con conseguir: guapo, cuerpo fibroso, elegante, culto, adinerado y gracioso. Una joya con un piquito de oro.

—Pues si tantas tienes en cola, ¿qué haces rogándome?

—Tampoco ha sido para tanto. —Rio, acomodándose hacia atrás—. Solo te he invitado porque me considero un señor de los pies a la cabeza y he pensado que quizás tienes sobrecargados los hombros, o cualquier otra parte del cuerpo.

Me hizo un guiño.

—Las piernas, tiene las piernas —se apresuró a decir mi hermana—. Mira, se ha tenido que quitar hasta las sandalias.

Julia señaló hacia mis pies, los que no eran visibles al estar debajo de la mesa.

—Eso, tú anímalo.

Bufé negando.

—Está mirando por ti. Es una buena hermana —dijo Damián.

Él la miró y le hizo un guiño, el muy zalamero.

—Gracias, Damián —le respondió Julia.

Acto seguido le dio dos palmadas en la espalda, con las que poco faltó para que el pobre hombre se comiera la mesa.

—A ver si dejas el gimnasio que se te está yendo de las manos —le dijo a mi hermana y soltamos una carcajada—. No veas si estás cogiendo fuerza.

Damián se rascó la paletilla del picor que tenía, por los golpes que le había dado a mano abierta.

Julia era muy bruta para unas cosas y muy fina para otras.

—A ver si ahora va a tener que darte el masaje Carina —rio mi hermana.

—Julia, por favor —me quejé por su ocurrencia.

Resoplé negando, mientras sostenía la taza de café en la mano para darle un sorbo.

—No me quiere nada —le dijo Damián a mi hermana— Pero un día vendrá pidiéndome amor.

—Lo llevas claro —le contestó Julia, riendo.

—En peores plazas he toreado.

—Pues no será en la mía —le contesté.

Me miró arqueando una ceja y le sonreí con plenitud.

Damián mantuvo su mirada fija en mí para ponerme nerviosa, pero yo no se la aparté, es más, mastiqué con la boca cerrada un churro, mostrando la mayor de las seguridades.

—Sabes que en el fondo estás deseando probarme —me dijo.

—Deseando, pero ¿sabes qué? No solo yo me quedaré con las ganas, también te quedarás tú.

—¡Ole mi Carina! —gritó mi hermana.

Damián esbozó una sonrisilla de medio lado mirando hacia el suelo, por lo que supe que lo siguiente que me diría subiría de nivel. Lo tenía muy claro, ¡cómo si no lo conociera!

—Te haré que me lo repitas el día que te tenga desnuda en mi cama.

—¿Qué has bebido esta noche, hijo? —le preguntó Julia— Porque no veas lo bien que te ha sentado. Vamos, si antes tenías la autoestima por las nubes ahora se te salió de la órbita.

—¿Sabéis que todo el mundo tiene un precio?

—Ay, qué mono, que vio la peli aquella de la propuesta de pasar una noche completa a cambio de dinero —soltó mi hermana con toda su gracia.

—Pues tú vas a ser la siguiente —me dijo Damián.

—Pues anda que no habrá pasado gente la noche a cambio de dinero —comenté.

Negué poniendo los ojos en blanco.

—No me has entendido… —carraspeó él.

—Carina, que está diciendo que ya le pagó a otra —me dijo Julia.

Si ella estalló en carcajadas, yo más. Damián nos miró con la sonrisilla sostenida, se lo estaba pasando bomba. No podía tener más poca vergüenza.

El club en el que nos encontrábamos se componía por socios que pagábamos mensualmente para poder disfrutar de las instalaciones.

Estaba situado a pie de playa, que era hacia donde daba la terraza del bar en la que nos encontrábamos. En el club había dos restaurantes, uno exterior y otro interior, dos zonas de copas, hamacas de lujo en la arena y una piscina en un lateral, desde la que veías el mar a pocos metros. Una gozada.

Era un lugar abierto las veinticuatro horas del día para un ambiente muy selectivo. Aquí se respiraba dinero por todas las esquinas.

Capítulo 2



La gran mayoría de la alta clase de la ciudad pertenecían a este club.

¿Y qué pintábamos mi hermana y yo en un lugar así?

Nuestros padres eran unos de los socios más antiguos del club, desde que abrió diez años atrás, y nos inscribieron a Julia y a mí cuando tuvimos la edad suficiente. Durante una larga temporada veníamos con ellos a comer todos los viernes y los días que nos apetecía los pasábamos en la playa, de manera exclusiva.

Esa tradición se rompió hace tres años, en cierta manera. De vez en cuando seguíamos frecuentando con ellos el club, pero ya no teníamos un día fijo. Nuestros padres disfrutaban solos de este lugar, al igual que Julia y yo, como había sido el caso de esta pasada noche. Porque ya era más que de día.

Nuestro hermano Dylan era el que venía menos, pero cuando podía lo hacía.

Julia acababa de cumplir los veintiséis años y yo los veintinueve. Aún vivíamos en la casa de nuestros padres y no teníamos interés alguno en independizarnos, a pesar de tener nuestras propiedades para hacerlo.

Como era el caso de nuestro hermano mayor Dylan, que a sus treinta años era el terror de las mujeres y de la casa. Otro que no se iba ni, aunque le echasen agua fría.

Teníamos unos padres que ni eligiéndolos hubiésemos tenido tanta suerte.

Ernesto, nuestro padre, fue jugador de fútbol de un equipo de primera, uno muy exitoso y reconocido mundialmente. Luego estuvo de entrenador en dos grandes clubes, hasta que se retiró del todo para vivir relajadamente, gracias a la fortuna que acumuló.

Carlota, nuestra madre, había sido presentadora de televisión durante más de treinta años. Se retiró a la vez que nuestro padre y también amasó una fortuna, porque fue de las mejores pagadas del país.

Mis hermanos y yo habíamos tenido la suerte de nacer en la cuna de una familia de personajes conocidos que habían sido y eran de interés público, dentro y fuera de nuestro país.

Y digo suerte porque desde pequeños fuimos muy jugosos para los medios y en cuanto nos abrimos las redes sociales nos hicimos rápidamente con millones de seguidores, por lo que pasamos a ser *influencers* muy codiciados para las firmas.

Tanto mi hermana como yo vivíamos de las redes y amasábamos nuestra propia fortuna, por todas las colaboraciones que hacíamos para esas firmas que eran de las más prestigiosas y exclusivas a nivel internacional.

En el caso de mi hermano, cuando cumplió los veinticuatro años consiguió coronarse como un actor de éxito. Ya había trabajado con grandes celebridades de Hollywood y su caché era de los más altos. Vivía con nosotros, pero pasaba buenas temporadas alejado por cuestiones de grabaciones. A no ser que los rodajes le pillaran relativamente cerca de casa, solía alquilar pisos para estar lo más próximo al trabajo.

Cuando nos terminamos los churros y los cafés nos despedimos de Damián, para dirigirnos hacia el parquin donde nos esperaba Abel, nuestro chófer y seguridad.

Era un cubano de treinta y cinco años que contaba con un físico de esos que imponían, además de que era de lo más gracioso del mundo. Al menos con nuestra familia, para la que trabajaba desde hacía tres años.

—Buenos días, mis chicas preferidas. Pensaba que ibais a empalmar con el día siguiente —bromeó.

—Casi —contesté riendo—. La noche ha pasado demasiado rápido.

—Para mí también —dijo mi hermana.

—Vaya dos peligros estáis hechas.

—Pues nos hemos portado muy bien.

—Es verdad —afirmó mi hermana sonriente.

Abel nos dejó en la misma puerta de la casa y esperó a que entrásemos para marcharse. Le tiramos besos desde la entrada, con los que Abel rio.

En el porche nos encontramos a nuestro padre, tomándose un café. Nos observó con una sonrisa de oreja a oreja, mientras nos acercábamos a él.

—Hijas, cada día llegáis más temprano.

Nos echamos a reír.

—Me voy a la cama —le dijo mi hermana.

Le dio un beso saludándolo rápidamente y se fue. Mi padre la siguió con la mirada sin perder el gesto sonriente.

—Pues yo me quedo aquí un poquito contigo.

Marisa, la empleada del hogar y del servicio que teníamos contratada, salió a ofrecerme el desayuno.

—Un café, ya he comido churros.

Le sonreí con todo el cariño que le tenía, que no era menor al que ella me tenía a mí. Bueno a todos.

Se alejó para ir a buscarlo y regresó rápido.

—Os traigo dos que el de tu padre ya está casi acabado.

Me miró con su preciosa y honesta sonrisa.

—Gracias, Marisa —le respondió él.

Llevaba con nosotros desde que Julia y yo éramos unas crías, y ahora a sus sesenta años decía que no pensaba jubilarse en la vida. Era de Perú.

Trabajaba de interna de martes a sábado. Hoy se iba a las tres para disfrutar de sus días de descanso, los que pasaba en la casa de su hermana Rosario. Esta era viuda, tenían muy buena relación.

Para todos nosotros Marisa era una más de la familia.

Eran las tres de la tarde cuando mi hermana y yo nos levantamos para comer la increíble paella que Marisa había preparado antes de irse.

Mi padre vino a la habitación de cada una, llamó a nuestras puertas para avisarnos de que ya estaba la mesa puesta en el jardín.

—Buenas tardes, querida familia —dijo mi hermana, cuando nos reunimos con nuestros padres.

Ellos nos miraron sonriendo.

—Ya me he enterado de que habéis llegado a las nueve de la mañana.

—Antes de que tú te levantases, mamá —le dije riendo.

—También es verdad, además, cuando estáis en el club me siento tranquila.

—Claro, ahora resulta que duermes más por la tranquilidad que te da que tus hijas estén en el club, no porque seas una remolona —le dijo mi padre picándola.

—Me habéis entendido muy bien —sonrió feliz y rio.

La paella estaba riquísima y es que Marisa tenía unas manos maravillosas. Dominaba a la perfección la comida española y cualquiera con la que se propusiera sorprendernos.

—¿Os habéis planteado dónde queréis que vayamos finalmente de vacaciones? —preguntó mi padre.

—Yo este año lo dejo a vuestra elección —expresé.

—Por mi parte me da igual también —dijo mi hermana.

—No os vemos este verano con muchas ganas, hijas —comentó mi madre, pasando la mirada de una a otra.

—No es eso, mamá, es que ya hemos estado en muchos sitios y ahora preferimos dejarlo a vuestra elección, porque siempre vamos donde decimos nosotras —le aclaré.

—Sí, es eso —Julia confirmó mis palabras.

—Me han hablado de una isla muy exclusiva de Grecia que tiene unos resorts increíbles, con villas privadas en las que hay piscinas que parecen lagos.

—Mola, de ahí podemos sacamos muy buen contenido —contesté a mi padre.

—Yo también lo veo ideal.

—Pues no se hable más. Cariño —le dijo mi madre a mi padre, acariciándole el brazo—, veremos las fechas que hay libres y ya les comentamos.

—Por mí como si nos vamos mañana mismo —le indicó mi hermana.

—Yo tampoco tengo problema. Ya dejé grabadas y editadas todas las colaboraciones hasta septiembre —comenté sonriendo.

—Pues sí, no hay más nada que hablar —sentenció mi padre, con un guiño.

Mi hermana me miró sonriente a la vez que mi madre nos observaba sosteniendo también su sonrisa.

Teníamos los mejores padres, a ambos les encantaba viajar con nosotras y siempre andaban haciendo planes para compartir momentos.

Con Dylan no podíamos contar, él llevaba sus propios horarios y rutinas y si en algún momento coincidíamos, era él el que viajaba donde estuviéramos, para pasar unos días juntos.

Capítulo 3



Había pasado una semana desde que mi padre comentó lo del viaje y decidimos irnos a la isla de Grecia.

Nos encontrábamos a punto de abordar el vuelo, un vuelo que iba a comenzar un poco… ¿movidito?

Ya te digo que sí.

Pasamos la puerta de embarque por prioridad y recorrimos el túnel para abordar el vuelo, pero cuando estábamos muy cerca nos encontramos con una parejita que iba por delante de nosotros. Pertenecían a clase turista y claro, a eso había que sumarle que no eran famosos como nosotros.

¿Qué se le ocurrió a la pobre azafata? Frenarlos e indicarnos que entrásemos primero.

¿Qué se me ocurrió a mí que iba la primera de mi familia? Frenar a mi hermana y a mis padres a mi espalda.

—Pasen, por favor —nos indicó la azafata.

Bufé antes de contestarle.

—¿Acaso estas dos personas son unos floreros o unos adornos para que tengamos que pasarlos por encima?

—Ustedes tienen prioridad —me contestó la azafata.

Sonrió.

La parejita me miró con timidez.

—¿Prioridad? ¿Vamos a llegar antes que los demás? La prioridad es para las colas, pero no para apartar a dos personas como si fueran menos que los demás.

Le hice un gesto a los chicos para que pasasen.

—Pasen —les indicó la azafata.

—Gracias —la pareja me sonrió agradecida.

—Eres una gran persona —me dijo la chica en este caso.

El novio asintió corroborando sus palabras.

—Nada que agradecer. Feliz viaje.

Pasaron y luego lo hicimos nosotros.

Mis padres se sentaron juntos y mi hermana y yo detrás de ellos. Éramos, por ahora, los únicos que íbamos en primera clase.

—Has dejado a la azafata planchada —me dijo mi hermana.

Soltó una risilla, a la vez que sacaba el móvil de su bolso. Se tomó unas fotografías sola y en otras salimos las dos, antes de que pusiera el teléfono en modo avión.

—Joder, que ya iban para adentro, no teníamos ni que esperar. Quieren quedar tan bien que hacen cosas feísimas y al final terminan quedando como el culo.

—Ya, lo has hecho muy bien. Además, si no lo hubieras dicho, no serías tú.

Nos reímos.

Sí, yo era de esas personas que no permitían que a nadie se le tratase mal en mi presencia, y menos cuando era por la diferencia de clases.

Por mucho que hubiese nacido en una cuna con una posición económica muy afortunada, no significaba que me sintiese por encima de nadie, todo lo contrario.

No admiraba a la gente por su cuenta, ni por las prendas de marcas que vestían, ni por los flamantes coches o casas. Las admiraba por lo que resplandecía de ellos como personas.

Si algo nos enseñaron nuestros padres a los tres, desde bien pequeños, fue que el dinero puede desaparecer tan rápido como llega. Puedes estar muy arriba que, sin esperarlo, por lo que menos puedas imaginar, en cuestión de horas puedes perderlo todo y verte muy abajo.

Que no por eso dejaba de usar bolsos caros y me permitía mis buenos caprichos, esos hechos que no tenían nada que ver con mi parte empática, solidaria y de apoyo a las ONG que sabía que trabajaban con transparencia y se enfocaban en los más desfavorecidos.

Tenía mi lado bueno y mi lado malo.

¿El malo? Ese que salía cuando algo me tocaba las narices y me volvía la más irónica del mundo. No te decía lo que querías escuchar, eso nunca, soltaba lo que realmente pensaba, porque si me pedían opinión o me tocaban las narices, en ambos casos sacaba mi carácter.

A intensa no me ganaba nadie, para bien o para mal.

El vuelo lo pasé viendo una serie de Netflix que descargué con esta idea, así que ni me enteré del tiempo. Para cuando me fui a dar cuenta ya estábamos aterrizando en Atenas.

En el mismo aeropuerto abordamos un vuelo ultraligero privado que contrató mi padre, este nos llevó hasta la pequeña pista de aterrizaje de la isla.

A pie de ella nos recogió un chófer y nos trasladó hasta la recepción del resort que era en abierto y una verdadera fantasía.

El lugar prometía mucho para hacer un buen contenido.

Todas las instalaciones eran prácticamente una piscina sobre la que había puentes que llevaban a las villas de madera, estas se encontraban encima del agua. También había plataformas grandes con restaurantes y bares, además de los que se encontraban por los alrededores de las playas que bordeaban la isla.

Y la joya de la corona era el mar que rodeaba toda la isla y que tenía zonas recreativas.

Un empleado con un carrito eléctrico nos llevó a las dos villas que estaban correlativas. En una se instalaron mis padres y en la otra nosotras.

—Esto es brutal, brutal…

Decía Julia, mientras abría las puertas de cristal. Estas daban a una terraza con una pequeña piscina preciosa y a las escaleras que llevaban directamente a la parte de la piscina grande sobre la que estábamos nosotros.

También había una mesa con cuatro sillas que se veían comodísimas y una cama balinesa. Era el paraíso.

Mi madre se asomó desde su terraza y alzó la mano hacia nosotras, con una copa de vino y una gran sonrisa.

—¡Pronto empiezas, madre! —le dijo Julia.

Reí mientras pensaba en copiarle la idea, porque una copita en la mano con esta estampa de fondo sería una buena historia para mis redes.

La villa tenía muchas cosas y entre ellas se encontraba la nevera de vinos. Me dirigí hasta ella para coger una de las botellas de vino blanco, el que serví en dos copas.

—Toma, cariño —le ofrecí la suya a mi hermana, cuando llegué junto a ella de nuevo.

—Gracias —me sonrió y de me dio un beso en la mejilla.

Las dos hicimos lo mismo, pero en direcciones opuestas. La primera fotografía nos valió, por lo que ambas las subimos a las redes.

Me encantaba ver el contraste de la madera blanca sobre el azul que nos rodeaba, en forma de lago de la piscina y el del mar. Era impresionante e hipnotizador.

El equilibrio para la vista era un verdadero chute de relax y bienestar. El ruido visual me provocaba mucho desconcierto y era muy cuidadosa con los colores que usaba en mi vida.

Por eso este lugar me parecía de lo más armónico.

Cuando sonó el timbre fui a abrir la puerta, para darle paso al empleado que traía nuestra comida en una gran bandeja. El chico la llevó a la mesa de la terraza y nos deseó buen provecho y buena estancia, antes de irse. Cuando llegamos a la recepción dejamos pedido que nos trajesen la comida a cada villa, para comenzar tranquilos.

Julia y yo, al ver las opciones que había, nos decantamos por unos tacos pequeños y crujientes con verduras, pollo, guacamole y salsa blanca de yogurt. Estaban servidos en dos tablas, con seis de ellos en cada una, y perfectamente colocados para hacerles fotos. Como es obvio se las hicimos.

También nos trajeron una cesta con *nuggets*, estos se le antojaron a mi hermana, y una ensalada de pollo que fue mi capricho. Ambas cosas las íbamos a compartir.

—Por la salud —dije.

Brindé chocando mi copa con la suya, antes de comenzar a comer.

—Sobre todo por la mental —especificó.

—Uy, que tú digas eso…

—No, no me pasa nada. Bueno sí, pero no.

—Suelta lo que sea.

Alcé las cejas.

—He visto en Instagram una publicación que acaba de subir Nacho presentando a su nueva novia —me contó y bufé—. Sí, tal cual, justo un mes después de dejarme porque necesitaba vivir la vida, porque no quería cadenas que le impidieran volar sin previo aviso, y porque sentía que debía usar una época de su vida para encontrarse a sí mismo.

Suspiró.

—En casa, desde que pasó, siempre hemos dicho que el cambio que dio fue porque había una posibilidad muy grande de que tuviese a otra esperando a que fuese libre.

—Sí, pero no quería creérmelo —dijo curvando los labios hacia abajo—. Ahora ya no puede haber mayor evidencia.

—Ninguna, cariño.

—¿Sabes lo que más rabia me da?

—Me lo imagino.

—Que no tuviera los cojones de venirme de frente.

—En los comentarios lo están poniendo guapo.

Le comenté a la vez que los miraba, ya que había buscado la publicación.

—Sí. Le están acusando de falso porque él explicó nuestra ruptura y justificó todo con que necesitaba encontrarse a sí mismo y tener para él un tiempo en su vida.

—Sí, sí, estoy viendo lo que le han escrito. También hay muchos comentarios acusándolo de que a su nueva novia ya la tenía de antes y que se ha quedado al descubierto.

—En fin…

Le dio un mordisco a un *nugget*.

—Acaba de limitar los comentarios —continué—. Creo que se ha llevado un chasco.

—Ese pensaba que a la gente se le iba a olvidar rápido nuestra relación de cuatro años, cuando durante todo ese tiempo hicimos participe a toda la gente en las redes. Y más con lo mal que lo ha hecho, con mentiras que ha destapado con su nueva novia.

—Bueno, la gente también es muy cruel porque hay comentarios que tampoco son lógicos —comenté.

—Como nos ponen a nosotras sin hacer nada y nos lo tenemos que comer con papas. ¡Qué se joda!

—Lo que quieras, pero tú relájate.

—Voy a subir fotos hasta con el director del resort. —Bufó.

Me provocó una risa. Cuando algo le dolía se ponía con la conducta, los gestos y la actitud de una niña pequeña.

—Yo también, aunque no tenga a nadie a quién molestar directamente.

Le hice un guiño.

—Es más, voy a subir fotos con todos los chicos de todas las nacionalidades y voy a reflexionar que, para qué volver a caer en la trampa de un solo color si hay tantos para elegir.

Al tragar un sorbo de vino no me ahogué de milagro. Me puse morada al quedarme sin respiración, por la carcajada tan grande que me entró.

Mi hermana no era yo, ella iba a saco y a matar, como los toreros. A esta la dejabas en una cuesta y llegaba antes abajo que otro en patinetes. Tenía que ir aflojándola de vez en cuando para que frenase en sus ocurrencias.

Aunque ahora no había dicho nada malo. Estaba en todo su derecho de subir lo que le diera la gana, porque era libre de dirigir su vida como le apeteciera.

Más que nada sería una reflexión e incluso le vendría bien como terapia.

Mi hermana lo había pasado mal por la ruptura y no debía de ser plato de buen gusto encontrarse con esa publicación, y menos el día que comenzábamos las vacaciones.

Capítulo 4



Nuestros padres nos avisaron de que se acostarían un rato tras la comida, en cambio nosotras nos fuimos en busca de uno de los bares acuáticos que tenía la piscina. El lago precioso que formaba estaba lleno de rincones increíbles.

Solo el paseo nos dio para tirarnos unas impresionantes fotos en las que los fondos, entre el contraste blanco y el turquesa, irradiaban una luz especial.

Simplemente quedaban perfectas.

Nos encontramos con uno de esos bares que estaban dentro de la piscina, tenía la barra completamente libre y no se veía a nadie alrededor, más que al camarero dentro de esta.

El pobre chico tenía todas las papeletas para que rompiésemos su paz.

Allá que fuimos…

—Buenas tardes —dijimos a unísono.

—Buenas tardes. ¿Qué os puedo servir?

El joven camarero nos sonrió, que por cierto era guapísimo y en el cartelito de su pecho ponía el nombre Ethan.

—A mí en estos momentos de mi vida me puedes servir para muchas cosas, pero mientras me eches un buen ron con mucho cariño y un poco de Cola cero, ya me estás sirviendo de mucho —le contestó Julia.

—Es muy dramática —comenté, por el tono en el que lo había dicho.

Ethan amplió su sonrisa.

—¿Lo mismo que ella? —me preguntó.

—Sí, pero sin tanto drama. —Le hice un guiño.

Mi hermana y yo rompimos a reír y contagiamos al camarero.

—¿Españolas?

—De pura raza. Tenemos hasta pedigrí —le contestó Julia.

—Se nota.

El chico tenía la risilla suelta porque ya estaba viéndose venir que cualquier cosa que dijese mi hermana iba a tener una de las suyas preparada.

—¿Hermanas?

—Claro, ¿acaso tenemos pinta de ser madre e hija? —Puso la puntilla ella.

—Si no fuera porque os parecéis podríais ser amigas.

—Si claro, o pareja. Si nos ponemos a buscar hipótesis… —suspiró.

—Lleva un rato que está enfadada con el mundo —le aclaré.

Me reí después de advertir a Ethan, a sabiendas de que mis palabras tendrían una reacción en Julia.

Mi hermana se subió un poco las gafas de sol por encima de sus cejas, me miró analizándome y puso cara de desprecio. Como ya dije, lo suyo era gesticular y montar su propia escena.

Ethan nos miraba con diversión y expectación. No podía quejarse, lo estábamos entreteniendo.

Yo aguanté la risa, mientras contaba los segundos para…

—¿Qué es para ti el mundo, hermana?

Habló con una tranquilidad a la que yo estaba acostumbrada, pero Ethan no.

Él arqueó una ceja.

—Repito, hoy estás enfadada con el mundo.

—Dímelo con tu carisma —me pidió.

—Vete a tomar por culo.

Solté una carcajada, al mismo tiempo que Ethan se giraba para reírse. Aunque intentó ocultarse fue evidente, por el movimiento de su espalda y sus hombros.

—Así me gusta, hermana.

Julia me lanzó un beso al aire y aplaudió unas cuantas veces.

En el momento en el que Ethan nos puso la bebida delante Julia cogió la suya enseguida, para dar un trago largo. Aparentaba estar feliz de la vida, aunque por dentro estaba envenenada por la publicación de su ex.

De fondo la música te envolvía… ¿En serio mis ojos estaban viendo lo que estaba viendo?

—Válgame el señor —murmuró mi hermana.

Pues sí, Julia acababa de confirmármelo. No era producto de mi imaginación.

—Y la virgen María —añadí.

Sonreí después de contestar entre dientes. Ethan se había dado cuenta por lo que lo decíamos y se le escapó una risilla, mientras observaba la escena con diversión.

Dos pedazos de tíos acababan de ponerse a nuestro lado, unos hombres que ni en mis mejores sueños los hubiera imaginado tan perfectos.

Obviamente esperaba que en cualquier momento aparecieran sus novias o sus mujeres. No creía que hubieran venido solos a un lugar así, a no ser que ellos fuesen pareja.

Creo que se me estaba cayendo la baba.

El dorado de sus pieles, sus cabellos en tonos rubios, las sonrisas perfectas, la piel brillante y peligrosa, por no hablar de sus cuerpos tan jodidamente definidos.

Sí, definitivamente se me estaba cayendo la baba y no podía remediarlo.

Nos sonrieron directamente cuando se encontraron con nuestras miradas, gestos que acompañaron con un saludo levantando sus manos.

Yo los imité como si fuese el reflejo de ellos en un espejo. Me quedé de lo más pillada.

—Espabila —me pidió mi hermana.

Se acercó a mí y me habló disimuladamente, en un tono muy bajo y sin apenas mover los labios, para que saliese del *shock* en el que me encontraba. Se me debió anotar claramente.

No conseguí reaccionar ni para mirar a Julia.

¿De verdad existían hombres tan perfectos? Me daba igual jugar al pito, pito, gorgorito, ya que el resultado iba a ser igual de emocionante.

—Carina —me llamó Julia.

Me hizo girarme un poco hacia ella, para que fuese el foco de mi atención.

—¿El del bañador celeste para ti y para mí el que lo lleva de color blanco?

—O viceversa —dije por fin, viniéndome arriba.

Me encogí de hombros y nos echamos a reír.

Los chicos tuvieron la cortesía de presentarse. Eran italianos y se llamaban Marco y Romeo. Tenían treinta años cada uno y eran mellizos.

—Dos hermanos para dos hermanas —dijo Julia en alto.

Ambos se rieron. Yo no sabía dónde meterme.

—Bueno, al menos no somos los dos únicos hermanos que vienen con sus padres de vacaciones a esta isla —indicó Romeo, por un comentario que le hizo mi hermana.

Romeo era el mío, el del bañador celeste que me había asignado mi hermana y a por el que tenía que ir.

¡Objetivo a la vista!

En menos de diez minutos hablábamos como si nos conociésemos de toda la vida, como si este viaje lo estuviésemos disfrutando juntos desde el inicio.

Ellos también habían llegado esta mañana y como nosotras, tenían por delante diez días. A huevo, estaba saliendo todo a huevo como solía decir mi hermano Dylan.

Eran muy graciosos y tenían unas personalidades arrolladoras. Es más, estaba claro que como hombres tenían un peligro más que evidente.

Como diría mi abuela, estos no se casaban con nadie.

A Julia se le pasó de golpe el berrinche que se había llevado, por lo de la publicación de su ex Nacho. Faltaba muy poco para que se le olvidara, al menos por el momento, por lo a gusto que estaba con Marco.

Él tenía echado el brazo por los hombres de mi hermana y ella le rodeaba la cintura a él.

Tal cuál y como si fuese tan normal entre ellos.

A mí me daba que esta isla perdida de Grecia iba a dar mucho de sí…

Al cabo de un rato Romeo y yo nos encontrábamos sentados en el borde de la piscina, tomando una copa cada uno y charlando, mientras nuestros hermanos estaban sentados en la barra acuática, con un tonteo que se veía a leguas y que hacía presagiar que estallarían en cualquier instante.

Menos mal que minutos atrás Julia estaba enfada por lo su ex, del que ya ni se acordaba. Mejor, me alegraba por ello, pero me hacía gracia.

Romeo y yo hablamos acerca de nuestros trabajos y en un momento dado me confesó que Marco y él nos reconocieron en cuanto nos vieron en la barra, por lo que supieron quienes éramos.

Como comenté con anterioridad, Julia y yo nacimos en una cuna en la que la historia de nuestros padres y el interés mundial que creaban nos hicieron colarnos en millones de casas, a lo largo de nuestras vidas. Y si a eso le sumábamos que los hermanos italianos nos habían visto multitud de veces en las redes…

En el caso de ellos, trabajaban en el equipo directivo de la compañía aérea de su padre. Casi nada.

Otros que habían nacido descalzos…

Principalmente lo hacían desde cualquier parte, porque todo era a través del portátil o el teléfono. Los meses de julio y de agosto se los tomaban totalmente de descanso, aunque por la risita con la que me lo contó Romeo no supe si algo iba con ironía o era verdad.

Su padre se llamaba Francesco y su madre Greta. Me habló de ellos muy felizmente.

Se notaba que sentía un profundo amor y admiración por sus progenitores. Dato en el que también coincidíamos Julia y yo.

Decidimos ir a la barra acuática con nuestros hermanos y en cuanto nos sentamos junto a ellos, un camarero se acercó a Romeo y a mí y nos sorprendió con un helado para cada uno. Eran de nata con sirope de caramelo, servidos sobre una canasta de galletas Lotus.

A Julia y a Marco también les puso lo mismo sobre la barra.

—Pues sí que está bueno —dijo Romeo.

—Está tremendo, estoy por pedirle otro —comenté.

—Nada te lo impide. —Me hizo un guiño.

Me miraba de una manera que conseguía que muchos de mis sentidos se despertasen. Estaba claro que entre nosotros había nacido una química difícil de obviar.

—No me toques las palmas que me conozco —reí.

—Imagino que quieres decir que te animas —sonrió.

—Eso mismo.

Terminé de comerme una galleta, después de haberme acabado el helado.

—Hijos, qué bien acompañados os veo.

La voz de una mujer nos hizo girarnos a los cuatro.

Era la madre de nuestros nuevos *amigos*, lo dejó claro al referirse a ellos como hijos y porque habló en italiano.

—Mamá —le habló Romeo, con una sonrisa—. Mira qué española más guapa he conocido. —Me señaló.

—Por favor, sé quién es —dijo emocionada—. Carina, una de las preciosas hijas de Ernesto y de Carlota. Y su hermana —señaló a Julia— que está con tu hermano.

—Hola —la saludamos ambas, levantándonos.

Nos dimos dos besos.

—¿Qué tal vuestros padres? Siempre he seguido vuestras vidas. Sois una familia preciosa.

—Gracias —le sonreí—. Hemos venido con ellos. Llegamos hoy también, pero han preferido descansar un poco después de comer.

—No me lo creo. —Se puso las manos en el pecho— Voy a ver en vivo a mis personas famosas favoritas.

—Qué linda —le dije, acariciándole la espalda con cariño.

—¿Y papá? —le preguntó Romeo.

—Ha querido ir un rato al gimnasio y por ahí yo no paso —rio y sonreímos.

—¿Has visto la suerte que he tenido? —le preguntó Marco a su madre, levantando una mano de mi hermana.

—Ni que lo digas. Cuida a Julia que soy muy fan de su familia.

Mi hermana sonrió al escucharla.

Greta nos acompañó en la barra, se puso al lado de Romeo y pidió un café, el que el camarero acompañó con otra canastilla con helado y galletas Lotus, como nos dio a nosotros.

Se veía una señora muy elegante, moderna y cuidada. Tenía un cuerpazo y su bañador blanco, con los complementos en dorado, le sentaba de maravilla.

Me comentó que en la otra parte de la isla había un rincón precioso lleno de detalles, para hacerse unas fotos idílicas. Y eso que todo el resort tenía muchísimos para hacerlas.

—Pues allí iré con tu hijo, para hacerme unas cuantas y presentarlo en sociedad —le dijo Julia.

Mi hermana era así, soltaba cosas que te dejaban roja como un tomate o blanca como la pared. Menos mal que todos carcajearon y ya pude reírme entre dientes.

La cara de Marco fue de lo más graciosa, mientras miraba hacia todos nosotros con gesto de terror.

No podía ser más mono, como su hermano. Vamos, que sus padres se quedaron a gusto con la que liaron la noche fogosa, fruto de la que nacieron los mellizos.

Mi hermana estaba a gusto y se le notaba, no dejaba de hacerme guiños o burlas, según como le apeteciera.

La madre de Marco no dejó de reírse con las cosas de Julia.

Al menos le caímos en gracia…

Capítulo 5

Eran las ocho de la tarde cuando llegué a la villa con mi hermana.

No sé quién fantaseaba más con los chicos, si ella o yo, pero ambas nos habíamos quedado de lo más prendadas.

Acordamos vernos con ellos después de cenar, en uno de los bares de copas que había frente al mar.

Con nuestros padres reservamos para la cena a las nueve, en un restaurante de marisco. Así que mi hermana y yo fuimos directas a ducharnos, después de saludarlos en su villa, de la que todavía no habían salido.

Estaban como Dioses…

Dicen que el mundo está lleno de lugares que te hacen desconectar de todo. Este era uno de ellos. Apenas había mirado el móvil ni nada de mis redes.

Con Romeo me sentía de lo más apartada de ese mundo digital, al que estaba tan arraigada por mi trabajo.

—Hermana, ¿me ves bien con este top?

—Estás estupenda y el color te resalta mucho el bronceado de la piel —le contesté.

—A ese voy a ponerlo hoy mirando hacia el Panteón de Atenas. Y el resto de los días hacia todas las islas griegas, empezando por Santorini.

Rio, hablando de Marco.

—Te pondrá él a ti, ¿no? —le pregunté con diversión.

—Perdona, me pondré yo y él no podrá detenerse ante las vistas, por lo que terminará mirando al Panteón. ¿Y quién lo habrá conseguido? Pues yo. Entonces, ¿quién lo pondrá mirando hacia allí? Acción y reacción —me dio su explicación totalmente razonable.

Me hizo un guiño, mientras se pintaba los labios frente al espejo del baño. Yo estaba secándome el pelo y solté una carcajada.

Según nuestros amigos Julia era la loca y la pizpireta, mientras que yo era la sensible y la borde. Ya, lo mío era un contraste un poco raro, pero era lo que había.

A los pocos segundos de estar preparadas nos llamaron nuestros padres y nos dirigimos hacia la villa de ellos, para ir juntos al restaurante de marisco donde íbamos a cenar.

—Si es que cada sitio que descubrimos es más bonito que los anteriores —comentó mi hermana, cuando llegamos.

Ocupamos unos sillones blancos que tenían unos asientos y respaldos acolchados muy cómodos. En la mesa había dos velas decorativas preciosas, una en cada lateral.

Mi hermana les contó a nuestros padres que habíamos conocido a unos chicos y a su madre. Les dijo que la mujer era fan de nuestra familia y que le habíamos prometido que nos tomaríamos una foto con ella, para que tuviera un bonito recuerdo de este viaje, a sumar a los demás.

Como ya sabíamos se lo tomaron super bien y no perdieron la sonrisa mientras escuchaban a Julia.

Cuando uno de los camareros vino a atendernos le pedimos una cazuela de marisco para cada uno, junto a una bandeja de langostinos a la parrilla de entrantes.

Don Ernesto, como le decíamos a nuestro padre en broma, se encargó de pedir una de las botellas de vino blanco que más nos gustaba. Él era un gran catador y daba siempre de pleno en sus elecciones.

Mis padres eran un ejemplo de amor, ese que hoy en día, como decía ellos, costaba mucho encontrar en la nueva era.

Justo cuando nos trajeron el vino aparecieron Romeo y Marco con sus padres, los que casualmente también reservaron en este restaurante para cenar.

Digo que fue casual porque era imposible que lo supieran para forzar un encuentro, ya que ni Julia ni yo lo supimos hasta que fuimos a saludar a nuestros, antes de ducharnos.

Nos levantamos a saludarlos y después de todas las presentaciones y de los saludos, se ofrecieron las manos sonrientes y comenzamos a hablar. Mis padres no tardaron ni dudaron en pedirles que se quedaran a cenar con nosotros.

Entre varios camareros unieron otra mesa a la nuestra, con sus sillones, y cuando estuvimos acomodados de nuevo la familia al completo de Romeo, incluido él, se animó a pedir la misma cena que nosotros. Ambos platos tenían una pinta estupenda, como vimos disimuladamente en algunas mesas de alrededor.

Las madres comenzaron a conversar, al igual que los padres que se pusieron a hablar de fútbol, como no podía ser de otra manera. A mi padre le corría por las venas, incluso después de tantos años de haberlo dejado.

Por momentos Romeo me miraba sosteniendo la risilla de provocación que le salía sola. No podía ser más guapo el tío.

La noche había dado un buen giro, la cena se presentaba de lo más animada.

—¿Y bien? —me preguntó Romeo.

—¿Y bien qué?

Sonreí.

—No sé, ¿cómo te ha ido durante el tiempo que hemos estado separados? ¿Has podido superarlo sin echarme de menos?

—¿En serio me estás preguntando eso? —le hablé con sorpresa.

Del asombro pasé a reírme, solté una carcajada.

—De alguna manera tenía que comenzar la conversación —me dijo con un guiño, sonriéndome.

Con sus expresiones decía más que con sus palabras.

—Ya. Buena táctica.

Reí nerviosa.

Greta no dejaba de reírse con mi hermana. Julia no se callaba ni una y todo había que decirlo, lo que soltaba era con mucho arte. Esta noche estaba que se salía, tenía cada ocurrencia…

Los más mayores comenzaron a hablar de ir a tomar algo cuando termináramos de cenar, a una zona muy tranquila del resort, lo que a los más jóvenes nos pareció una idea genial. Se trataba de un bar en la playa que se ponía de lo más animado.

Julia no perdió el tiempo, en menos de media hora comiendo ya los había invitado a nuestra casa en España, a los cuatros. Francesco y Greta nos dijeron que las puertas de la suya también las teníamos totalmente abiertas.

Lo más gracioso fue que cuando Francesco comentó cuál era su compañía aérea, el negocio familiar, resultó ser la misma en la que viajamos nosotros hasta Atenas.

Algo llamó mi atención de Romeo, le pillé un fallo o varios, ya que desconectaba bastante a menudo para estar pendiente de su móvil. Y de vez en cuando veía de reojo cómo contestaba mensajes.

Que no se me entendiera mal, obviamente él estaba en todo su derecho de hacer lo que le diera la gana, pero no sé, me pareció raro.

Quizás era una tontería porque podía estar hablando con cualquier amigo, pero algo me decía, como una corazonada, que, de algún modo, había alguien en su vida.

Aunque si era el caso no debía ser muy importante y, por supuesto, nada serio, cuando tenía los ojos puestos en mí. Al menos esa era la impresión que me daba.

Siempre me llenaba la boca de decir que nunca sería la segunda opción de nadie, pero claro, aquí tampoco había pruebas de nada y no sería yo la que le preguntase. En definitiva, era su problema, si es que era cierto y él quería meterse en uno.

Entre Romeo y yo había mucha tensión. Se notaba, era más que evidente, por no hablar de mi hermana y de Marco. En ellos era exagerado el calentón que tenían.

Independientemente de lo que acababa de comentar sobre Romeo y su teléfono, en un momento de la noche colocó una mano en mi pierna, cerca de la rodilla y por debajo de la mesa. Así estuvo una buena parte del tiempo que estuvimos en restaurante.

No desaprovechó la oportunidad al estar sentados uno al lado del otro. Disimuló ante todos, tuvo mucho cuidado para que nadie se diera cuenta, para que solo lo supiéramos nosotros dos.

¡Me puso de lo más nerviosa!

Pero me encantaba, esa era la realidad, porque me hacía sentir cosas que me agradaban. Tenía mucha vibra.

Nuestros padres hicieron planes entre ellos, unos muy interesantes con los que iban a estar de lo más entretenidos los cuatro.

Pues sí que hicieron buenas migas, tanto que parecía que se conocían de toda la vida.

Disfrutamos muchísimo de la cena, comenzamos con los langostinos, con los nos chupamos los dedos, literalmente, y continuamos con las deliciosas cazuelas de marisco. Toda la comida estuvo espectacular.

Para el postre nos pedimos dos bandejas variadas de bombones helados, para colocar una en cada mesa y así compartirla entre cuatro.

En mi caso lo compartí con mi hermana, Marco y Romeo, ya que cuando unieron las mesas los hijos nos quedamos en una y los padres en la otra.

Los bombones eran crujientes por fuera, con helado por dentro y en el centro del todo tenían chocolate líquido.

Brutales, estaban brutales.

Y encima comiéndolos en un ambiente genial, porque parecía que todos nos conocíamos de mucho tiempo. En mi caso con Romeo notaba una conexión muy especial, la que con cada mirada se volvía complicidad.

Lo de mi hermana era fuego con Marco, poco faltaba para que se comieran el uno al otro, lo que aplacaban por el momento con sus risas, miraditas y susurros al oído que hablaban por ellos.

En el día a día, en mis rutinas, muchas veces tenía la sensación de que mi mundo iba más rápido de lo que yo lo vivía, pero aquí, en este lugar apartado de todo, sentía que se detenía en una armonía y bienestar de esos que te recargaban las energías, a la vez que te hacían sentir de lo más relajada.

Era feliz con mi vida, pero si bien es cierto es que la mayoría del tiempo me implicaba demasiado en mi trabajo. Disfrutaba de él creando el contenido que proporcionaba en mis redes y con la de infinidad de personas que me seguían, pero en ocasiones notaba la asfixia que suponía.

Me gustaba interactuar con las personas que dejaban sus comentarios en mis publicaciones, dentro de mis posibilidades porque era imposible contestar los miles de ellos que había en cada publicación.

Pero era eso, vivía condenada a un móvil del que ahora me estaba tomando mi tiempo. Eran mis días libres, mis vacaciones para desconectar de todo y conseguir de esa manera la paz mental y física que tanto necesitaba.

—¿Estás bien? —me preguntó bajito Romeo.

—Sí, claro.

Sonreí.

—Estás muy pensativa.

—En lo único que estaba pensando era en el relax que estoy sintiendo desde que llegué a la isla.

—Entonces bien, ¿no?

—Sí, claro.

—Es bueno desconectar de todo, pero, sobre todo, muy necesario para la salud y el bienestar personal.

—Estoy completamente de acuerdo.

Me hubiera gustado responderle que ya se lo podría aplicar él también, pero como no sabía de qué iba lo de estar tan pendiente a su teléfono y me parecía muy atrevido por mi parte, ya que era algo que no me incumbía, pues opté por el silencio.

Cuando nos terminamos el vino de la última botella que pedimos nos levantamos todos a la vez de la mesa, para salir del restaurante.

Al final cambiamos de planes, los padres nos dejaron a nuestro aire para darnos libertad. No lo dijeron, pero se les notó la intención.

Ellos se fueron hacia un lado para continuar disfrutando de la noche los cuatro juntos, nuestros hermanos más de lo mismo, en otra dirección, y nosotros, Romeo y yo, nos dirigimos donde teníamos previsto desde que se habló del bar de copas.

Capítulo 6



Nos sentamos en unos sillones con respaldo que había al lado del bar, frente a unas mesita pequeña y redonda de madera.

Pedimos un par de cubatas de ginebra con tónica.

La noche estaba perfecta. El mar se mecía suavemente en la orilla, la luna llena brillaba en el agua, por toda la isla, mientras la brisa era como una caricia constante, tocándote la piel. Todo te adentraba en un estado de tranquilidad y paz.

Sonreí al contemplar en el cielo una estrella fugaz. Ambos la habíamos visto.

—¿Has pedido un deseo? —me preguntó Romeo.

Su sonrisa era parte de la calma.

—Sí. ¿Y tú?

—Claro —sonrió.

—Pues suerte.

Reí nerviosa.

—Lo mismo he pedido por los dos —dijo.

—En el mío también cabe esa posibilidad.

—¿Habremos pedido lo mismo?

—No lo sé, pero si se revela dicen que ya no se cumple.

—¿Y por qué no nos la jugamos y retamos al destino?

—Eres muy valiente, por lo que veo.

Negué riendo.

—¿No te da la sensación de que es cómo si nos hubiéramos encontrado después de habernos buscado por mucho tiempo?

—Yo tengo la sensación de conocerte de toda la vida. Es raro.

—Pero no has estado en los momentos más importantes, esos que aún desconocemos el uno del otro. Nos estábamos buscando.

—Tú lo que tienes es más peligro que un niño chico con un dardo —reí.

—¿Te doy miedo? —sonrió.

—No, no me das miedo, pero te estoy viendo venir.

—¿Qué has pedido?

—¿Qué me das a cambio si te lo digo?

—El beso que has pedido…

Acababa de dejarme con la boca abierta, aunque él no se dio cuenta porque conseguí mantener los labios cerrados.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque es lo mismo que he pedido yo.

Sin esperármelo me dio un pico y tan rápido como se acercó, se echó hacia atrás con una sonrisa de oreja a oreja.

Muerta, me dejó más que muerta.

No supe cómo reaccionar, solo me limité a reír nerviosa, mientras me decía a mí misma que esto estaba superándome.

—¿Sabes que mañana, en la isla que está hacia allí, se celebra un festival de tres días?

Señaló la dirección hacia el mar, para que supiera a qué isla se refería.

—¿Y de qué es el festival?

—De los ochenta y actual.

—¡Hostia, que guay!

—¿Nos animamos?

—¿Y cómo se saca la entrada?

—Yo tengo varias en mi móvil, estoy invitado. Se va en lancha taxi.

—¿Y a qué hora sería?

—Comienza a las doce de la mañana y estará en abierto durante tres días.

—¿Iríamos un ratito?

—Mujer, si tuviésemos la suerte de que tus padres se fiasen y te dejasen estar los tres días, me lanzaba de cabeza a desaparecer ese tiempo contigo.

Obviamente me estaba picando.

—Perdona, pero la decisión es solo mía. —Elevé las cejas—. Como si tuviera que pedirles permiso… —Puse los ojos en blanco.

—Ya —rio—. Tú llámalos y les preguntas.

Me encogí de hombros.

—Dame el teléfono desbloqueado —me pidió, sorprendiéndome—. Voy a hablar con tu padre.

Se lo di pensando que cuando se llevó mi móvil a la oreja estaba engañándome para hacer una broma, pero no, vamos que lo llamó sin dudarlo en ningún momento.

Lo más asombroso fue con la naturalidad que le contó a mi padre lo del festival y que estábamos pensando en ir.

Estaba claro que yo sabía que mi padre le iba a responder que yo soy mayorcita para tomar mis propias decisiones y que, si yo quería, no tenía razón para oponerse.

Y como era de esperar, así fue…

—Dice que si quiero podemos irnos esta misma noche —comentó cuando colgó.

Solté una carcajada porque supe que eso se lo había sacado de la manga.

—Lo que mi padre te ha dicho es que yo haga lo que quiera.

Sonreí.

—En absoluto, me ha ofrecido dinero si te quito de en medio hasta el último día. No sé qué tiene en tu contra.

Mientras hablaba negaba con la cabeza, en un gesto claro de que no lo entendía.

Me reí a carcajadas.

—Entonces, para que yo me entere —carraspeé—. ¿Cuál es el plan?

—Salir de aquí mañana, después de desayunar y con ropa para tres días.

—¿Y dónde dormiremos? ¿Al aire libre?

—Tranquila, tengo alojamiento.

—Tú sí, pero yo no. Y no estaría bonito dormir con un hombre al que conozco de un día, por muy bien que me lleve con él.

—¿Nunca te has acostado con nadie en la primera noche?

—Paso de ti.

Me reí nerviosa.

Sabía cómo buscarme y cada vez estaba más suelto. Romeo era la versión de mi hermana, pero en hombre. Un gran peligro.

Ni corto ni perezoso volvió a acercarse a mí y me dio otro pico, a la vez que me agarraba de la mejilla y me sonreía mirando hacia mis labios, de manera descarada.

Era extraño lo que estaba comenzando a vivir con Romeo y a la vez fascinante.

Me daba mucho morbo.

Irme al festival con él me parecía muy interesante, pero a la vez me daba vértigo, por la velocidad que planeábamos ciertas cosas. Esto había surgido de manera tan espontánea…

Acabábamos de conocernos y ya nos íbamos tres días de locos por la vida.

No sabía si reírme o llorar…

Llorar obviamente que no iba a hacerlo, pero reír me estaba riendo y seguiría haciéndolo, porque estaba viviendo un momento muy bonito con alguien al que estaba descubriendo.

Todo lo que estaba dejándome ver de él me gustaba mucho, menos cuando miraba su móvil, que, aunque no lo hacía constantemente, cuando era el caso parecía que siempre estaba esperando un mensaje. Debo decir que desde que estábamos solos el único teléfono que había tocado era el mío, para llamar a mi padre.

Hablamos de los viajes que habíamos hecho y de los lugares que teníamos como favoritos. Ambos coincidimos en que Filipinas dejaba huella y que México, sobre todo, la península de Yucatán era un lugar que te dejaba siempre con ganas de regresar, por muchas veces que fueses. Romeo había estado en México en cuatro ocasiones, una menos que yo.

Teníamos cosas en común, por ejemplo, que los dos vivíamos con nuestros padres, a pesar de tener nuestras propiedades. Coincidíamos en que no había nada como estar en la casa familiar, cuando había una buenísima relación basada en la unión, el cariño y el respeto.

Otra de las cosas que nos hacía en algunos aspectos similares eran los idiomas. Tanto él como yo hablábamos los más importantes, incluido el árabe, cosa que me pareció fascinante.

Era un tío culto. Me contó que tenía varios másteres y dos carreras universitarias, ya que siempre le habían gustado muchos los estudios y enriquecerse del conocimiento.

Aparentemente era el tío perfecto.

La noche estaba animadamente en calma. La música no sonaba muy fuerte, pero era movidita y se entremezclaba con el sonido del mar.

No solo la luna nos iluminaba, también las luces de muchos farolillos, con velas dentro, que hacían un ambiente muy acogedor.

Romeo me besaba desprevenidamente y sin previo aviso. Tampoco lo necesitaba, porque yo aceptaba encantada todo lo que me daba.

Él buscaba la complicidad en mis ojos, para interpretar cómo me hacía sentir con sus impulsos. Me daba la sensación de leerle la mente en muchos instantes, de la misma manera que Romeo hacia lo mismo con la mía.

Era desconcertante, pero al mismo tiempo tan interesante…

Mientras nos reíamos con complicidad pensé en lo increíble que era que alguien pudiera llegar de repente y entrar en tu vida con tanta fuerza, como para cambiar todos tus planes.

Los míos eran diez días de desconexión familiar, los que se iban a torcer al segundo día, ya que dejaría tirados a mis padres y a mi hermana para perderme en el festival. ¿No era una locura?

No era algo que me preocupara, me refiero a que ningún miembro de mi familia se lo tomaría a malas. Al fin y al cabo, todos íbamos a lo nuestro, buscando sentirnos bien en las vacaciones que eran por y para nosotros. Independientemente de cómo se fueran desarrollando, lo importante era disfrutarlas.

Me parecía fascinante todo, estaba como en una nube.

Romeo comenzó a besarme con más continuidad y no dejó de tocarme el pelo, mientras sonreía mirándome.

Las palabras sobraban.

La noche estaba transcurriendo tan envolvente como nuestros abrazos. Porque sí, también hubo muchos de esos y cada vez que nos separábamos nos costaba más.

No fue hasta las dos de la mañana que nos fuimos caminando hacia nuestras villas, las que se encontraban muy cerca. Solo nos separaba otra villa.

Quedamos en vernos por la mañana y nos despedimos con un beso, pero no fue beso como todos los picos rápidos que fue dándome Romeo durante la noche.

Todo lo contrario, en este beso con el que cerramos la noche dimos rienda suelta al deseo que sentíamos. Un beso que nos costó terminar.

Capítulo 7



Mi hermana me despertó aplaudiendo, mientras me animaba a levantarme para ver algo fascinante, según ella.

—¿A qué hora has llegado? —le pregunté.

—A las cinco —se echó a reír.

—Madre mía, ¿y cómo puedes tener tanta vitalidad?

—He tenido suficiente con las cuatro horas que he dormido. Estoy como una rosa. Venga, levanta que hay sorpresa de la buena, de las que nos gustan a las dos. Cosas de nuestros padres.

—¿Me dejas lavarme la cara y hacer un pis?

—Bueno, vale, pero rapidito.

Cada vez que se ponía impaciente me hacía mucha gracia porque se convertía en una niña pequeña. Fui al baño pensando en que la sorpresa sería uno de esos desayunos especulares y fotografiables. Como si no la conociera.

Salí del baño justo cuando Julia abría las cortinas de la terraza, dejando a la vista lo que había al otro lado.

Flotando en el agua de nuestra piscina privada había una canasta gigante con todo un desayuno en plan acuático, como los que disfrutábamos en Bali.

—Me muero —susurré emocionada.

Fui corriendo a por el móvil.

—¿A qué es una pasada y está super completo? —me preguntó Julia, cuando nos paramos cerca del borde de la piscina.

—Sí, lo único malo es que, ¿quién es la bonita que se mete en la piscina tan temprano?

—Tú y yo —rio aplaudiendo de nuevo y dando saltitos a mi lado.

—Pues nada, haremos un sacrificio para poder tener una buena publicación mañanera.

Nos reímos.

Las dos coincidimos en ponernos los bañadores blancos.

Mi hermana me pidió que fuese la primera y allí que fui, no de cabeza, pero sí con decisión, aunque no me apetecía nada mojarme tan temprano y recién despierta. Julia me hizo varias fotos e intercambiamos las posiciones, para yo sacarle a ella otras igual de preciosas.

Por último, pusimos el móvil en el trípode, en el modo vídeo, para grabarnos en primer plano, mientras comenzábamos a picotear del desayuno con calma. Al mismo tiempo conversábamos para dar juego a nuestros seguidores.

De un video sacábamos varios. Cortamos las mejores tomas, para luego unirlas en uno solo bien editado.

Eso sí, toda la edición la hicimos fuera del agua, ya que en cuanto terminamos de grabar salimos de la piscina y sacamos la cesta. Colocamos todas las cosas en la mesa de la terraza para desayunar cómodas.

—Me encanta Marco, Carina, me encanta —suspiró—. Durante todo el tiempo que estuve con él anoche no me acordé en ningún instante de Nacho.

—Pues sí que te gusta.

Sonreí observándola, se la veía muy ilusionada, aunque conociéndola, podía durarle la ilusión un suspiro. Siempre sucedía lo mismo, la única excepción fue Nacho porque con él sí que tuvo una relación duradera de años.

Julia se quedó alucinando cuando le conté que me iba varios días con Romeo, a un festival en una isla vecina. Ella también había hecho planes con Marco, hoy pasarían el día en alta mar, en un yate alquilado. Estaba también pletórica.

Tenía pensado llevarme ropa acorde a la experiencia que iba a vivir. Obviamente pantalones cortos vaqueros, tops y camisetas más informales, pero que también fuesen estilosas. Y tres bikinis, estos no podían faltar en mi pequeño equipaje, como algunos vestiditos playeros, las chanclas y las cosas más básicas.

El desayuno estaba sentándome genial, había de todo para elegir y no quería dejarme nada sin probar, aunque fuera un poquito. El yogurt natural con muesli y crema de caramelo era una puñetera locura, cada cucharada la disfruté muchísimo.

A mi mente venían constantemente recuerdos de Romeo, de todos los momentos bonitos y llenos de magia de la noche anterior.

¿Cómo podía alguien hacerte sentir más viva de lo que ya estabas?

Deseaba que llegasen las doce menos cuarto para darle el encuentro e irnos a vivir tres días juntos, por y para nosotros.

El café estaba delicioso, pero me lo terminé demasiado rápido. Volví a preparar otros dos, para mi hermana y para mí, ya que había de sobra en una cafetera térmica de la que podíamos servirnos todo el que quisiéramos.

Los nervios iban apoderándose poco a poco de mí y es que Romeo era mucho Romeo, y mis ganas de estar con él me podían. Todavía notaba la sensación de tener sus labios sobre los míos, sentía todos los besos que me dio horas atrás, pero, sobre todo, el último con el que nos despedimos.

Nuestros padres se despidieron de nosotras desde su terraza, antes de que se marcharan a darles encuentro a los padres de Romeo. Nos dijeron que iban a pasar el día con ellos en otra isla, ya que sabían que con Julia y Marco tampoco podían contar.

El plan de ellos era comer en un restaurante muy famoso de la otra isla, a la que irían en una embarcación privada, como Romeo y yo.

Cuando terminé de desayunar, después de bastante tiempo, me dispuse a preparar lo que me iba a llevar al festival.

Mientras lo hacía mi hermana me puso muy nerviosa, dándome recomendaciones y volviéndome indecisa.

—¿No te ibas ya? Pues venga —le dije.

—¿Me estás echando con toda la crueldad del mundo y sin importarte los lazos sanguíneos que nos unen?

Se hizo la ofendida, cuando estaba aguantándose la risa.

—Julia…

Suspiré, elevando los ojos al techo.

—Ya me voy, ya me voy —habló con una risilla—. Folla mucho y mantenme al tanto.

—Vale.

Reí.

Se marchó y por fin me quedé tranquila. Julia era un torbellino capaz de poner a cualquier persona como una moto, y sin proponérselo.

Mi hermana se fue preciosa, sin la necesidad de arreglarse mucho, aunque sí cuidó mucho los detalles. Se llevó una mochila con varios modelitos, bikinis y pareos, para conseguir unas fotos impresionantes en alta mar. Se lo iba a pasar bomba y tendría un montón de contenido para sus redes.

Romeo apareció puntual en mi villa, con su mochila y un guapo de lo más subido.

En cuanto le abrí la puerta y nos quedamos cara a cara no dudó en besarme en los labios. El beso corto y rápido me supo a muy poco.

—Tú con una mochila y yo con el bolso grande playero al hombro y la maleta de mano —dije.

Reí, mientras negaba con la cabeza.

—Eres mujer y eso lo explica todo.

—Bendita ciencia.

Nos reímos.

Me quitó de la mano la maleta para llevarla él y fuimos hasta el embarcadero, donde abordamos el taxi acuático que en un precioso paseo nos llevó hasta la isla del festival.

Durante el trayecto aproveché para que me sacara unas preciosas fotos y también para que me grabase un par de videos.

No lo hizo nada mal, quedé muy satisfecha con el resultado.

—Ya llevo fotógrafo —dije riendo.

—¿Te ha gustado de verdad?

—De lo contrario te lo diría. No soy una queda bien y prefiero intentar enseñarte, a dar por válido algo que no me gusta.

Sonreí.

—Está bien saberlo. —Me hizo un guiño—. Me gusta tu filosofía de vida.

A los pocos segundos llegamos a la isla y nos bajamos de la embarcación.

Nos encontramos con un ambiente muy animado, eso sí, miraras hacia donde miraras se notaba la clase alta y distinguida de las personas que se movían por el lugar.

Romeo me contó la noche anterior que esta isla era de un multimillonario y que todo lo que había en ella era de su propiedad. Hoteles, tiendas, alojamientos… Todo.

Y que no dejaban entrar ni reservar a cualquier persona. A los clientes que venían aquí no les importaba pagar por un refresco veinte euros, o gastarse trescientos en una comida. Era un decir porque la cuenta podía superar los cientos de euros fácilmente, al igual que los miles, para según qué cosas.

Obviamente el dueño podía hacer y deshacer como le diera la gana, al igual que imponer, pero bajo mi parecer ese tipo de actitudes y acciones decía mucho de la persona que era, y no para bien.

Yo no dejaba de ir a sitios lujosos ni a lugares a los que no podían acceder muchas personas, pero eso no quería decir que no disfrutara de un café en un bar de barrio, o de una salida a un restaurante con ofertas de menú. A Julia y a mí nos encantaba salir de fiesta a los *pubs* de la ciudad y conocer gente, sin importar su origen o su clase social.

En el equilibrio y en el corazón estaba la verdadera riqueza.

Nuestros padres nos educaron muy bien y era algo que nos hacía sentirnos muy orgullosas de ellos.

Me monté con Romeo en uno de los coches con chófer que había en la isla, el que nos llevó hasta un pequeño edificio precioso y coqueto a pie de playa, en el que había apartamentos.

No tuvimos que caminar mucho para llegar frente a una puerta. Romeo tecleó la clave de seguridad que le dieron y la puerta se abrió para nosotros. El tema de las llaves estaba claro que terminaría por desaparecer con el tiempo.

La vivienda era un espacio abierto tipo *loft*, de lo más cuco y bonito. Todo se veía nuevo y el único espacio independiente era baño.

Tenía una terraza que, aunque no era muy grande, ofrecía espacio suficiente para sentarse a comer o a tomar algo en las sillas y la mesa que había, o para tumbarte en una pequeña cama balinesa que se encontraba al otro lado de la puerta.

El festival estaba concentrado en la parte norte de la isla, a la que se podía llegar dando un paseo tranquilo por la parte que más te apeteciera recorrer, u otra opción era coger uno de los vehículos privados de traslado que había en muchos puntos.

Estaba todo muy organizado.

Después de colocar nuestras cosas nos fuimos en busca de una terracita para tomar algo.

Me hizo gracia porque Romeo me agarró de la mano y me llevó junto a él como si fuera su novia, mujer o algo más allá de dos personas que acababan de conocerse horas atrás.

El caso era que me hacía sentir muy bien.

Nos sentamos en una terraza que estaba muy animada y me di cuenta de que había un par de *influencers.* Las reconocí enseguida de las redes, pero disimulé.

No me sirvió de nada porque ambas miraron hacia nuestra mesa y pude ver por el rabillo del ojo que estaban hablando de mí. Dejaron claro que me habían reconocido a la primera.

No pasaron ni cinco minutos cuando me hablaron desde su mesa. Nos saludaron y me dijeron que me seguían. Después de devolverles el saludo me hice la sorprendida y les comenté que yo también a ellas.

Me pidieron hacernos una foto juntas, para subirla a las redes y que las tres estuviéramos de colaboradoras, y acepté.

Romeo nos hizo unas cuantas con mi móvil y entre las tres elegimos la que más nos gustaba. La subió una de ellas y apareció también en el perfil de su amiga y en el mío.

Me parecieron más majas que en las redes, ese era el encanto de conocer a las personas cara a cara.

Capítulo 8

Romeo y yo brindábamos de vez en cuando con nuestras mejores sonrisas, chocando las cervezas.

En algunos momentos me sentía incómoda, porque él volvía a caer en lo mismo. Hacía rato que tenía el móvil sobre la mesa y lo que menos me gustaba era que parecía como si esperase algo de su teléfono, el que miraba continuamente.

No era que se le fuesen los ojos hacia él a cada minuto, pero sí cada diez, por poner un ejemplo. Las miradas de Romeo hacia la pantalla no eran por casualidad, sino que parecía que alguien le escribía y él no tardaba en contestar.

Tenía la sensación de que estaba en continuo contacto con alguien. Podían ser perfectamente asuntos de trabajo, o conversaciones entre amigos, claro, pero mi instinto me decía otra cosa muy diferente. Más que nada porque en algún que otro momento intentaba esconder la sonrisilla que le salía sola.

Para mí no tenía sentido, por mucho que le daba vueltas, y esta situación me incomodaba porque, si algo tenía yo era que a cabezota y a cojones no me ganaba nadie cuando veía que algo, bajo mi punto de vista, no estaba bien.

Y no, no iba a preguntarle ni a montar ningún numerito. Eso estaba descartado, pero yo también podía y sabía dar mucho por saco con el móvil, hasta aburrirlo para que me dijese que parase, entonces podría proponerle que lo apagásemos los dos. Deseaba ver cuál era su reacción.

Algún fallo debía tener, claro estaba, y no sería el único, pero me incomodaba mucho que pudiese estar pendiente de otra mujer mientras se entretenía conmigo.

—Te has puesto muy seria.

Colocó su móvil bocabajo a un lado, después de contestar uno de esos mensajes.

—No, para nada.

Mentí y fingí, que de vez en cuando era una experta.

En ese momento comenzó a escucharse la música del festival y los aplausos de la apertura.

—Empiezan los tres días de locura.

—Imagino que no solo de locura, ¿no? La gente vivirá sus ratos de relax en la isla.

—Con la música de fondo.

—Eso sí.

Sonreí. Tampoco era molesta y se escuchaba a lo lejos. Obviamente contra más cerca de la parte norte, mayor sería el volumen.

Apretó mi pierna con cariño, mientras me miraba de esa manera tan provocante y sensual. Controlaba cada uno de los músculos de su cara para parecer más interesante.

Le salía de forma natural y a mí me provocaba una revolución en el estómago.

Romeo sabía cómo manejar el terreno, perfectamente. Se veía que tenía demasiadas tablas y que las usaba para conseguir todo aquello que desease.

A mí me ganaba a pasos agigantados, pero… su móvil me causaba mucha inquietud.

No había nada peor en este mundo que tener una corazonada y que esta no fuese buena.

—Así que viniste a unas vacaciones de relax y te las he puesto patas arriba —me dijo.

—Bueno, tampoco tanto.

Reí nerviosa.

—¿Segura?

—¿Quieres dejar de analizarme tanto?

—No, no quiero. —Me hizo un guiño.

Se acercó sonriente y me dio un pico. Luego me mantuvo la mirada, sin perder la curva que se le formaba en sus labios.

¿Qué estaba haciendo yo aquí, con un desconocido al que parecía que conocía de toda la vida, pero el guardaba algún que otro secreto?

Solté un suspiro, antes de darle un sorbo a la cerveza.

Vi unas cuantas caras más conocidas e importantes, pero no tenían nada que ver con las redes. Lo que más predominaba eran las personas desconocidas que se hacían fotos por todos los rincones.

Esta isla tenía su rollo y glamur, pero para mí lo que la hacía más especial era la compañía de Romeo. Sus atenciones hacia mí y sus gestos conseguían que se me olvidasen, por momentos, sus ratos con el móvil. Hasta que volvía a caer en lo mismo.

Después de un par de cervezas nos fuimos dando un paseo hacia el festival. Nos compramos por el camino un cartucho de patatas recién hechas, de un puestecito de madera que era una cucada.

Aproveché para pedirle a Romeo que me sacara una foto con el cartucho, delante del carrito. Salí haciendo una postura como si estuviera comiéndome una, levantando la cabeza con cara de satisfacción.

Romeo sonrió al devolverme el teléfono, con la última imagen en la pantalla. Me vi en todas las que me sacó y la verdad es que me quedé impresionada, por las tomas en primer plano tan buenas que me hizo.

El festival brillaba con luz propia. Llegamos tras el paseo que fue de lo más apetecible, a pesar del calor que hacía.

A pie de playa había hamacas, a ambos lados de donde estaba la movida, y un montón de gente que ya bailaba animada en la arena o en la orilla del mar.

Me quité la camiseta, para quedarme con la parte de arriba del bikini y el pantalón corto vaqueros. Caminamos cerca de la orilla, yendo hacia la parte más tranquila del festival, donde aún quedaban algunas camas balinesas libres.

Me encantaba el ambiente tan bueno que se respiraba, ni siquiera se notaba el bullicio continuo. Poder disfrutar del festival desde cualquier parte, incluso desde bastante distancia, era maravilloso porque no sentías agobio en ningún momento.

Fuimos directos a una de las camas y al llegar dejé el bolso playero sobre ella, donde metí doblada mi camiseta, el pantalón corto que me quité y la ropa de Romeo que me dio.

Cuando terminé nos descalzamos y colocó a un lado el bolso, mientras me aseguraba que no tenía que preocuparme por él, ya que había mucha seguridad, aunque a la mayoría no la distinguiera porque iban vestidos para pasar desapercibidos entre los visitantes.

Nos quedamos en trajes de baño y nos sentamos en la cama, poco tiempo después se acercó a nosotros un camarero.

Romeo le pidió un par de cervezas y una tabla con distintos tipos de carnes a la parrilla, tal y como nos recomendó el chico.

—No puedes estar provocándome continuamente con ese cuerpo.

—Romeo…

Puse los ojos en blanco, pero al mismo tiempo la risa me salió sola.

Al hablar había sonado muy italiano y con el movimiento que hizo con las manos hacia arriba, fue muy gracioso.

—Romeo, nada. Esto es un continuo despropósito hacia mi persona —dijo, como ofendido.

—Sí, ya… —carraspeé.

—Luego, cuando no tenga freno, no te quejes.

—¿Lo has tenido desde que te conozco? —Elevé una ceja.

—Me he contenido desde el principio —rio.

—Eso es mentira.

Reí también.

—¿Me estás llamando mentiroso? Si por mí hubiera sido, desde que te vi en la piscina te tendría atada al cabecero de mi cama.

—Es lo más gracioso que has dicho desde que te conozco. —Solté una carcajada fuerte—. Eso si yo te lo hubiera permitido.

Sonreí.

—Y si no también —me retó.

Echó una carcajada y la estúpida risa mía continuó.

—Hola, Romeo.

Una jovencita se acercó a saludarlo, con una sonrisa de oreja a oreja. Ni me miró, solo tuvo ojos para él.

—Hola, Regina.

Se levantó para darle dos besos.

—He llegado hoy con mi hermano.

—Sí, me comentó que vendría. ¿Todo bien?

—Todo genial. Gracias por invitarnos a tu isla.

—Siempre seréis bienvenidos.

Acababa de salir el gordo de la lotería. ¿Gracias por invitarnos a tu isla? ¿A tu isla? ¿En serio? Me quedé sin respiración durante un breve instante.

El camarero llegó justo cuando la chica se fue y nos dejó en una mesa baja las cervezas y la tabla con las carnes a la parrilla.

—Dime que lo que he escuchado no es cierto —le pregunté en cuanto nos quedamos solos.

—No sé a qué te refieres.

Me regaló una sonrisa ladeada.

—Lo sabes muy bien —reí nerviosa—. Romeo… la isla.

—¿Qué le pasa a la isla?

Comenzó a mirar hacia los lados, buscando algo.

—¡Eres tonto! —Solté una carcajada.

—¿Qué más da de quién sea la isla? —me preguntó, aguantándose la risa.

—¡A mí con ese cachondeo no! ¿Es tuya o es una broma?

—Este fue mi proyecto más ambicioso.

—Ay Dios.

Me llevé las manos a la cara y terminé frotándomela, con los nervios disparados.

Capítulo 9



—¿Por qué la isla puede ser de otro y no mía? —Arqueó una ceja, con expresión divertida.

Estaba pasándoselo genial con mis reacciones.

—¿Quién cojones eres?

—Me presento. —Estiró una mano—. Soy el hombre que va a hacer que tus piernas tiemblen y que va a dejar tu mundo patas arriba.

—¿No me digas? —reí— Qué suerte tienes, ¿no?

—Y tanto que sí. También tengo una buenísima capacidad de visualización, amiga.

—Pues como pienses todo eso de tus amigas y lo hagas, debes tener al mundo revolucionado.

Cogí la cerveza y le di un buen trago. Se me había quedado la garganta seca. También aproveché la pausa para comer unos trozos de carne.

No fui la única, Romeo me imitó y durante un ratito ninguno de los dos habló. Eso sí, nos miramos en todo momento mientras comíamos.

Hasta que él volvió a la conversación que dejamos pausada.

—Sé separar a mis amistades por niveles, grados, o como quieres decirlo.

—Lo que tú digas —carraspeé—, pero ¿en serio eres el dueño de esta isla?

—¿Te interesa mi dinero?

—Con mi nivel de vida y mi día a día, con el mío me basta y me sobra, para esta vida y alguna más. Gracias —dije remarcando cada una de las palabras, para dejárselo muy claro.

Si me buscaba me encontraba. Además, hoy día era una gran verdad lo que acababa de decirle, aunque no era algo de lo que me gustaba hablar.

Yo solo quería saber si esta puñetera isla era suya, si era el dueño.

—Lo sé, preciosa. Lo del dinero era una broma —sonrió con picardía.

—Yo también lo sé, sino te habría mandado a la mierda. —Le hice un guiño.

Soltamos una carcajada.

—Romeo —suspiré—. Contéstame a lo de la isla, que te voy conociendo…

—No, no soy el dueño, pero sí digamos que el director general de ella. Soy el CEO del imperio de la familia propietaria.

—Joder. —Agrandé los ojos—. Trabajas para tu padre en la compañía aérea y para el dueño de esta isla… ¿de dónde sacas el tiempo para tener vacaciones?

—No he dejado de trabajar en ningún momento —me contestó con un guiño—. Me llegan mensajes de consultas y los más importantes, de avisos de incidencias. Son estas últimas las que me vuelven un poco loco, tengo que estar muy pendiente de ellas, hasta que todo vuelve a estar bajo control.

Y, he aquí la aclaración del motivo por el que estaba tan atento a su móvil, motivo que no tenía nada que ver con mi sospecha. Por fin entendí algo, aunque no sé por qué, pero mi sensación no desapareció.

No terminé de creérmelo del todo y como decía mi hermana, más valía ser desconfiada hasta el final e ir con pies de plomo, que ser ingenua y que te hicieran una herida tan profunda que luego te costara meses cerrarla.

—¿Los problemas son de la isla o de los aviones? —me interesé.

—De la isla. La empresa de mi padre es un trabajo más liviano y todo está controlado. Aunque alguna vez sucede, rara vez nos molestan durante nuestros periodos de descanso. Hay muchos trabajadores cualificados, directivos.

—Me dejas mucho más tranquila, no vaya a ser que algún avión se vaya abajo —comenté con diversión—. Más que nada porque en unos días vuelvo a España con mi familia.

Reímos.

—Somos de las pocas aerolíneas que vuelen a esta isla —sonrió de medio lado, con una cara de orgullo…

—Hablando de la isla… ¿Hay más personas como tú?

—Hay un equipo directivo por debajo de mí.

Sonrió de oreja a oreja.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Eso tendrás que ir averiguándolo. No puedo ponértelo tan fácil, contestando a todas tus dudas y curiosidades. Debo mantener el misterio.

Me hizo un guiño, mientras cogía su cerveza. Bebió sin apartar la mirada de la mía.

Después de comer otro poco de carne hice lo mismo, bebí para refrescarme. Primero porque hacía mucho calor y, segundo, porque cuando me miraba tan fijamente mis pulsaciones se disparaban y me sofocaba más. Y si a ambas cosas le sumaba que su cercanía me afectaba cada vez más…

Joder, este hombre era irresistible y lo peor de todo era que él lo sabía.

—Romeo, si quieres jugar me lo dices que yo soy muy competitiva.

—Adelante.

—Tú lo has querido, luego no me venga con victimismos.

—¿He actuado así en algún momento? Esa faceta no es una de las mías.

Sonrió.

—No sé porque tengo la extraña sensación de que detrás de tus palabras solo hay verdades a medias —comenté.

—Puede ser parte del juego.

Rio y negué sonriendo.

Romeo se las traía, pero yo no me quedaba corta. Si quería jugar al misterio y a no ser claro, yo iba a hacer exactamente lo mismo.

A ver quién aburría a quién antes.

—¿Qué te apetece? ¿Un baño? ¿Descansar aquí un rato? ¿O unirnos al bullicio a bailar? —me preguntó cuando terminamos de comer.

Se acercó más a mí y casi me lo susurró al oído. Noté como la piel se me erizaba y no pude evitar que Romeo se diese cuenta. Sonrió haciendo un recorrido visual por mi brazo.

—Tampoco hay tanta gente junta, no es como otros festivales que he visto.

Quise quitarle importancia al hecho de que me hubiera provocado esa reacción.

—En lo exclusivo está la diferencia.

Siguió con los susurros para provocarme más.

—Y en las tonterías también —sonreí.

Contesté bien suelta. Necesitaba reducir la intensidad del momento, para no darle importancia a su provocación ni a todo lo que sentía yo.

—¿Eliges tú o lo hago yo? —me preguntó, insistiendo.

Carraspeó.

—Te doy barra libre.

Me reí mirándolo descaradamente, aunque no tanto como él a mí.

—Entonces vamos a darnos un bañito y cuando no haga tanto calor nos unimos a la marcha de la fiesta.

—Para la fresquita faltan como cuatro horas.

—Ya sabía yo que estabas caliente.

Sin esperármelo, tiró de mis piernas con fuerza. Me sacó casi de la cama balinesa, a lo justo para no tirarme al suelo.

—¡Eres muy bruto!

Me quejé en broma y entre risas, mientras le daba una palmada fuerte en el hombro.

—¿Yo soy el bruto?

Rio, frotándose la zona en la que le había golpeado.

No me dio tiempo a bajarme de la cama, se levantó muy rápido, de la misma forma que se agachó para cogerme. Solté un pequeño grito cuando me vi de repente subida sobre su hombro.

Se echó mi cuerpo encima como si no pesara y comenzó a caminar con mi cabeza colgando hacia abajo. Y no solo eso, ignorando mis quejas, se puso a bailar mientras se acercaba al agua.

¿Pero qué se había fumado este?

—O me bajas o grito tanto que van a parar hasta la música del festival, para venir en mi ayuda los de seguridad —lo amenacé.

Mis nervios se habían disparado por completo, notaba demasiado calor de su cuerpo, porque estábamos completamente en contacto. Toda la parte delantera del mío estaba pegada al suyo, incluso mis manos, con las que me agarré de su cadera para tener un punto de apoyo.

Y la parte de atrás, oh, por detrás sus manos me quemaban la piel en las zonas que me tocaban. Me recorrían pequeños escalofríos, mientras me sujetaba con firmeza de las piernas por detrás, bastante más arriba de las rodillas, y…

—A ver qué tal se te da para que vengan en tu ayuda, porque te recuerdo que todos siguen mis órdenes, *baby* —dijo.

—¿*Baby*? —Solté una carcajada.

No me dio tiempo a adaptarme ni un poco al cambio de temperatura, cuando me bajó al agua. Solté varios gritos cagándome en él, lo que le hizo reír a carcajadas.

Continuó riendo, mientras que yo no podía dejar de bufar. Tenía la piel demasiado caliente y el contraste repentido me puso de mal humor, durante unos segundos. Tenía todo el cuerpo erizado y no fui capaz de moverme.

Me quedé de pie donde me soltó Romeo, en cambio él se lanzó al agua y desaparecía de mi vista.

Capítulo 10

El italiano estaba como una cabra y no tenía ni idea de cómo se la estaba jugando conmigo, ni hasta qué punto.

No paraba a pensarse las cosas, Romeo era de impulsos, por lo que estaba descubriendo. Detrás de esa sensualidad, aire de misterio y simpatía, había un hombre con un punto de locura por determinar.

Cuando conseguí moverme un poco, ya que de las caderas para abajo me adapté a la temperatura del agua, comencé lentamente a mojarme los brazos.

Un baño me venía genial, claro que sí, pero joder, a mi tiempo. Qué rabia me daba que, en verano, la gente se empeñara en que me bañara cuando a ellos les venía en gana.

Mi hermana Julia era experta en eso y muchas veces terminábamos discutiendo porque yo me bañaba cuándo yo quería y de la forma en la que me daba la real gana. Como si me tiraba media hora para estar cubierta de agua, que cada uno hiciera lo hiciera como le saliera de las narices.

—Una pregunta.

Me sobresalté cuando Romeo sacó de repente la cabeza fuera del agua, muy cerca de mí. Puse los ojos en blanco.

—¿Quieres un consejo? —le pregunté, mirándolo con los ojos entrecerrados.

El apretó los labios, a punto de reír de nuevo.

—Adelante.

—Ahora mismo mide muy bien tus palabras si no quieres que te clave los dedos en los ojos, o algo peor.

Soltó una fuerte carcajada que me hizo decir alguna que otra lindeza, todas dedicadas únicamente a él.

—Avisado estás, te encuentras en la posición perfecta para darte, así que… yo solo lo digo —continué.

Siguió sin levantarse, agachado dentro del agua, lo que quería decir que su cara quedaba a la altura de mi barriga.

Me crucé de brazos y el muy descarado, con la vista fija en mis pechos, se lamió los labios. Me entró de todo por el cuerpo y de repente hizo muchísimo más calor.

—Gracias, preciosa. Tendré en cuenta tus sabios consejos.

Me hizo un guiño.

—Por la cuenta que te trae… —suspiré—. ¿Qué querías preguntarme?

—Oh, sí. Ahí va. Si tú y yo follamos, ¿qué somos?

—Romeo —me reí, con un agobio impresionándote—. ¿Qué narices te pasa? No habrás tomado sustancias raras, ¿verdad?

—Seríamos unos afortunados —se respondió a sí mismo, ignorando mis palabras.

Sonrió ampliamente el muy descarado y yo no pude parar el ataque de risa nerviosa.

—¿Y por qué seríamos unos afortunados? —Quise saber, cuando me tranquilicé.

—Hoy en día no es tan fácil…

Nos señaló a ambos, con una ceja ligeramente arqueada y una sonrisa ladeada que le hacía una cara de pícaro…

—Claro, hombre, y quieres que me crea que tú no…

—Tendrás que descubrirlo.

—Como si no tuviera otra cosa que hacer que ponerme a investigar tu pasado amoroso.

—No conseguirías sacar nada —me picó.

—Quién sabe, cuando me lo propongo soy muy buena como detective. Más de lo que puedes llegar a imaginar, aunque también te digo que no pierdo el tiempo en buscar si algo o alguien no me interesa.

Sonreí, al ver la cara que puso.

—¿Me estás diciendo que no te intereso?

Se acercó del todo a mí, moviéndose dentro del agua sin levantarse.

—¿Qué…?

No llegué a terminar de hacer la pregunta porque cuando dejó de mirar hacia arriba y cortó conmigo el contacto visual, el calor y la suavidad de sus labios en mi barriga me dejaron sin respiración.

Me estremecí, no pude evitarlo ni controlar la reacción para que no percibiera hasta qué punto me afectaba. Romeo lo notó, por supuesto, porque no separó la boca de mi piel. Al primer beso le siguieron varios más por la misma zona y cuando me recompuse un poco e iba a hablar, no me dio tiempo a hacerlo.

De repente, me vi saltando por el aire. No me di cuenta de que Romeo se preparaba, ni de cuando sus brazos me rodearon las piernas por debajo del agua, tampoco del momento exacto en el que se levantó llevándome con él, para lanzarme al agua.

Todo sucedió demasiado deprisa, por lo que di gracias a que tuve el tiempo justo para cerrar la boca, antes de hundirme por completo en el agua. Los ojos también los cerré, en un acto reflejo.

En cuanto me recuperé y tuve la estabilidad suficiente para incorporarme, salí de golpe del agua y lo busqué, mientras tosía un poco.

Tuve que dar un giro completo para quedarme de cara a él.

—¿Quieres dejar ya de hacer ese tipo de juegos? —hablé alzando la voz, con la respiración entrecortada.

Me retiré el pelo de la cara, con rabia y con un mosqueo impresionante. Ya he comentado lo mal que llevaba que los demás decidieran cuando me mojaba o no.

Me sentía tan acelerada que no lo dejé hablar, continué yo.

—Joder, casi se me corta la digestión con lo que has hecho. Ahora ha sido una zambullida y antes de que me cogieras para traerme aquí, poco faltó para que me tiraras de la cama balinesa.

—¿No crees que estás exagerando bastante? —Elevó las cejas.

—Pues no. ¡Por qué tú lo digas! A ti te parecerá gracioso y no te tomas nada en serio, pero eso no quiere decir que los demás lo reciban de la misma manera. ¿Es que no has visto lo que me cuesta mojarme? Joder, que tenía la piel ardiendo y el agua, aunque no está tan fría, para mí, por cómo estaba, sí. Solo te digo que seas un poco más delicado, joder. Por favor.

Puse los ojos en blanco y me giré. Le di la espada para calmarme un poco, pero Romeo no me dio tiempo para conseguirlo.

—Ven aquí —dijo.

Tiró de mi mano cuando se puso de pie y volví a quedarme frente a él.

—¿Qué quieres? —susurré.

—Que no te enfades por las tonterías que hago.

Colocó las manos en mis caderas y me acercó a él, pegando mi cuerpo al suyo. Cuando ya no había ni una mínima distancia que nos separara se inclinó hacia mí y me dio un beso en los labios.

—Pues ten un poco más de tacto —continué susurrando.

—¿Y por qué debería de tenerlo?

Me mordisqueó el labio inferior, al hablar con toda la pasividad del mundo.

—Romeo, de verdad, parece que te falta un tornillo.

Bufé.

—Tendrás que averiguarlo… —dijo con diversión.

—¡Anda y que te den!

Me separé de él y le di la espalda, para comenzar a salir del agua. No miré hacia atrás, me mantuve firme mientras me dirigía a la cama balinesa. Me había puesto de mala leche. Joder, ¿dónde había quedado la sutileza?

Aunque por otro lado también me había excitado.

Mierda de niño pijo.

Comencé a reírme porque en el fondo tenía que reír sí o sí, Romeo era un caso perdido. ¿Qué pensaba, que iba a pasarme los tres días del festival averiguando toda su vida? Iba apañado si era así, como sus respuestas continuaran siendo tendrás que descubrirlo, averiguarlo.

Mi objetivo no llegaba tan allá.

Me gustaba muchísimo y sentía una complicidad muy grande con él, en algunos momentos, pero no era como para perder la cordura por un tío con el que solo existía una fuerte atracción. No lo conocía de nada.

Ahora que se lo currase…

—¿Vas a tenerme los tres días detrás de ti, serio y enfadado? Antes te mando de vuelta con tu familia.

Su amenaza me provocó una carcajada, mientras me sentaba en la cama balinesa.

—Ya ves tú qué problema tengo con eso —le dije, dejándole claro que para mí no suponía ninguna provocación—. Hazlo cuando quieras, pero a partir de ese momento dejas de existir para mí. Ni se te ocurra acercarte.

—El cuándo lo decido yo, no tú.

Rio sentándose a mi lado.

—Madre mía. —Me froté la cara—. La que me ha caído contigo.

—¿Tenías acaso mejor plan que pasar unos días junto a mí?

Lo miré seriamente y no le contesté.

Decidí ignorarlo para no alterarme de nuevo, o más, porque todavía no se me había pasado el mosqueo por su *bromita*.

Me tumbé para relajarme y él, en silencio, hizo lo mismo muy pegado a mí. Sabía cómo provocarme.

Capítulo 11



Estaba tan a gusto, adormilada, sintiendo cómo el sol calentaba la parte de atrás de mi cuerpo…

—¿Qué…?

Entreabrí los ojos con el ceño fruncido y levanté lo justo la cabeza, para mirar por encima de mi hombro.

—¿Qué haces? —terminé de preguntarle a Romeo.

Él era el culpable de que me hubiese despertado, cuando yo estaba tan felizmente dormida bocabajo.

—No quiero que te quemes —me contestó.

—No me acuerdo, ¿en qué momento me has pedido permiso para tocarme así?

—No sabía que necesitaba un permiso especial para ponerte las manos encima —sonrió de medio lado.

—A no sé… ¿sueles acercarte tanto a las personas? ¿En verano vas echándole crema solar a la gente que te encuentras en las playas y las piscinas?

—Claro que sí, siempre estoy ofreciéndome voluntario para sentarme sobre las piernas de cualquier persona, para deslizar las manos por sus cuerpos.

—Romeo… —suspiré.

Quise que sonara a advertencia, pero mi voz perdió fuerza y sonó más a súplica.

—Relájate, Carina —me pidió con un guiño.

—Pues no te acerques tanto, aquí hay gente por todos lados.

—No me digas que es por lo que nos rodea, porque vuelvo a cogerte y te llevo al apartamento antes de que te des cuenta —rio.

—Dios… no tienes remedio.

Resoplé.

Estaba poniéndome atacada de los nervios, no dejaba de mover las manos sobre mis piernas y las subía demasiado.

De ahí que le dijera que no se acercara tanto, porque cada vez que las yemas de sus dedos rozaban la curva de mi trasero y sus manos caían hacia la parte interna, deslizándose por mi piel lentamente, antes de volver a iniciar el recorrido, a mí se me cortaba la respiración.

—Tienes que aprender a tomarte la vida de manera diferente —me dijo.

—Me tomo la vida estupendamente, te lo aseguro, pero…

—Mira a tu alrededor —me interrumpió.

—¿Qué?

Apoyé los codos en la cama balinesa, para elevar la parte de arriba del cuerpo. Continué mirándolo a él, sin comprender lo que quería decirme.

Su ceja alzada y su media sonrisa me hicieron negar, al mismo tiempo que hice lo que me pidió.

—¿Por qué… por qué estamos solos? ¿El festival ha acabado por ahora? —pregunté sorprendida.

Era imposible, lo de que había terminado. La música seguía escuchándose, pero por más que miré a nuestro alrededor no encontré a nadie.

Todas las personas que vi se encontraban muy lejos de nosotros, demasiado. Las camas balinesas, a excepción de la nuestra, estaban desocupadas. Ni siquiera había camareros ni personas de seguridad.

Hasta la parte de la playa que quedaba a unos metros de nosotros estaba solitaria.

—Un poco de tranquilidad e intimidad siempre vienen bien. ¿O no?

—¿Has despejado la zona para nosotros? —continué hablando sorprendida.

—De algo debe servirme que pueda controlar esta isla y todo lo que pasa en ella —sonrió con picardía.

—No me lo puedo creer… Había mucha gente, ¿a dónde se han ido?

—Ahí no entro, cada cual habrá decidido hacia dónde ir. Te aseguro que hay muchas opciones y espacio para todos.

Me hizo un guiño.

—No puedes echar a la gente porque a ti…

—No he echado a nadie —me interrumpió—. Solo he pedido que se corriera la voz de que este espacio debía quedarse vacío.

—Eres un peligro —suspiré.

No salía del asombro con este hombre.

—No me mires así —me pidió riendo.

—Es que lo tuyo es muy fuerte.

Negué con la cabeza.

—¿Qué es lo mío, exactamente? —Elevó las cejas.

—Conmigo no te hagas el tonto y el inocente, que no tienes ni un pelo de ninguna de las dos cosas.

Resoplé escuchando sus risas.

—Ahora que ya puedes relajarte déjame echarte crema como quiero, sino esta noche te dolerá. El sol pega fuerte y llevas un rato bocabajo.

—Puedo echármela yo.

—¿Y dónde estaría la gracia?

—En ningún lado, porque no la tiene.

Romeo soltó una carcajada, se lo estaba pasando bomba el tío.

Me colocó una mano en la espalda y con ella me empujó suavemente para que cayera de nuevo sobre la cama. Me dejé llevar por el movimiento, sin saber muy bien cuáles eran sus intenciones reales.

Con los brazos extendidos a los lados de mi cuerpo y con la mejilla apoyada en una toalla, que no recordaba haber puesto ni era mía, cerré los ojos al sentir otra vez sus manos deslizándose por mis piernas.

Se me escapó un suspiro entrecortado, antes de tragar saliva. Toda mi concentración se fue hacia el recorrido que hacían las manos de Romeo, como si en cualquier instante me fuesen a abrasar la piel.

Poco faltó, sobre todo cada vez que llegaba a la curva de las nalgas, las que me acariciaba muy sutilmente, para después descender por la cara interna de mis muslos. Cada vez que hacía eso se me erizaba la piel, por lo sensible de la zona y porque pasaba a centímetros de la braguita del bikini.

Se quedaba tan cerca… y a pesar de que no me tocaba y que ni siquiera me rozaba ahí, mi cuerpo ardía más en cada nueva pasada.

Romeo sabía muy bien lo que hacía, pero no sería yo la que se quejara ni la que le dijera algo al respecto. A pesar de lo poco que lo conocía sabía lo que estaba buscando: una reacción mía que le pusiera el camino aún más fácil, para darle libertad. Eso se notaba, se intuía.

—Tienes la piel muy caliente.

No tenía cara ni nada. Caliente, decía. Me tenía hirviendo por dentro.

—Lo normal bajo el sol —dije.

No iba a darle tan fácilmente lo que quería.

Lo sentí moverse. Se apartó de mis piernas, por lo que supuse que había terminado.

—Abre las piernas —me pidió.

—¿Cómo?

—Si te cuesta empieza por una y después por la otra. Abrir las piernas significa que las separes, para dejar un…

—¿Tú eres tonto? —le pregunté.

Separé lo justo la mejilla de la toalla, para elevar la cabeza. Soltó una carcajada al mismo tiempo que yo ponía los ojos en blanco.

—Has sido tú la que me has preguntado cómo —sonrió.

—No puedo contigo, de verdad que no puedo.

Me dio por reír, por los nervios.

—Abre las piernas para mí, preciosa —insistió, acariciándome uno de los gemelos.

Su voz, joder, con su voz. Y la forma que me lo pidió… en el peor momento los pensamientos se me fueron hacia donde no debían.

—Ahora voy a la espalda y después te darás la vuelta para que continúe por delante.

—No hace falta que te esmeres tanto.

—Me gusta hacer las cosas bien, sin margen de error o dejando muy poco —comentó.

—Eres muy pesado.

—Pero me adoras.

Solté una carcajada.

—Más quisieras…

—Lo harás. Me adorarás y besarás el suelo que yo pise.

—Estás fatal.

—Lo que yo diga —rio.

Para no escucharlo más deslicé las piernas hacia cada lado, solo un poco. Al menos de esa manera se pondría a trabajar y se callaría.

Romeo colocó una rodilla en el hueco que dejé y lo hizo más grande, empujando él. Me abrió las piernas a su antojo, hasta que se quedó en la postura que quería.

Sumó su otra pierna entre las mías y cerré los ojos tragando saliva, con la tranquilidad de que él no podía ver ni notar todo lo que me provocaba.

El chorro de crema que cayó directo en el centro de mi espalda me erizó todo el cuerpo. Entreabrí los labios. Romeo colocó rápido las manos sobre mí y comenzó a extender la crema por mi piel.

—¿Puedo?

Abrí los ojos de golpe y lo miré de reojo, sin separar la cara de la toalla.

—Sí —le contesté susurrando.

Sus dedos deshicieron el lazo de la parte de arriba de mi bikini, que era para lo que le había dado permiso. Ambas tiras cayeron a cada lado de mi cuerpo.

Durante un breve tiempo nos mantuvimos callados y Romeo no hizo nada, solo me observó. Lo noté, pero volví a cerrar los párpados porque si lo miraba en este instante…

Continuó esparciendo la crema, ahora sin nada que le impidiera deslizar las manos por toda mi espalda, con total libertad. Dejé salir el aire que había estado reteniendo.

Intenté relajarme, pero no lo conseguí. Imposible con Romeo tan cerca de mí y tocándome. Solté el aire despacio, sin abrir los ojos, y me concentré en seguir el movimiento de sus manos.

No era justo que me sintiera tan bien, ni que diera tan buenos masajes. Romeo no estaba solo echándome crema, aprovechaba cada pasada para presionar donde más lo necesitaba.

—Estás demasiado tensa —dijo hablando bajo.

—Llevo muy poco de vacaciones, cuando vuelva a la rutina estaré como nueva —aseguré.

—Lo dudo si no le pones remedio. Yo puedo ayudarte.

—¿A qué?

—A relajarte.

Reí, por nervios y por no soltarle una bien gorda.

—¿Ahora qué he dicho que te hace tanta gracia?

Cómo me ponía su acento…

Capítulo 12



Romeo

—¿No quieres mi ayuda? —insistí, por su silencio.

Seguí moviendo las manos, las llevé hasta sus hombros y las deslicé por sus brazos, notando en todo momento su piel erizada.

Sonreí, porque me encantaba cómo reaccionaba por mi contacto. Podía presentarme batalla, enfrentarme con alguna gracia de las suyas, e incluso hacerse la ofendida, pero lo que no podía ocultar en cada uno de sus gestos y en las respuestas de su cuerpo, era lo que le gustaba y disfrutaba.

Por mucho que se negara a ello. Solo era cuestión de tiempo, de menos del que ella se imaginaba.

—¿Por qué no te dejas llevar de una vez por todas? Aunque sea una vez en tu vida —le propuse.

Deseaba tanto que lo hiciera, aunque la Carina peleona y que no podía controlar la lengua también me ponía como una moto. Me encantaba su resistencia y más aún trabajar para derribarla.

—Estamos solos en esta isla y…

—¿Solos? —rio— Hay más gente en esta isla que en la de las villas.

Apoyé una mano en la cama balinesa y la otra la mantuve sobre su espalda. En esa postura me incliné hacia ella, hasta que mis labios casi le rozaron la mejilla.

La tensión de su cuerpo fue inmediata, al sentir el mío casi pegado al suyo.

—Las personas de aquí no me importan nada —le susurré—. A ti tampoco tendría que importante, *bella*. Aquí no conoces a nadie.

—Pero tú sí.

Me miró de reojo.

—Soy el jefe, tengo carta blanca.

Le hice un guiño.

—Tienes mucha cara —rio y sonreí.

—Entonces que… —Le di un toquecito en la mejilla, con la punta de la nariz—. Dime que te quedas en mis manos, al menos durante los tres días que dura el festival, para relajarte a mi antojo.

—Tú sabes demasiado —carraspeó.

—Lo estás deseando.

Le di un beso rápido en la mejilla y me separé un poco, pero no me aparté del todo.

—No des tantas cosas por hecho —me pidió, haciéndose la fuerte.

—Quieres que te cuente todo lo que me está gritando tu cuerpo.

Contuvo la respiración cuando deslicé por la cama la rodilla que tenía flexionada, entre sus piernas. La dejé ahí, bien pegada, en contacto, para que fuera muy consciente de la ligera presión que ejercía por encima de la braga de su bikini.

No podía llegar a saber del todo cómo estaba ella, aunque me hacía una buenísima idea, pero yo… yo me había empalmado y me estaba costando un esfuerzo enorme mantener la respiración estable.

Todavía no quería delatarme, no quería que se diera cuenta de cómo me tenía, por lo que evité rozar el cuerpo con el suyo. Con que me notara cerca tenía suficiente, por el momento.

—Ahora va a resultar que eres un experto en el lenguaje corporal —dijo con humor.

—Cuando quieras te lo demuestro, *bella*.

—Deja de llamarme así en italiano —me pidió riendo.

Su nerviosismo era evidente.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

—Prefiero que me llames por mi nombre —suspiró—. Porque no dejas de hablar, vuelves a la posición de antes y me haces una pequeña demostración de cómo pretendes relajarme.

Solté una carcajada, antes de incorporarme. Volví a mover la mano que no había apartado de su espalda, mientras que con la otra cogía el bote de crema. Le eché un poco más, lo que provocó que diera un pequeño respingo ante el contacto de la crema.

Se la esparcí enseguida, deslizando con más suavidad y rapidez las palmas.

—Oh —dijo con la voz ronca.

Fue al cabo de unos minutos, por el masaje.

Sonreí de medio lado y seguí esmerándome. No era mentira ni una excusa lo que le había dicho de que estaba tensa, en cuanto le toqué la espalda me encontré con varias contracturas importantes y me dediqué a disminuirle la tensión.

No supe cuánto tiempo estuve dándole el masaje, perdí la noción, pero no solo me centré en su musculatura, sino también en provocar que su piel se erizara cada vez que la punta de mis dedos le rozaban los laterales de los pechos.

Para ello le hice subir los brazos, por encima de su cabeza.

En varias ocasiones levanté la mirada, para comprobar que la zona seguía despejada de gente. Así fue, aunque no tenía ninguna duda de que hasta que no nos fuéramos nosotros esta parte no volvería a estar animada.

Para que fuese posible había una única persona que se encargaba de que continuáramos teniendo la intimidad y la privacidad que necesitábamos, persona que Carina no vio cuando le pedí que mirara a nuestro alrededor, para darse cuenta de que estábamos solos.

La única persona que había era Luigi. ¿Y quién era él? Un gran amigo mío, aparte del hombre encargado de mi seguridad personal. Luigi y yo llevábamos toda la vida juntos, nos unió el crecer siendo vecinos y de ahí a convertirnos en inseparables pasó muy poco tiempo.

De mi familia solo tenía yo seguridad privada porque en realidad no la necesitábamos, a pesar de la fortuna que teníamos y de todos nuestros negocios. Luigi llevaba conmigo desde que comencé a trabajar. Él era un par de años mayor y por aquel entonces acababa de abrir su propia empresa de seguridad, por lo que yo tuve claro que quería ser uno de sus clientes.

Y así comenzó nuestra unión a nivel profesional, la que continuaría hasta que él se cansara de ir conmigo a todos lados. Luigi aterrizó para llegar a esta isla, con el único propósito de estar conmigo los días del festival. Después, una vez finalizado, se iría para continuar con sus vacaciones.

Aprovechábamos las mismas fechas, aunque en muchas ocasiones viajábamos juntos, pero por placer, como amigos, dejando el trabajo olvidado.

Hasta ahora no nos habíamos visto de cerca, aunque supe enseguida, al poco de llegar a la isla, que él se movía detrás de Carina y de mí. En ningún momento había llamado la atención, quedándose a la distancia justa para que ella no fuese consciente de su presencia.

—Perdona —le dije a Carina, cuando me sonó el teléfono.

—Tranquilo —susurró, adormilada.

Sonreí mirándola, había conseguido relajarse. Muchísimo. Lamenté tener que parar.

Aparté las manos de su cuerpo, me las froté para eliminar un poco los restos de crema y terminé limpiándomelas en la toalla, para coger el móvil.

Contuve la risa al leer el mensaje de Luigi.

Luigi: *Ya veo que te lo estás pasando muy bien y que estás entretenido. ¿Cuándo pensabas decirme que en el poco tiempo que llevas de vacaciones has sumado otra conquista a tu gran lista?*

Romeo: *Ja, ja, ja… Como si no lo supieras. ¿Ya estás con los dramas? ¿Tan pronto?*

Luigi: *¿Sabes cómo se llama la chica o no te ha dado tiempo a preguntarle su nombre, antes de casi echarte encima de ella? No sé cómo lo haces, tío, todas caen rendidas ante ti. Y a mí que no se me ha pegado nada en todos estos años… joder.*

Romeo: *Parece mentira que me conozcas y que no deduzcas todo lo que me ha dado tiempo a hacer desde el poco tiempo que llevo aquí.*

Luigi: *Pensaba que tus padres te frenarían un poco.*

Romeo: *Como si ellos pudieran hacer algo a estas alturas de mi vida. Ja, ja, ja… Ahora qué soy ¿un adolescente? Ya te contaré muy bien cómo ha ido todo, llevas días desconectado y no he querido agobiarte.*

Luigi: *Tendrás que hacerlo por partes y con tiempo, porque me da a mí que vas a estar muy ocupado durante el festival y yo me largo cuando termine.*

Romeo: *¿Estás celoso porque no vas a tenerme para ti todo ese tiempo?*

Luigi: *No me hagas hablar…*

Romeo: *Voy.*

Con una gran sonrisa, al límite de soltar una carcajada, me incliné un poco hacia Carina, para hablarle en un tono muy bajo.

—¿*Bella*? —la llamé e insistí una vez más.

Simplemente probé, pero no esperaba una contestación por su parte, o alguna salida ingeniosa por referirme a ella de esa manera, en italiano. Solo confirmé que Carina se había dormido.

Le até las cuerdas del bikini, haciéndole el lazo que le deshice, y me separé de ella. Me bajé de la cama, me calcé, y fui hacia donde Luigi, quien se había girado y miraba en mi dirección.

Mi sonrisa se amplió cuando me acerqué a él. Era imposible que lo reconocieran como alguien de seguridad y mucho menos privada, a no ser que surgiera algún altercado en el que interviniera. Luigi iba vestido con unas bermudas y una camisa de manga corta, con ropa moderna y perfecta para su edad, pero iba muy veraniego.

Cuando me paré frente a él nos dimos un fuerte abrazo.

—¿Qué tal? —le pregunté.

—El vuelo bien, aunque he terminado hasta las narices —negó.

Para llegar hasta aquí, desde la parte de Italia en la que mi familia y yo cogimos el vuelo para comenzar las vacaciones, no había muchas horas. Pero Luigi no cogió el vuelo desde Italia, embarcó bastante más lejos de nuestro país, por lo que su trayecto había durado mucho más. Y al terminar el festival regresaría a ese lugar para continuar con su descanso. De ahí su queja, por las horas de vuelo.

—Poco más puedo decirte por ahora —continuó hablando—. En cuanto he llegado al aeropuerto me han traído hasta aquí y ya solo he tenido que esperar a que llegaras.

—¿A qué hora?

—A las siete y media he pisado la arena de la playa de aquí.

—¿Has ido al apartamento a descansar?

—Sí —me confirmó.

Estaba refiriéndome al alojamiento del edificio en el que también estábamos Carina y yo. Luigi y yo siempre utilizábamos el mismo cuando viajábamos hasta aquí, mi amigo ocupaba el apartamento que tenía el balcón pegado al mío.

El muro que separaba a ambas terrazas era lo suficientemente alto como para mantener la privacidad, aunque lo saltábamos cada vez que nos apetecía.

—¿Quién es? —me preguntó.

Miró por encima de mi hombro, hacia la cama balinesa. Carina apenas se veía desde nuestra posición, al estar tumbada.

—Estaba esperándote en la playa cuando has llegado con ella en la lancha taxi.

—Se llama Carina y es famosa.

Arqueó una ceja.

—¿Famosa de qué?

—De algo en lo que tú no la reconocerías nunca —reí—. En la burbuja de felicidad que vives, pasando de muchas cosas, es imposible que sepas por ti mismo que Carina es *influencer*.

—Ah, joder. Ni puñetera idea.

Reímos.

—La he conocido en la otra isla, ya te contaré con tiempo cómo se ha dado todo. Los dos hemos venido con nuestras familias para disfrutar de las vacaciones. A los demás los hemos dejado en la isla de las villas, Marco protegiendo a Julia, la hermana de Carina, y los padres de los cuatro han quedado para desayunar y para lo que les vaya surgiendo durante el día.

—Suena bien —sonrió—. Aunque lo de la protección de tu hermano a esa chica es cuestionable, más bien ella necesitará que se lo alejen —dijo con humor.

Volvimos a reír.

—Créeme, Julia está encantada y te digo que ella tira más de él que a la inversa.

—¿En serio? Joder, entonces son almas gemelas.

—Nos vemos y hablamos más tarde. —Coloqué una mano en su hombro—. Vuelvo con Carina, se ha quedado dormida y al final se va a quemar.

—Sé un caballero y quémate tú por ella.

—Es lo que llevo haciendo desde que la conocí.

Le hice un guiño y lo dejé riendo. Me alejé de él para regresar a la cama balinesa.

Capítulo 13



Carina

—Eh… pensaba que todavía estabas dormida y de espaldas —me dijo Romeo.

Giré la cabeza hacia él, bocarriba. Tenía la cabeza apoyada en un cojín cómodo y circular que ocupaban gran parte del ancho de la cama.

—Me he despertado hace un ratito. ¿Quién es? —Le pregunté, señalando hacia atrás.

—Un amigo.

Se sentó en el borde de la cama, subiendo una pierna que dejó doblada.

Yo también me senté en el centro de la cama, cuando me incorporé para girarme un poco hacia el hombre por el que le había preguntado. Me fijé bien en él, desde la distancia.

—¿Y por qué se ha quedado ahí, tan quieto?

—No va a acercarse, se quedará dónde está hasta que nosotros nos vayamos. Está controlando que no venga nadie a molestarnos.

Dirigí la vista hacia él, elevando las cejas.

—¿Qué te apetece hacer? ¿Quieres otro baño o nos movemos?

—Ya he tenido bastante baño por hoy —negué, sonriendo.

Miré hacia la zona que se veía animada por el festival.

—De acuerdo, pues tenemos dos opciones.

—¿Cuáles?

—Recoger aquí para acercarnos un rato al festival y después ir al apartamento a ducharnos, para prepararnos para salir a cenar y hacer lo que más te apetezca. O ir ahora directamente al apartamento, ducharnos, arreglarnos y salir para al festival y después a cenar. Lo que más te apetezca, estoy a tus órdenes.

—¿Qué es lo mejor?

—Yo elegiría la segunda opción. Son las seis y cuarto, buena hora para ir al apartamento porque entre que llegamos y terminamos serán entre las siete y media o las ocho. A esa hora ya no hace calor y podemos ir dando un paseo a la parte más cercana del festival. Cuando nos cansemos nos paramos a cenar donde más nos apetezca.

—Vale —acepté sonriendo.

—Pues ¿nos vamos?

—Sí.

Me deslicé al borde la cama y me levanté al mismo tiempo que Romeo. Él cogió mi bolso playero y lo dejó en alto. Le di su ropa y yo me puse la mía, el pantalón corto vaquero y la camiseta. Cuando estuvimos preparados me colgué el bolso al hombro y nos dirigimos hacia un lateral de la zona de las camas.

Romeo silbó, su amigo miró en nuestra dirección y me pareció ver que asentía. Entonces se movió y desapareció de nuestra vista.

Nosotros caminamos por la arena de la playa, donde había bastantes personas disfrutando de la tarde. Regresamos al apartamento en un paseo cómodo, comentando todo lo que íbamos viendo.

En varias ocasiones lo miré de reojo, pero Romeo, aparte de quitarme el bolso para llevarlo él, no hizo nada que me pusiera nerviosa. Todavía recordaba sus manos sobre mi piel y no entendía cómo había conseguido dormirme con él tan pegado a mí y tocándome.

—¿En qué piensas? —me preguntó, pillándome por sorpresa.

—En nada —contesté demasiado rápido.

—Ya…

—Tenía la mente en blanco.

—Vale.

—Es verdad —reí.

—No he dicho que no lo fuese —sonrió de medio lado.

Llegamos al apartamento con miradas cómplices y en cuanto entramos fui directa al armario, para sacar el vestido que tenía en mente. Ese sería el elegido para ponerme una vez que me duchara. Hablando de ducha…

—¿Entras tú primero? —le pregunté.

—Me quedo el último, soy más rápido —me contestó con un guiño.

—No voy a tardar, puedo secarme el pelo aquí fuera.

—Tómate el tiempo que necesites, no tenemos ninguna prisa.

—Vale.

—En el baño tienes todo lo que necesitas, las toallas están en el mueble y en la bañera verás que tienes varios geles de baño y champús.

—Gracias.

Antes de entrar en el baño con el vestido, la ropa interior y el neceser, cosas que cogí en el último momento, lo vi sacar un botellín de cerveza de la nevera. Me hizo un guiño y se dirigió a la terraza.

El baño era otra cucada, no le faltaba ningún detalle y a cada cual era más bonito. Llamaba mucho la atención. La bañera ocupaba todo un lateral, de punta a punta. Era alargada y ancha, casi idéntica a la que teníamos en la villa de la otra isla.

Me desvestí sin perder tiempo. Dejé la ropa doblada sobre el mueble de las toallas, del que saqué dos de diferentes tamaños, para el cuerpo y el pelo. Después de colocarlas cerca de la bañera, para tenerlas a mano, entré en la bañera y abrí el grifo, sin que me diera el agua.

Cuando la tuve a una buena temperatura solté un suspiro y cerré los ojos, mientras me caía sobre la cabeza. Estuve un ratito sin moverme, disfrutando de la sensación, hasta que comencé a enjabonarme. Me duché rápido, de la misma manera que me sequé.

Con la toalla enrollada a la altura del pecho, cogí del neceser el cepillo del pelo y me lo cepillé, antes de secármelo con el secador que encontré en un cajón. Cuando terminé me puse la ropa interior y el vestido, y me miré en el espejo, sonriendo.

Me sentaba genial, con el colorcito tan bonito que había cogido desde que inicié las vacaciones. No me había dado tiempo a estar mucho tiempo expuesta al sol, pero había sido suficiente porque aquí parecía que apretaba más. Gracias a eso no me maquillé mucho, no lo necesité. Me centré en hidratarme la cara, en ponerme la máscara de pestañas y en pintarme los labios.

Después de echarme el perfume salí del baño descalza, con las toallas y la ropa doblada. Todos los suelos estaban brillantes, incluso el de la terraza.

En ella estaba Romeo, hablando con alguien. Podía escuchar el sonido de su voz, pero no tan claro como para saber qué decía. En un principio pensé que estaba al teléfono, pero no, porque me di cuenta de que lo tenía sobre la mesa de la terraza.

Además, cuando dejé en el armario la ropa que me había quitado, vi un botellín de cerveza sobresalir de la pared que separaba nuestra terraza de la del vecino. Hacia el otro lado no había.

Caminé hasta la corredera y la deslicé. No hizo ruido al moverse ni yo tampoco al ir descalza, por lo que Romeo no se dio cuenta de que salí a la terraza.

—¿Estás seguro de que no te dará problemas? —le preguntó una voz de hombre.

Miré de reojo hacia Romeo, mientras yo me acercaba al tendedero que había en un lateral.

Él estaba apoyado en la barandilla del final de la terraza y echó la cabeza ligeramente hacia atrás, cuando bebió un sorbo de cerveza.

—Confío en que todo irá bien, el tiempo lo dirá.

—Es admirable tu optimismo —dijo el otro.

No tenía ni idea de lo que hablaban, pero era la primera vez que veía y sentía a Romeo serio.

Estaba tendiendo las toallas cuando…

—Eh… no te he oído —me dijo, al darse cuenta de mi presencia.

—Ya lo sé —sonreí mirándolo.

—Estás preciosa.

Se separó de la barandilla, dejó el botellín de cerveza en la mesa y caminó hacia mí.

—No es para tanto —le quité importancia.

El vestido era muy bonito y a mí me encantaba ponérmelo, porque era muy cómodo y fresco, aparte de que me sentaba genial. Pero no quedaba bien que yo lo dijera.

—Y tanto que lo es —insistió cuando se paró frente a mí.

Miré hacia el muro que separaba nuestra terraza de la del vecino.

—Estamos solos.

—Hasta hace unos segundos estabas hablando con alguien. ¿También conoces al que se aloja al otro lado?

—Conozco a muchas personas, *bella*.

—Ya… por eso ser el CEO y dirigir esta isla, ¿no?

—Exacto.

No le dije nada cuando sus dedos acariciaron los tirantes, por encima de mis hombros. Y, por supuesto, no rechacé el beso que me dio en los labios.

—Hueles de maravilla —susurró, sin apartarse del todo.

—Gracias.

—¿Estás segura de que quieres que salgamos?

—Habíamos quedado en eso, la segunda opción era venir para arreglarnos y después…

—Podemos añadir ahora mismo una tercera opción.

—¿Cuál?

—Puedes quedarte tal y como estás, descalza, o cambiarte. Tú eliges. Me ducho y pedimos una buena cena, para que nos la traigan al apartamento. Cenamos aquí, en la terraza, te encantará ver el reflejo del mar cuando esté oscuro y podemos poner unas velas para hacerlo más especial. Después, cuando terminemos de cenar, nos trasladamos a la cama balinesa con unas copas y la música de fondo que queramos. Para el resto de la noche nos dejamos llevar, bajo las estrellas.

—Suena muy tentador —susurré.

—No más de lo que lo eres tú.

Me agarró de la nuca y unió nuestros labios de nuevo, pero esta vez el contacto no fue breve con un beso corto, esta segunda vez su boca devoró la mía y yo igualé su ritmo.

Fue nuestro primer beso profundo y pasional, tanto que me faltaba la respiración cuando conseguimos separarnos.

Capítulo 14



Saqué de la nevera un botellín de cerveza y volví a la terraza, con el móvil.

Suponía que, como sabían que Romeo venía a la isla por lo del festival, alguien de los que trabajaban para él le había llenado la nevera y la despensa. Había de todo, tanto de comida como de bebida.

Al pasar frente a la puerta del baño escuché el agua correr, Romeo ya estaba en la ducha. Hacía unos minutos que entró, después del beso con el que me había dejado flotando en una puñetera nube.

Joder, cómo besaba el italiano…

Fui hacia la barandilla del final de la terraza y apoyé los brazos en ella, inclinada hacia delante. Me llevé el botellín a los labios, para darle el primer sorbo a la cerveza. Me sentó de lujo, por lo fría que estaba.

Al final no habíamos decidido qué hacer esta noche. Yo no me había quitado el vestido y continuaba descalza. Me había dejado tan atontada con el beso que se me olvidó todo lo demás. Cuando nos separamos Romeo se fue al baño y yo me quedé unos minutos al aire libre, recuperándome.

Para ser sincera la última opción de todas era la que me gustaba y me apetecía más. Ya había visto un poco del festival y todo lo que movía, aunque fuese desde lejos, y teníamos dos días completos para aprovecharlos recorriendo la isla.

Pero claro, el plan que me había propuesto de quedarnos en el apartamento suponía mucha intimidad y… ¿A quién quería engañar? A mí misma no podía porque deseaba a estar a solas con él y dejar que todo fluyese entre nosotros.

A estas alturas lo quería más que nada, Romeo me había creado una pequeña adicción a él y necesitaba mucho más de lo que me había dado hasta el momento.

Dejé el botellín en un macetero vacío que colgaba a un lado de mí y desbloqueé le móvil. Miré un momento hacia la terraza vecina, pero no había nadie.

Me centré en el teléfono y entré en la aplicación, para hacerle una videollamada a mi hermana. La cara de Julia apareció a los pocos segundos, llenando la pantalla y reí al ver lo roja que se había puesto hoy.

—¿Sabes lo que es la crema solar y para lo que sirve? —le pregunté con humor.

—Calla, como si eso fuera importante. Cuéntame cómo va, ¿ya has dejado al italiano seco?

—¡Julia! —exclamó nuestra madre.

Soltamos una carcajada, yo con la cara colorada.

—Qué bruta eres —le dije, negando con la cabeza.

—Oye, que lo que es, es… dame unos minutos, cuando me aleje de nuestros padres, y entonces te explicaré cómo he dejado yo a Marco.

Rio y sonreí.

—Hola, cariño —me saludó mi madre.

Amplié la sonrisa cuando le quitó el móvil a Julia, para salir ella.

—Hola, mamá.

—Qué bien te veo.

—He pasado un día muy bueno.

—¡Todavía no ha terminado! —gritó mi hermana— ¡Ya verás lo que te espera! —rio.

—Hija, ¿hace falta que grites tanto? —le preguntó nuestro padre.

—Es que mamá se ha apoderado de mi teléfono.

—Cállate, Julia —rio la aludida y después se dirigió a mí—. Me alegro de que te hayas divertido, cariño. ¿Qué tal el festival?

Mi padre se asomó a la pantalla y después de saludarnos comencé a explicarle lo que había hecho. También les dije que todavía no sabíamos si nos quedaríamos en el apartamento o saldríamos un rato.

—Tenéis tiempo para estar en la calle —me dijo mi padre.

—Sí y la verdad es que cuanto más tiempo pasa más cansada me siento.

—Eso es por la playa, el sol y el agua —comentó mi madre y sonreí.

—Me voy a mi villa para ducharme, no quiero llegar tarde —habló mi hermana, pero no la vi.

—Ha quedado otra vez con Marco —me contó mi padre.

—Parece que no han tenido suficiente con todas las horas que han pasado en alta mar en el yate —dijo mi madre.

—Pues no —rio Julia.

—Sigue pasándotelo bien, cariño. Ves dándonos alguna señal hasta que vuelvas aquí —me pidió.

—Tranquila, mamá. Os escribiré y si puedo como hoy, os hago una videollamada rápida.

—Estupendo, tesoro —sonrió mi padre—. Ten cuidado y dale saludos de nuestra parte a Romeo.

—Sí. Os quiero.

—Te queremos —dijeron al unísono.

Los escuché sin verlos porque mi hermana les quitó el teléfono, para despedirse de ellos.

—Espera, que llego a la villa —me pidió Julia—. ¿Todavía tienes tiempo? ¿Podemos hablar con calma?

Giré la cabeza hacia atrás, para ver que la puerta del baño continuaba cerrada, con Romeo dentro.

—Sí.

—Vale. Ya he llegado. —Bajó el tono de voz—. ¿Qué tal te ha ido? A mí explícame la versión con rombos.

Reímos.

—Pues menuda decepción vas a llevarte porque no tengo nada más que contar que lo que has oído.

—¡No te creo! —Agrandó los ojos. Se tumbó en la cama bocabajo y apoyó el teléfono en la almohada, como si la viera—. Me estás diciendo que tú y él no…

Con los movimientos que hizo con las manos no necesitó terminar de decirlo.

—No —sonreí.

—La Virgen. ¡No me lo puedo creer!

—¿Y tú con Marco? ¿Qué tal te ha ido el día?

—Ay, vete preparando porque cuando tengamos tiempo para hablar tranquilamente te voy a dejar muertecita —rio.

—¿Te has quemado el cuerpo igual que la cara?

—No es para tanto, en la cámara se ve más exagerado.

—¿Seguro? —Elevé una ceja.

—Sí y no me duele.

—Eso es bueno.

—Y sí, tengo todo el cuerpo de la misma manera, pero hermana, cada centímetro rojo de mi piel ha merecido la pena.

—Al menos habrás salvado algunas partes, ¿no?

Negó con la cabeza.

—Hemos pasado un montón de horas desnudos en el yate —susurró acercándose mucho a la pantalla.

—¿Qué me dices? —me sorprendí— ¿Y el capitán o como se llame el que dirigía el yate?

—Nos ha dejado solos.

—¿En serio?

—Sí, en algún punto del mar ha parado el yate y nos ha explicado donde lo teníamos todo, antes de decirnos que se iba para que tuviéramos intimidad. Aunque no nos ha dejado solos del todo, se ha quedado en otro barco que ha venido a por él, pero este se ha quedado a la suficiente distancia para que Marco y yo pudiéramos hacer lo que nos diera la gana —sonrió.

—¿Sabes que existen los prismáticos? —Elevé las cejas.

—Qué graciosa —rio de forma exagerada y apreté los labios—. Me da exactamente igual, oye, si alguien ha visto algo pues les hemos alegrado el día porque chica, no hemos parado —dijo con una risilla.

—Qué peligro tenéis.

Negué con la cabeza, sin poder para de sonreír.

—Así que os ha cundido.

—Ni te lo imaginas. Dios, Carina, todavía parece que esté flotando —suspiró.

—¿Qué haréis esta noche?

—Cenar con nuestros padres y después nos separaremos para ir por nuestra cuenta. Hemos hablado de ir a la villa de Marco para tomarnos algo allí y pasar la noche. El día ha sido intenso y es lo que me pide el cuerpo, relax, porque al menos yo he terminado muy cansada.

—Yo estoy igual y no he hecho nada —comenté.

—Estos aires agotan y nosotras solo estamos acostumbradas a ir ratos sueltos a la playa.

—Sí. Te veo genial —sonreí.

—Ay, Cari, es que me siento así. Ha sido un día… —suspiró.

—Imagino que te has hecho muchas fotos hoy.

—Un montón —rio—. Tengo un buen repertorio, sola y acompañada. —Me hizo un guiño—. Mañana publicaré alguna, las que he subido hoy han sido del mar y de la comida. ¿Y tú?

—Pues la verdad es que me he olvidado bastante de las redes.

Me encogí de hombros.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermana? ¡Devuélvemela ahora mismo!

Se levantó de un salto y se quedó de pie en la cama, señalando hacia la pantalla. Solté una carcajada por su reacción y porque tiró el móvil al moverse. Lo vi todo oscuro durante unos segundos.

—Ya está —dijo apareciendo de nuevo, riendo.

—No te veo muy cansada —hablé entre risas.

—A ver, lo estoy, pero tengo mis buenas reservas para esta noche porque va a ser por todo lo alto también —sonrió con picardía.

—Me alegro mucho.

—Gracias y quiero lo mismo para ti. ¡Espabila! —me pidió hablando más bajo.

—Estoy perfectamente y no tengo ninguna prisa. Si pasa algo genial y si no, pues también. Romeo sale del baño.

Escuché la puerta del baño abrirse.

—Vale, cariño. Disfruta a tope de la noche. Hablamos mañana, ¿vale?

—Sí. Te quiero.

—Te quiero.

Colgamos sonriéndonos.

Me incorporé separándome de la barandilla y cogí el botellín de cerveza, mientras me giraba hacia la corredera de la terraza.

Y para qué lo hice porque Romeo estaba parado a los pies de la cama, únicamente con una toalla enrollada en la cadera. Y de qué manera le quedaba… Dios…

La colocaba muy baja, demasiado.

Tragué saliva y bebí un buen sorbo de cerveza. No sabía si estaba babeando y necesité sofocar el calor que sentí.

Capítulo 15



Romeo

Caminé despacio hacia la corredera de la terraza y apoyé una mano en el marco, sin salir.

Carina no apartaba la mirada de mí y como continuara haciendo lo mismo iba a encontrarse con un bulto nuevo en la toalla que llevaba enrollada en la cadera.

—¿Ya te has decidido? —le pregunté.

—¿Para qué? —me devolvió la pregunta, con voz aguda.

Sonreí de medio lado.

—¿Para la cena?

Me crucé de brazos y sus ojos siguieron todos mis movimientos. Suspiró y controlé para no mostrar la diversión que me provocaba. Lo más gracioso era que no se daba cuenta de sus reacciones, al menos en este momento.

—Ah, sí, claro —carraspeó—. Yo… si a ti te parece bien me gusta el plan de quedarnos aquí. Sé que no hemos hecho gran cosa, pero estoy cansada. Además, nos quedan dos días para disfrutar del festival.

—Lo de ir al festival es por ti, Carina. A mí me da exactamente igual. He estado en muchos, a ratos, y la mayoría de las veces ha sido por obligación. Al final acabo pasándomelo bien, pero por la gente que me acompaña.

—Ah, vale.

—Tengo que estar aquí porque es mi responsabilidad, necesito mantenerme cerca por si surge algún problema, por lo demás podemos hacer lo que más te apetezca. Tú manda —me dijo con un guiño—. Yo también creo que lo mejor es tomárnoslo esta noche con calma, mañana ya se verá.

—Perfecto, entonces —sonreí.

—¿Qué te apetece cenar?

—No sé…

—Cualquier variedad que se te antoje la hay.

—Te dejo que hagas los honores hoy. Me gusta todo.

—¿Marisco?

—Genial. Si te apetece…

—Vale, yo me encargo. Haré un variado.

—Bebida hay de sobra, aunque si quieres también podemos preparar algo de cena, en vez de pedirla.

—Quizás en otro momento, hoy no.

—Como quieras…

Miré hacia atrás al escuchar mi teléfono. Fui hasta la mesita de noche donde lo dejé antes de entrar en el baño y lo cogí. Intenté no reírme al leer el mensaje de mi amigo.

Luigi: *He estado escuchando la conversación de Carina con su familia, para tu información, por una vez en su vida, tu hermano te ha superado. Se ha adelantado, ha pasado el día en bolas en un yate, perdido en alta mar con la tal Julia. Y esta noche repite en vuestra villa.*

Romeo: *En algún momento tenía que hacerse mayor.*

Luigi: *Ja, ja, ja… Muy buena esa. Así que esta noche cenita romántica en la terraza del apartamento.*

Romeo: *Sí y ya puedes desaparecer en el interior de tu apartamento, sino quieres que me eche encima de ti. Quiero intimidad, ¿lo pillas?*

Luigi: *Tranquilo, que no llego a tanto. Ja, ja, ja…*

Romeo: *A mí me vas a decir hasta dónde eres capaz de llegar…*

Luigi: *Relájate, voy a salir. Como no vas a moverte del apartamento he quedado esta noche. Ahora me ducharé y saldré a cenar, cuando vuelva aquí será tarde.*

Romeo: *Vale, pásatelo bien.*

Luigi: *Igualmente, tío.*

Romeo: *Te dejo, voy a vestirme y a pedir la cena, para que llegue puntual sobre las nueve y media.*

Luigi: *Vas con tiempo, todavía es pronto. Igualmente, a ti nadie te dice que no aquí. Que vaya bien, nos vemos mañana.*

Entré en la aplicación del restaurante en el que quería pedir la cena y seleccioné todos los platos y la hora de entrega. Cuando terminé dejé de nuevo el móvil en la mesita de noche y miré hacia la terraza.

Carina continuaba fuera, pero de espaldas a mí. Estaba bebiéndose la cerveza apoyada en la barandilla, en silencio, con la vista perdida en algún punto del mar. Lo teníamos justo enfrente y el sonido era hipnotizador.

Recorrí su cuerpo con la mirada, el vestido le quedaba de maravilla, y por lo que parecía iba a continuar llevándolo. Por ese motivo fui hasta el armario y saqué una camisa y un pantalón de lino. Me puse el bóxer y me vestí, quedándome descalzo, como estaba ella.

Me dejé los primeros botones de la camisa abiertos y me la remangué hasta los codos.

Cuando terminé caminé directo hacia la terraza.

—Hola —susurré cerca de su oído, desde su espalda.

Me incliné hacia ella, apoyando las manos en la barandilla, a los lados de su cuerpo.

—Hola —susurró, sin dejar de mirar hacia delante.

—Ya he pedido la cena, la traerán entre las nueve y las nueve y media.

—Perfecto.

—¿Todo bien?

—Sí.

Sonrió rozando los labios con la boca del botellín, antes de beber un trago. Cuando terminó se lo quité de la mano e hice lo mismo, para refrescarme la garganta.

En ese momento se separó un poco de la barandilla y se giró hacia mí. Nos quedamos cara a cara, nuestras miradas se encontraron. Bajé despacio el botellín, para dejarlo en el macetero vacío.

No dejé de mirarla, mientras Carina me daba un buen repaso.

Volví a apoyar las manos en la barandilla, por lo que tuvo que echarse hacia atrás. La dejé encerrada y me quedé muy cerca de sus labios. Nuestras narices se rozaban y nuestros alientos se mezclaban.

No dije nada, lo único que hice fue esperar para darle tiempo a apartarse. Carina no lo hizo, por lo que lo interpreté como que su deseo porque la besara era tan grande como el mío.

El problema era que esta vez no iba a ponerle freno, tal vez haría una pausa si llegaba la cena, pero hasta ahí se quedaría mi contención. Quise transmitírselo con la mirada y lo entendí, y tanto que sí. Y solo eso, fue ella la que acercó los labios a los míos.

Me los rozó y dejé que comenzara a besarme, lo que varió en cuanto mi boca se movió sobre la suya, buscándola, tentándola. Soltó un pequeño gemido cuando mi lengua encontró el camino dentro su boca y se unió a la suya. Comenzamos a respirar el mismo aire, el que era muy escaso.

Carina se agarró de mis brazos, apoyó las manos con fuerza. Le rodeé la cintura con los brazos y la alcé, para alejarnos de la barandilla. No fui muy lejos, apoyé su espalda en el muro que separaba las terrazas, sin dejar de besarla desesperado.

Me rodeó el cuello con los brazos y se pegó más a mí. Yo empujé su cuerpo contra el muro, lo que provocó que se impulsara para rodearme la cadera con las piernas. Solté un gruñido cuando la agarré de las nalgas, pero no fue solo por eso, sino porque su sexo quedó a la medida perfecta sobre la punta de mi miembro.

A pesar de la ropa que llevábamos, ella la braga, porque el vestido no era obstáculo, y yo el pantalón de lino y el bóxer, notamos el contacto tan intenso que gemimos a la vez.

—Mierda… —susurré con la voz llena de deseo.

Carina comenzó a moverse, a balancearse sobre el bulto que ocultaba mi pantalón, y mis pulsaciones se dispararon.

Deslicé las manos por sus nalgas, hasta el vértice de sus piernas, provocándole un jadeo cuando acaricié la goma de la braga. La posición era la perfecta, abierta para mí. No podía tenerme más duro.

—Romeo… —Jadeó, con los ojos cerrados.

Levanté la fina tela y colé varios dedos. Carina gimió y se apretó a mi cuerpo, mientras yo deslizaba los dedos por su sexo. De arriba abajo, de abajo arriba, hasta que me quedé en su clítoris y la torturé con él.

Sus gemidos me incitaron a aumentar la velocidad e intensidad, mientras nuestras continuábamos besándonos, cada vez más desesperados.

Noté el momento exacto en el que el orgasmo se le aproximaba, su respiración se descontroló más y los jadeos cambiaron de ritmo. Se dejó llevar sobre mí, aferrándose con fuerza a mi cuerpo.

Justo en ese momento sonó una llamada en mi móvil.

—Joder, qué oportuno —me quejé.

Apoyé la frente sobre la suya, con los ojos abiertos. Carina no tardó en abrirlos y durante unos segundos nos mantuvimos la mirada, sin movernos y sin decir nada.

—¿No vas a cogerlo? —me preguntó—. Puede ser importante.

—Sé que es importante, es el único motivo por el que me molestarían a estas horas —suspiré.

Se mordió el labio inferior y me cabreé cuando se bajó de mi cuerpo. Cuando se quedó de pie frente a mí no tardé en darle la espalda para entrar a por el móvil. Ella me siguió al interior del apartamento.

—Tengo que irme —le dije, después de comprobar de qué se trataba—. Me necesitan en una zona del festival. —Me giré hacia ella—. Lo siento, no quería dejarte así y…

—No te preocupes, tienes que trabajar y como has dicho, es importante —sonrió.

—Haré todo lo posible por tardar poco.

Tecleé en el móvil un mensaje, avisando a Luigi y diciéndole que lo llamaba cuando estuviera fuera del edificio.

Caminé hasta Carina.

—De verdad que lo siento, no contaba con esto.

Le retiré el pelo de la cara y le acaricié la mejilla.

—Vete tranquilo, Romeo. Lo digo en serio. Continuaré aquí cuando vuelvas.

—¿Me lo prometes?

—Claro.

Me dio un golpecito en el pecho y sonreí. Me incliné para darle el último beso, antes de ir al armario para ponerme los calcetines y ponerme un calzado deportivo que quedaba bien con la ropa que llevaba.

Me guardé la cartera y el móvil en los bolsillos y me despedí de Carina, sin acercarme a ella, porque cada vez me costaba más apartarme.

—Cuando llegue la cena come a gusto y todo lo que quieras. No pienses en mí, en dejarme comida. ¿Vale?

—De acuerdo, pero seguro que sobra bastante.

—Disfruta.

Le hice un guiño.

—Dime tu número de número de teléfono para poder estar en contacto.

Me lo dio y lo grabé, antes de despedirme y abrir la puerta. Me fui del apartamento sin mirar atrás y con una erección enorme.

En cuanto estuve en la calle entré en la aplicación de mensajes.

Romeo: *Este es mi número. Escríbeme todas las veces que quieras, si no te respondo al momento en cuanto lo vea lo haré. Voy a hacer todo lo posible para no retrasarme mucho. Estabas preciosa.*

Cogí una bocanada de aire y descolgué la llamada de Luigi.

—Ve hacia la parte de atrás del edificio, ya estoy en el coche —me dijo.

Capítulo 16



Carina

—Estupendo —suspiré.

Hice una mueca y miré a mi alrededor, hasta que terminé observándome a mí misma.

Ya no tenía sentido continuar con el vestido, por lo que me lo quité y fui con él hasta el armario. Lo dejé colgado y cogí el pijama. Era de dos piezas, de pantalón muy cortito y camiseta de tirantes.

Me puse cómoda y fui al baño para recogerme el pelo en un moño mal hecho.

Se me habían quitado las ganas de todos y eso que esperaba mucho más que el orgasmo que me había regalado Romeo. Pensé en cómo se había ido él y puse los ojos en blanco. Con lo duro que estaba iba a costarle bajar la erección.

Cogí el móvil y otro botellín de cerveza, para salir a la terraza. Total, iba a estar sola y la cena llegaría dentro de poco, por lo que no volvería a ver a nadie. Podía permitirme que me subiera el alcohol, porque algo me decía que Romeo no volvería tan pronto como él quería.

Con las urgencias nunca se sabía y dependiendo del tipo que fueran…

Con lo bien que estaba yendo la noche, ahora que ambos habíamos dado el paso definitivo para… para nada.

Solté un suspiro y me dejé caer en la cama balinesa de la terraza. No tardé en taparme con la manta fina que había a un lado, la noche refrescó lo suficiente para necesitar una capa más de ropa.

Desbloqueé el teléfono y entré en la conversación con Romeo. Solo estaba el mensaje que me había enviado, pero eso cambió cuando grabé su número y le respondí.

Carina: *Ya lo tengo. Tranquilo, no voy a molestarte si no es necesario. Ten cuidado y que vaya bien.*

No supe qué escribirle más, sentí vergüenza de repente, por lo que dejé el teléfono a un lado y bebí un buen trago de cerveza, viendo el agua del mar brillar bajo la luz de la luna.

Romeo no volvió a escribirme y al cabo de media hora picaron al timbre. Fui a abrir porque era la cena y recibí a un chico que me dio dos bolsas bien cargadas. Nada más verlas supe que Romeo se había pasado, sin la necesidad de cogerlas.

Cuando cerré la puerta lo llevé todo a la cocina, donde fui abriendo los envases. Se me hizo la boca agua conforme descubrí la comida que Romeo había pedido. Saqué una bandeja, porque el marisco ocupaba mucho más de lo que en realidad era, y me serví un poco de todo, para no dejarme nada sin probar.

Lo que sobró lo dejé bien cerrado y metí en la nevera todos los envases que no estaban calientes, el resto los dejé sobre la encimera, hasta que se enfriaran.

Cogí los cubiertos, varias servilletas, la bandeja con la cena y una copa que llené con la primera botella de vino que cogí, e hice varios viajes a la mesa de la terraza. La única luz que dejé encendida para que iluminara la terraza fue la del interior del apartamento.

Me acomodé en una silla, mirando hacia el mar, y le saqué una foto al plato, con un paisaje precioso de fondo, mientras sujetaba la copa por encima. Todo se veía perfectamente y espectacular.

La subí a las redes, con la frase: *unas vacaciones maravillosas, por los pequeños o grandes placeres que nos da la vida.*

Le di a publicar y me olvidé del teléfono. Lo dejé a un lado y comencé a comer. El marisco estaba delicioso y terminé chupándome los dedos, y no una vez, sino muchas.

Cené como una reina, acompañando cada bocado con el vino que me gustó mucho. Al final saqué la botella, no tuve bastante con la primera copa.

Al cabo de un rato la pantalla de mi móvil se iluminó con una llamada y sonreí de oreja a oreja. Era mi hermano.

—Dylan —dije al descolgar.

—Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Dy. Espera, voy a lavarme las manos.

—Ya te he visto, ya. Te estás poniendo las botas.

—Acabo de terminar —reí—. Ahora vuelvo.

Me levanté de la silla y llevé el plato a la cocina. Lo vacié en la basura y lo dejé en el fregadero, después de echarle un poco de agua.

Fui al baño a lavarme las manos y salí a la terraza para continuar hablando con mi hermano.

—Ya estoy —le dije.

Puse el altavoz y bajé el volumen, para que su voz no se escuchara muy fuerte, y con el móvil y la copa en las manos, volví a la cama balinesa. Me quedé sentada, con la espalda apoyada cómodamente en cojines, y me tapé con la manta.

—Cuéntame cómo va por ahí —me pidió.

—¿Vas a venir? —le pregunté ilusionada.

—Va a ser imposible que coincidamos estas vacaciones.

—Nooo… Qué dices… —Hice un puchero que no vio.

—Lo siento, peque. Lo tengo complicado con el trabajo, desde hoy solo tengo cuatro días de descanso y después me incorporo al comienzo de una nueva grabación. Son muy pocos días para viajar tanto. Estoy hasta las narices de moverme, la verdad.

—Es normal —sonreí y di un sorbo pequeño al vino—. No te preocupes, es solo que contaba con que podríamos disfrutar de unos días juntos. Tienes que aprovechar esos cuatro días para descansar al máximo y desconectar.

—Lo sé, yo también pensaba que me tendría tiempo. En fin… No voy ni a poder ir a casa.

Se refirió a la familiar, a la de nuestros padres. Ya comenté que vivíamos todos juntos, al igual que Dylan pasaba muchas temporadas fuera por su trabajo.

—Si necesitas algo cuando estemos allí puedo enviártelo.

—Te lo agradezco, cariño, pero ya me las apañaré. No te preocupes.

—¿Estás contento con la nueva grabación? No me habías dicho nada.

—Mucho y no podía decírtelo porque la primera notica sobre el trabajo nuevo me la dieron hace pocas horas. A mí también me ha pillado por sorpresa.

—Vaya.

—Sí. No contaba con ello, ni siquiera he tenido que hacer la audición para que me cogieran como protagonista. Marcelo me llamó para contarme que me habían elegido, que tenían claro que me querían a mí para el papel. Por lo visto llevaban un tiempo detrás de mí, pero como estaba en otro rodaje…

—¡Suena genial, Dy!

—Ya te lo diré de aquí a un mes, lo genial que es.

Reímos.

—Me alegro mucho.

—Lo sé, cariño. ¿Vosotros qué tal por ahí? Hablé con papá el día que llegasteis, pero no he podido llamarlo en otro momento. Mañana lo haré, que por fin tengo tiempo libre.

—Estamos bien y todo va genial, disfrutando cada uno por nuestra cuenta y también juntos. El primer día que llegamos Julia y yo conocimos a Romeo y a Marco, son hermanos mellizos, italianos, y ellos nos llevaron hasta sus padres.

—Te noto animada.

—Porque lo estoy —sonreí—. La madre de Romeo y Marco es una fan de nuestra familia, ha seguido toda nuestra trayectoria. Ellos también han venido juntos de vacaciones, en familia, y hemos hecho buenas migas entre todos —sonreí.

—Suena genial.

—Sí, sobre todo para Julia y para mí.

Reí, aumentando la curiosidad de mi hermano.

—¿Y eso? Dime que ese Romeo y Marco tienen seis años.

Solté una carcajada.

—Un poquito más.

—¿Diez?

—No. Sube.

—Mierda. ¿Dieciséis?

—Digamos que han pasado la etapa de la pubertad, por bastante.

—Joder, joder… ¿Veinte?

—No —reí—. No sigas porque no tengo ni idea de cuántos años tienen, pero lo que sí sé es que Julia se ha acostado muchas veces hoy con Marco.

—¿Qué dices? Quiero saber todos los detalles de ese tío, hasta el número que calza. De todo, porque no estoy refiriéndome a los pies.

Reímos con ganas.

Dylan estaba de broma, aunque no del todo. Era muy protector con nosotras y le daba igual que Julia y yo fuésemos adultas. A pesar de que nadie podía dirigir nuestras vidas, ni lo hacían, eso no quitaba que nuestro hermano siempre estuviera detrás de nosotras, en cada uno de nuestros comienzos.

Por eso Julia siempre tardaba unas semanas en contarle si había conocido a alguien. A mí me daba igual, sabía frenar a mi hermano, mejor que nadie.

Y tenía gracia, porque con el historial de conquistas y líos que llevaba él a sus espaldas… pero sus hermanas éramos intocables, en cierta manera.

—Julia ha pasado el día con Marco, en un yate privado y en alta mar. Así que imagina como le ha ido —le conté.

—Joder. Viva la vida, ¿no?

—Si —le confirmé riendo—. Solo tienes que ponerte tú en situación y entonces…

—Calla, que como me vea a mí en un yate privado, con buena compañía y aislado en alta mar…

—Tú no tendrías bastante con una única compañía —comenté con diversión.

—Nunca se sabe.

—Uy, ¿y ese cambio?

—¿Qué cambio? —rio— Era un decir.

—Ya, ya…

—¿Y tú? ¿Qué me cuentas de ti? —cambió de tema—. No me digas que te has liado con el otro hermano. Niégamelo.

—No lo he hecho.

Le di lo que me pedía, haciendo un gran esfuerzo para no reírme.

—Me cago… ahora dime la verdad, joder.

Solté una carcajada.

Capítulo 17



—Me he liado con Romeo, pero para tu información hasta hace poco solo nos habíamos dado unos cuantos besos.

—Hasta hace poco. ¿Tú quieres que me dé un mareo?

Apreté los labios.

—Me ha regalado un orgasmo antes de dejarme sola.

—¿Te ha dejado sola? Todavía es pronto.

—Ha tenido que irse.

—¿Excusa o verdad? —me preguntó serio.

Sonreí con cariño.

—Verdad. Creo. Si ha sido una excusa peor para él, yo estoy muy tranquila.

—¿Seguro?

—Sí. No te preocupes. No estoy en la isla de la villa.

—Como que no. ¿Dónde estás?

—Esta mañana he venido con Romeo a otra isla que está muy cerca. Hemos llegado en una lancha taxi. Hay un festival muy famoso y me invitó a pasar los tres días con él, durante el tiempo que dura.

—¿Tres puñeteros días solos?

—Efectivamente, Dy.

—Con razón te da igual que te haya dejado sola, sabes que dentro de poco lo tienes ahí otra vez.

Sonreí.

—De ese tal Romeo quiero lo mismo que de su hermano. Datos, dame datos.

—Cuando sepa alguno importante te lo diré, por ahora solo puedo decirte que Romeo es empresario. El padre tiene una empresa aérea y los hermanos trabajan en ella, aparte hoy me he enterado de que es el CEO que dirige todo lo de esta isla en la que estamos, la del festival.

—Esa información no me impresiona. Yo soy el tío del momento, el más guapo, atractivo y que cuando me ven babean por mí. Gano millones y estoy en lo más alto de mi carrera profesional. Ja.

Solté una carcajada.

—Te has venido muy arriba, sobre todo con lo de que babean por ti.

—Si no me lo digo yo para darme ánimos no sé quién lo va a hacer.

Reímos.

Dylan no había dicho ni una sola mentira, tenía razón en cómo se había definido. Pero él era muchísimas cosas más.

—Como si pudieras quejarte… ¿Con quién estás ahora? ¿Cómo se llama?

—Se llama nadie —me contestó.

—¿En serio? ¿Vas a estar solo los cuatro días que tienes de descanso?

—Eso parece.

—No te creo —reí.

—Me he hecho mayor, peque.

—¿Estas bien? —Fruncí el ceño— Siempre estás preocupándote por nosotros y tú…

—Estoy bien —me interrumpió—. De verdad. Lo único que ahora mismo quiero tomármelo con calma. Salgo de un rodaje que ha sido agotador, ni te imaginas cuánto, por lo que necesito recuperar energías. Cuando vuelva a rodar estaré con las pilas cargadas y entonces retomaré todas mis rutinas —comentó con humor.

—Vale.

Soné convencida, pero no lo estaba. Algo no me encajaba, pero no quise insistirle. Sabía que si lo hacía mi hermano se cerraría y no conseguiría sacarle nada.

—¿Ahora qué haces? —me preguntó.

—Sigo en la terraza del apartamento, donde he cenado. Me he puesto cómoda en la cama balinesa y estoy tapada con una manta fina, con una copa de vino en la mano mientras hablo contigo.

—Ojalá estuviera ahí contigo.

—Ojalá —suspiré—. ¿Has cenado?

—No. He llegado al piso poco antes de llamarte y me sentado directamente en el sofá, para hablar contigo. Todavía tengo que ducharme.

—Pide algo para no comer cualquier cosa, por lo cansado que estás.

—Sí. Ahora miro.

—Hablamos mañana, ¿vale?

—Vale, cariño. Pásatelo muy bien y cuéntame cualquier cosa que te pase, no importa si estoy trabajando o si piensas que estoy descansando y no quieres molestarme. Tampoco importa una mierda la distancia.

—Lo haré. Te quiero.

—Te quiero, peque.

Colgué con una gran sonrisa. Antes de dejar el teléfono sobre la cama entré en la aplicación de mensajes y leí el de Romeo. No había vuelto a escribirme.

Me olvidé del móvil y disfruté de la buena noche que hacía, de la musiquita que se escuchaba de fondo, que era muy buena compañía, y de la copa de vino.

Estuve como una hora al aire libre, hasta que los ojos comenzaron a cerrárseme. Por más que quise esperar, por si Romeo regresaba, no lo conseguí.

Me di por vencida cuando la cabeza se me cayó hacia un lado, al quedarme dormida, y me desperté sobresaltada, al estar en una mala posición.

Me levanté de la cama balinesa, lo único que entré al aparamento fue el móvil, lo demás ni me paré a tocarlo. Dejé la manta enrollada sobre la cama balinesa y la copa de vino vacía a los pies de esta, en el lateral. Sobre la mesa de la terraza continuaba la botella.

Puse a cargar el teléfono en modo silencio y fui al baño. En cuestión de segundos estaba tumbada en la cama, en mi lado preferido. No tenía ni idea de si Romeo tenía uno, mala suerte para él, por ser el último que se tumbaría.

Me tapé con la sábana y en cuanto mi cabeza tocó la almohada, cerré los ojos al instante. Caí en un sueño profundo, uno que al cabo de un tiempo se llenó de suspiros y de una respiración entrecortada.

Comencé a sentirme extraña, a querer despertarme, y ese algo me llevó a entreabrir los ojos en la oscuridad. No supe qué hora era, si hacía mucho que me había dormido o no.

Cuando conseguí enfocar la vista vi que había una tenue luz que iluminaba lo suficiente para ver alrededor, aunque no la necesitaba para notar la presencia de Romeo en la cama.

El olor de su perfume y las caricias de sus manos en una de mis piernas me despertó del todo.

—Hola —susurré.

—Hola.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las dos de la madrugada. Siento haberte despertado, pero estabas murmurando en sueños, has empezado a moverte, he escuchado una especie de grito y…

—Todo eso era bueno.

—¿Cómo?

—Que estaba gritando en sueños por algo bueno. Muy bueno —suspiré.

—Déjame que te compense.

—¿De qué manera?

—Devolviéndote ese grito y todos los que he interrumpido, pero provocándotelos en la vida real. Aquí, en este apartamento.

Me mordí el labio inferior y lo miré mejor.

Romeo tenía cara de cansado. Tenía el pelo despeinado, como si se hubiera pasado las manos, alborotándoselo. Se había quitado la camisa y lo único que llevaba era el pantalón de lino. Estaba descalzo porque sus pies rozaban los míos.

—Me he quedado a medias, para venir a rescatarte. *Bella*.

Se señaló el cuerpo, con una sonrisa traviesa.

—Claro, sobre todo, a rescatarme. No sé yo, si de quién tengo que huir es de ti.

—No quieres eso.

Habló mientras se tumbaba despacio sobre mí. Me cubrió el cuerpo con el suyo y nuestras caras quedaron a muy poca distancia, mientras mantenía el peso de su cuerpo apoyando los brazos a los lados de mi cabeza.

—No lo quiero, no —me sinceré.

—¿Y qué quieres, *bella*?

—A ti.

Llevé las manos a su espalda y se la acaricié con la yema de los dedos. Romeo cerró los ojos y respiró más profundo. Supe que me deseaba tanto como yo a él, su miembro duro se clavó en la parte baja de mi barriga.

Me lamí los labios, tenía la garganta y la boca reseca, de repente.

—¿Cómo ha ido la emergencia? —le pregunté.

Apoyó la frente en mi hombro y yo continué acariciándolo. Recorrí toda su espalda, sintiendo cada músculo que se le movía al tensarse. Seguí tocando los laterales, hasta que metí las manos entre nuestros cuerpos.

Le acaricié el pecho y le toqué los pezones. De sus labios salió una especie de suspiro. Le toqué el pelo, enredando los dedos entre los mechones, y entonces sí que suspiró bien.

Después de un rato, dejándole el pelo más alborotado, deslicé las manos hacia abajo y las colé de nuevo entre nuestros cuerpos.

—Tan mal ha ido que no quieres hablar de ello —le dije, por su falta de respuesta.

—Es que no quiero perder ni un segundo contigo hablando del trabajo —susurró en la curva de mi cuerpo.

Contuve la respiración cuando empujó su miembro erecto contra mi ingle. A partir de ahí empezó a frotarse, tan cerca, pero al mismo tiempo tan lejos del punto exacto en el que yo lo necesitaba…

Nos sobraba toda la ropa.

—Al final se ha solucionado —me contó—, pero ha llevado más tiempo del que pensaba arreglarlo. Ha habido un escape de agua importante y he querido quedarme el máximo tiempo posible.

—Vaya… Me alegro de que ya esté solucionado.

—Y yo.

Se separó de golpe de mí y se quedó de rodillas entre mis piernas. Me las acarició sin apartar la mirada de la mía, hasta que llegó a la goma del pantalón del pijama. La agarró con las manos y tiró de la ropa hacia abajo, de toda, incluso de la interior.

Sin apartar los ojos de los míos, deslizó el pantalón y la braga por mis piernas, mientras él se movía para poder sacármelo todo por los pies.

Había tenido relaciones con otros hombres, ni mucho menos Romeo era el primero, pero joder, lo sentí como si lo fuese. Los nervios se apoderaron de mí, este hombre podía llegar a acabar con toda mi cordura.

Entreabrí los labios cuando sus manos volvieron a mis piernas, pero ahora ya no tenía obstáculos, y cuando las deslizó hacia arriba y llegó a mi sexo, solté el primer jadeo real desde que me desperté.

Mis piernas se abrieron más por su cuenta, dándole aún más acceso.

Capítulo 18



Romeo

Había terminado hasta las narices esta noche, o madrugada. Luigi había estado cachondeándose de mí, por las prisas que tenía por volver al apartamento.

Y una parte de mi urgencia no tenía nada que ver con lo que Carina y yo dejamos a medias, justo cuando me sonó la llamada. Que sí, que eso también, pero el motivo principal de querer volver junto a ella era que no me gustó dejarla sola en el apartamento, sin nadie conocido alrededor.

No me gustó ni me sentí a gusto, punto.

Llegué lo más silencioso posible, porque la oscuridad que vi al abrir la puerta del apartamento me indicó que Carina estaba durmiendo. La cama fue al primer lugar que miré, mientras cerraba la puerta despacio. Después de echar la llave caminé hacia ella.

Encendí la luz de la mesita de noche que tenía a mi lado, ya que era muy tenue y cálida. Como ya esperaba ella no notó el cambio, era difícil hacerlo porque la poca claridad que emitía la bombilla no era para nada molesta. Pasaba desapercibida.

Me tomé mi tiempo para observarla a placer. Carina era una mujer preciosa, eso saltaba a la vista, y tenía un carácter que a mí me llamaba a gritos. Me atraía todo de ella.

Estaba bocarriba. Tenía la cabeza apoyada en la almohada, el pelo le caía hacia varios lados. Uno de sus brazos lo tenía levantado sobre la almohada, apoyado muy cerca de su cara ladeada. El otro reposaba sobre el colchón, hasta el codo, porque el antebrazo lo tenía alzado, con la mano colocada en su barriga.

Esta la tenía al aire, la camiseta del pijama se le había subido y uno de los tirantes se le había deslizado hacia abajo, por lo que la tela se había movido y dejaba ver un buen inicio de un pecho precioso. Los pezones se le marcaban.

El pantalón era tan corto, pequeño, o qué sabía yo… caminé despacio hacia el final de la cama y me quedé frente a ella. La sábana se le había enrollado en una pierna, era lo único que le tapaba.

Sin dejar de mirarla, porque me parecía increíble tenerla así, tan cerca y de esta manera, comencé a desvestirme. Saqué el móvil y la cartera de los bolsillos del pantalón, el primero me aseguré de que estuviera en silencio. Lo dejé todo en la silla que había a mi espalda, pegada a la pared, y me quité la camisa.

Iba a desprenderme del pantalón para ir al armario a por el del pijama, ya que era lo máximo que me ponía para dormir, pero de repente Carina comenzó a murmurar algo que no entendí y se movió intranquila sobre la cama. Después soltó un grito, al menos me pareció que lo fue y pensé que estaba teniendo una pesadilla.

Pronto, en cuanto se espabiló después de que la despertara con delicadeza, me dejó claro que mi pensamiento estaba equivocado. Y de qué manera… pero no me arrepentí de sacarla del sueño que estaba teniendo ni de cada una de las palabras que le dije.

Y de estar tumbado sobre ella, mientras sus manos me acariciaban, poniéndome cada vez más duro, ahora la tenía desnuda de cintura para abajo y yo me encontraba entre sus piernas abiertas.

La visión era una puñetera locura. Era electrizante el contacto de mis dedos en su sexo, la forma en la que los deslizaba, con la suavidad que resbalaban y lo caliente y excitada que estaba. Me resistí a tocarme la erección por encima de la ropa, a pesar de que me sentía a punto de explotar.

Busqué su mirada, en ella se reflejaba el deseo, la necesidad y los nervios del momento. Sonreí de medio lado, porque aparte de todo lo anterior, también era encantadora. Estaba preciosa y podía asegurar que, si hubiera más luz, tenía las mejillas ruborizadas.

Le cogí las piernas y se las levanté un poco, abriéndoselas más con el movimiento. Su zona íntima quedó totalmente expuesta ante mis ojos y tuve que echar mano a todo mi control para no lanzarme como un desesperado.

Carina actuó por su cuenta cuando se movió para quedarse sentada. Solté el aire despacio al ver cómo se quitaba la camiseta del pijama. La mirada se me fue directamente a sus pechos, a la maravilla que eran.

Se acercó a mí, hasta que rozó los pezones en mi barriga. La agarré de la nuca, con firmeza. Soltó un jadeo cuando le eché la cabeza hacia atrás, pero justo antes de besarla movió rápido las manos para desabrocharme el pantalón.

Me tensé en el momento exacto en el que lo noté y no pude relajarme, mirándola fijamente a los ojos. Primero me bajó el pantalón y después el bóxer, enganchando la goma con varios dedos. Mi miembro saltó libre de la prisión de la ropa.

Inicié el beso y no fui suave, mi boca se apoderó de la de Carina y mi lengua entró directa a querer profundizar lo máximo posible. Todo era poco, mientras su mano me rodeaba el miembro con fuerza y comenzaba a masturbarme.

Los primeros segundos la movió despacio, con caricias en el glande, después tomó un ritmo tan frenético como mis labios querían consumir los suyos y mi lengua buscaba enredarse con la suya.

Gemimos al unísono, faltándonos la respiración.

Al cabo de un buen rato me separé de ella y caminé de rodillas de espaldas, hasta que bajé de la cama.

Joder, estuve a punto de correrme al verla sentada, completamente desnuda y con las piernas todavía abiertas, por el espacio que yo había dejado vacío.

En cuanto puse los pies en el suelo el pantalón de lino cayó enrollado a mis pies. Al bóxer tuve que darle un tirón para sacármelo. Me liberé de toda la ropa, quedándome igual de expuesto que ella.

—Mierda, no te lamas —le pedí con una voz que no parecía la mía.

Sonó ronca y profunda, llena de deseo y contención.

—¿Prefieres que lama otra cosa que no sean mis labios?

Se mordió el inferior al decírmelo y solté un gruñido. Me agarré el miembro con fuerza, con la necesidad de aplacar un poco la tortura que suponía.

—Para la próxima vez estaré más que encantado, te lo aseguro, pero ahora tengo otros planes.

—¿Cuáles? —susurró.

—Túmbate bocarriba otra vez. Te debo varios gritos.

—Sí.

Sonreí de medio lado.

Hizo lo que le pedí y caminé rodeando la cama, yendo hacia la mesita de noche que ella tenía a su lado.

Carina me siguió, no me perdió de vista, ni siquiera cuando me incliné para abrir el cajón. De él saqué una caja de preservativos, de la que cogí uno.

—Carina… —dije a modo de advertencia, seguido por un jadeo.

Aprovechó mi cercanía para volver a agarrarme el miembro, esta vez con ambas manos.

—Joder… —gemí, al contacto de sus labios succionándome el glande.

Le acaricié el pelo, lo que solo duró unos segundos, ya que la agarré de él cuando mi miembro desapareció dentro de su boca. No puede controlar las embestidas profundas que la hice acoger, pero no pasé de ahí.

La separé de mí y me agaché para besarla. Fue un beso desesperado, tal y como estábamos los dos. Sin separarme de su boca me subí a la cama otra vez y me moví hasta quedarme de nuevo entre sus piernas.

Carina me quitó el envoltorio del preservativo y jugó con él entre los dedos. Yo no pude resistirme por más tiempo a sus pechos, por lo que cubrí su cuerpo con el mío y me llevé un pezón a la boca.

Gimió curvando la espalda y aproveché la invitación para succionarlo y mordisquear la punta dura. Me agarró del pelo con las manos y comenzó a frotar su zona íntima con mi pierna. Era una puñetera locura, cómo reaccionaba a todo lo que le hacía.

Después de torturar el pezón pasé al otro e hice lo mismo, arrancándole gemidos.

Cuando me quedé satisfecho bajé por su barriga con besos, hasta que llegué al vértice entre sus piernas y hundí la cara en él.

Carina jadeó y gritó, y no le di tiempo. Lamí, mordisqueé y succioné todo lo que fui encontrándome, y la embestí con la lengua. Elevé sus caderas para adaptar la posición y tenerla como necesitaba, y no paré hasta que volvió a correrse entre gritos. Esta vez sin mis dedos.

Se quedó relajada, pero no fue suficiente. Ambos necesitábamos una cosa y no tardé en dárnoslos a los dos.

Cogí el paquetito del preservativo y me lo puse sin apartar la mirada de la suya. Me tumbé sobre ella, sin dejarme caer del todo porque apoyé mi peso en una pierna y el brazo, mientras que con el otro le agarraba una pierna para subirla a mi cintura.

Carina me la rodeó con las dos, facilitándome la posición y la entrada. Deslicé la punta por su zona íntima, acariciándosela y al mismo tiempo humedeciendo la protección. Cuando nuestras respiraciones se acompasaron, irregulares, y noté que era el momento, me encajé en su entrada y empujé despacio.

—Síííí… —Jadeó.

Me quedé quieto durante unos segundos, solo con la cabeza de mi miembro dentro, hasta que volví a adentrarme. Lo hice muy despacio, disfrutando de todas las sensaciones, hasta que comprobé que Carina estaba perfectamente preparada para aceptarme por completo.

Impulsé la cadera hacia delante y la embestí con fuerza, terminando de entrar del todo.

Ambos gemimos. Apoyé la frente en la suya.

—¿Bien? —le pregunté.

—Estupendamente —me contestó susurrando.

Me presionó las nalgas con los pies, apretándome más dentro de ella. Esa fue la señal, ya no hubo más esperas. Empecé a moverme con ímpetu, a entrar y salir de su cuerpo, rápido, con fuerza y profundidad, sintiéndome en la gloria.

Carina era el puñetero paraíso, ni islas ni nada.

Capítulo 19



Carina

Me estiré en la cama y abrí los ojos, justo en el instante que me acordé de que no estaba en la villa con mi hermana. También porque noté en mi cuerpo lo que era compartir una cama con Romeo.

Giré la cabeza despacio hacia el lado que… no estaba. Me incorporé despacio, quedándome sentada. La sábana resbaló por mi cuerpo, haciéndome más consciente de lo que había sucedido por la noche, porque estaba desnuda.

Me levanté y recogí las piezas de mi pijama y la braga, la que encontré enrollada en la sábana.

—¿Romeo? —lo llamé en alto.

La puerta del baño estaba entreabierta, pero él no me respondió.

Solté un suspiro y miré hacia la terraza, parecía que me había quedado de nuevo sola.

Caminé hasta el baño y empujé la puerta despacio, para asegurarme. Se encontraba vacío.

—Pues muy bien. —Bufé.

Fui al armario para dejar dentro el pijama, guardé la braga en el compartimento de la maleta que reservaba para la ropa sucia, y cogí un bikini diferente al del día anterior, junto a la ropa que iba a ponerme.

No pensaba quedarme en el apartamento más tiempo del necesario, ni loca, con el buen día que hacía.

Me encerré en el baño con todo y comencé a arreglarme. Después de asearme y de quedarme cómoda, me vestí.

Me puse el bikini que era una cucada y por encima una camiseta que quedaba un poco anchita en la zona de la barriga, pero entallada en el pecho, marcándolo. Era de tirantes finos y la acompañé con un pantalón corto, pero este no era vaquero como el del día anterior. La tela era muy fresquita y suelta.

Salí del baño peinada, directa hacia el bolso playero. En él metí el móvil, después de comprobar que no tenía ninguna notificación. Añadí el cargador y una toalla que cogí del baño, nunca venía mal, y me aseguré de que llevaba el resto de las cosas que creía necesarias, como la crema solar, las gafas de sol, la batería externa para el móvil y la cartera con el dinero y la documentación.

Abrí un bolsillo interno del bolso y cogí de dentro un pañuelo decorativo para la cabeza. Fui al baño para ponérmelo por encima del pelo y me lo coloqué en forma de pico, con este hacia abajo. Lo até bien cerca de la nuca y sonreí al verme con él puesto. Me saqué un mechón fino por cada lado y ya estaba perfecta.

Quedaba monísimo.

Me calcé las sandalias de tiras que se ataban a las piernas y después de echar un vistazo rápido por el apartamento, asegurándome que no me dejaba nada importante que sacara del bolso, cerré la corredera de la terraza y me dirigí hacia la puerta.

En ese momento, al pasar cerca de la cocina, vi que había un papel junto a la cafetera. Me acerqué porque supe que era cosa de Romeo y así fue, cuando leí lo que me escribió.

«Buenos días, preciosa. Por si no eres de mirar el móvil nada más despertarte, seguro que con el café no fallo. He tenido que salir temprano, lo siento, te prometo que te compensaré cuando vuelva. Espérame».

—Claro que sí, como que voy a quedarme aquí encerrada.

Bufé.

Fui hacia la puerta, saqué la llave de la cerradura y la eché por el otro lado.

Cuando salí del edificio a la calle sonreí, hacía un día espectacular. Comencé a caminar sin rumbo y sin tener ni idea de hacia dónde iba, pero poco me importó porque por todos lados había gente, comercios, restaurantes y bares.

Me paré varias veces para hacerme unas cuantas fotos, para acumularlas en mi galería. Unas las hice de cuerpo entero y otras de tipo selfi, con unos fondos muy bonitos a mi espalda. Quedé muy satisfecha con los resultados.

Llevaba unos diez minutos dando un paseo agradable, cuando encontré el lugar perfecto para tomarme el primer café del día y desayunar. Tuve que desviarme del camino principal e ir hacia la arena de la playa, por una pasarela de madera.

Se trataba de un bar que parecía salir de unas rocas. El mar estaba muy cerca de él, las olas rompían suavemente en la orilla, a tan solo unos metros de distancia.

El local no era muy grande, pero quedaban algunas mesas libres. Todo era de madera, pintado en blanco, azul y con unos toques de amarillo en tono pastel. Combinaba genial con la playa de fondo.

—Buenos días —me saludó una camarera, en cuanto me senté.

—Buenos días —le devolví la sonrisa.

—¿Qué te apetece tomar?

—Para empezar un café con leche. ¿Hacéis desayunos?

—Claro, en toda la isla hacemos de todo —me dijo con un guiño.

—Está bien saberlo —reí.

—Voy a por una carta, para que elijas lo que más te apetezca.

—Gracias.

Se separó de mí muy poco para ir hasta la barra y regresó con la carta.

—Enseguida te traigo el café.

—Gracias.

Observé la carta y se me antojaron varias cosas. No podía pedírmelo todo, era demasiada comida, por lo que estuve meditando bien las opciones que tenía.

—Aquí tienes —me dijo la camarera.

Me dejó la taza de café con leche en la mesa.

—Gracias. Ya sé qué desayuno quiero.

Se lo señalé en la carta y le pregunté si podía cambiar una de las cosas por otra. Me dijo que no había problema y volví a agradecérselo, antes de que se fuera para dar la orden de que me lo prepararan.

Saqué el móvil para comprobar la hora, aunque en realidad lo que quería ver era si Romeo me había escrito o llamado. No tenía nada de él, se conformó con el mensaje escrito en el papel. Solté un suspiro, preguntándome si el resto del tiempo íbamos a estar igual.

Lo mismo lo tendrían tan ocupado, yendo de un lado al otro, que no lo vería hasta que tuviéramos que regresar a la isla donde estábamos alojados de vacaciones.

Una vocecilla en mi cabeza me dijo que mientras que se presentara por las noches, para pasarlas como la de anoche… Claro, y a saber, dónde pasaba el resto del día.

No podía reprocharle nada, pero creí que al venir con Romeo no me vería tan sola en esta isla, alejada de los míos. Si lo hubiera sabido seguramente no habría aceptado. En fin…

Dejé el teléfono en la mesa, a un lado, y endulcé el café como me gustaba, sin pasarme. Lo removí y cogí la taza, para llevármela a los labios.

Acababa de darle el primer sorbo cuando…

—¿Carina?

Casi me atraganté al escuchar mi nombre, pero no fue eso lo que me provocó la sorpresa. Lo que no esperaba, para nada, era reconocer la voz y saber quién me había llamado.

Me giré en la silla hacia la derecha, buscando con la vista a…

—¿Damián? —lo llamé yo, sin salir del asombro.

—Joder, Carina.

Soltó una carcajada.

—No me lo puedo creer. ¡Qué fuerte! —continuó hablando él.

Damián estaba sentado a una mesa, junto a dos chicos más. Se levantó de su silla, con su taza de café, le dijo algo a los hombres y vino hacia mí.

—Madre mía, ¿qué haces aquí? —le pregunté riendo.

Me levanté para recibirlo. En cuanto dejó la taza en mi mesa nos abrazamos.

En este momento abrazaría con fuerza hasta al cartero que dejaba el correo en la casa de mis padres, por poner un ejemplo. Hasta ese nivel de soledad sentía, porque teniendo en cuenta que, con ese hombre, el cartero, había intercambiado muy pocas palabras…

Cualquier detalle cotidiano me resultaba maravilloso, así que encontrarme aquí con Damián me parecía lo más, aparte de increíble.

—Estás… ¡Qué nadie se acerque! ¡Esta mujer es mía y solo mía, aunque ella no lo sepa todavía! —alzó la voz.

Todos los de alrededor rieron, incluida yo, después de darle un golpe en el hombro.

Nos sentamos a la mesa, uno frente al otro.

—¿Qué haces aquí? Joder, no habíamos hablado de dónde íbamos a pasar las vacaciones —le dije, sin llegar a creerme que lo tuviera delante.

—No te he visto llegar, estaba en el baño. —Señaló hacia un lado—. Este festival es muy conocido —comentó muy animado.

—Pues yo nunca había oído hablar de él. —Elevé las cejas.

—Yo tampoco. Te he dicho lo que me dijeron a mí.

Puso los ojos en blanco y reímos con ganas.

—Entonces…

—He venido por ellos. —Señaló a los dos hombres que había dejado en la otra mesa—. Son mis amigos y me he dejado arrastrar. Me hablaron de esta isla y del festival, eran ellos lo que estaban al día, y me pareció buena idea para pasar unos días divertidos y en un lugar precioso. Tenían entradas para acceder y aquí estamos.

Me hizo un guiño.

—Y ha merecido la pena —añadió—. Llegamos hace dos días, el anterior a que comenzara el festival, y nos lo estamos pasando genial.

—Me alegro. La isla es preciosa —dije mirando hacia el mar—. Da gusto pararse en cualquier parte.

—Estoy de acuerdo, aunque debo decir que tú eres mucho más preciosa. Qué bien te han sentado estos aires, Carina. Estás divina.

—Tú sigues tan exagerado como siempre —sonreí.

—Realista —me devolvió el gesto sonriente—. ¿Y qué haces aquí? ¿Dónde has dejado a tu hermana?

Miró alrededor, como si la fuera encontrar en cualquier momento.

—No está, al menos en esta isla. Yo llegué ayer aquí con otra persona, Julia se ha quedado en una isla vecina, donde estamos alojadas en una villa espectacular, junto a nuestros padres.

—¿Y eso? ¿No se ha apuntado a esta fiesta?

—Hombre, tanto como fiesta… lo único que he hecho desde que llegué ayer ha sido tomar el sol, darme un baño en la playa, pasear y cenar una mariscada.

—Vi la publicación anoche y te escribí un comentario. Para chuparte los dedos —sonrió.

—Lo hice, sí.

Reímos.

—¿No te acompaña nadie ahora?

—Estoy sola, ni idea de si será por un rato o por el resto del día. La persona con la que he venido tenía que hacer unas cosas y no tengo ni idea de dónde está.

—Pues está claro, ¿no?

—¿El qué?

—Que te quedas con nosotros hasta que, quien sea esa persona con la que has venido, porque parece muy misteriosa, le dé por aparecer de alguna manera. Pero te lo advierto, que se atenga a las consecuencias porque puede que cuando te encuentre tú ya hayas caído rendida a mis pies.

—Ni en tus mejores sueños.

Solté una carcajada.

—Tiempo al tiempo, preciosa.

Sonrió con picardía.

—No voy a decir que no a pasar el día con vosotros, pero ¿a ellos les importará?

Miré de reojo hacia la mesa donde estaban sus amigos.

—No digas tonterías, estarán encantados. Ven.

Se levantó decidido y cogió tanto su taza como la mía. Era lo único que me habían traído, por lo que no tuvimos que cargar con nada más.

Metí el móvil en el bolso y cogí este último, para seguirlo.

—Chicos, esta hermosa mujer se llama Carina. Es española, la conozco desde hace tiempo y ha sido una gran sorpresa encontrarnos aquí. En alguna conversación ha dicho su nombre, y, para dejar los puntos claros, algún día será mi mujer.

La presentación de Damián nos hizo reír. Él no se quedó atrás y rio también con ganas.

Ya no sabía si lo hacía para picarme o porque en realidad pensaba todo lo que decía.

Sus amigos se llamaban Alberto y Pablo. Me recibieron con grandes sonrisas. Nos dimos dos besos y un abrazo y ocupamos la mesa los cuatro. La camarera me trajo el desayuno a esta nueva mesa, los chicos ya tenían los suyos.

Nos pusimos a desayunar hablando un poco de todo, conociéndonos, con lo que me sentí genial y mucho más animada.

Capítulo 20



—¡Así, así…! —gritó Alberto.

Yo no podía parar de reírme.

Eran la una y media de la tarde, llevaba demasiadas cervezas bebidas como para recordarlas, y hacía una media hora que no dejábamos de saltar, junto a muchas más personas.

Nos habíamos metido en el centro de uno de los puntos más activos del festival, donde de vez en cuando nos chocábamos con los cuerpos de unos y de otros.

Yo no sabía de dónde salía la bebida, Damián tampoco. Cada vez que Pablo o Alberto nos ponían un botellín de cerveza en las manos, Damián y yo nos mirábamos sorprendidos y reíamos con ganas.

Me lo estaba pasando genial, me había olvidado de todo porque solo estaba centrada en pasármelo bien. Lo mejor posible.

Desde la última vez que guardé el móvil, hacía ya bastante rato, no había vuelto a cogerlo para mirarlo. Lo tenía por algún lado del fondo del bolso y tendría que haberlo hecho antes, para que nada me amargara el día.

Gracias a olvidarme de él había conseguido mucha paz mental, porque más veces de las que me gustaba admitir, en muchos momentos, no había podido evitar mirar el teléfono. Todo por saber si tenía algún mensaje o llamada de Romeo.

Adelanto: no fue así. Continuaba sin saber nada de él.

—¡No te muevas tanto! —le grité a Damián, riendo.

—¡Si eres tú! —me contestó él.

Estallamos en carcajadas, sin dejar de bailar. O creía que bailábamos, porque no estaba muy segura de cómo nos veían los demás. Nuestros cuerpos sí que chocaban continuamente, lo que nos servía como punto de apoyo.

Poco me importó cómo estábamos, en este instante, justo aquí, no era Carina la famosa *influencer,* era la chica joven que quería pasárselo bien, sin tener que medir cada uno de sus pasos y sin pensar en subir nada a las redes.

Solo quería y necesitaba dejarme llevar como cualquier otra chica de mi edad, y con quién mejor que con alguien de confianza, en un lugar apartado por muchos kilómetros de todo lo que conocía. Al menos a Damián lo conocía lo suficiente para estar tranquila, por si perdía un poquito el control de mí misma.

Daban igual todas las insinuaciones que me hacía y todas sus bromas, en las que siempre me dejaba claro que quería que fuésemos algo más que amigos. No importaba nada porque sabía que podía contar con él como amigo.

Con Damián estaba en buenas manos, así me hacía sentir, y Pablo y Alberto también me daba mucha seguridad. Eran buena gente.

Continuamos moviéndonos al ritmo de la música, muy descoordinados, pero felices. Donde nos encontrábamos se escuchaba muy alta. Al principio me molestó bastante, pero pronto dejó de importarme. Con la cuarta cerveza, más o menos.

Las primeras nos las bebimos muy rápido, nos entraron solas. Hacía mucho calor y rodeados de tantos cuerpos, y con el sol pegando fuerte sobre nuestras cabezas, lo único que apetecía era beber mucho para hidratarse. Y si eran bebidas bien frescas mucho mejor.

Lo ideal hubiera sido agua o refrescos, pero oye, estábamos en un festival y no estaba mal desmelenarse un poco.

—Un baño nos sentaría genial —gritó Pablo.

—No, ¡qué nos ahogamos! —me quejé yo.

—¿Qué dices? —Damián se dobló de la risa—. El baño es la mejor idea que he oído en mucho tiempo. Nos damos uno, no hace falta que estemos mucho rato, solo el suficiente para refrescarnos, y después buscamos un restaurante para comer.

—Sí, tío, con tanto alcohol, calor y movimiento tengo el estómago en los pies. No me acuerdo ni del desayuno —se lamentó Alberto.

—¿Ya queréis iros? —les pregunté.

—Tenemos que comer y nos vendrá bien alejarnos por un tiempo de tanto bullicio —me habló al oído Damián, para que lo escuchara bien.

El volumen de la música subió y retumbó muchísimo por los altavoces.

—Vale —grité, tapándome las orejas.

Damián se puso a mi espalda y por delante de mí fueron Alberto y Pablo, en ese orden, siendo el último mencionado el primero de la fila que nos guio hacia cualquiera de las salidas que había.

Nos costó llegar a una y cuando lo hicimos soltamos los cuatro un suspiro de alivio.

En cuanto pudimos movernos con facilidad y libertad Damián me agarró de una mano y Pablo de la otra. De esa manera me dejé llevar por ellos. Fuimos a la playa que teníamos más cerca y al llegar a unos metros de la orilla, colocamos mi bolso en una tumbona libre y nos quitamos la ropa.

No perdimos el tiempo, al quedarnos en trajes de baño fuimos al agua, muy acalorados. Alberto y Pablo fueron los primeros en lanzarse, como si estuvieran perfectamente y no sintieran el contraste de temperatura.

A mí el alcohol también me envalentonó, pero solo por un momento. Al principio no me costó tanto como siempre meter las piernas, hasta que llegó un punto en el que el agua me cubrió por encima de las rodillas y me dio un escalofrío.

—¿Estás bien? —se preocupó Damián, agarrándome de un brazo.

—Sí, sí… —reí.

—¿Seguro? Puedes sentarte en la orilla.

—¿Y ahí qué voy a hacer? —continué riendo.

—Ya buscaremos alternativas, seguro que por aquí hay alguien que tenga un cubo. Si lo lleno puedes ir mojándote poco a poco.

—¿En serio? —Me doblé de la risa.

—¿Qué? —me preguntó riendo también.

—Damián, no sé si te has dado cuenta, pero en esta isla todavía no he visto a ningún menor. —Negué con la cabeza—. ¡Y no voy a hacer el ridículo de esa manera! —Bufé, sin perder la sonrisa—. Para eso me quedo en la hamaca y no me muevo.

—Mujer, yo era por colaborar —rio él.

—Te lo agradezco, pero así no me ayudas —suspiré.

—Venga, pues vamos a darnos el baño. Es mejor no pensarlo. Con que te mojes rápido te aliviará la sensación del alcohol y se te quitará el agobio del calor.

Asentí y comencé a dar un paso tras otro. Damián no me soltó del brazo en ningún momento, lo que le agradecí con la mirada.

—Ya te tengo en el bote —me dijo, cuando el agua me llegaba por la cintura y contenía la respiración.

—Idiota. —Solté una carcajada.

Le contagié las risas y de esa manera hicimos una cuenta atrás rápida, antes de agacharnos y meternos debajo del agua. Nos cubrió por completo. Cuando salí tuve que agarrarme a él, para mantener el equilibrio.

—¡Bravo!

Miramos hacia la orilla y reímos al ver a Alberto y a Pablo, animándonos desde allí.

Salimos del agua y nos reunimos con ellos, mucho más animados y recuperados. Se nos pasó bastante la tontuna.

Esperamos unos minutos para que el exceso de agua se deslizara sola por nuestros cuerpos y después utilizamos la toalla que saqué del bolso, para secarnos. Nos vestimos, nos calzamos y fuimos a buscar un restaurante para comer.

Solo tuvimos que caminar unos minutos, hasta que encontramos uno que nos llamó la atención a los cuatro. Era de comida japonesa.

Ocupamos una mesa en la terraza que estaba cubierta por una carpa. Esta tenía los laterales abiertos, para que corriera el aire. De arriba salía agua espolvoreada que sentaba de maravilla, para aplacar más el calor.

Capítulo 21



Pedimos un poco de todo lo que sabíamos que nos gustaba y también quisimos probar unas variedades que no conocíamos. Todo tenía una pinta estupenda y con el hambre que teníamos…

Dejé el bolso en la silla de al lado, la que estaba vacía. A mi otro lado estaba sentado Damián, Alberto y Pablo se habían puesto frente a nosotros.

Saqué el móvil despacio y mientras lo hacía, como si pesara como una piedra, me dije y me repetí que no iba a decepcionarme si no tenía nada de Romeo. Algo dentro de mí se encogió cuando confirmé que era así, que ni me había escrito un triste mensaje solitario, ni tenía una llamada perdida.

Cogí una bocanada de aire y me quedé mirando la pantalla, sin comprender qué estaba pasando. Ni mucho menos entendí a ese hombre. ¿Para qué me había traído aquí con él? ¿Para dejarme sola y olvidada? Hasta cierto punto podía entenderlo, joder, supuestamente él estaba trabajando, pero qué menos que una llamadita o algo, ¿no?

Suerte que había encontrado a Damián, lo que había sido un lujo y una casualidad impresionante, pero si no hubiese sido así…

—¿Qué? —pregunté.

Giré la cabeza hacia Damián.

—Te he preguntado si te pasa algo —me dijo.

—Estoy bien.

Sonreí.

—Es la segunda vez que me lo dices ¿y sabes? No me he creído ninguna de tus respuestas. Te conozco un poco para saber cuándo estás inquieta o molesta, entre otras cosas. Aparte, tu cara es un fiel reflejo de tus sentimientos, no puedes ocultarte.

Me sonrió y vi cariño en su expresión, por lo que le devolví el gesto.

—Es solo que me he sentido un poco sola. —Señalé el móvil—. Pero os he encontrado a vosotros y me he venido arriba.

—Lo siento. Si hubiera sabido que venías aquí podríamos haber quedado desde el primer momento.

—No es culpa tuya, Damián. Pero gracias.

—No digas tonterías. Estando tan lejos de nuestra zona de confort me siento más responsable de ti, eso y porque no quiero que mi vida peligre por tu hermana, si te pasa algo —dijo con humor.

Reímos.

—Cuando terminemos de comer le escribo y si puede le hago una videollamada, para que aparezcas de repente en la pantalla. Se va a quedar muerta cuando te vea —reí—. Bueno, eso será si Marco no la tiene muy entretenida.

La comida llegó y la mesa enseguida se llenó de platos y bandejas. No tardamos en comenzar a comer, con muchas ganas. Con los primeros bocados hicimos sonidos de satisfacción y reímos los cuatro.

Pasamos un rato muy bueno, disfrutando de la comida y de la compañía. Alberto se levantó para ir al baño y le pedimos los postres. Cuando regresó ya estábamos comiéndolos y nos dijo que nos había invitado a comer. Pagó la cuenta.

Hubo varias quejas, pero se solucionó con que a la próxima invitaba otro. A mí me excluyeron, directamente.

—Voy a escribirle a Julia, por si puede hacerme una videollamada —le dije a Damián, captando su atención.

Pasó un brazo por detrás de mí, para apoyarlo en el respaldo de mi silla y se inclinó para mirar la pantalla de mi móvil. Se quedó atento por si mi hermana me hacía una videollamada, para cuando tuviera que aparecer en pantalla.

—Es raro que no me haya enviado un mensaje de buenos días —comenté distraída.

—Oye, Carina…

—¿Sí?

Miré a Damián.

—Me parece que estoy a punto de resolver algunas de tus dudas —carraspeó.

—¿Cómo?

Fruncí el ceño.

—Durante un buen rato, hace ya tiempo, has estado mirando mucho el móvil. Aunque has querido disimular ha sido evidente.

—Estaba esperando… algo.

—Lo sé, como también que te ha afectado que la persona con la que estás aquí te haya ignorado.

—Sí —susurré.

—Tienes el móvil en modo avión —me soltó de golpe, con una ceja arqueada.

—¿Qué? —grité con voz aguda.

Miré rápido la pantalla y agrandé los ojos.

—¿Cómo… cómo puede ser? Anoche lo puse en silencio, como siempre que me voy a la cama. No en modo avión. Ay, Dios mío.

—No te darías cuenta y te has confiado. ¿Bebiste mucho vino? —me preguntó con humor.

—Mierda. Joder, joder… —me lamenté, dándole la respuesta.

—¿Tan malo es?

—No sé qué va a llegarme ahora. —Tragué saliva—. Es que no comprendo cómo no me he dado cuenta en todo este tiempo.

—No es raro, a mí me pasó una vez. —Se encogió de hombros—. Basta con que no estés acostumbrada, por lo que no caes en fijarte en ese detalle. No te fijas porque no vas buscándolo, ni piensas en ello. Y si le sumas a que estás de vacaciones y hoy, desconectando de todo.

Hizo una pausa que aproveché para beber un sorbo de vino.

—Dale —me pidió, señalando con un gesto mi móvil—. Actívalo. Estoy contigo, lo que sea lo resolveremos juntos.

Me hizo un guiño.

Bajé la mirada al teléfono y quité el modo avión. En cuestión de segundos se me acumularon un montón de notificaciones. El móvil no dejó de sonar con entradas de mensajes y avisos de llamadas. Una y otra vez, una y otra vez…

—Madre mía.

Tenía mucho de todo de Romeo y me bloqueé. ¿Cómo no me había dado cuenta? No me entraba en la cabeza no haber visto el puñetero simbolito del avión, en una esquina de la pantalla. Es que, a no ser que volara para viajar, era algo que no utilizaba.

—Preciosa… —me llamó Damián.

—¿Qué? —Tragué saliva, mirándolo.

Se inclinó para hablarme al oído, tan cerca que su respiración me hizo cosquillas. Alberto y Pablo estaban hablando entre ellos, no se habían enterado de nada.

—La persona con la que me has dicho que llegaste a esta isla, de la que no me has dado detalles, ¿no será un tío alto con el cabello rubio, con un cuerpo muy definido y con una cara de muy pocos amigos que tira para atrás?

Volvió a carraspear y lo observé sorprendida, por algunos detalles de esas características y porque me dijera eso en este momento. No me dio tiempo a hablar, antes de que Damián continuara.

—Más que nada porque uno igualito a mi descripción viene caminando hacia aquí, directo a nuestra mesa, y no te quita la vista de encima.

Bufé al ver que estaba intentando no reírse.

—Lo digo muy en serio. Ese tío parece muy enfadado y tenso, no sé si es porque no le ha gustado verme casi encima de ti, que conste que inocentemente, o porque está cabreado, ya que lo has ignorado durante medio día. Yo opto por ambas posibilidades, mezcladas.

—No puede ser —susurré.

—Por su forma de andar parece que quiere romper el suelo y el que va a su lado y lo sigue de cerca, aunque no parece estar tan serio, también impone.

—La Virgen.

—Siento decirte que el primero, el de los pies de plomo y mirada que te hace encogerte, supera al otro en todo, por goleada.

Contuve la respiración y cerré los ojos con fuerza, preparándome para el inminente choque.

Cuando Damián me dio un beso en la mejilla, para recordarme que estaba a mi lado. Abrí los ojos y me atreví a mirar en la dirección que me indicó.

Capítulo 22



Romeo

—Tranquilízate —me pidió Luigi, a mi lado.

—No me toques los cojones con esa mierda —fue mi respuesta.

Llevaba toda la puñetera mañana volviéndome loco, habíamos buscado a Carina por toda la isla, yendo de sitio a sitio varias veces. Con tanta gente aquí concentrada era como buscar una aguja en un pajar.

Todos los comercios, los bares y los restaurantes estaban avisados de que tenían que ponerse en contacto conmigo si la veían. Hasta ese nivel había llegado, al sentirme desesperado conforme fue pasando el tiempo.

Y por fin recibí una puñetera llamada que sirvió para algo, la del encargado del restaurante japonés que se encontraba a unos metros de distancia de nosotros.

Tenía un cabreo monumental, por los nervios y el miedo que había pasado. Tal vez era un poco irracional, pero me importaba una mierda. Joder, se me habían pasado tantas cosas por la cabeza porque ni los mensajes le llegaban, ni le entraban las llamadas…

Carina había estado incomunicada y no tendría que haberme preocupado porque la isla era segura. Bien lo sabía yo que me encargaba personalmente de coordinar toda la seguridad, tanto la que se veía a simple vista como los que iban de incognito, mezclándose con la gente.

Pero igualmente… el dichoso corazón todavía me golpeaba con fuerza y me notaba muy acelerado.

—Ya ves que está bien —insistió Luigi—. Lo que tendrías que haber sabido, aunque no pudieras hablar con ella. Está divirtiéndose.

—Eso es evidente, mientras que nosotros no hemos parado de buscarla, desesperados.

—Habla por ti sobre lo último —dijo con humor.

Giré la cabeza hacia él y lo fulminé con la mirada. Soltó una carcajada y me apretó un hombro.

—Amigo, contrólate. Aunque me sorprenda, porque ni por asomo me lo esperaba, me has dejado muy claro que esa mujer te importa.

—No me importa más que cualquier otra persona que dé por desaparecida, porque es lo que pensaba. Joder, es normal preocuparse, digo yo.

Sacudí la cabeza.

—Ya… —Me miró de reojo—. ¿Quieres irte o vas a hacer una llegada triunfal?

Después de una breve pausa…

—No sé para qué pregunto, si te conozco tanto —dijo Luigi.

Yo ya estaba caminando hacia la terraza del restaurante japonés.

Mi enfado aumentó cuando vi lo cerca que se ponía el tío que estaba sentado al lado de Carina. Se pegó mucho a ella, para hablarle al oído. Él tenía un brazo apoyado en la silla de ella y estaba inclinado hacia su cuerpo.

Capté rápido la atención de él y no tuve ni idea de si Carina le había hablado de mí, pero supo que iba directo hacia ellos. Eso provocó que se acercara más a ella y continuara hablándole al oído.

¿Por qué acababa de darle un puñetero beso en la mejilla?

—Qué narices… —susurré.

—Huele a desastre, por si te interesa saberlo.

—Cállate —le pedí a Luigi.

—A tus órdenes, jefe.

Bufé. Sí, bufé porque estaba al límite en este instante y no soportaba ni la más mínima tontería o broma.

Carina miró hacia mí y nuestras miradas se quedaron enganchadas, mientras yo me acercaba cada vez más. Vi como su garganta se movía, subiendo y bajando, así como también detecté preocupación en su expresión.

Al llegar a la mesa me paré a su lado. Carina y el tío que tenía al lado me miraban fijamente, él con curiosidad. Los otros de dos que estaban sentados frente a ellos se callaron de golpe.

—Romeo.

Mi nombre lo pronunció el encargado del restaurante que al verme salió a saludarme. Se llamaba Kenji.

No le presté atención, no pude apartar la mirada de la de Carina, hasta que Luigi me dio un pequeño empujón, para que reaccionara.

Miré a Kenji.

—Hola —le dije—. ¿Todo bien?

—Estupendamente. —Asintió

—Perfecto.

Me sonrió y le estrechó la mano a Luigi.

—¿Os preparo una mesa?

—No —respondí rápido.

—Yo tengo hambre, no hemos parado desde bien temprano —se quejó mi amigo.

—En unos minutos te lo confirmo —le hablé a Kenji.

—Vale. Búscame.

Señaló hacia el interior del restaurante y asentí, antes de que desapareciera dentro de él.

Volví a mirar a Carina y me incliné hacia delante, para apoyar las manos en la mesa, muy cerca de ella.

—¿Me puedes explicar, como es que llevas todo el día sin móvil, pasando de todo, cuando te pedí en la nota que te escribí en el apartamento, que me esperaras allí?

Cogí aire, para intentar tranquilizarme. No me sirvió de nada.

—¿Tienes idea de cuántas vueltas hemos dado para encontrarte y de todo lo que he tenido que mover para conseguirlo? Nooo… claro que no, porque te ha importado una mierda tenernos buscándote, mientras que tú te lo pasabas en grande, ¿verdad?

—Oye, tío, no…

—Tú me haces el favor y te callas —interrumpí al que estaba sentado al lado de Carina—. No te conozco, no te he hablado a ti y no tienes ni puñetera idea de la cagada que vas a cometer como me digas algo más, metiéndote en lo que no te incumbe.

Los otros dos se sorprendieron y nos miraron sin comprender lo que estaba pasando.

—¡No te pases! —me advirtió Carina.

—Y encima tienes el valor de decirme eso —reí.

—Sé que he tenido el móvil desconectado, pero me he dado cuenta hace…

—No me importa la explicación que vayas a darme, Carina —remarqué su nombre al decirlo—. ¿Lo entiendes?

Di un golpe seco con la mano en la mesa. Ella dio un bote en la silla, sobresaltada.

—No tienes ni puñetera idea de lo que he llegado a pensar y tú, aquí, sola y a tu aire, dándote lo mismo, cuando en esta isla eres mi responsabilidad. Fui yo el que le pedí a tu padre que te dejara venir y sí, eso fue en broma, pero el hecho es que tus padres han confiado en mí, de alguna manera. Hemos venido juntos y nos iremos de la misma manera. Estás conmigo, por lo tanto, como he dicho, eres mi respon…

—Que no soy nada tuyo, joder —me interrumpió—. ¡No cargues con algo que solo me pertenece a mí misma!

Se levantó de repente, rápido, arrastrando la silla. Esta cayó al suelo.

Si quedaba alguien en la terraza y de alrededor que no tuviera puesta la atención en nosotros, eso cambió totalmente. Fuimos el foco de todas las miradas.

—No tienes derecho a faltarle el respeto a Damián. No voy a permitírtelo —me recriminó, señalándome con un dedo.

—Damián… —Arqueé una ceja—. Mucha confianza, ¿no? ¿Tan rápido la coges y haces amigos?

—¿Eres imbécil o qué te pasa?

Cogió el bolso de malas maneras, lanzó dentro el móvil que hoy no le había servido de nada, y pasó por detrás del tal Damián.

Si pensaba que iba a librarse de mí…

Rodeé la mesa por el otro lado y salí de la terraza. Vi de reojo que Luigi me seguía de cerca, al igual que Damián. Me cagué en él, pero en vez de pararme para decírselo y frenarlo, continué andando detrás de Carina.

Avanzamos un poco por el paseo, antes de que la agarrara del brazo para pararla.

—¿Qué haces? —me preguntó enfadada, tirando para soltarse.

—¿Después de lo que has hecho me dejas con la palabra en la boca y te vas? ¿Así, sin más?

—¿Y qué quieres? —gritó— No has llegado muy pacífico y sinceramente, no me apetece soportarte.

—Oh, ahora sale tu vena caprichosa.

—Qué sabrás tú, imbécil —me gritó más fuerte—. ¡Yo no soy caprichosa! ¡Suéltame!

—No lo es —se metió en la conversación Damián, acercándose demasiado a nosotros—. Carina no es caprichosa —insistió.

—Y lo vas a saber tú…

Me puse más tenso.

—Pues sí, porque… oye tío, suéltame —le pidió a Luigi.

Mi amigo lo agarró para alejarlo de nosotros, pero con suavidad.

—Damián, está bien —le dijo Carina, sin apartar los ojos de los míos —. No te preocupes. Más tarde hablamos, ¿vale?

—Pero… no voy a dejarte sola con este loco.

—¿Perdona? —me dirigí a él.

Solté el brazo de Carina y me giré hacia él. Luigi puso los ojos en blanco, fue muy breve, duró milésimas de segundos, pero lo vi igualmente.

—¿Me has dicho loco? —le pregunté, señalándome— A mí.

—Ya está bien —intervino Luigi—. Yo de ti me daría prisa para alcanzarla.

Fruncí el ceño, antes de caer en lo que decía.

Me volví hacia Carina, pero ya no estaba detrás de mí. La busqué con la mirada y la localicé a bastante distancia, entre la gente que caminaba en ambas direcciones por el paseo. Ella iba corriendo.

Solté un suspiro o un bufido, no lo sé, antes de comenzar a caminar rápido hacia ella.

Miré en varias ocasiones hacia atrás y la última vi que Luigi había acompañado a Damián hasta la terraza del restaurante japonés, donde estaban los otros dos hombres. Hablaban entre ellos e imaginé que mi amigo les estaba dando alguna información de lo que estaba pasando, para que no se preocuparan.

Me olvidé de todo, menos de alcanzar a Carina. Caminé más rápido, siguiéndola cada vez más cerca porque ella ya no corría.

—¿Puedes pararte? —le pregunté alzando la voz, a una distancia que sabía que me escucharía sin problema.

Su respuesta fue levantar un brazo y dejarme muy claro con un único dedo de la mano, lo que pensaba al respecto. Lo mantuvo bien recto hacia el cielo, todo un detalle hacia mí.

La gente que había en el paseo comenzó a molestarme y a agobiarme, porque me impidió ir todo lo rápido que quería.

Capítulo 23



Carina

—Carina… —dijo a modo de advertencia.

—¡Qué me dejes tranquila! ¡No me sigas más!

—Voy a ir a dónde vayas, así que vete haciendo a la idea.

Escuché su voz más cerca y cuando quise acelerar los pasos, solté un grito por la frustración que sentí.

Mis pies dejaron de tocar el suelo. Romeo me rodeó la cintura y me cogió.

—¿Qué haces? ¡Bájame! —le pedí.

Estaba muy agobiada. Quien me conocía habría visto hacía rato las señales para mantenerse apartado de mí, pero claro, este hombre no tenía ni idea de que yo estaba a punto de explotar.

Como me presionara un poco más…

—Compórtate como una persona adulta y después me lo pensaré —me dijo.

—Diosss… Eres imbécil.

Bufé.

—¿Qué has dicho, *bella*?

Me mordí la lengua para no responderle con una barbaridad que le iba a dejar clarísimo que había dicho. Puse los ojos en blanco.

Lo que menos necesitaba en este instante era estar tan cerca de él, sentir su cuerpo completamente pegado al mío. Los recuerdos de la noche anterior me pasaron factura y me quedé bloqueada, sin saber cómo reaccionar rápido.

Romeo lo aprovechó.

—¿Ya podemos hablar? No me apetece perseguirte por toda la isla. Otra vez no. Tengo el estómago vacío, ni siquiera he desayunado porque he vuelto al apartamento todo lo rápido que he podido, para desayunar juntos. Pero claro, no estabas.

Tragué saliva porque, aunque se había pasado en las formas de hablar, entendía su postura en el asunto. Yo lo había vivido de una manera totalmente diferente a él, mientras que Romeo, por lo visto, se había vuelto bastante loco recorriendo la isla. Asustado y preocupado, sin poder ponerse en contacto conmigo.

Era una reacción exagerada, yo era mayorcita para moverme con plena libertad por donde se me antojara, pero entendía que el desconocimiento y la incertidumbre eran malas compañeras.

Por ese motivo cerré los ojos y solté un suspiro. El fallo había sido mío y ni siquiera me había dejado disculparme. Entre que no me había dado tiempo para poder hacerlo y que yo me había alterado al instante, por cómo se había puesto nada más verme…

—Lo siento —susurré y me nació con sinceridad.

Esperé cualquier reacción suya, desde que continuara insistiendo al nivel de sus comentarios, a que me echara encara qué era lo que sentía, pero, en cambio, Romeo se mantuvo callado y apoyó la frente en mi hombro.

Sorprendida, lo miré de reojo. Todavía me mantenía en alto y por su postura lo único que pude ver fue su pelo. Lo que sí notaba eran sus brazos, apretándome con fuerza de la cintura y su respiración y el movimiento que hacía su pecho en mi espalda.

—¿Romeo? —lo llamé al cabo de un rato que no se movió.

—Joder, Carina.

Fue todo lo que dijo, antes de bajarme al suelo.

Me giré hacia él y nuestras miradas se encontraron.

—¿Dónde quieres ir a comer? —le pregunté, nerviosa.

—¿Te parece bien ir al apartamento?

—Sí —contesté susurrando.

Asintió y me ofreció la mano. Bajé la vista hacia su palma extendida y cuando regresé a sus ojos, se la agarré.

De esa manera, cogidos de la mano, apartando a un lado cómo nos sentíamos y lo que había pasado, aguantando las ganas de hacernos preguntas, caminamos por el paseo y después por las calles, recorriéndolas para ir hacia la dirección del apartamento.

Durante todo el recorrido ninguno de los dos hablamos, a pesar de que teníamos muchas cosas por decirnos.

Lo miré varias veces de reojo, porque me chocaba mucho ver a Romeo tan serio. Estaba muy diferente a cómo me había hecho conocerlo, desde el principio.

Solté un suspiro en cuanto entramos al edificio, por el fresco que hacía. El sol apretaba con mucha fuerza y era un alivio estar a cubierto. Continuamos callados mientras subíamos a nuestro apartamento y nada más entrar Romeo fue directo al baño.

Solté el bolso en una silla y cogí el móvil. Le eché un vistazo rápido, pero como no tenía ninguna notificación nueva, lo dejé sobre la encimera de la barra de la cocina.

Tenía muchas ganas de tumbarme en la cama, estaba muy cansada, tanto física como mentalmente, pero primero quería darme una ducha rápida para quitarme la sal del cuerpo, por el baño que me había dado con los chicos, antes de ir a comer.

Fui a la cama balinesa de la terraza, a esperar a que Romeo saliera del baño. En la botella de vino y la copa de la noche anterior todavía estaban como las dejé, la primera sobre la mesa y la segunda, a los pies de la cama balinesa, en el lateral.

En cuanto me tumbé solté un suspiro y cerré los ojos, mientras pensaba que tendría que haberle escrito un mensaje a Damián, para que se quedara del todo tranquilo. Esperaba que lo estuviera.

Entreabrí los ojos cuando escuché movimiento y me encontré con Romeo. Se había quitado la camiseta, lo único que llevaba era el pantalón. Tenía el botón desabrochado, pero la cremallera subida, como si hubiera estado a punto de quitárselo, pero se lo hubiera pensado mejor.

Había apoyado el trasero en el filo de la mesa de la terraza y cruzado los brazos sobre su pecho. Tampoco llevaba calzado y me miraba fijamente.

—¿Quién era el tal Damián? —me preguntó, cortando el silencio— ¿En qué sitio de la isla lo has conocido a él y a los otros dos?

Me incorporé despacio y giré hacia él, doblando las piernas.

—A Damián lo conozco desde hace mucho tiempo. Es un amigo español —le contesté, aclarándoselo.

Arqueó una ceja.

—Ha sido una gran coincidencia, con toda la gente que hay aquí por lo del festival, encontrarnos en el bar que he elegido para desayunar.

Me encogí de hombros.

—La sorpresa ha sido grande e inesperada, para ambos. Yo no sabía que él tenía previsto venir hasta aquí con sus amigos.

—Así que un amigo…

—Eso es. —Asentí—. Me cuesta mucho confiar en alguien y no me embalo con las nuevas amistades —le dije negando con la cabeza, por lo que me había echado en cara antes.

—¿Rencorosa?

—No me toques otra vez las narices, Romeo, que la tenemos de nuevo y esta vez no sé si me contendré.

Sonrió de medio lado y puse los ojos en blanco.

—Lo siento.

Se disculpó serio.

—¿El qué exactamente? ¿El haber perdido el control o las faltas de respeto? Con Damián te has quedado a gusto.

Bufé.

—Créeme, no he perdido el control en ningún momento.

—¿En serio?

—Te lo aseguro. —Asintió, para dejarlo más claro aún.

—Pues quién lo hubiera dicho —suspiré.

—Tendría que haberme controlado, pero he llegado muy acelerado. Cuando Kenji me ha llamado, para decirme que estabas en su restaurante, después de todas las horas que llevábamos buscándote…

—¿Quién? —Fruncí el ceño.

—El encargado del restaurante japonés.

—Ah… ¿y cómo sabía él que…?

—Me he encargado de correr la voz y de que vieran una fotografía tuya, para que supieran quién eres.

—Madre mía.

—Ya lo puedes decir, ahora te conocen de vista todos los que trabajan para mí.

—Joder.

—Yo… me gustaría tener una gran historia para justificarme, yo qué sé, como que esta mañana me fui del apartamento pensando que ibas a tardar, esto es cierto, y que se me rompió el móvil o lo perdí —suspiré —. O que se me cayó al mar al hacerme una foto.

—¿Y cuál es tu gran *no* historia? —Elevó las cejas.

—Cada noche, antes de meterme en la cama, siempre pongo el móvil en modo silencio. Fue lo que hice anoche —reí—, al menos eso creí hasta pocos minutos antes de que aparecieras en el restaurante.

Hice una mueca.

—Anoche bebí demasiado vino y entre el alcohol y que me acosté medio dormida ya, en vez de poner el móvil en silencio puse el modo avión.

Sonreí de manera exagerada. Romeo me miró como si estuviera gastándole una broma.

—¿Qué? No me di cuenta, joder. Por eso no he activado el móvil, porque ni me imaginaba lo que hice anoche —suspiré—. Y eso que lo he mirado un montón de veces, esperando encontrar algún mensaje o llamada tuya.

Bufé, agobiado y nerviosa, por la intensidad con la que me observaba.

—Parece una broma, pero no lo es. En ningún momento he visto el puñetero símbolo del avión en la parte de arriba de la pantalla, es que los ojos no se me han ido ahí, y como para lo único que he utilizado el móvil ha sido para hacerme fotos… Hasta que Damián me ha dicho lo que pasaba y entonces has llegado tú. Ya era demasiado tarde.

Una carcajada fuerte sonó al otro lado del muro. Vino de la terraza vecina.

—¿Qué…?

Dejé la pregunta en el aire porque no tenía que ser por mí. Quien fuera debía estar a lo suyo.

Romeo lo único que hizo fue mover la cabeza de un lado al otro, negando. No supe si fue por mí y mi brillante explicación, o por algo del vecino.

—Lo siento —me disculpé otra vez—. Me pongo en tu situación, pensado lo peor y…

—Ni te imaginas lo que me ha llegado a pasar por la cabeza, Carina. Ha faltado muy poco para que llamara a mi hermano, para avisar a tu familia. Estaba desesperado, hasta que me ha llamado Kenji.

—Yo… ha sido sin querer y como pensaba que si terminabas me dirías algo para venir a dónde estuviera yo… Por cierto, ¿te has ido muy temprano del apartamento?

—A las siete —me contestó.

—Pues sí.

—No he tardado mucho en regresar, teniendo en cuenta que tú te has despertado más tarde.

—¿A qué hora has vuelto aquí? —susurré.

—A las nueve y media.

—Joder. Yo me he ido a las nuevo y diez, más o menos.

Bufé.

Capítulo 24



—Vamos a dejar el tema ya, ¿vale? —me propuso y acepté encantada.

—Sí. ¿Ya no estás enfadado?

Se impulsó de la mesa y comenzó a caminar hacia mí. ¿Puede haber alguien más sexi que él, caminando descalzo y con solo un pantalón? No, ya os lo digo.

Cuando llegó frente a mí no se paró, subió una rodilla a la cama, a un lado de mí, y con el movimiento tuve que echarme hacia atrás. Cuando subió la otra pierna, colocando la rodilla a mi otro lado, no me quedó más remedio que bajar más la espalda y apoyarme con los brazos.

Romeo se quedó sentado a horcajadas sobre mí y se echó hacia delante. Nuestras bocas se encontraron, al principio tentativas, hasta que cogimos confianza y el beso fue abrasador. Romeo besaba para consumir, poseyendo todo a su paso.

Yo no me quedé atrás, fui al encuentro de su lengua en cada uno de sus movimientos y acompasé mis labios a los suyos. Los jadeos no se hicieron esperar, a mí se me dispararon las pulsaciones.

Me dejé caer de espaldas en la cama y él me siguió, sin apartar la boca de la mía. Gemí bajo su cuerpo, cuando hizo presión con su erección entre mis piernas. Las abrí para sentirlo más, al mismo tiempo que lo agarraba de las caderas y lo empujaba hacia abajo.

Romeo gruñó en mi boca y que lo hiciera me puso la piel de gallina.

—Es… Espera —le pedí, casi sin respiración.

—¿Qué? —levantó la cabeza— ¿Estás bien?

—De maravilla —suspiré.

Miré detrás de su espalda, preguntándome…

—El vecino puede estar en su terraza todavía —le dije, hablando muy bajito.

—Pues habrá oído los jadeos y gemidos. ¿Dónde está el problema?

—¿En serio?

Le di un golpecito en el hombro y rio.

—El vecino no me preocupa nada, que esté o no esté.

—Pero…

—¿Ya no vamos a follar aquí?

—¡Cállate!

Le tapé la boca, pero sus risas se escucharon igual.

—Podemos decirle que se una —sonrió de medio lado.

—¿Te estás quedando conmigo? —Agrandé los ojos.

—Por supuesto, nadie va a verte desnuda delante de mí.

Me agarró de la nuca y volvió a besarme. Gemí por la intensidad del beso y me derretí bajo su toque y el calor que desprendía.

Sin esperármelo se incorporó y se quedó sentado sobre mí de nuevo, aunque no se dejó caer, por lo que no noté el peso.

—¿Qué quieres hacer?

Tenía muy clara la respuesta, pero lo que podía haber al otro lado del muro de la terraza me frenó.

—Tú tienes que comer y yo quería ducharme, para poder echarme un rato en la cama. Nos hemos dado un baño rápido en una playa.

—Está bien —suspiró.

Se levantó y me mordí el labio inferior, al ver cómo se colocaba por debajo del pantalón la erección. Estuve a punto de mandar a la mierda al vecino.

—Anoche sobró mucha comida —le dije.

—Lo imagino —sonrió.

Me ofreció las manos y se la agarré. Tiró de mí para ponerme en pie y una vez estuve frente a él, me dio un beso corto.

—Voy a… —Señalé hacia el baño.

Asintió y entramos al apartamento. Romeo cogió la copa vacía y la botella y lo seguí al interior.

Fui al armario a por un vestido fresquito y una braga, y lo dejé en la cocina, cuando entré en el baño. No tardé en ducharme y el pelo solo me lo froté bien con la toalla, para quitar el exceso de agua.

Cuando salí Romeo estaba comiendo en la mesa de la terraza, con una copa de vino. Me hizo un guiño y sonreí.

Caminé descalza hasta la cama y me tumbé en el lado que había dormido. Cuando me acomodé en la almohada y me tapé un poco las piernas con la sábana, Romeo me pidió que le explicara todo lo que había hecho desde que me desperté.

Así lo hice, le di un resumen desde que abrí los ojos. Le conté en el bar tan bonito que encontré para desayunar. Lógicamente él lo conocía. Le dije que ahí nos encontramos Damián y yo, y que él ya estaba con sus amigos, Pablo y Alberto.

Le comenté que eran buenas personas, por lo menos hasta donde yo los conocía porque por el único que podía hablar más era por Damián. Aunque hay cosas que se perciben, se saben.

Después pasé a explicarle que fuimos a vivir lo que era estar en el centro del festival, ya que yo todavía no lo había pisado. También lo bien que me lo pasé, aunque todos terminamos pasados de cervezas. Por eso, después de bastante rato saltando, cantando y bailando, por el calor y el mareo que teníamos, decidimos ir hasta la playa más cercana para darnos un baño rápido.

—Estuve el tiempo justo en el agua, el que me llevó entrar y agacharme para sumergirme —susurré—. Después nos secamos y fuimos a buscar un restaurante. Ya está.

Bostecé cuando terminé, me costaba mantener los ojos abiertos.

Romeo seguía comiendo y al terminar yo, comenzó a contarme él cómo había sido su mañana. Me sentí mal al escucharlo, por cómo lo había vivido él.

Estaba tan cansada por el sol y el calor, por el baño, por las horas que había estado botando, dándolo todo en el festival, y después por todos los nervios que pasé al darme cuenta de por qué no había sabido nada de Romeo, con su aparición después, y los choques que habíamos tenido, que no pude mantener por más tiempo los ojos abiertos.

En algún momento se me cerraron, me dejé arrastrar por el sueño, mientras Romeo continuaba comiendo y me hablaba relajado.

Noté cómo el colchón se movía un poco, no supe después de cuánto tiempo. También me pareció sentir una sensación cálida a mi espalda y alrededor de mi cintura, y cómo esa sensación me atrapaba y tiraba de mí hacia el centro de la cama.

Me sentí en la gloria y solté un suspiro, o al menos creí soltarlo. No tenía ni idea de si estaba soñando, pero si era así no quería despertarme.

Descansada, entreabrí los ojos. El cielo me recibió al atardecer y parpadeé varias veces muy seguidas, para enfocar la vista.

—¿Qué hora es? —susurré, hablando para mí.

Me sorprendió porque parecía tarde. No sentí a Romeo cerca, por lo que me giré en la cama.

—No me lo puedo creer —suspiré, pensando en que me había dejado otra vez sola.

—¿El qué?

Su pregunta me sobresaltó y entonces me di cuenta de que salió de… ¿la pared?

—¿Qué no puedes creerte? —insistió en saber— Son las casi las siete, por cierto.

—Madre mía, sí que he dormido. —Agrandé los ojos.

—No he querido despertarte —sonrió de medio lado—. Tengo la intención de mantenerte mucho tiempo despierta esta noche.

Me hizo un guiño y su sonrisa se amplió cuando se dio cuenta de que me ruboricé.

Este hombre me hacía olvidarme de todo, era un espectáculo.

Se había duchado y no hacía mucho tiempo porque tenía el pelo húmedo. Volvía a tener el pecho al descubierto y llevaba puesto un pantalón de pijama que le caía por las caderas de una manera…

Iba descalzo y hasta que no apoyó un brazo en el marco de…

—¿Eso qué es? —le pregunté sorprendida.

—¿El qué? —Quiso saber él, intentando no reír—. ¿Lo que no puedes creerte?

—Joder, sí. No —rectifiqué y reí—. Lo que he dicho de que no puedo creérmelo era porque pensaba que estaba sola otra vez. Ahora me refiero a eso. —Señalé detrás de él.

Me moví en la cama para quedarme sentada sobre los talones, mirando asombrada donde debía haber una pared.

—Un acceso oculto.

—¿En serio?

Me dejó boquiabierta.

—Es una pequeña prolongación del apartamento.

Salí de la cama, me bajé de un salto, y caminé hasta él. Se movió siguiéndome cuando pasé por su lado, para asomarme a…

—Qué pasada —dije asombrada.

—Me alegra que te guste porque lo he preparado todo para que disfrutemos ahí.

Lo miré alucinada y después volví la mirada al enorme yacusi que había frente a un ventanal, este parecía integrarse con el mar. Las vistas eran increíbles y el yacusi…

Estaba funcionando, el agua se movía y dentro había pétalos de rosas. Olía estupendamente porque también había velas encendidas alrededor. Con la luz cálida que proporcionaban y la claridad que entraba por el ventanal la iluminación era perfecta.

Al un lado del yacusi había una cubitera que contenía una botella de vino y dos copas. Muy cerca había un carro elevado y la superficie estaba llena de platos de comida, tipo montaditos y distintos canapés.

—¿De verdad te gusta la sorpresa? —me preguntó a mi espalda y sonreí, nerviosa.

—Me encanta.

Me giré hacia él y levanté la cabeza, para mirarlo a los ojos.

—Gracias —susurré.

—Esta parte no suelo utilizarla cuando me hospedo aquí.

Elevé las cejas.

—No es mentira —rio.

Me retiró el pelo detrás de la oreja.

—No he dicho que no haya utilizado el yacusi, pero la última vez fue hace bastantes años.

—¿No has venido desde entonces?

—Claro, vengo varias veces al año. Soy el CEO de esta isla, ¿recuerdas? Tengo que estar presente aquí, de tanto en tanto, el resto del tiempo trabajo controlándolo todo a distancia. Pero esos viajes son relámpago y normalmente no me paro a utilizar esta parte del apartamento.

—Porque la has descubierto, porque es imposible que alguien piense que no es una pared.

Fui a tocar la hoja que había deslizado para dar acceso a este escondite y espacio secreto del apartamento.

—Es una corredera falsa.

—Ya lo veo.

Lo miré sonriendo.

Vino hacia mí y se pegó a mi espalda. Se inclinó para hablarme al oído y me erizó toda la piel.

—Prepárate, te quiero desnuda dentro.

Me lamió el cuello y jadeé.

Capítulo 25



Cerré la puerta del baño, nerviosa.

Me encerré aquí porque… pues no lo sabía porque en unos minutos estaría al lado de Romeo, o encima, o debajo. Lo que era seguro era que estaría desnuda, como me había pedido.

Me miré en el espejo, el calor que sentía se reflejaba en mi piel. Estaba colorada, sofocada.

Me agaché para quitarme la braga, fue lo único, porque del vestido me desprendería delante de él.

Me había puesto muy nerviosa, como si fuese la primera vez que iba a estar íntimamente con Romeo. El problema era que este hombre me alteraba siempre y no sabía si algún día, en algún momento, dejaría de sentirme de esta manera por él.

Bueno, estaba claro que cuando mis vacaciones llegaran a su fin y regresara a casa, a mi vida, todo esto, él y yo, y los momentos compartidos, desaparecerían. Se quedarían conmigo siempre, para llevarlos como recuerdos.

Ese pensamiento me puso triste, me desanimó. El tiempo pasaba muy deprisa, pero poco podía hacer.

—Todo estará bien —me dije a mí misma, mientras continuaba mirándome en el espejo.

Hice varias respiraciones profundas y me vine arriba, para disfrutar del final de la tarde y lo que diera de sí la noche.

Salí del baño, pasé un momento por el armario, para dejar la braga guardada, y me dirigí hacia la zona del yacusi.

—Qué vistas… —susurré.

Perdí fuerza, mis pies comenzaron a moverse como a cámara lenta, mientras veía a Romeo desnudo. Tenía la espalda, el trasero y las piernas tonificadas. Era increíble.

Estaba frente al ventanal y me daba la espalda. Miraba al exterior y se giró despacio, en cuanto me escuchó acercarme.

No os digo lo que me pareció su cuerpo por delante, solo que poco me faltó para que se me cayera la baba. Literalmente.

Tragué saliva.

Se movió para ir hacia el yacusi, sin apartar la mirada de la mía. Subió los pocos escalones del yacusi y entró en él. Cuando dio un pequeño salto me dejó sin espectáculo, ya que solo le veía de la mitad del pecho hasta la cabeza.

El yacusi parecía una minipiscina dentro del apartamento.

Se sentó sin perderme de vista.

Nerviosa, con el corazón latiéndome con fuerza, deslicé uno de los tirantes del vestido que me puse después de ducharme. Este cayó por mi brazo, dejándome al descubierto el inicio del pecho de ese lado.

Romeo se lamió los labios despacio y a mí me temblaron las piernas.

Hice lo mismo con el otro tirante y el vestido cayó deslizándose por mi cuerpo. Era suelto, por lo que no encontró ningún obstáculo para caer enrollado a mis pies.

Levanté los pies, para salir de la ropa, y caminé despacio hacia la escalera, entre las velas.

Tenía la piel erizada y los pezones duros, tan erectos que sentía una ligera molestia. Necesitaba que algo me los calmara, o más bien alguien que no apartaba la atención de mí.

La mirada de Romeo me puso atacada de los nervios y tuve que centrarme en llegar al yacusi y en subir los escalones, con cuidado, para que no me fallaran las piernas.

Una vez arriba, en cuanto puse los pies en el saliente que hacía de asiento, solté un grito por culpa de Romeo.

Se levantó de repente y me cogió de las piernas, para llevarme con él. Me agarré con fuerza a su cuello y todo me ardió al contacto con su cuerpo. No fue por el agua caliente que burbujeaba, para nada.

Volvió a sentarse en el mismo lugar y me puso a mí a horcajadas sobre sus piernas. Me mordí el labio inferior al notar su erección, su miembro me rozó.

La posición no podía ser mejor para…

Romeo se movió y me distrajo de mis pensamientos. Alargó un brazo para coger las copas vacías de la cubitera y me pidió con un gesto que las cogiera. Lo hice y el agarró la botella de vino, para descorcharla después.

Llenó las copas y cuando devolvió la botella a la cubitera y le di su copa, brindamos.

—Porque se repita este momento, muchas veces —dijo.

—Tenemos muchos días de vacaciones por delante, todavía —susurré.

—Cuento con ello, *bella* —sonrió de medio lado—. Estoy deseando vivirlos todos contigo, hasta el último segundo.

—¿No te cansarás? —reí.

—¿De ti? Nunca.

—Ya… —negué.

—¿No me crees? —Arqueó una ceja.

—Lo que has dicho implica mucho y abarca más, así que…

—¿Por qué no nos centramos en el presente?

—Sí —susurré—. Por una noche estupenda —dije, levantando mi copa.

Me hizo un guiño y chocamos las copas. Bebimos sin dejar de mirarnos.

Cuando terminamos Romeo dejó las copas en el borde plano del yacusi y colocó las manos en mi cintura. El contacto fue electrizante y que me acercara más a él…

Nuestras bocas se buscaron al instante, al mismo tiempo que yo me pegaba del todo a él. Su miembro quedó aprisionado entre nuestros cuerpos y dio una pequeña sacudida.

Profundizamos el beso, respirando el aire del otro y cuando más caliente estábamos, nos separamos, o más bien Romeo me separó de él. Rio por mi protesta.

Acercó el carro, que quedaba a la altura perfecta para ir comiendo, y cada uno cogimos lo que más nos apetecía. Yo elegí un montadito que tenía una pinta estupenda, qué remedio, ya que no podía continuar besando a Romeo.

Me lo comí con ganas y con un gemido en cuanto di el primer bocado. Romeo soltó una carcajada cuando fui a por otro igual. Había de sobra para los dos y repetir.

Durante los siguientes minutos nos dedicamos a comer, compartiendo miradas y gestos cómplices.

—Estás preciosa —susurró.

Me retiró con un dedo, de la comisura de la boca, un poco de salsa. Se lo llevó a los labios y lo chupó, incendiándome con el gesto y la mirada.

Al terminar llevó las manos dentro del agua y esta dejó de moverse. Debió tocar algún botón porque las burbujas desaparecieron y poco a poco el agua se quedó lisa, quieta y en calma, con los pétalos flotando. Después colocó ambas manos en mis costados y las deslizó hacia arriba.

Cerré los ojos al sentirlas calentándome los pechos. Me sobresalían del agua. Romeo me los amasó y acarició, para después tirar con fuerza de las puntas duras. Gemí echando la cabeza ligeramente hacia atrás.

Me agarró de las nalgas, apretándomelas, y me levantó hasta que me quedé apoyada de rodillas, a los lados de su cuerpo.

Mirándonos, se inclinó y acercó la boca a uno de mis pezones. Sacó la lengua y le dio varios toquecitos a la punta, para después morderla. Solté un grito y lo agarré del pelo, arqueando la espalda hacia él, necesitando más, mucho más.

Me lo dio, me torturó el pezón y jugó con mi pecho, mientras que con una mano me tocaba el otro. Intercambió la boca y la mano, cambiando de pecho, mientras que su otra mano libre la llevaba entre mis piernas.

—Romeo… —Jadeé.

Me removí inquieta, al contacto de sus dedos acariciándome el clítoris. Mi cadera comenzó a moverse sola, buscando mi propio placer. Me balanceé sobre sus dedos y acogí sus embestidas en mi entrada, acompasando los movimientos como si fuera otra parte de su cuerpo la que me llenara.

—Diosss… —Gemí.

El agua a nuestro alrededor volvió a moverse, pero por mi culpa. Romeo me llevó al límite y no pude parar. Me corrí con su boca succionándome con fuerza un pecho y con unos de sus dedos dentro de mí y otros sobre mi clítoris.

Estallé de placer, aferrándome a él con desesperación.

Cuando terminé me dejé caer sobre sus piernas, sentada a horcajadas de nuevo.

—Deliciosa —me susurró al oído.

Me rodeó la cintura con los brazos y nos quedamos abrazados, sin movernos. Escondí la cara en la curva de su cuello y fui recuperándome poco a poco. Había sido muy intenso, pero, a pesar de eso, sorprendentemente, todavía no estaba satisfecha del todo.

Continuaba necesitando mucho más. Solté un suspiro y cuando me separé de él, lo suficiente para mirarlo a la cara, lo besé.

Nuestros labios se movieron sobre los del otro de manera perezosa, aunque él debía estar conteniéndose porque la dureza que sentía clavada en mi barriga no era normal. Romeo no era para nada normal, en ningún aspecto.

Iba a ponerle remedio a su pequeño problemilla, primero con la mano y después con lo que surgiera, pero me quitó la intención cuando cogió las copas y me ofreció la mía.

—No tenemos prisa, *bella*.

—No me gusta que me llames así —dije, soltando un bufido.

—¿Por qué? En mi país es muy común.

—Por eso exactamente. No quiero ser como cualquier otra a la que le digas lo mismo.

Intenté levantarme, para sentarme a su lado y tomar un poco de distancia, pero me lo impidió con una mano en mi cadera.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Como si no se me notara. —Puse los ojos en blanco—. Pero claro, te hacen mucha gracia mis reacciones cada vez que me dices *bella* —dije con retintín la última palabra.

Soltó una carcajada.

—Es que si no me dices directamente lo que piensas o sientes no soy adivino. Me haces creer que en el fondo también te hace gracia.

Elevó las cejas.

—Ya… pues por eso te lo he dicho ahora —suspiré—. Si me llamas por mi nombre está perfecto, o Cari. Pero no de cariño, ¿eh? Cari como un diminutivo de mi nombre. Mis hermanos, mis padres y mis amigos se dirigen a mí de esa manera, muchas veces.

Me encogí de hombros.

—Está bien saberlo —sonrió de medio lado—. Es verdad, perdona, pero la que está más al día de vuestra vida es mi madre. Ya no me acordaba de que no solo estáis Julia y tú.

—No. Dylan es nuestro hermano mayor —sonreí de oreja a oreja, acordándome de él—. Somos tres.

Capítulo 26

Romeo

—Joder… Síií… —Gemí.

Carina me besó con ansias y desesperación y le correspondí de la misma manera, fundiendo mi boca y mi lengua con las suyas.

Le apreté las caderas y me impulsé con más fuerza, para embestirla lo más profundo posible y aumentar la fricción. Ella gimió, sin dejar de moverse sobre mí.

Todavía la tenía sentada a horcajadas y sus pechos se elevaban y bajaban al ritmo de su cuerpo, muy cerca de mi cara. Era una delicia ver el placer en su mirada y en su expresión, mientras subía y se dejaba caer con fuerza, para acoger a mi miembro hasta el fondo.

Desde el comienzo había sido ella la que llevó el control, marcando el ritmo, pero yo ya había llegado a mi límite y no podía aguantar más, por lo que comencé a moverme para clavarme con más fuerza en su interior. Más duro, más rápido, más desesperado…

Carina gimió agarrándome del pelo, cuando le succioné un pezón, y ese fue el final para que se dejara llevar por un orgasmo que la hizo gritar. Yo no paré en ningún momento porque al cabo de pocos segundos me liberé, estremeciéndome.

—Mierda… —susurré, en el momento que dejé de balancearme.

—Estoy de acuerdo.

Reímos.

Cerré los ojos sintiéndome en la gloria y le di un beso en la cabeza. La había apoyado en mi hombro, tenía todo su cuerpo encima de mí y aún estaba dentro de ella.

Quise alargar el momento y la abracé con fuerza, para que no hubiera ni una mínima separación entre nosotros.

Tanteé a un lado para buscar el botón del yacusi y cuando lo toqué lo activé. El agua empezó a moverse y en pocos segundos estábamos rodeados de burbujas.

—No hagas eso —le advertí.

—¿El qué? —me preguntó, haciéndose la inocente.

Al mismo tiempo que hablaba se movió de cintura para abajo y me provocó un gruñido.

—¿Quieres otra ronda? ¿Volvemos a empezar?

—Ya noto que estás preparándote —rio.

—Eres malvada —la acusé—. Si casi no me has dado tiempo a que se me baje.

—Exagerado.

Se separó de mí, con una sonrisa preciosa y ocurrió lo que no quería. Carina se incorporó, separándose de mí, y dio un paso hacia atrás. Se quedó en el centro del yacusi y después se agachó para que el agua le cubriera hasta los hombros, sin dejar de sonreírme.

Negué con la cabeza, antes de ponerme de pie también. Me quité el preservativo, le hice un nudo y lo dejé a un lado.

—Con lo que te ha costado ponértelo, saliendo del agua —me picó.

—Ya ha tenido su uso —le dije con un guiño.

—¿Cuántos más tienes en el carro?

Solté una carcajada.

—Ya es hora de salir por hoy, ¿no te parece?

Me acerqué a ella, justo cuando se levantó. Se quedó de pie frente a mí.

—Sí. Estoy bastante arrugada —rio y sonreí.

—Bastante se queda corto.

Le señalé con la cabeza donde estaban los escalones y le ofrecí una mano, para que subiera al saliente que hacía de banco.

Aceptó mi gesto y salió con cuidado. Yo aproveché para observarla a conciencia, una vez más. No me cansaba de ver lo preciosa que era, tenía un cuerpo espectacular. Me atraía todo de ella, pero no solo en lo referente al físico.

La seguí y cogí la toalla que me ofreció. Me sequé bien con ella y cuando terminé la lancé a un lado. Carina se la enrolló al pecho, pero solo le duró unos segundos en esa posición. Con varios dedos tiré de la toalla y me la llevé conmigo.

—¿Qué…?

—Desnuda, ¿recuerdas? No quiero nada entre tú y yo.

—Pero no sé si voy a poder estar así —rio, nerviosa.

—Para todo hay una primera vez. Falta de costumbre, pero te adaptarás rápido.

Le hice un guiño.

—¿Tú siempre estás así? —Señaló hacia mi desnudez.

—Cuando la ocasión lo merece, por supuesto —reí al ver su cara—. Incluso vamos a salir a la terraza.

—Eso no te lo crees ni tú —rio más fuerte.

—Espera y verás —sonreí.

—No voy a salir desnuda a la terraza, Romeo. El vecino…

—El vecino se quedará dentro de su apartamento, por la cuenta que le trae —le aseguré.

Estábamos hablando de Luigi, mi amigo, aunque ella todavía no lo ubicaba como el vecino. Las únicas veces que lo había visto había sido en la calle.

—Es que habrá más.

—A esta parte donde estamos no da ninguna otra terraza, es una zona libre de miradas indiscretas.

Comencé a agacharme y fui apagando las velas. Carina me ayudó por el lado contrario y nos encontramos al llegar a la mitad. Cuando todo quedó apagado empujé el carro porque todavía quedaba comida en él. La segunda botella de vino que fui a buscar estaba vacía.

—No tengo más hambre, ahora solo quiero dormir —dijo.

—Es tarde. Ve a la cama, mientras meto en la nevera todo lo que ha sobrado. Hoy te libras de la terraza —comenté con humor.

Me sacó la lengua y me hizo reír.

Carina entró en el baño y yo me puse a agrupar los montaditos y los canapés que habían sobrado, para dejarlos en una misma bandeja dentro de la nevera.

Salió rápido porque no tuvo que secarse el pelo, lo llevaba recogido. La seguí con la vista y sonreí, al ver que en vez de tumbarse en la cama se dirigió a la terraza. Desnuda.

Cuando terminé me reuní con ella, pero antes cogí la manta de la cama balinesa. Me puse a su espalda y la rodeé con mi cuerpo y a ambos con la manta. Nos quedamos cubiertos por ella.

—Al final la valiente soy yo —rio.

—Ya lo he visto —sonreí—. Se me había olvidado el detalle de que es de noche y la temperatura es más fresca.

Hablé con los labios rozando su pelo, por la parte de atrás de su cabeza, mientras tenía la vista fija en el mar.

—Sí, no hubiera aguantado mucho tiempo, pero no iba a perder contra ti, al no atreverme a salir desnuda.

Reímos.

—Me encanta.

Y tanto que sí, mi miembro se puso contento en cuanto encajó entre sus nalgas. Comenzó a venirse arriba.

Carina empujó hacia atrás, arrancándome un jadeo.

—Si no quieres que te folle aquí mismo, te aconsejo que pares ahora.

—¿Eso se supone que es una amenaza? —rio— Porque para mí es una motivación.

—Eres…

—Mi hermana me dijo que tenía que dejar seco al italiano, o sea, a ti.

Soltamos una carcajada.

—¿Esa es tu intención? —le pregunté.

Le rocé la mejilla con los labios, con los ojos abiertos.

—Si puedo y se me presentan las oportunidades… ¿Por qué no? —habló con diversión.

—Te doy permiso para dejarme completamente seco, pero te adelanto que eso no va a suceder, tratándose de ti.

Le lamí el cuello, hasta la oreja. Carina se estremeció y soltó un suspiro tembloroso.

—Eso espero.

Se mordió el labio inferior, al apretarse más contra mí. Mi miembro encontró solo el camino y se deslizó con mucha facilidad por sus fluidos.

Ambos jadeamos al unísono, cuando comencé a deslizar la punta arriba y abajo. Cada vez que llegaba a su entrada la tanteaba.

—Shhh…

Muy a mi pesar le pedí que frenara, cuando intentó que resbalara en su interior.

—Voy a por un preservativo. Ve a la cama balinesa.

—Vale —susurró, con un suspiro.

Haciendo un gran esfuerzo conseguí separarme de ella. Le dejé la manta sobre los hombros y me dirigí al interior del apartamento.

Mientras iba hacia el carro, para coger el último paquetito del preservativo que había sobrado de los que dejé para tenerlos cerca del yacusi, vi a Carina ir hacia la cama balinesa y cómo se sentaba en el borde.

Miró hacia el mar y se cerró bien la manta a la altura del cuello. Sonreí, porque daba igual de qué manera estuviera esa mujer, siempre que la miraba me parecía de otro mundo.

—¿Quieres entrar? —le pregunté desde la corredera.

—Por ahora estoy bien.

Asentí y caminé hacia ella. Con el repaso que me dio, de la cabeza a los pies, consiguió que mi miembro se endureciera un poco más.

Me paré frente a ella, pero sin ninguna intención, solo para acomodarme en la cama. No fue el caso de Carina, ella sí tenía una intención clara y la llevó a cabo.

Jadeé cuando me rodeó el miembro con las dos manos. Le acaricié la cara, esperando su siguiente movimiento porque me dejó claro, por cómo me miró, que iba a hacerlo.

—Joder… —susurré, cuando su lengua me acarició el glande.

Llevé la mano por detrás de su cabeza y la agarré del pelo. No perdí más tiempo en preliminares, no podía aguantar, por lo que impulsé la cadera, al mismo tiempo que dirigía su cabeza hacia delante.

Le embestí la boca hasta el fondo y ambos gemimos, al unísono.

No iba a terminar así, no quería, pero la invitación era demasiado placentera como para rechazar jugar con su boca y su lengua. En esta ocasión no me negué, lo deseaba, antes de continuar con lo que tenía en mente.

Una vez comencé ya no pude parar, ni quise. Le llené la boca una y otra vez, sin bajar la intensidad, mientras ella me agarraba de las nalgas con fuerza, como si no quisiera que me separara de ella.

Capítulo 27

Carina

No podía pensar, solo disfrutar, porque su placer era el mío.

Me dejé llevar, recibiendo las embestidas de Romeo. Mi boca lo acogió con gusto en cada una de ellas y cuando creía que no podía más, me sorprendía a mí misma, animándolo a que lo hiciera más duro, más rápido.

Cuando noté que se preparaba, porque su respiración cambiaba siempre de ritmo y su cuerpo se tensaba más, moví la lengua y tomé el control yo.

—No… —Jadeó—. No quiero correrme. Mierda —gritó.

Metí la punta de la lengua en la pequeña hendidura de su miembro y su semen salió disparado.

—No me lo puedo creer. —Gimió.

Me lamí los labios, mientras él terminaba. No parecía tener fin.

Cuando bajó la mirada vio el desastre que había hecho en mi cuerpo, de lo que no había caído dentro de mi boca. La manta se había librado porque hacía rato que me deshice de ella, sofocada por el momento.

Me acarició la barbilla, retirando parte de su placer. Nuestros ojos se encontraron y no supe descifrar lo que transmitían los suyos, pero vi algo diferente, algo que me cortó la respiración por unos segundos.

En silencio, entró al apartamento y cuando regresó lo hizo con bastante papel. Se arrodilló frente a mí y me abrió las piernas, para colarse entre ellas.

Me limpió la barbilla, el cuello y el pecho con delicadeza. Al terminar dejó el papel sucio en el suelo y me agarró de la nuca, para unir nuestros labios. Probó los restos de su sabor en mi boca.

—No tenía que terminar así esta vez —susurró sobre mis labios.

—A mí me ha encantado. —Le acaricié la mandíbula.

—A mí más.

Me hizo un guiño y reí.

—Túmbate conmigo.

Se incorporó despacio y se acomodó apoyando la espalda en los cojines, después me pidió que me acercara, para que me sentara entre sus piernas abiertas, para quedarme con la espalda apoyada en su pecho.

Sonreí mientras lo hacía y nos tapé con la manta. Mi sonrisa se amplió cuando me dio un beso en la cabeza, mientras colocaba uno de sus brazos sobre mis pechos y el otro por debajo de ellos.

Solté un suspiro y cerré los ojos, con la cabeza en su clavícula. El cansancio de tanto sexo me hizo caer en una espiral de la que no pude salir. Me quedé dormida plácidamente entre los brazos de Romeo, rodeada de su calor.

Por la sensación que tuve me pareció que él también se dejó arrastrar, porque noté su respiración más pausada.

Cuando todavía no estaba en un sueño profundo, noté que volaba. Dejé de sentir el calor a mi espalda, aunque fue muy breve, porque mi cuerpo cayó sobre otra superficie.

Al principio la sensación no fue la misma, hasta que recibí de nuevo el calor a mi espalda y sentí como me agarraban con firmeza. Entonces todo volvió a encajar bien y dejé de ser consciente, esta vez sí, cayendo en un sueño profundo.

Dormir con Romeo, entre muchas otras cosas, era lo peor que podía sucederme. Ese fue mi primer pensamiento cuando abrí los ojos a un nuevo día. Era tan agradable, tan bueno, que acostumbrarse era muy fácil.

La claridad inundaba el interior del apartamento y por unos segundos, sin moverme, observé el mar en calma. No se veía tan bien como de pie, pero sí una pequeña parte y con eso tenía suficiente.

Me giré despacio en la cama y sonreí al ver a Romeo. Se había separado un poco de mí, dormido. Tenía un brazo hacia arriba, encima de la almohada y la cabeza girada hacia mí. No se había despertado.

Me apoyé en un brazo y le retiré un mechón de la frente, con cuidado para no molestarlo. Ambos seguíamos desnudos. La sábana se le había enrollado en sus piernas y solté un suspiro, porque tenía un cuerpo de escándalo.

Me moví despacio y me bajé de la cama. Lo primero que hice fue ir al baño, lo segundo, buscar en el armario la ropa para el nuevo día. Elegí un vestido fresquito, muy mono. Cogí otro bikini y después de repasar las cosas que tenía dentro del bolso, volví al baño.

Mientras cerraba la puerta comprobé que Romeo continuaba con los ojos cerrados.

Me aseé y me vestí, después me cepillé el pelo y me lo recogí en un moño alto con efecto despeinado. Me quedó genial y me pinté los labios con brillo.

Por último, me eché perfume y abrí la puerta del baño con cuidado. Ya no hacía falta que fuese silenciosa porque Romeo tenía los ojos abiertos y me hizo un buen repaso con ellos. Para repaso estaba él, se había despertado empalmado y era bien visible.

—¿Vas a algún lado sin mí? —me preguntó.

—No —contesté riendo—. Ya tuve bastante con el día de ayer.

Negué con la cabeza.

—Eso pensaba —sonrió de medio lado.

Se levantó de la cama y vino hacia mí.

—¿Quieres que prepare café? —le pregunté, cuando se paró delante.

—Por mí no hace falta, puedo esperar. No vamos a desayunar aquí.

—Vale. Yo también espero —sonreí.

—Por cómo me hablaste ayer del bar en el que desayunaste te gustó. Si quieres podemos ir juntos hoy.

—Me encantaría —acepté enseguida.

—De acuerdo. En unos minutos estoy preparado.

Me dio un beso rápido en los labios, demasiado corto, y se alejó de mí para ir al armario. Sacó su ropa y con ella entró en el baño. Hasta que no despareció de mi vista no pude dejar de mirarlo. ¡Cómo iba a echar de menos estos momentos!

Dejé el bolso en la cama y me senté en ella, con el móvil en las manos. Lo desbloqueé sonriendo, al ver nuevos mensajes de Damián, de mi hermana y de mi hermano.

La noche anterior, en uno de los momentos que salí del yacusi para ir al baño, aproveché que me sequé para escribirle un mensaje a Damián. Fui breve, poniéndole que todo iba bien con Romeo, ya que también me encontré con mensajes suyos. Estaba preocupado porque no sabía nada de mí, desde que desaparecí del restaurante japonés, con Romeo detrás.

Al primero que le respondí fue a él, a Damián. Su mensaje lo escribió de madrugada, en el que me preguntaba si todo continuaba bien.

Carina: *Buenos días. Sí, lo son. Buenísimos y todo sigue genial. Espero que para ti también. Voy a salir a desayunar con Romeo, a lo mejor nos vemos si vais al bar en el que nos encontramos ayer. Pasadlo muy bien tú, Pablo y Alberto. Si no coincidimos dentro de un rato, espero que en algún momento del día sí porque es el último del festival. Después regresas a España, aunque allí no tardaremos en vernos a mi vuelta. Ja, ja, ja… Disfruta mucho, Damián.*

Salí de su conversación y entré en la de mi hermana. En su mensaje me decía lo bien que se lo estaba pasando con Marco.

Carina: *Hola, Julieta. Ja, ja. ja… ¿Has visto qué buen humor tengo, con lo poco que te gusta que te cambie el nombre? Cuando te cuente bien y al detalle todo lo que estoy viviendo con Romeo vas a flipar, y ah, puedes sentirte muy orgullosa de mí. Ya lo entenderás. Me alegro de que te lo estés pasando tan bien con Marco, aprovecha todo el tiempo que puedas. Nos vemos pronto, mañana estaré por ahí. El tiempo en esta isla se acaba. Te quiero.*

Por último, accedí al mensaje de mi hermano. Él me había escrito hacía unos minutos, dándome los buenos días.

Carina: *Buenos días, Dy. Tercer y último día sobreviviendo al festival* —añadí una cara haciendo un guiño—. *¿Qué tal va el descanso? Yo estoy muy bien con Romeo, me hace sentir muy bien. Vamos a salir a desayunar ahora, ya estoy preparada.*

Dylan: *Hola, cariño. El que está sobreviviendo a ti es el festival, no te equivoques.*

Carina: *Ja, ja, ja…*

Dylan: *Y no sé si me hace especial ilusión saber lo bien que te lo estás pasando con ese Romeo, pero lo que es seguro es que no quiero saber lo bien que te hace sentir. Ahórrate esos detalles, por favor, a no ser que quieras que cometa una locura y coja un vuelo hasta ahí, para volver en tiempo récord.*

Carina: *No te lo crees ni tú. Ja, ja, ja…*

Dylan: *¿Qué no? Poco me faltó para hacerlo ayer.*

Carina: *¿Y eso? ¿Qué me he perdido?*

Dylan: *Ya veo que he sido el gran afortunado para que nuestra querida hermana me cuente a mí primero que ayer montó en un toro salvaje, una y otra vez, porque cada vez que caía volvía a montarlo.*

Carina: *¿Qué dices? No tenía ni idea de que había esa atracción.*

Dylan: *¡El toro salvaje es Marco! Dios… aún estoy sufriendo desde ayer. Me entran hasta escalofríos. Joder.*

Solté una carcajada, justo en el momento en el que Romeo salía del baño. Me miró sonriendo y levanté el móvil, por lo que asintió. Ya estaba preparado y madre mía, es que daba igual que estuviera desnudo o vestido, este hombre era de otro planeta.

Hoy iba vestido más informal, con un pantalón de tela fresquita y una camiseta de manga corta. Ambas cosas le quedaban tan bien…

Enseguida detecté el olor de su perfume, otra cosa a añadir a que fuese irresistible.

Le pedí un momento, mientras me levantaba de la cama. Le dije que iba a despedirme de mi hermano.

Carina: *Ja, ja, ja… si hubieras escuchado la carcajada que me has hecho soltar. Ya te vale. Relájate, hermanito, a Julia y a mí ya nos quedan menos días de vacaciones.*

Dylan: *Joder, y qué de disgustos me estáis dando. A este paso seréis las culpables de mis primeras canas.*

Carina: *¡Exagerado! Tengo que dejarte, Romeo ya está preparado para irnos. No me has dicho cómo van tus días de descanso.*

Dylan: *Por aquí todo bien, cariño. No te preocupes. Ayer pasé la mañana en la playa, comí en un chiringuito con un amigo y el resto del día no salí del piso. Me estoy portando muy bien, ni me reconozco —* puso una cara haciendo un guiño—. *Todos los pecados os los dejo a vosotras, para que los cometáis en mi nombre también. Ya puestos… visto lo visto seguro que ya los habéis probado todos.*

Carina: *Mi boca está sellada.*

Dylan: *Ja, ja, ja… mejor. Chica lista, no has caído en la trampa.*

Carina: *Ja, ja, ja… Hablamos en otro momento. Cuídate, te quiero.*

Dylan: *Igualmente. Yo también te quiero.*

Salí de la conversación y bloqueé el móvil, sin tener contestación de Damián y mi hermana. Con lo tarde que se acostarían todavía debían estar durmiendo.

—¿Todo bien? —me preguntó Romeo.

—Estupendamente.

Sonreí.

—Me alegro. ¿Nos vamos?

—Claro.

Lancé el teléfono dentro del bolso, antes de colgármelo al hombro y seguir a Romeo hasta la puerta.

Capítulo 28

Íbamos agarrados de la mano, recorriendo los últimos metros que faltaban para llegar a la pasarela de madera que llevaba al bar tan bonito en el que desayuné el día anterior.

Romeo me había llevado por otro camino diferente al que hice yo y me había encantado, porque había podido recorrer una calle larga llena de tiendas, a cada cual más bonita.

No pude resistirme a comprar unos regalitos y otras cosas para mí, lo que me vino genial porque al día siguiente nos íbamos a la isla donde estaban nuestras familias. Imaginaba que sería al poco de despertarnos.

Cuando nos alejamos de la calle de las tiendas cargábamos con tres bolsas.

—Se las daremos a Luigi para que se haga cargo él —me comentó.

—¿Quién es Luigi? —le pregunté con curiosidad.

—El amigo que vigiló mientras nosotros estábamos en la cama balinesa, cerca del festival. Fue el primer día. El mismo que me ayudó a buscarte ayer por toda la isla y con el que aparecí en el restaurante japonés.

—Ah. No me diste tiempo a presentarme.

—Si es lo que quieres tendrás la oportunidad.

—Vale.

Sonreí.

Llegamos a la pasarela de madera y la recorrimos para llegar hasta el bar. Todos los trabajadores, incluida la camarera que me atendió, saludaron a Romeo en cuanto lo vieron.

Me quedé detrás de él, a unos pasos, hasta que terminó. Después ocupamos una mesa cerca de la parte que estaba más próxima al mar. Las olas se mecían en la orilla, cerca de nosotros.

—Yo quiero el desayuno de ayer —le dije a la camarera, cuando me preguntó.

Se lo señalé en la carta por si acaso y le recordé el cambio que hice. Romeo se animó y pidió el mismo.

—Aquí se está de maravilla —dijo.

—Sí. Este rinconcito es precioso, lo encontré por casualidad.

—Mientras huías de mí, ¿no? —Arqueó una ceja.

—Claro que sí, hombre. No tenía yo otra cosa mejor que hacer —reí —. No me recuerdes cómo comenzó el día de ayer —suspiré.

—Puedo recordarte cómo terminó —sonrió de medio lado.

—Eso tampoco —me quejé.

Atrapó en medio de la mesa la servilleta de papel que le lancé, riendo.

Romeo tuvo que atender su teléfono, como cuando lo conocí y no entendía porque estaba tan pendiente de su móvil.

Cada vez que respondía un mensaje, al terminar, me daba un beso en los labios. Tenía que compensarme, me dijo, y yo encantada de recibir tantos besos. Porque sí, fueron muchos mensajes.

A veces todavía tenía la sensación de que había algo más, esa posibilidad no desaparecía. Sobre todo, cuando me miraba de reojo, mientras escribía. Aunque lo solucionaba con un guiño y el beso del final, yo me sentía un poco extraña.

No quería pensar mal porque a estas alturas sí que me importaba que Romeo estuviera ocultándome algo importante de su vida. Por otro lado, ¿quién era yo para meterme en ella, más de lo que ya estaba metida?

Dentro de unos días dejaríamos de vernos y lo vivido en las vacaciones quedaría en recuerdos para ambos. No había más y pensar lo contrario era una tremenda locura.

—Carina.

Giré la cabeza hacia Damián, con una gran sonrisa en los labios.

Caminaba hacia mí, junto a Alberto y Pablo. Cuando se acercaron los tres miraron a Romeo e intenté no reírme porque la impresión que se llevaron de él el día anterior no le hacía justicia a Romeo.

Este, que estaba atento a su teléfono, otra vez, levantó la vista al escuchar mi nombre. Se mantuvo serio al localizar a Damián y a sus amigos y continuó con la misma expresión cuando se pararon junto a nuestra mesa.

—Buenos días —los saludé.

Me levanté para darles besos y abrazos. Cuando terminé fue Romeo quien se incorporó despacio.

—Lamento lo de ayer —se disculpó hacia los tres—. Me llamo Romeo.

Extendió el brazo, ofreciéndoles la mano, y el primero en apretársela fue Damián. A continuación, le devolvieron el gesto Alberto y Pablo, diciéndole también a Romeo que no se preocupara, que ya estaba todo olvidado.

Damián no fue tan directo, se tomó un poco más de tiempo para analizar el comportamiento de Romeo. Me hizo gracia, pero no hice ningún comentario al respecto. Sobre todo, me gustó, porque seguía preocupándose por mí, a pesar de que le había dicho varias veces que todo estaba bien con Romeo.

—¿Vais a vivir el festival hoy? —nos preguntó Alberto, animado.

—Ayer nos lo pasamos muy bien —comentó Pablo.

—Sí —confirmó Damián, sonriéndome.

—¿Queréis desayunar con nosotros? —les propuse.

—Para eso hay que traer otra mesa —dijo Romeo.

Tenía razón, en la muestra cabían nuestros desayunos y poco más. Había mesas más grandes, como en la que me senté junto a los chicos, cuando me uní a ellos al encontrarnos Damián y yo.

—Hay una libre, pero no espacio suficiente para unirlas —habló Alberto.

—Podemos desayunar por nuestra cuenta y juntarnos cuando terminemos —propuse.

—Me parece genial, siempre y cuando nuestra vida no peligre —dijo Damián, mirando con descaro a Romeo.

Apreté los labios. Romeo se lo había ganado a pulso, así que…

—No prometo nada, pero haré un gran esfuerzo para controlarme —le soltó Romeo, igualando el descaro.

Reí, no pude contenerme por más tiempo.

—Con eso me vale, por ahora —sonrió Damián—. Nos vemos en un rato.

Se despidieron de nosotros para ir hasta una de las mesas libres, justo cuando se cruzaron con la camarera que nos traía a Romeo y a mí el desayuno.

Se lo agradecimos a la chica y comenzamos a comer. Yo cogí la taza, para beber un sorbo de café, con la mirada perdida en la orilla.

—¿Qué pasa por esa cabecita? ¿Te apetece un baño?

—No —reí—. Demasiado temprano —sonreí—. Estaba pensando que hoy es el último día aquí y que en nada estaremos en la otra isla. Ha pasado volando el tiempo.

Me encogí de hombros.

—Todo corre demasiado, ¿no?

—Sí —susurré.

—¿Te arrepientes de algo?

Dejó de comer para apoyar los codos en la mesa.

—No. ¿Por qué? ¿Tú sí?

—Si estamos hablando de ti, de nosotros, en absoluto.

—Ah. ¿Y sobre otra cosa te arrepientes? —lo tanteé.

—¿Cómo qué? —sonrió.

—No sé, eso es cosa tuya. —Negué con la cabeza.

—Mido muy bien todo lo que hago, Carina. Normalmente si fallo en algo suelo ponerle solución bastante rápido.

—¿Nunca te han pillado haciendo algo malo?

Me incliné hacia delante, hablando más bajo.

—¿Algo malo? —Arqueó una ceja— ¿Cómo qué?

—Ni idea —reí, nerviosa.

Joder, qué mal se me daba lo de sacar información. Para esto necesitaba a Julia, mi hermana era una experta cuando le ponía empeño, no había nada ni nadie que se le resistiera. Lástima que con su ex no le sucediera, ahí estuvo muy ciega, pero ya se sabe lo que se dice en ocasiones del amor…

Yo no quería ser una mujer ciega enamorad… ¡Pero qué narices iba a decir! ¿Enamorada? ¿Yo? ¿De Romeo y después de…? ¿Cuántos días hacía que lo conocía? Dios… se me estaba yendo la cabeza, por completo.

Tragué saliva y aparté la mirada de él. La bajé a mi tostada y me la llevé a la boca. Mastiqué el mordisco que di y después de tragar, bebí un sorbo grande de agua. Romeo me observo todo el rato, con mucha atención, por lo que me puso más nerviosa.

—Cada persona mide las cosas bajo sus principios.

—¿Eso qué quiere decir? —Fruncí ligeramente el ceño.

—Que lo que para mí puede estar bien, para otro no. Yo puedo actuar de una manera que considero aceptable, buena, pero otra persona puede recibir esa actuación como algo malo, porque no somos la misma persona. Tenemos crianzas, pensamientos, valores y creencias diferentes.

—Ya… pero yo estoy hablando de algo que está mal visto para todo el mundo. Incluso lo estaría para ti, aunque lo hicieras.

—Puedes hablar claro y dejarte de rodeos. Me has liado. —Elevó las cejas, sonriendo.

—Un ejemplo sería ser infiel —solté.

Fui directa, aunque dudé que Romeo se lo llevara a lo personal, por cómo lo dije.

—Si eres infiel, aunque lo hagas, sabes que está mal. Pero no por ello dejas de hacerlo. Algo así.

Cogí la taza con las manos y me la acerqué a los labios.

—He sido infiel muy pocas veces.

Contuve la respiración, sujetando la taza con más fuerza.

—¿Pocas veces?

Me salió una voz muy aguda y alta.

—No tendrías que haberlo sido nunca. —Bufé, agobiada de repente.

—La primera vez fue…

—No quiero saberlo. —Negué con la cabeza.

—… cuando tenía siete años.

—¿Qué me dices? —Agrandé los ojos— ¿Te estás quedando conmigo?

—No. —Soltó una carcajada.

—Sí —reí, nerviosa.

—Que no. Como he dicho yo tenía siete años, ella seis. Se llamaba Bianca. Nos prometimos amor eterno en el patio del colegio y meses después Paola me dio un beso en los labios y como yo siempre he sido muy curioso, pues le devolví el beso. A la manera de seis, siete años.

Me hizo un guiño.

—Joder, pobre Bianca. Le rompiste el corazón a los seis años.

—Le duró poco, como venganza le pidió salir a Giovanni y este aceptó. Para que veas que era el destino, lo que tenía que suceder, Bianca y Gio todavía estaban juntos cuando terminamos la educación obligatoria. Después les perdí la pista.

—Oh.

—La segunda vez que fui infiel fue cuando tenía diecinueve años, pero porque me enteré de que la que era mi pareja me engañó primero. Fue a modo de venganza y me quedé muy a gusto, aunque jodido.

—Por ahora es aceptable —carraspeé.

—Sí, ¿eh?

Asentí y rio.

—¿Cuántas más? —le pregunté.

No aparté los ojos de los suyos, sintiendo que su siguiente respuesta podía ser la definitiva.

—Una más —me contestó.

Nos quedamos en silencio, Romeo tardó en animarse a explicar esa última vez, y cuando iba a decir algo más, después de comer y beber, la voz de una mujer nos interrumpió de la peor manera posible.

—¡Romeo! ¡*Amore mio*! —lo llamó, muy cerca de nosotros.

Agrandé los ojos cuando, con todo el descaro del mundo, ella se lanzó a los brazos de él. Y no solo eso, terminó sentada de lado en sus piernas.

Romeo reaccionó rápido. Se echó hacia atrás y se retiró de la mesa a tiempo, para que ella no tirara nada.

Capítulo 29



—Chiara… —le dijo Romeo, cuando se recompuso de la sorpresa.

¿Quién narices era Chiara? Porque por lo que parecía ella estaba encantadísima de verlo a él y de colgarse de su cuello.

Ah, que también había besos. ¡Cómo no! La tal Chiara no tardó en besarle la mejilla y no se conformó con un beso de saludo, fueron varios repetitivos.

¿Y a mí qué? No me molestaba, Romeo podía hacer lo que le diera la gana sin tener que darme… ¿En serio? ¡Qué iba hacia sus labios!

Solté el aire que había retenido sin darme cuenta, cuando él se apartó de su trayectoria.

La mirada se me desvió hacia la mesa donde estaban Damián, Alberto y Pablo. Dio la casualidad de que la tal Chiara estaba montando un espectáculo porque todos los ojos, no solo los de los chicos, estaban puestos en nosotros.

En la mirada de Damián vi que me pedía paciencia y calma, algo que no tenía ni me quedaba, a estas alturas.

—¿Por qué no puedo tener una puñetera mañana tranquila? —me pregunté a mí misma, cabreada—. Me cago en todo, joder.

Cerré los ojos unos segundos, antes de…

—Carina…

—Olvídame. No quieres saber por dónde me paso esa advertencia —le solté a Romeo—. Puedes quedarte con tu amiguita, lo mismo es la siguiente en tu lista de… de nada. Mejor me callo.

Solté un bufido mientras me ponía en pie. Cogí el bolso y caminé entre las mesas, ignorando las miradas que me siguieron. No quería ver pena en ningún lado, ni sentir que cuchicheaban de mí. Me negaba porque antes me liaba a tortas con quien se me pusiera por delante.

Fui directa a la pasarela, con unas ganas tremendas de pegar unos cuantos gritos y de dejar a más de uno las cosas clarísimas. Tanto que ni se atreverían a cruzarse más en mi camino.

—Carina…

—Ahora no, Damián —le dije, para que no me siguiera.

Había venido detrás de mí.

—Te lo agradezco, pero por favor, quiero estar sola. Estoy cansada de mierdas —insistí.

—Joder, déjame acompañarte. Te prometo que no hablaré, que me mantendré callado. Carina…

—No.

Me paré unos segundos, para poder medio girarme hacia él.

Sonreí con tristeza al ver su cara de preocupación. Y era por esto por lo que, a pesar de lo pesado que era a veces, de lo cansino que se ponía con sus bromas de que yo era la mujer de sus sueños o su vida, a saber, por cómo le daba el día que nos veíamos, precisamente por cómo estaba ahora mismo, mirándome preocupado y pidiéndome con palabras y en silencio que aceptara su compañía, que sabía que podía contar con Damián para lo que fuera.

—De verdad, quiero estar sola.

Le agarré una mano y me la apretó.

—Estoy estupendamente. —Le hice un guiño—. Te lo aseguro. Solo necesito ir a mi aire y olvidarme de todo lo demás.

—Llámame o escríbeme cuando sea, da igual la hora. ¿Vale? Iré a donde estés si me necesitas.

—Volveremos a vernos hoy al final del día, para despedirnos.

—Sí. Cuento con ello.

Nos abrazamos, nos dimos dos besos y cuando miré detrás de él y vi que Romeo estaba separando a la tal Chiara de él, mientras me miraba a mí, decidí que ya me había retrasado demasiado para largarme.

Damián no me siguió cuando le di la espalda. Comencé a caminar rápido y en cuanto llegué al final de la pasarela me mezclé enseguida con todas las personas que iban de un lado al otro de la calle.

Pude respirar tranquila cuando me alejé lo suficiente, sabiendo que Romeo no me encontraría. Imposible con tanta gente, a no ser que le chivaran que me habían visto. Ahora sabía que si no quería que me encontrara no tenía que acercarme a ningún restaurante, bar o comercio.

Estupendo… al menos ya había comprado los regalitos para mi familia y mis amigos, incluso les había comprado unos detalles a Damián, a Alberto y a Pablo que tenía pensado darles una vez estuviera en España. Así quedaríamos para vernos.

Compras que estaban en las bolsas que había dejado con Romeo. Maravilloso, solo esperaba que las dejara en el apartamento porque en algún momento u otro yo tenía que ir a por mis cosas.

Todavía estaba por ver si pasaba la noche allí. Poco me importaba hacerme con una toalla para cubrirme del fresco de la noche y pasar la noche en la playa.

Sería una pasada, aunque no era como había pensado que sería. Daba igual.

Fruncí los labios, negándome a llorar. No quería soltar ni una lágrima por lo que había pasado, no tenía sentido porque Romeo y yo no teníamos nada y…

—Joder, claro que tenéis algo. Al menos durante estas vacaciones y por eso mismo, mientras esté conmigo, me merezco un respeto que no me ha dado. Mierda. —Bufé, retirándome de la mejilla, con rabia, la primera lágrima—. Qué idiota eres, Carina.

Qué ganas tenía en este momento de largarme de la isla. Caminé sin rumbo, evitando acercarme a la gente que podía reconocerme. No quería que nadie avisara a Romeo, no me daba la gana verlo.

Y yo que pensaba que pasaríamos el último día del festival bien y tranquilos, disfrutando de la música, del ambiente, de algún baño, de una buena comida y cena, aparte de todo lo demás que surgiera. Qué tonta.

Solté un suspiro y después de caminar unos metros más, llegué a uno de los focos más activos del festival. Sonreí con tristeza, al recordar lo bien que me lo pasé con los chicos el día anterior. Ahora era muy diferente, no me veía con ganas ni fuerzas de meterme entre tanta gente.

Miré alrededor y me dirigí a una zona de césped. Hacía pendiente, pero no era pronunciada. La gente estaba sentada sobre la hierba, animando desde ahí.

Localicé un espacio lo suficientemente grande para no molestar ni ser molestada, aunque sabía que dentro de poco estaría rodeada por personas.

—Perdona —le dije a una chica, cuando llegué.

Estaba con su pareja, era evidente la relación que tenían, por la posición en la que estaban. Pareja, rollo, lio… lo que fuera, pero algo eran.

—¿Sí? —me preguntó.

—Siento molestarte y lo que voy a decir puede parecerte muy raro, pero ¿me podrías hacer el favor de ir al puesto de ahí?

Lo señalé, estaba a unos metros delante de mí. Ellos lo tenían a la espalda.

—Quiero un café frío, pero no quiero arriesgarme a ir a comprarlo yo.

Al ver que ambos me miraban sorprendidos continué.

—Es que acabo de pelearme con… bueno no es mi novio, tenemos algo. Estamos pasando juntos el tiempo que dura el festival y lo he dejado en el bar que estábamos desayunando porque ha aparecido una tía que se le ha echado encima. Lo ha abrazado después de decirle, *amore mio*, en italiano, y me he ido cuando ella iba a besarlo.

—Joder, ¡qué estúpidos! —dijo enfadada la chica y asentí— ¡Qué fuerte! ¿Y él no se la ha quitado de encima? —me preguntó indignada.

—Ni idea, delante de mí no.

Me encogí de hombros y seguí hablando.

—El problema es que él trabaja en esta isla, es alguien importante y conoce a todos los trabajadores. ¿Sabéis? —Asintieron.

—No quieres que nadie le diga que te ha visto —dijo el chico.

—Exacto.

—Claro que voy a por tu café —habló con decisión la chica.

Se levantó casi de un salto, sonriéndome.

—Muchas gracias. De corazón.

—No hay de qué y si necesitas algo más hasta que nos vayamos…

—Vale. Aunque por lo que he visto los vasos son grandes.

Así era. Varias personas, entre ellas la pareja, tenían vasos con batidos y otros con café con hielo.

—Es que no me han dejado terminar de desayunar —reí sin ganas.

Saqué del bolso la cartera y le di un billete a la chica. Cuando se fue dispuesta y decidida a conseguirme el café, le sonreí a su pareja y me alejé unos pasos, para que tuvieran un poco de intimidad. Al menos por mi parte.

El chico me devolvió el gesto sonriente y me dijo que no me preocupara, que contara con ellos.

Me senté sobre la hierba y crucé las piernas dobladas, tapándomelas con la falda del vestido. Coloqué el bolso a un lado y me obligué a no sacar el móvil. Si lo hacía me dejaría llevar por el impulso de escribir o llamar a mis hermanos y entonces notarían que me pasaba algo.

Siempre me pillaban, era muy mala fingiendo. Es que no me salía, se me notaba rápido que me sucedía algo. Para bien o para mal.

—Aquí tienes —me dijo la chica.

—Muchas gracias.

—No te levantes —me pidió, al ver mi intención.

Cogí el vaso de plástico que me ofreció y la vuelta del dinero. Le dije que podía quedárselo, como otro agradecimiento, pero se negó.

Nos despedimos por el momento. Ella regresó junto a su chico, el que la abrazó con fuerza por la espalda y yo miré hacia el café. El vaso era muy grande, como ya esperaba. Dentro tenía el café con leche con cubitos de hielo y un poco de nada arriba. Era poca y fue lo primero que me comí.

Después comencé a disfrutar del café, del ambiente y de la música. Conseguí relajarme e incluso me reí con la pareja, ya que se acercaron a mí, antes de que otros se sentaran a mi lado. Comenzamos a hablar.

A pesar de todo me dije que la experiencia del festival había merecido la pena. A la mierda Romeo, sus líos y secretos, ¿y qué, si no era lo que pensaba? Lo mismo daba. Me había hecho disfrutar de un buen sexo, varias veces, y me quedaba con eso porque por lo demás…

No quería pensar y lamenté que el café con leche no llevara algún licor para acallar a la mente con alcohol. Solo un poquito, porque necesitaba tener el control absoluto de mí misma. En fin…

Solté un suspiro y sorbí de la cañita. Me entretuve observando a toda la gente, era increíble la marcha que tenían todos los que bailaban por delante de mí. Los que estaba derrotados se repartían por las zonas más tranquilas y dormían en cualquier parte y postura. Todo era bueno para descansar un rato.

Al cabo de un tiempo, cuando empezaba a tomarme un batido de fresa y plátano que estaba buenísimo, y que esta vez fue a buscar el chico, alguien se sentó a mi otro lado. Bastante cerca porque los huecos eran escasos.

Noté la presencia, pero no me molesté en mirar para ver de quién se trataba. Igualmente, no iba a conocer al hombre. Supe que lo era porque miré de reojo, durante unos segundos, hacia sus piernas flexionadas.

Capítulo 30

—Está más bueno que el café —me dijo Aitana, refiriéndose al batido.

Así se llamaba la chica de la pareja a la que le pedí ayuda, nada más llegar aquí. Él se llamaba Matías.

—Estoy de acuerdo —le sonreí—. Aunque el café con leche tenía su punto.

—Me uno a ti —comentó Matías—. Esta mujer —se refirió a su novia — no entiende que un café está bueno de cualquier manera, sobre todo, por las mañanas.

Reímos.

Sí, eran novios, aunque les quedaba un mes y medio para convertirse en marido y mujer. Este era el último viaje de solteros, después se reservarían para el viaje de novios, para el que llevaban mucho tiempo ahorrando.

—El hombre de al lado te mira mucho —me dijo Aitana, hablando bajo para que solo la escuchara yo.

—Me da igual.

Me encogí de hombros.

—A lo mejor lo conoces —dijo pensativa y mirándolo disimuladamente.

—Lo dudo —reí—. Si fuese alguno de los tres amigos que tengo aquí habrían llamado la atención desde el principio. Y al otro lo habría reconocido por cómo huele.

—¿El otro es del que no podemos decir su nombre?

Matías soltó una carcajada y yo apreté los labios.

—Exacto —le confirmé, con un guiño.

—Ah… Qué putada que huela tan bien. —Bufó.

—Ni te lo imaginas —suspiré.

—¿Por qué no miras el móvil? Estoy segura de que te ha escrito pidiéndote perdón —me animó a que lo hiciera, señalando mi bolso.

—No pienso mirar nada. —Negué con la cabeza—. Ya he tenido bastante, entre lo de ayer y hoy…

—Pero lo de ayer no fue culpa suya, más bien fue él quien lo pasó mal.

Les había contado la aventurita del día anterior. Me desahogué con ellos entre el café con leche y el batido, de la mala racha que llevaba con Romeo. Aunque cuando estábamos solos todo quedaba olvidado y funcionaba de maravilla.

—Exactamente —dijo la voz del hombre que estaba a mi otro lado.

El acento italiano fue inconfundible.

Aitana se inclinó hacia delante, para mirarlo directamente. Yo giré la cabeza despacio hacia él. En cuanto le vi la cara agrandé los ojos.

—Luigi —me ofreció una mano, presentándose.

—Carina —carraspeé—, pero ya lo sabes.

Sonrió un poco, de medio lado.

—Correcto. Lo sé. —Asintió.

—Anda, ¡al final sí que os conocéis! —exclamó Aitana.

—Ahora. —Sacudí la cabeza—. Es amigo del que no vamos a decir el nombre.

—Joder, qué mala suerte —dijo Matías.

Lo miré haciendo una mueca. Pues sí que era mala suerte que me hubiera visto, con tanta gente como había.

—¿Le has dicho a Romeo que estás conmigo? —le pregunté a Luigi, dispuesta a levantarme y a escabullirme de nuevo.

—No.

Su respuesta me desconcertó y me dejó sin palabras. No por mucho tiempo, pero hasta que me recompuse.

—¿No?

—Eso he dicho.

—Es buen tío —dijo Aitana.

—Cariño, vamos a dejar que se encargue Carina —le pidió Matías—. A ver si vamos a crearle más problemas.

—Pero nos quedamos aquí. —Se cruzó de brazos Aitana.

—Claro que sí, amor —le dijo Matías, con un punto de diversión.

Intenté no reírme por la reacción de mi nueva amiga. Nos habíamos intercambiado los números de teléfono y para nuestra sorpresa, cuando comenzamos a hablar de nuestras vidas, resultó que no vivíamos muy lejos.

Tan solo nos separaban unos kilómetros que no suponían ningún obstáculo para vernos cada cierto tiempo, cuando nos apeteciera y pudiéramos.

Aitana y a Matías ya sabían que yo era *influencer*, una muy conocida, así como la historia de toda mi familia. Se quedaron alucinados al saber quién era, sobre todo, Matías, quien reconoció al instante el nombre de mi padre, de la época que jugaba al fútbol.

Bueno, y ambos se quedaron impresionados al reconocer al actor Dylan, como mi hermano.

Matías se dedicaba a las finanzas y Aitana era doctora de urgencias, en el hospital más importante de su ciudad.

—¿Por qué no has avisado a Romeo? —le pregunté a Luigi.

—¿Quieres que lo llame y le diga que te tengo al lado? —Arqueó una ceja.

—No.

—Eso pensaba y por eso mismo no lo he hecho.

—Pero él es tu amigo. —Fruncí el ceño.

—Y mi jefe —añadió y rio.

—¿Entonces? —insistí asombrada.

—Solo estoy haciendo la vista gorda, un rato, después hablaré con él. Lo que le diga dependerá de ti, de si te das prisa para alejarte de mí o no.

—¿Por qué me ayudas a mí y no a él? No me cuadra. Estás engañándome.

—En absoluto. Tampoco estoy ayudándote, esto que estoy haciendo es a mi favor.

—¿Cómo? —le pregunté sorprendida.

—La mujer por la que te has ido del bar es Chiara, mi ex desde hace unos años. La dejé porque se metió en la cama de Romeo. No la soporto, la quiero bien lejos de mi vida y de todo lo que me rodea, y como me ha tocado mucho las narices que Romeo no se la quitara de encima rápido, pues yo voy a darle un poco de su propia medicina a él, contigo.

Levantó una lata de refresco que no había visto hasta este momento y bebió con la mirada perdida en la gente que bailaba por delante de nosotros.

—¡Qué fuerte lo de esa tía! —Bufó Aitana— Es increíble.

—¿Romeo se acostó con ella, siendo tú su amigo? —le pregunté alzando la voz, con voz de pito.

—No he dicho eso —me miró sonriendo.

—Has dicho que…

—Que Chiara se metió en la cama de Romeo, pero fue a traición y de noche, sin que Romeo se diese cuenta porque habíamos bebido bastante. Chiara dejó la cama que compartía conmigo para ir a la suya, pero duró allí hasta que él reaccionó.

—Vaya tela —comentó Matías.

Tanto él como Aitana estaban muy entretenidos y metidos por completo en la historia. No eran los únicos, yo también.

Luigi continuó hablando.

—Estábamos pasando unos días los cuatro juntos en una casa, con Marco también. Cuando Romeo se despertó esa noche, porque Chiara se subió sobre él, se la sacó de encima de un empujón. Hasta ahí llegó la aventura de ella.

—Así que esto es una venganza…

—No llego a tanto —rio.

—Pero Romeo no tuvo la culpa —le dije—. No tiene sentido que lo castigues de cualquier manera, por poco que sea.

—Ya… pero entonces tú estás actuando como yo, porque Romeo tampoco tiene la culpa de que Chiara se le haya lanzado al cuello. No la ha visto venir y le ha costado recomponerse. ¿No te parece?

—Ahí tiene razón —dijo Aitana, dudando—. Aunque tendría que haberla empujado otra vez, de alguna manera le ha faltado el respeto a la presencia de Carina.

—Querías llegar ahí, ¿eh? —le dije a Luigi.

Bufé y su sonrisa se amplió.

—Solo digo que visto desde fuera es muy diferente a vivirlo en persona. ¿Romeo podía haber alejado a Chiara antes? Claro, pero se ha quedado tan fuera de juego que le ha costado dar el paso. Lo importante es que lo ha hecho y no solo por ti, sino por quién es Chiara y por mi amistad con él.

Desvié la vista de él hacia mi batido. Rodeé la cañita con los labios y sorbí, mientras sentía su mirada en mí.

Luigi no había terminado de hablar

—Y si le sumas sus modales y que es un caballero… lo que has visto es el resultado. Si le hubieses dado un par de minutos más, quizás mucho menos, te habría quedado claro que Chiara no supone una amenaza, ni tampoco Romeo permitiría algo fuera de lugar estando tú presente.

—Sigo sin querer verlo a él, todavía —le dejé claro.

—Eso es decisión tuya, pero tal vez cuando quieras verlo ya sea demasiado tarde.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño.

—Que las oportunidades van y vienen, y solo si sabes escoger una bien y quedarte consigues algo grande.

Con esas palabras se levantó despacio de la hierba y cuando estuvo de pie bajó la mirada hacia mí.

—Estaré un rato por aquí. —Señaló hacia atrás y miró su reloj de pulsera—. En unos quince minutos si no te has ido, llamaré a Romeo. Porque yo no quiero que sufra injustamente ni de ninguna manera.

—Yo no estoy haciéndolo sufrir.

—Pues entonces es que no has entendido nada desde que lo conoces.

Se encogió de hombros, se despidió de Matías y de Aitana, y nos dio la espalda. Caminó entre las personas sentadas, hasta que llegó al final y lo perdí de vista.

Estaba segurísima de que él continuaba viéndome a mí.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Aitana.

—Joder. —Cerré los ojos—. Ahora me siento mal.

—No tienes por qué. Estabas en todo tu derecho de actuar como lo has hecho, igual que él ha actuado a su manera —comentó Matías—. Con pocas palabras te habría retenido con él.

—No tenéis la culpa —me dijo Aitana, sonriéndome.

—Ya, pero no puedo evitar sentirme así —suspiré—. Si no es por una cosa es por otra, el caso es que no podemos disfrutar juntos. Hoy es el último día del festiva.

Dejé el vaso del batido en la hierba.

—Llámalo y habla con él, todavía queda mucho día y después la noche —me animó Matías.

Les sonreí agradecida.

—Bueno, aún tengo unos minutos para pensarme bien lo que quiero hacer.

Me encogí de hombros.

—El tiempo de descuento se ha terminado, hace bastante.

Al escuchar la voz de Romeo contuve la respiración y agrandé los ojos.

Giré la cabeza hacia atrás y la levanté, despacio, para ver a un Romeo serio. Estaba parado a mi espalda, con las manos en los bolsillos del pantalón y mirándome fijamente.

¿Cómo narices había venido tan rápido? ¿Luigi me había mentido?

Dejé de preguntarme cosas cuando Romeo ocupó el sitio que dejó libre su amigo. Se sentó a mi lado, en la hierba, y flexionó las piernas, para apoyar los brazos en las rodillas.

Todo ello sin dejar de mirarme ni un segundo.

Capítulo 31

—Hola.

Fue lo primero que solté, sin saber qué más decir o cómo empezar.

Romeo arqueó una ceja.

—Carina —me llamó Aitana, intentando no alzar mucho la voz.

Se la escuchó perfectamente, a pesar del volumen de la música que no paraba en ningún momento. No daba descanso.

—¿Es él? —me preguntó cuando la miré.

—Sí.

—Ostras, ¡qué fuerte! ¿Cómo ha llegado tan rápido? Si hace nada que se ha ido su amigo.

—Ni idea.

Negué.

—Sabéis que os está escuchando, ¿no? —nos preguntó Matías, conteniéndose para no reír.

—Para eso estás tú, para defendernos —le dijo Aitana.

—Vale, cariño. —Soltó una carcajada.

Ella le di un golpecito en el hombro y terminaron los dos riendo. Hice una respiración profunda, antes de enfrentarme de nuevo a la mirada de Romeo.

—¿Vas a convertir esto en algo habitual? —me preguntó— Lo de desaparecer y dejarme con cara de tonto, da igual cual sea el motivo.

Estaba tenso, demasiado. Era tan evidente su rigidez o contención.

—Voy a disculparme porque me he dejado llevar por impulsos y quizás, por una parte, no te lo merecías.

—¿Por una parte? ¿Qué he hecho exactamente para merecerme el resto?

—¿Tienes idea de cómo me he sentido al ver a esa tía saltar encima de ti y que tú no la apartaras? Estaba sentada delante.

Me señalé, recordando el bochorno que había pasado.

—Y no has tenido ni unas palabras para mí, solo has dicho mi nombre cuando has visto que estaba a punto de levantarme, para advertirme. Yo sí que me he sentido tonta, y encima con todas las personas de alrededor mirándome.

Bufé.

—¿Qué querías que hiciera, que la lanzara al agua?

—Para empezar, hubiese estado genial.

Puse los ojos en blanco.

—Tu amigo también te lo habría agradecido.

—¿Luigi te ha contado quién es Chiara? —se sorprendió.

—Sí. Al menos me ha dado una versión que me he creído. Si es cierta o no…

—Es su ex.

—Pues sí.

Asentí.

—¿Cómo me has encontrado? —Quise saber.

—No voy a decírtelo, por si te escapas otra vez.

Sonrió de medio lado.

—Pero me ha costado más de lo que pensaba. Y por si te lo estás preguntando, no, Luigi no me ha avisado. No sé qué habéis hablado, pero yo lo he encontrado por casualidad y de ahí, a localizarte a ti, ha pasado poco tiempo. Solo he tenido que ser observador. ¿Podemos irnos a otro lado en el que no me explote la cabeza con el ruido?

—Se le dice música.

—Esto no es música ni nada que se le parezca.

Sacudió la cabeza.

—Me gustaría saber si por ahí fuera, suelta por esta isla, hay alguna más que puede echarse encima de ti.

Lo dije sin una pizca de humor, pero a él le pareció gracioso.

Sin esperármelo, me agarró de la nuca y me besó. Su boca cayó sobre la mía con fuerza, sus labios y su lengua enseguida atraparon a los míos. Solté un jadeo y lo agarré con fuerza de la camiseta, acercándolo más a mí.

—Me importa una mierda quién esté en esta isla —me dijo, acariciándome los labios con los suyos—. ¿Lo entiendes? —Asentí—. Pues es lo único que tienes que saber, porque lo que me pides no lo sé ni yo. Yo no soy el encargado de enviar las invitaciones para que asistan al festival, tengo a otras personas que se encargan de ese trabajo.

—Vale —susurré.

—Nos vamos —dijo con decisión—. Te espero arriba, tengo que salir rápido de aquí si no quiero que vean el bulto de mi pantalón.

Me mordí el labio inferior y sus ojos se desviaron hacia lo que hacía.

—Te doy cuatro minutos para que te reúnas conmigo, no más.

Miró por detrás de mí.

—Mi nombre es Romeo —se presentó a Aitana y a Matías—. Gracias por hacer compañía a Carina.

Les ofreció la mano y ellos aceptaron encantados el gesto, sonrientes. También se presentaron.

Romeo se levantó casi de un salto y se fue rápido hacia la zona de arriba, donde me había dicho que me esperaba. Pasó sorteando a las personas que estaba en el césped, pero ninguna de ellas se fijó en él y su gran problemilla.

Algunas estaban tumbadas y con los ojos cerrados, otras disfrutaban de la música, riendo y moviéndose con el trasero sobre la hierba.

—Chicos, muchas gracias por todo —les dije a Matías y a Aitana.

—Ha sido un placer —me sonrió Aitana—. Además, nos llevamos una amistad. Ha sido breve, pero creo…

—Yo también creo que de aquí ha salido algo bonito —la interrumpí, dándole la razón.

La agarré de una mano y los miré a los dos.

—Os deseo toda la felicidad del mundo y que el día de vuestra boda vaya genial —les dije—. Disfrutad de todo. Si no es mucho pedir me gustaría que me enviarías alguna foto de ese día, para ver lo guapísimos que estáis.

—Cuenta con ello —me aseguró Aitana, dándome un ligero apretón en la mano.

Nos sonreímos y después de varios comentarios más, nos abrazamos, despidiéndonos.

Me levanté, cogí el vaso del batido y el bolso, y subí hacia el final del césped. Romeo me esperaba apoyado en un árbol, con los brazos cruzados. No vi a su amigo Luigi por ningún lado.

Cuando llegué frente a él me agarró de una mano y tiró de mí.

—¿A dónde vamos con tanta prisa? —le pregunté.

Me costó seguirle el ritmo, tuve que caminar muy rápido.

Romeo me contestó.

—¿Hola? ¿Me estás escuchando?

Suspiré porque no me sirvió de nada insistir.

—¿Qué…?

Después de girar en una calle y de alejarnos del festival y de la aglomeración de gente, Romeo entró a un pequeño pasadizo y se paró frente a una puerta.

Lo miré con curiosidad. De uno de los bolsillos sacó un llavero con muchas llaves, pero no le costó encontrar la que abría la puerta que teníamos delante.

En cuanto empujó la hoja de madera volvió a tirar de mí y nos dejó encerrados dentro, cerrando de una patada.

—¿Qué narices hacemos aquí?

Miré alrededor, parecía un almacén.

Solté un jadeo cuando se pegó a mi espalda y me subió la falda del vestido.

—No vuelvas a irte de mi lado, por muy enfadada que estés. Enfréntate a mí, grita o haz lo que te dé la gana, pero no te vayas más —me pidió con la voz tomada por el deseo.

Yo solo pude jadear de nuevo.

Con el vestido enrollado en la cintura, colocó una pierna entre las mías y me las abrió, al mismo tiempo que varios de sus dedos se colaban por debajo de la braga del bikini.

Gemí cuando me atrapó el clítoris y lo frotó, mientras que los otros dedos los deslizaba por mi sexo, humedeciendo toda la zona con mis fluidos.

—Estás tan preparada… —me susurró al oído.

Me embistió con un par de dedos y me agarré con fuerza al brazo que me rodeó por debajo de los pechos.

—Sí… —Gemí, moviendo la cadera.

Cerré los ojos cuando añadió a sus embestidas toques al clítoris, mientras su lengua me lamí el cuello y sus labios me besaban después, para terminar, dándome mordisquitos.

—Romeo… —lo llamé alzando la voz, con necesidad.

—Córrete la primera vez —me pidió, al tiempo que aumentaba sus movimientos.

No tardé en hacerlo, me dejé llevar al cabo de pocos segundos. Todavía sintiendo los coletazos de placer, me cogió en alto y me llevó hasta una mesa pequeña que había.

Continuó detrás de mí y con una mano en la espalda, me indicó que me apoyara en la mesa.

Lo hice deseando lo que estaba a punto de llegar. Apoyé el pecho y la mejilla en la superficie y llevé las manos al borde que quedaba por encima de mi cabeza.

Romeo me separó las piernas y me agarró de las nalgas. Escuché cómo se desabrochaba el pantalón y vi cómo dejaba a mi lado un envoltorio de preservativo.

—Has venido preparado —susurré.

—Contigo siempre tengo que estar preparado.

Gemí cuando se agachó y pasó la lengua por mi sexo. Me agarré con fuerza de la mesa, queriendo moverme, pero me lo impidió al colocar de nuevo las manos en las nalgas.

—Por favor…

—¿Qué? —me preguntó al cabo de un rato en el que no dejó de mover la lengua y los labios en mi zona íntima.

—Dios, o me haces terminar o entra de una vez —me quejé.

Soltó una carcajada, antes de incorporarse. El envoltorio del preservativo desapareció de la mesa y en cuanto se protegió, deslizó la punta entre mis piernas.

Me quedé con la palabra en la boca, se me atascó cuando me embistió con fuerza. Gemí apretando las manos en el borde, sintiéndome llena.

—No vas a volver a huir de mí —dijo.

Se deslizó hacia atrás despacio, para volver a entrar de un empujón de cadera, igual de rápido y duro. Jadeamos al unísono.

—Dilo —me pidió, sin moverse.

—No voy a huir más. Me quedaré contigo, a tu lado, y te partiré la cara si es necesario. Se acabó.

Soltó una carcajada que vibró por todo mi cuerpo y a partir de ese momento, cuando se calló, todo tomó una intensidad que nos llevó directos a caer en dos orgasmos que nos dejaron sin fuerzas durante un buen rato.

O quizás fue que ninguno quisimos movernos una vez terminamos. Al menos hablo por mí al decir que cualquier excusa era buena para sentirlo tan cerca de mí.

Capítulo 32



Reí cuando Romeo tiró de mi mano con fuerza y corrimos por la orilla, como si escapáramos de algo.

Estábamos en una de las preciosas playas que tenía la isla. Debían ser las seis de la tarde ya.

Sin contar el inicio del día, los que habíamos descubierto que se nos daban fatal por unas cosas o por otras, el resto de las horas las habíamos disfrutado. Comenzando por el sexo en el almacén al que me llevó, al poco de encontrarme.

Cuando salimos, como si no hubiera pasado nada, nos mezclamos con la gente y paseamos por las calles de la isla. Al cabo de un rato y de dos cervezas, nos animamos a acercarnos a otra parte del festival.

Por primera vez pude vivirlo con Romeo, el que saltó, tarareó y bailó a mi lado. Me encantó verlo tan despreocupado, como cualquier otra persona de los que habían venido a la isla para vivir a tope la experiencia del festival.

Estuvimos como una hora, hasta que nos cansamos y decidimos ir a darnos un baño a la zona de playa más cercana. No tuvimos que andar mucho para llegar.

Una vez nos refrescamos y nos secamos un poco, nos pusimos la ropa y Romeo me llevó hasta uno de sus restaurantes favoritos. Difícil elegir porque por lo que me dijo tenía bastantes.

Pedimos una ensalada completa de la casa, gambas al ajillo, mejillones a la marinera, un plato de pasta a la carbonara y otro al *nero di seppia*. Toda la comida estuvo riquísima, para repetir, pero no pudimos porque nos quedamos muy saciados.

Cuando nos fuimos del restaurante decidimos descansar en una de las camas balinesas que había cerca de las zonas que daban a la playa. Romeo se encargó de conseguir una sombrilla y estuvimos muy a gusto y cómodos tumbados.

Nos quedamos dormidos y descansamos durante una hora. Después el resto del tiempo pasó muy rápido hasta llegar a este momento.

—No, no, no… —grité riendo.

Romeo me cogió en brazos y entró en el agua.

—No quiero bañarme ahora —me quejé.

Apreté las piernas alrededor de su cintura y los brazos en su cuello, mordiéndole el lóbulo de la oreja como queja. Romeo soltó una carcajada, pero no se paró.

—Solo un poco —me susurró en la mejilla.

—Es que no me apetece nada y ahora estará fría.

—No es para tanto, tócala con un pie.

Lo hice sin ganas. Bajé una pierna y metí los dedos. Me sorprendí porque esperaba que la sensación fuese mucho peor.

—Poco a poco, no voy a soltarte.

Me dio un beso y suspiré. Yo tampoco lo solté y aguanté. Romeo se paró cuando el agua me llegaba por debajo del pecho. La verdad es que era una gozada.

El agua estaba en calma completamente, había muy pocas personas en esta parte de la playa y solo una persona como nosotros, a remojo. Pero estaba bastante lejos.

Le acaricié la nuca y lo besé, porque cada vez llevaba peor resistirme a él. Y más si lo tenía tan cerca, pegado a mí. Sus labios igualaron a los míos, en un beso tranquilo, el que no tuvimos prisa por terminar.

Perdimos la noción del tiempo, disfrutando de los últimos momentos de estar en la playa de esta isla. Acabamos sentados en la orilla, yo entre las piernas de Romeo y con la espalda apoyada en su pecho, mientras veíamos atardecer.

—No quiero volver a la rutina —le dije, abriendo una pequeña parte de mis sentimientos.

—Después de unas vacaciones como las que estamos viviendo, va a ser complicado. Para mí también.

—¿Sí?

—¿Acaso lo dudas?

—No lo sé, señor italiano, que va diciéndole a todas *bella* —dije con retintín.

Soltó una carcajada.

—Ya te dije que es una forma de hablar. Además, lo sabes de sobra si conoces un poco a los italianos.

Cogió una de mis manos y con los dedos entrelazados con los míos, se la llevó a los labios para darme un beso en el dorso.

—Si te digo de seguir en contacto ¿cómo te lo tomarías? ¿Sería mucho para ti?

—Tú… ¿querrías? Quiero decir, yo daba por hecho que esto, tú y yo…

—Ya lo sé. —Me besó en la sien—. Quizás el primer día pensaba que sería un rollo de verano o tal vez nunca he pensado así —carraspeó—. No tenía ni idea, pero ahora que nos hemos conocido más y que llevamos sin separarnos varios días, me gustaría no perder el contacto contigo.

—Tenemos los números de teléfono del otro, Romeo, así que podemos escribirnos y llamarnos cuando nos apetezca. ¿No te parece? No hay que definir nada, ni una rutina. En absoluto, solo hacer lo que nos nazca.

—Igualmente mañana nos vamos de esta isla, pero todavía nos quedan días en la otra.

Noté su sonrisa en el cuello, donde me dejó otro beso después.

—Sí —susurré.

Ambos nos quedamos mirando hacia el mar, hacia donde parecía unirse con el cielo. El atardecer dio paso a la noche y entonces fue el momento que decidimos ir al apartamento, para ducharnos, ponernos cómodos y cenar allí. Había comida de sobra de lo que quedó la noche anterior, esperando en la nevera.

—Me gustaría ver a Damián, a Pablo y a Alberto, aunque sea rápido. No sé a qué hora se van mañana —le dije, caminado por el paseo.

—¿Es necesario?

Reí porque lo preguntó con dramatismo, queriendo hacer una broma, aunque no sabía si había algo de verdad.

—Sí —le contesté.

Busqué el móvil en el bolso, recordando que tenía que seleccionar las mejores fotos que Romeo me había sacado hoy, para guardarlas en la carpeta del viaje.

Marqué el número de Damián y me llevé el teléfono a la oreja. Descolgó al segundo tono.

—Eh, ¿qué tal, preciosa?

Él sabía que volvía a estar con Romeo, que había pasado el día con él. Hablé con Damián por mensajes para dejarlo tranquilo, otra vez. Lo estábamos convirtiendo en una costumbre, como me dijo mi amigo riendo. Le escribí al poco de que Romeo y yo saliéramos del almacén al que me llevó para calmar el calentón.

—Muy bien —le contesté—. Estamos yendo de camino al apartamento, pero me he acordado de vosotros. ¿Estáis en la calle todavía?

—Estamos cenando en un restaurante, cuando terminemos iremos a descansar porque una vez que lleguemos al hotel no habrá quien nos saque de las habitaciones.

Rio y sonreí.

—Han sido unos días agotadores, sin casi parar —añadió.

—Sí. ¿En qué restaurante estáis?

Me lo dijo y Romeo asintió, ya que puse el altavoz para que se enterara.

—¿Por qué no venís y cenamos juntos? —me propuso Damián— Acabamos de pedir, seguro que llegáis antes de que nos traigan la comida.

—Romeo me ha dicho que estamos cerca del restaurante —le informé—. Y que le gustaría cenar la última noche con vosotros, todos juntos, por cómo os trató la primera vez que os vio. Se ha empañado en invitaros.

Después de decirlo todo de carrerilla solté una carcajada por la cara que puso Romeo. De él no había salido nada de lo que acababa de decirle a Damián, todo lo contrario. Iba haciendo muecas graciosas porque no le apetecía ir a verlos.

—Ya empieza a caerme mejor —rio Damián—. Pues perfecto, ahora le decimos al camarero que seremos dos más. Os esperamos.

—Vale.

Colgamos y puse mi cara más inocente.

—Lo de pagar no hace falta, yo me hago cargo, pero me hace ilusión estar con ellos. A pesar de todo, me lo he pasado muy bien con ellos y me han hecho sentir muy arropada. Alberto y Pablo han pasado a ser mis amigos, como Damián lo es desde hace tiempo.

Me encogí de hombros.

—No tienes que intentar convencerme —dijo negando con la cabeza —. Ya no podemos retroceder.

Bufó, pero sonriendo. Reí.

—Te van a caer bien.

—Si el tal Damián deja de mirarte como lo hace y no se acerca tanto a ti cuando estáis juntos, quizás haya una posibilidad. —Arqueó una ceja.

—¿Cómo me mira? —le pregunté con diversión.

—Como si quisiera comerte. No me digas que no te has dado cuenta.

—Es un amigo. Hace muchas bromas de que soy la mujer de su vida y otras tantas similares, pero de ahí a…

—Llámalo y dile que has empezado a encontrarte mal, que nos vamos al apartamento.

—No —reí.

—Joder, la nochecita que me espera.

Puso los ojos en blanco.

—Damián es inofensivo, además, estás tú, estaré a tu lado —le sonreí.

—Por supuesto.

Me pasó un brazo por los hombros y me pegó a él. Mi sonrisa se amplió, por eso y por el beso corto que me dio en los labios.

No quería pensar mucho en ello, pero parecíamos una pareja de verdad. De las duraderas, de las que se quieren y desean formar un futuro juntos.

Ese pensamiento me provocó una punzada en el estómago.

El hambre es muy mala, pensé, porque me negaba a pensar en otra posibilidad. Iba de cabeza a sufrir, lo sabía, aunque no quisiera reconocerlo. Tragué saliva.

—Te has quedado muy callada —me dijo—. Si has cambiado de opinión y quieres cenar en el apartamento…

—No cuela —dije con una risilla y él sopló.

Capítulo 33



—¡*Bella donna*! —dijo en alto Damián, en cuanto me vio.

Nos acercábamos a la mesa de la terraza del restaurante en la que estaba con Alberto y Pablo.

—¿En serio? —se quejó Romeo.

Lo miré y solté una carcajada.

—Mal ha empezado —susurró y carraspeó.

—Hola —saludé a los chicos.

Alberto y Pablo estaban sentados frente a Damián. Los tres se levantaron para saludarnos y cuando terminamos yo me puse al lado de Damián y Romeo a mi otro lado.

—*Amore*, estás perfecta —me dijo Damián.

—A Carina no le gusta que se dirijan a ella como *bella* ni *amore* —soltó Romeo, pasando un brazo por detrás de mi silla.

Ambos se miraron, dejándome a mí en medio.

—Si no quiere que yo se lo diga, que va conmigo, es de mi tierra, no creo que esté muy conforme con que lo hagas tú —añadió Romeo.

Damián me echó una mirada rápida, para saber si lo que decía Romeo era correcto. Asentí dándole la razón, sonriendo.

—Vale, pues vuelvo a decirte preciosa y amor. —Me hizo un guiño.

Reí.

—Pero será en España, aquí paso que quiero regresar con todos los dientes en su sitio. El dentista es un lujo —rio él, junto a sus amigos.

Los miré a los tres, divertida.

—No le hagas caso, está bromeando —me pidió Alberto.

O tal vez sus palabras fueron para Romeo, mientras disimulaba mirándome a mí.

—Lo sé. Lo conozco lo suficiente para saberlo —respondí yo, sonriéndole.

Un camarero se acercó y le pedimos la comida y otra botella de vino, ya que la que había en la mesa la vació Romeo cuando llenó nuestras copas. Antes de que se fuera el chico Damián le pidió que sacara todos los primeros platos juntos, ya que ellos tres hacía un rato que habían pedido.

El camarero nos confirmó que no había problema, a pesar de que Romeo y yo dijimos que no era necesario, que no pasaba nada si comenzaban a comer sin nosotros.

—Todavía no me he hecho a la idea de que mañana estaremos en nuestras casas —comentó Pablo.

—Es que los días han pasado muy rápido —se lamentó Alberto.

—No os quejéis que a vosotros os queda todavía una semana de vacaciones. —Bufó Damián—. Yo me incorporo a la empresa al día siguiente, necesito ponerme al día.

—Ah, pero ¿tú trabajas? Ahora me entero —le dije.

—Muy graciosa.

Reímos.

—Con todos mis respetos —se dirigió a Romeo—. Es que es la mujer de mi vida, lo que pasa es que se niega a aceptarlo —le soltó con descaro y diversión—. ¿Cómo te piensas que te mantendré en un futuro? —me preguntó a mí—. Mi bodega de vino funciona de maravilla.

—¿Eres tonto? No necesito que me mantenga nadie.

Le di un pequeño empujón en el brazo.

—Tío, que seguro que sería al revés. Carina tendría que mantenerte a ti —intervino riendo Alberto.

—Apuesto por eso, con lo que ella gana y con todo lo que tiene alrededor… —dijo Pablo, haciéndome un guiño.

Se lo devolví, sonriendo.

—¿Y vosotros sois mis amigos? —se quejó Damián.

—Damián, asume de una vez por todas que necesitas graduarte la vista —habló Romeo, serio, y los cuatro lo miramos—. Eres el único que no ve que Carina no es la mujer de tu vida, ni mucho menos, y, por supuesto, nunca vas a estar con ella.

Se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo de vino, sin dejar de observar a Damián.

Mi amigo me dio un toque con el pie, en el mío, con lo que me dejó claro que estaba picando a Romeo y que se lo estaba pasando bomba haciéndolo. Solo había que verle la cara.

El camarero volvió con la botella de vino y nos sirvió en las copas. Se fue, pero regresó enseguida, con los primeros platos de comida. La mesa se llenó y me entró mucha hambre de repente. Todo tenía una pinta increíble.

—Soy paciente, sé esperar al momento perfecto —le dijo Damián, con un guiño.

Coloqué una mano en la pierna de Romeo, por debajo de la mesa, al notar que se preparaba para iniciar algo que yo no quería que sucediera.

—Date un puntito en la boca o mete la cabeza en el vino, pero cállate —le pedí a Damián y reí.

—Tranquila, Cari, que si con eso no tiene suficiente nosotros nos encargamos de bautizarlo de nuevo, pero en el mar —me dijo Alberto, con una mirada cómplice.

—Qué poco humor hay en esta isla —se quejó Damián, pero con diversión.

—Cállate un rato y come —le pidió Pablo a su amigo.

Los tres rieron y yo miré a Romeo. Él no se lo estaba pasando tan bien y me pregunté por qué. Estaba claro que Damián bromeaba en todo momento, podía ser descarado, pero nunca traspasaría ninguna línea, mucho menos con Romeo a mi lado.

No hacía falta que Damián me dijera que lo hacía para demostrarme algo con las reacciones de Romeo.

—¿Quieres? —le pregunté a Romeo.

Tenía la mirada perdida en la gente que paseaba por el paseo, hasta que me escuchó.

Me observó y después al tenedor que mantenía en alto para él, para que probara la comida que me había pedido. Abrió la boca y sin dejar de mirarme fijamente a los ojos, cerró los labios entorno al tenedor y lo retiré despacio.

Él repitió lo que hice y me ofreció de su comida. Noté las miradas de mis amigos, pero continué centrada en Romeo, para no romper este instante.

Me incliné apoyando una mano en su pecho y acerqué los labios a su oreja.

—Damián está de broma —le susurré—. Tómatelo así, no va con maldad.

—Me toca mucho los cojones que sea tan descarado.

Tensó la mandíbula.

—Pero lo que más me jode es que a él lo tendrás cerca cuando vuelvas a tu país, a tu casa.

Cogió la copa de vino y bebió un buen trago.

—¿Tanto te molesta?

—¿Esa pregunta es otra broma? Porque por lo visto esta noche no pillo ni una.

—Solo era… curiosidad —suspiré—. ¿Puedes relajarte?

—Difícil si no se calla.

Su expresión cambió cuando coloqué una mano en su pierna, por debajo de la mesa. Nos quedamos mirándonos, mientras mi mano ascendía hacia su bragueta. Tragó saliva, fue muy sutil, pero lo hizo y me sentí bien al tener el poder para cambiarle el estado de ánimo.

Romeo se olvidó de Damián, de sus provocaciones y de todo lo que nos rodeaba, mientras sentía cómo mi mano le apretaba el miembro, consiguiendo que su erección fuese creciendo.

—Recuerda esto, a quién quiero tocar y a quién quiero hacérselo, la próxima vez que Damián hable —le pedí susurrando, para que solo él me escuchara.

Llenó su tenedor de comida y volvió a acercarlo a mis labios, para disimular. Comí y mastiqué, por el mismo motivo.

—Lo tendré en cuenta, aunque me ayudaría muchísimo si dejas la mano donde la tienes, toda la noche.

Reí y él sonrió de esa manera que me hacía perder la cabeza.

Cuando dejé de tocarlo soltó un pequeño gruñido de protesta que me hizo sonreír, satisfecha. Yo no estaba mucho mejor que él.

Continuamos comiendo y nos unimos a la conversación que tenían los chicos. A partir de ese momento Romeo se relajó y estuvo más dispuesto a pasar una buena noche.

Después de los primeros piques la cena transcurrió de maravilla, en un ambiente genial. Todos nos relajamos y encajamos, de alguna manera, así que disfrutamos de la velada.

Nos fuimos de la terraza del restaurante sobre las once y media, después de que Romeo se hiciera cargo de la cuenta. Al final nos invitó a todos a cenar, antes de que me diera tiempo a hacerlo a mí, como le dije.

—Nos vemos en España —me susurró al oído Damián, mientras nos abrazábamos como despedida.

—Claro.

Le sonreí cuando nos separamos. Abracé a Alberto y a Pablo con cariño y hablamos de vernos pronto.

Ellos se fueron hacia su hotel y nosotros hacia el apartamento, dando un paseo cómodo y tranquilo. Me abracé a Romeo al sentir un poco de fresco y él me rodeó con su brazo, apretándome a él.

De esa manera llegamos al edificio y subimos hasta la puerta del apartamento. Al entrar vi a un lado las bolsas de las compras que hice por la mañana, las que dejé junto a Romeo cuando me fui del bar en el que estábamos desayunando.

—Las ha traído Luigi —me dijo Romeo, al darse cuenta de lo que miraba.

—Ah. Vale —sonreí.

Me cogió de las manos y caminó de espaldas hacia la cama. Antes de llegar estábamos besándonos con desesperación y quitándonos la ropa. Esta salió volando hacia el suelo y cuando caímos en la cama desnudos y enredados, me pidió que hiciera con él lo que quisiera.

Y lo hice, disfruté al máximo de cada centímetro de su cuerpo, para mi propio placer y dándole el suyo también.

Nuestra última noche en la isla del festival fue para el recuerdo, Romeo no me dejó dormir apenas. Las horas pasaron con nuestros cuerpos sudorosos, llenos de deseo y de necesidad, como si fuese la última noche que pudiéramos estar juntos.

Por suerte aún quedaban días por delante para continuar disfrutando, sin tener que despedirnos.

Capítulo 34

Solté una carcajada al ver a mi hermana en la orilla de la playa. En cuanto nos vio comenzó a saltar, con los brazos en alto y moviéndolos.

—¡Tía buena! —me gritó— Sí, esa, ¿la ves? Es mi hermana, ¿a qué está tremenda? —rio, al hablarle al chico que estaba esperando nuestra llegada, para sujetar la lancha.

—¿Dónde está tu hermano? —le pregunté a Romeo, a pocos metros de llegar.

—Ni idea.

Miró su reloj de pulsera.

—A lo mejor durmiendo, son las nueve y media. Tu hermana lo sabrá.

Sonrió de medio lado.

Cuando la lancha taxi paró y el chico de la orilla la sujetó, no pudo ofrecerse a ayudarnos a bajar, como solía ser costumbre, porque tuvo que frenar a Julia que quería subirse a la lancha.

Yo no pude parar de reír, ni cuando nos abrazamos en la orilla.

—Para que después digas que nunca me echas de menos —le dije.

—Ay, calla —rio, abrazándome de nuevo.

—¿Dónde has dejado a tu toro salvaje?

Al mencionarle a Marco como ella se refirió a él al hablar con Dy, nuestro hermano, a Julia le entró un ataque de risa.

—¿Toro salvaje? —me preguntó Romeo.

Él sonreía, sin enterarse de que estábamos hablando de su hermano.

—Ya te lo contaré —le dije con un guiño.

Nos despedimos de los chicos, del de la lancha taxi y del que trabajaba en la orilla, y caminamos hacia el resort acompañados por otro que apareció para ayudarnos con nuestros equipajes, por la arena.

Cuando se fue tiré de mi maleta e hice el camino con un nudo en el estómago. La sensación fue haciéndose cada vez más intensa conforme nos acercábamos a la villa de Romeo.

—He dejado a tu hermano durmiendo —le dijo Julia, que durante todo el recorrido no había dejado de hablar—. Nos dormimos muy de madrugada y no he querido despertarlo.

—De acuerdo. —Asintió él.

Nos paramos frente a la entrada de su villa y Julia se quedó observándonos. Hasta que Romeo elevó las cejas y le pidió sin palabras que nos diera un poco de intimidad.

Mi hermana bufó, antes de girarse para darnos la espalda.

—Descansa —me dijo Romeo—. Nos vemos en unas horas.

—Sí. Igualmente.

Me agarró del cuello y me acarició la mandíbula, para después inclinarse hacia mis labios. El beso que nos dimos fue tan breve y corto que casi no me enteré.

Me hizo un guiño, se despidió de Julia, y se dirigió hacia la entrada de su villa. Mi hermana y yo continuamos nuestro camino y llegamos pronto a la villa de nuestros padres, muy cerca de la nuestra.

Nos paramos un momento para saludarlos y me recibieron con abrazos y besos, como si hiciera meses que no me veían. Al final lo que iba a ser un, *hola, ya estoy aquí*, se convirtió en casi una hora hablando de cómo me lo había pasado, mientras nos tomábamos un café.

No entré en muchos detalles, pero no porque no tuviese la suficiente confianza con ellos para hacerlo. Todo lo contrario, no tenía ningún secreto con mis padres y no me callaba nada, pero acababa de llegar, estaba cansada, y tenía muchas cosas que pensar, por lo que ya habría tiempo de explicarles todo lo que había vivido en la isla del festival, junto a Romeo.

Lo bueno y lo malo, todo era importante.

En cuanto llegamos a nuestra villa, después de quedar con ellos en que volveríamos para comer los cuatro juntos, en plan tranquilos en su villa, no miré dónde dejé la maleta y el bolso y fui directa a la cama.

Me tumbé bocabajo y suspiré, cerrando los ojos.

—¿Qué haces? ¡Ni se te ocurra dormirte! Tienes que contarme muchas cosas, todo lo picante que te has callado.

Se subió a la cama, junto a mí, y comenzó a zarandearme.

—Yo también he dormido poquísimo esta noche —sonreí—. Romeo no me dejaba.

—Joder, qué bien suena eso —rio.

—Sí.

Me di la vuelta, para quedarme bocarriba, y Julia se sentó rozándome. Giré la cabeza hacia ella.

—¿Qué te pasa? —me preguntó, mirándome con mucha atención—. Oh, joder. ¿Dime que no te has pillado a lo grande por Romeo?

—¿Tú no te has pillado por Marco? —le devolví la pregunta.

—No.

—Mentirosa. No te lo crees ni tú.

—Lo he dicho en serio, Cari.

Desvió la mirada.

—¿Por qué me mientes?

—Solo estoy ocultándote información vital, nada de mentiras. —Bufó.

Solté una carcajada, moviendo la cabeza de un lado al otro.

—Lo he hecho por el mismo motivo por el que tú no puedes haberte enamorado de Romeo. Son italianos, viven en Italia, por si no te acuerdas —me dijo.

—Como si se me pudiera olvidar…

Puse los ojos en blanco.

—Y decir que me he enamorado de él es demasiado —continué, bajando el tono de voz.

—Claro, y lo dices con esa cara de tonta.

Cogí uno de los cojines que tenía por encima de la cabeza y le di con él, haciéndola reír.

—Me ha pedido que no perdamos el contacto cuando terminen nuestras vacaciones y volvamos a nuestras vidas.

—¿En serio? —agrandó los ojos y asentí— A mí el idiota de su hermano no me ha dicho eso, ni nada parecido. Joder —se quejó.

Se tumbó de golpe a mi lado y ambas nos quedamos mirando hacia el techo.

—Al menos tú puedes tener algo de esperanza. —Me dio un codazo en el costado, muy flojo.

—No lo sabemos, Julia. Son italianos, viven en Italia, por si no te acuerdas —dije sus mismas palabras.

Rio y sonreí.

—Menuda mierda. —Hizo una mueca—. Pero nada va a estropearme los días que nos quedan aquí —sonrió—. Me da igual que lo que tengo con Marco sea pasajero, no voy a negarme a unos buenos polvazos. Y tú tampoco.

Me hizo un guiño.

—Has pegado un acelerón y ahora no puedes parar, ¿eh?

—Sí que puedo, pero no quiero —rio.

—Pues haces bien —sonreí.

—Lo sé. Así que Dy te dijo lo del toro salvaje.

Reímos.

—Sí. Lo dejaste traumatizado.

—Como si él no hiciera cosas peores con sus conquistas. Anda que… —habló con una risilla.

—Es muy protector con nosotras, lo que haga con las demás mujeres del planeta, en las que también está excluida nuestra madre, ya es otro tema muy diferente. Y no lo quiero saber, la verdad, porque entonces sería yo la que me traumatizaría.

—Estoy segura de que aprenderíamos un montón —dijo con diversión.

—¿Te contó lo de la nueva película?

—Sí. Joder, me alegré un montón.

—Yo también, pero va a terminar agotado. Pensaba que podríamos estar unas semanas con él y ahora a saber, cuando lo vemos.

—Yo también contaba con verlo, pero tiene que aprovechar ahora. Es joven y está en lo más alto, ya tendrá tiempo de frenar.

—El estrés y la ansiedad no son buenos a ninguna edad, Julia —hablé pensativa—. Noté algo diferente en él, pero no sé qué fue.

—¿Sí?

Asentí.

—Cuando yo hablé con él estaba como siempre.

—Pues yo sentí algo, y eso que no escuché su voz. Nuestra conversación fue por mensajes.

—No te comas la cabeza —me pidió—. Le haremos una videollamada estos días, ¿vale?

—Sí —sonreí.

—Ahora cuéntame bien cómo te han ido los tres días en la otra isla, porque te has callado muchas cosas al hablar con nuestros padres.

A Julia no podía ocultarle nada, lo mismo que me pasaba con Dy.

Comencé a contarle todas mis experiencias y vivencias desde que me bajé de la lancha taxi, en la isla del festival. Me escuchó sin interrumpirme, solo variando su expresión en algunas partes, sobre todo en las más dramáticas.

Dramáticas para destacar que fueron las peores con Romeo, no porque lo fuesen en sí.

Lo solté todo, sin quedarme nada para mí. Cuando le dije que había estado con Damián y sus amigos, Pablo y Alberto, que eran estupendos, no se creyó la coincidencia.

Pensó que era una broma y tuve que enseñarle todas las fotos que me hice con ellos. Con algunas nos reímos, sobre todo con las que nos hicimos cuando estábamos disfrutando del festival, pasados de cervezas.

También le hablé de Matías y Aitana, la pareja de la que me había hecho amiga. Le conté que me había traído muchas fotos, de todo tipo, que me había hecho con un buen repertorio para ir subiéndolas poco a poco a las redes. Julia me comentó que ella también tenía otras tantas y quedamos en enseñárnoslas en otro momento.

—Qué fuerte con la coincidencia —dijo cuando terminé—. Si Romeo no te hubiera invitado al festival, Damián y tú no os hubierais enterado de lo cerca que habéis estado, hasta que no hablarais de las vacaciones en nuestra ciudad —rio—. Por cierto, qué locura que Romeo sea el CEO de toda esa isla, ¿no? —Agrandó los ojos.

—Ya te digo —negué—. Me dejó en *shock* —reímos.

—Madre mía, qué de cosas te han pasado.

Se giró tumbada para ponerse de lado y levantó la cabeza, para apoyarla en la mano del brazo que dobló. Yo imité su postura, para estar cara a cara.

—Y yo pensando que ibas de borrachera en borrachera —rio.

—Ya ves —suspiré.

—Me he quedado loca con muchas cosas, pero con lo del yacusi escondido y lo bonito que lo preparó… —sonrió con picardía.

—Con Romeo todo es especial.

Desvié la mirada y acaricié la sábana.

—Joder, estás peor de lo que pensaba. —Hizo una mueca.

—No quiero hablar de eso. Estoy más flojita porque estoy cansada. Aunque no haya vivido el festival durante muchas horas seguidas, la verdad es que el ritmo que he llevado también me ha cansado.

—Normal, demasiado bullicio. Me lo imagino.

Asentí.

—¿Has desayunado? —me preguntó.

—Sí.

—Vale. ¿Te apetece un café u otra cosa?

—Estoy bien —le contesté sonriendo.

—No estás nada bien, pero ese es otro tema.

—No lo digas.

La tapé la boca porque iba a decirlo de todos modos, ignorándome.

—Por favor —susurré—. No quiero oírtelo decir más.

—Sabes que eso es tapar el sol con un dedo, ¿no?

—Sí, pero es lo que necesito ahora mismo.

—Está bien —suspiró.

—Háblame de Marco y de ti, de todo lo que habéis hecho estos tres días —le pedí—. Quiero saber lo del toro salvaje.

Soltamos una carcajada.

La sonrisa que apareció en sus labios a continuación, la delató. El gesto risueño no se le borró en ningún momento, mientras me hablaba de Marco.

Soltamos otra carcajada cuando Julia llegó a la parte del toro salvaje, al pensar en nuestro hermano.

Ambas nos quedamos a gusto desahogándonos y, a pesar de todo lo que hablamos, de todos los sentimientos entremezclados que dejamos ver, todavía nos quedaban muchos momentos como este, en los que hablar de las dos personas que nos habían revolucionado la vida en cuestión de pocos días.

—Una relación con ellos no puede ser —susurró Julia.

Estaba durmiéndose, se le cerraban los ojos.

—¿Por qué? —le pregunté, haciendo esfuerzos para mantenerme despierta.

Ambas estábamos igual porque tanto tiempo tumbadas en la cama y con la falta de sueño que teníamos, nos hizo adormilarnos.

—Cari, es imposible.

—¿Por qué? —insistí.

—Porque son italianos.

Sonreí parpadeando muy lentamente.

—Lo sé, y nosotras españolas.

—Pues eso. Imposible. Cada uno tenemos nuestras vidas donde vivimos.

—Nosotras podríamos ir dónde quisiéramos, no nos ata ningún trabajo.

—Joder, ¿en serio? ¿Te irías a Italia por un tío que conoces de pocos días?

—No.

Mi respuesta fue rápida y firme, porque ni siquiera contemplaba esa opción.

Podía imaginarme muchas cosas y que la gran mayoría fuesen fantasiosas, en lo que respectaba a Romeo, pero no llegaba a plantearme lo de vivir en otro país en un caso como este. Ni en broma.

Julia cerró los ojos antes que yo, el sueño la atrapó abrazada a mí. Le di un beso en la cabeza y antes de quedarme dormida del todo, cogí su móvil de la mesita de noche, lo desbloqueé y puse una alarma, para no dejar a nuestros padres esperando a la hora de la comida.

La puse con tiempo suficiente para que pudiéramos arreglarnos, incluso darnos una ducha rápida si lo necesitábamos.

Teníamos horas por delante para descansar, era muy temprano. Porque no había mejor cosa qué hacer, que aprovechar el tiempo durmiendo cuando el cuerpo decía, hasta aquí he llegado.

Me dejé atrapar por el sueño, uno muy cálido. Eché en falta a Romeo, noté mucho su ausencia, a pesar de que el cuerpo de mi hermana estaba casi por completo encima del mío.

Era increíble cómo una se hace rápido a las buenas costumbres, y es que dormir con Romeo se había convertido en una de mis cosas favoritas.

¿Estaría pensando en mí, tanto como yo en él? ¿O al separarnos había desconectado de todo y yo ya no tenía cabida en su vida, hasta que volviéramos a vernos?

Y la gran pregunta que no me atrevía a pronunciar, ni siquiera a pensar, me asaltó de repente… ¿Teníamos alguna oportunidad, aunque fuese una?

Capítulo 35

Salí de la ducha, me sequé el cuerpo y me dejé la toalla enrollada en la cabeza.

De esa manera, sin nada más, salí a la habitación para ir al armario.

Julia no estaba, se fue antes de que yo me metiera en la bañera. Marco le escribió varios mensajes diciéndole que quería verla, aunque fuese un rato pequeño, ya que no iban a verse para comer.

Mi hermana se duchó rápido y se fue hacia la villa de él, después iría a la de nuestros padres, donde comeríamos con ellos.

Las horas que habíamos dormido nos habían sentado genial a las dos.

No sabía nada de Romeo, ni por mensaje, aunque yo tampoco había cogido el móvil para hablar con él. Tampoco había tenido tiempo porque entre hablar con mi hermana, dormir y después la ducha… acababa de terminar.

Cogí del armario un vestido fresquito de tirantes y un trikini, por si me apetecía darme un bañito en algún momento.

Me vestí en el baño y me cepillé el pelo, para dejármelo suelto. De esa manera se secaría, al aire.

Cuando terminé salí de la villa con el móvil y me dirigí a la de mis padres. Fue mi padre quién me abrió y me recibió con un abrazo.

—Hola, papá. —Le di un beso.

—Hola, cariño.

Me devolvió el beso y entramos.

—¿Y mamá?

—Ha ido a la recepción —contestó y rio.

—¿Y eso? ¿Qué pasa? —Lo miré sonriendo.

—O iba o todavía estaría al teléfono haciendo el pedido de la comida. Con todos los cambios que quería hacer…

Negó con la cabeza.

—¿Te apetece beber algo? ¿Vino, cerveza o refresco?

—Agua.

Reímos.

—No te lo crees ni tú, a no ser que de la otra isla haya vuelto una mujer que no es mi hija. —Arqueó las cejas.

—Una cerveza está bien y si pones algo para picar, mejor, si no quieres que salte rápido sobre la mesa y me ponga a bailar —reí—. Tengo el estómago vacío. H desayunado con Romeo antes de venir, pero era más temprano de lo normal.

—Eso está hecho. Dejamos el vino para la comida.

—Sí.

Sonreí.

—Ve a la terraza a ponerte cómoda.

—Te ayudo.

—De eso nada, señorita.

Lo dejé dentro de la villa, porque me empujó delicadamente hacia la terraza. No tardé en estar acomodada en la cama balinesa.

Me quité el vestido para quedarme con el trikini y cerré los ojos tumbada bocarriba, con la cabeza en alto, apoyada en los cojines acolchados.

Cuando escuché a mi padre abrí los ojos y me moví para quedarme un poco incorporada. Le di más espacio, porque se sentó en el borde de la cama, a la altura de mis piernas.

Cogí el botellín de cerveza que me ofreció y lo choqué con el suyo, antes de que le diéramos el primer trago.

Dejé el mío en la mesa bajar redonda y me llevé a la boca varias aceitunas y unas cuantas patatas de bolsa típicas de la zona.

—¿Tu hermana se está duchando?

—No, ha sido la primera en pasar por el baño. Está con Marco, ha ido un rato a su villa.

—Esos dos no se separan para nada —dijo pensativo.

—¿No te gusta? ¿Es algo malo? —le pregunté, tanteándolo.

—No tengo nada en contra de Marco, al igual que me pasa con Romeo. No voy por ahí. El problema es que, para mí, como para tu madre, siempre será algo malo si al final os hace daño.

Dejó el botellín y me miró.

—No quiero que lo paséis mal y es lo que va a suceder cuando tengamos que regresar a casa.

—Julia y yo ya lo hemos hablado, solo queremos vivir el momento.

—Eso sería lo ideal, maravilloso, pero de la teoría a la práctica hay un mundo de diferencias, tratándose del corazón.

—Ya…

—Cariño…

—No te preocupes, papá —le sonreí.

Me quedé sentada recta y me acerqué a él, para acariciarle la espalda.

—Estamos viviendo unas vacaciones increíbles, vamos a quedarnos con eso.

—Está bien —dijo pensativo.

—Hablé con Dy por mensaje.

—Me comentó que hablaría con vosotras, con Julia también.

—Lo ha hecho, sí —reí y me miró sonriendo.

Entonces le conté cómo se quedó nuestro hermano cuando Julia le explicó lo del toro salvaje. A mi padre le sentó de la misma manera que a Dy, aunque terminamos riendo. Qué remedio, el hombre no podía hacer otra cosa.

—¿Lo notaste raro?

—¿A tu hermano?

Asentí.

—No. ¿Por qué? ¿Tú sí? —Frunció ligeramente el ceño.

—No sé, lo noté un poco desanimado. Me dijo que necesitaba descansar porque dentro de poco comenzará un nuevo rodaje.

—Así es. Me lo contó —sonrió—. No le des importancia, seguro que lo pillaste cuando más cansado estaba.

—Vale —suspiré.

—Igualmente hablaré con él hoy.

—Estupendo —sonreí—. Julia y yo hemos dicho de llamarlo por videollamada estos días.

—Lo pondréis contento.

Me acarició la mejilla.

—Entonces has disfrutado del festival estos días —comentó.

—Sí, ha estado muy bien. Aunque…

—¿Qué?

—Ya estoy aquí, amor —gritó mi madre.

Mi padre y yo miramos hacia la corredera.

—Oh, cariño. Te me has adelantado —rio, caminando hacia nosotros.

Me pidió que no me levantara, fue ella la que se agachó para abrazarme y darme un beso en la mejilla. A mi padre se lo dio en los labios, antes de deshacer el lazo que le mantenía el vestido cerrado.

Se quedó en bikini y se sentó en las piernas de mi padre, de lado y de cara a mí. Tenía un cuerpo increíble.

Mi padre le rodeó la cintura con un brazo, mirándola de una forma… sonreí porque me encantaba ver cómo se querían, cómo se buscaban y tentaban. A pesar del tiempo, a pesar de todo lo que habían pasado en la vida, era envidiable la atracción que nunca moría entre ellos.

Mi madre cogió el botellín de mi padre y dio un trago, después se lo pasó a él. Bebió también, haciéndole un guiño.

—¿Te han entendido al pedir la comida? ¿Te has quedado a gusto? —le pregunté.

—Por supuesto y ni te lo imaginas —reímos los tres.

—Yo sí me lo imagino, sí —carraspeó mi padre.

—¿Y Julia?

—Alargando el tiempo con Marco —le contesté.

—Ha ido a verlo, como si no se tuvieran vistos a todas horas —dijo mi padre, negando.

Mi madre soltó una risilla, mientras le acariciaba la mandíbula a él.

—Amor, paciencia.

—Infinita la tengo.

Puso los ojos en blanco él.

—¿De qué hablabais? —nos preguntó mi madre.

—De todo un poco, pero cuando has llegado íbamos a hablar un poco más de mi experiencia en el festival.

—Adelante. —Me hizo un guiño.

Les expliqué los momentos desafortunados que tuvimos Romeo y yo, sin que ninguno de los dos tuviéramos la culpa. Por mi parte la culpa se la llevó el vino y el móvil, por lo del modo avión.

Me escucharon atentos y me dieron sus opiniones. En todo momento me apoyaron y entendieron las situaciones.

—Lo importante es que lo solucionasteis todo —me dijo mi madre —. No es vuestro caso porque no estáis juntos, pero incluso en el intercambio que tenéis hay que esforzarse. El amor, las relaciones, no son nada fáciles, por muy idílicas que parezcan desde fuera.

—Se trata de saber lo que se quiere y luchar cada día por ello, para mantenerlo —comentó mi padre, mirando a mi madre—. Cuando encuentras al amor de tu vida no puedes soltarlo, es lo que sucede cuando te confías y entonces puede ser demasiado tarde. Hasta lo más bonito se marchita si no se cuida como se merece.

—Jo, qué bonito. Vais a hacerme llorar.

Hice un puchero que los hizo reír.

—Así es, cariño —me dijo mi madre.

Ella le sonrió a mi padre y le dio un beso en la boca, beso que él le devolvió más que encantado.

—Uy, con todo lo que os he contado y no os he dicho con quién coincidí en la otra isla.

—¿Con quién? —Se adelantó mi padre.

—Con Damián, amigo de Julia, Dylan y mío. Aunque siempre ha estado más cerca de Dy.

—Claro. Hace mucho que no lo vemos —comentó mi madre.

—Pues yo lo vi mientras desayunaba, la mañana que tenía el móvil en modo avión —reí.

—Qué casualidad —dijo mi padre.

—Sí. Anoche cenamos con él y sus amigos, Alberto y Pablo. He estado muy a gusto con ellos, hemos quedado en vernos cuando esté de regreso en España. Además, tengo que darles un detallito que les compré ayer.

—Me alegro de que estuvieras con ellos —me sonrió mi madre.

—Yo también, me ayudaron mucho. Son buenos, los tres.

El timbre sonó y mi padre se levantó, para ir a abrirle a Julia. Mi madre se sentó a mi lado y me agarró de las manos.

—Tienes un brillo especial, cariño —me dijo—. Pero también noto un punto de tristeza.

—No esperaba que…

—Lo sé. —Me acarició las manos—. Muchas veces la vida no lo pone fácil, ¿verdad?

Me sonrió y negué. Me dio un beso en la mejilla y la abracé.

—Pero recuerda que lo difícil es lo que vale más la pena. El tiempo te dará las respuestas a todas las preguntas que te haces y te harás.

—¡Ya está aquí el alma de la fiesta, la hija favorita! —gritó Julia.

Mi madre rio y yo sonreí.

Esa fue la entrada triunfal de mi hermana, entrada que le tiré por tierra en cuestión de segundos. Terminamos las dos en la piscina, riendo, mientras nuestros padres nos observaban desde la cama balinesa, sonriendo.

Capítulo 36

Los días habían pasado demasiado rápido, las vacaciones estaban a punto de terminarse y mi sensación de malestar era cada vez más grande.

Al día siguiente mi familia y yo nos íbamos al mediodía del resort, poniendo fin a todo lo que habíamos vivido aquí.

Desde que llegué con Romeo de la otra isla, en la que se celebró el festival, exceptuando el primer día que volvimos, el que estuve más tiempo con mi familia, el resto del tiempo nos habíamos separado muy poco.

Comíamos en familia, con nuestros padres y hermanos. Algunas cenas las hacíamos también con ellos, pero la mayoría íbamos por libre y nos perdíamos por algún rincón del resort.

Las mañanas, las tardes y las noches eran para nosotros dos, aunque nuestros hermanos se nos unían en varias ocasiones.

Todo había sido tan perfecto, tan idílico…

Me parecía mentira que al día siguiente fuese a despedirme de Romeo, que dejaría de verlo constantemente y de estar con él, día y noche. De tener algo al alcance, en cualquier momento, a perderlo de golpe.

Esa realidad me hacía sentirme muy mal, pero en ningún momento había expresado mis sentimientos ni sensaciones. Romeo no había vuelto a sacar el tema de cuando estuviéramos en nuestros países, desde que me pidió en la isla del festival que estuviéramos en contacto.

Imaginaba que para él era suficiente, para mí, desde hacía días, por supuesto que no. Tampoco iba a decirlo en voz alta, era algo mío.

—Hola, cariño —me saludó mi hermana, con voz adormilada.

Me dio un beso en la mejilla y se dejó caer en la silla de mi lado.

Acababa de despertarse, tenía cara de sueño y varias marcas en la cara. Sonreí.

Yo llevaba un rato levantada, aunque todavía llevaba el pijama porque no había querido hacer ruido para no molestarla.

Ninguna de las dos quisimos pasar la noche con los chicos, como si la despedida fuese a hacernos menos daño de esa manera. Una tontería monumental, además, estaba noche, la última, sí que estaríamos con ellos hasta el día siguiente.

—Buenos días —le dije.

—No son nada buenos.

Bufó.

—No estés tan negativa —le pedí—. Si no cambias el ánimo no disfrutarás de hoy con Marco y más tarde te arrepentirás de haber desaprovechado la oportunidad.

—Jo, es que es una mierda. Estoy bien jodida.

—Eso déjalo para cuando estés con él —reí.

—Idiota —se quejó, riéndose también—. Pero tienes razón.

Me hizo un guiño y me levanté de la silla.

—Voy a preparar el café.

—Yo saco todo lo demás —dijo, animándose.

Entramos a la villa y cada una hicimos nuestra parte. Julia sacó las tazas, la leche, el azúcar y las cucharillas, y después esperó a que yo saliera con la cafetera térmica.

En cuanto me senté serví el café en las tazas y después nos preparamos el café con leche, al gusto de cada una.

Me llevé la taza a los labios, para dar el primer sorbo, mientras dejaba la vista perdida donde me alcanzaba la mirada de la gran piscina que teníamos debajo.

—¿Cómo estás tú? —me preguntó.

—No muy diferente a ti —contesté pensativa.

—Lo superaremos.

—Claro.

Le sonreí, mirándola.

Me callé y no añadí ¿cuándo sucedería eso de superarlos? A estas alturas las dos estábamos bien pilladas a los hermanos y ninguna sabíamos qué pensaban ellos de nosotras, qué sentían.

—Tienes razón, vamos a centrarnos solo en disfrutar del día y de la noche que tenemos por delante —dijo.

Asentí.

Nos quedamos en silencio, de esa forma nos tomamos los cafés. Íbamos por el segundo cuando sonó el timbre de la villa.

—Voy yo —dijo Julia—. Nuestros padres están en todo —rio.

Sonreí al verla animada de nuevo y pensé en que me encantaría tener su poder de recuperación.

—No puedo permitir que una mujer tan preciosa esté sola.

Contuve la respiración por la sorpresa de escuchar a Romeo a mi espalda, susurrándome al oído. Una flor muy bonita de tallo largo apareció delante de mi cara y sonreí.

La cogí y me giré rápido en la silla. Él atrapó mis labios con los suyos, en nuestro primer beso del día.

—Buenos días —susurré.

—Buenos días, preciosa —sonrió.

Me dio otro beso, esta vez en la punta de la nariz, antes de incorporarse.

—Hola, Carina —me saludó Marco.

Me levanté para darle dos besos, cuando Julia salía a la terraza con dos tazas para ellos. Les sirvió café en ellas y se las ofreció, para que terminaran de prepararse sus cafés.

Nos colocamos en las sillas por parejas.

—¿Has visto qué sorpresa? —me preguntó Julia.

—Sí.

Sonreí mientras acariciaba el tallo de la flor, mirando a Romeo.

—¿Y mi flor? —se quejó mi hermana.

—No soy tan valiente como mi hermano —rio Marco—. No tengo ni idea de dónde la ha sacado, así que no iba a arrancar ninguna con las cámaras de seguridad que hay.

—¡Qué poco valor! Te hubiera recompensado.

Bufó.

—Joder, déjame que me beba el café y pongo mi vida en peligro.

Rieron. Romeo y yo sonreímos, él también negaba con la cabeza.

Nos tomamos los cafés con calma y repetimos, sin ganas de movernos por lo bien que nos encontrábamos. Cuando estábamos hablando de si pedir el desayuno o ir a uno de los comedores para tomarlo fuera, mis padres aparecieron en la terraza de su villa.

Saludaron a Romeo y a Marco y nos preguntaron si queríamos desayunar tranquilos en la villa, para pedirlo ellos. Les dijimos que precisamente lo estábamos hablando y después de conversar un rato, se despidieron y se fueron a desayunar por el resort.

Julia y Marco fueron a la cama balinesa, mientras que Romeo y yo nos quedamos sentados en las sillas.

—¿Qué piensas? —me preguntó.

—Ahora mismo tenía la mente en blanco.

Apoyé la cabeza en su hombro y me agarré a su brazo.

—Ven aquí.

Retiró su silla de la mesa y me cogió para guiarme, hasta que me dejó sentada sobre sus piernas, de lado. Le pasé un brazo por los hombros, pegándome más a él.

—Continuaremos en contacto —me dijo, intuyendo lo que me pasaba por la cabeza.

—Sí, ya lo dijimos —sonreí.

Le retiré un mechón de la frente y le acaricié el pelo, enredando los dedos.

—Vamos a pensar en el momento que estamos, a vivir al máximo todos los que quedan hasta mañana —me pidió, acariciándome una pierna.

—Os vais antes que nosotros, ¿verdad?

—Sí, sobre las diez —me confirmó y asentí.

—Nosotros al mediodía.

—Me acuerdo.

Sonrió. Yo no tenía ganas.

—Podréis comer aquí tranquilamente, antes de iros al aeropuerto —comentó.

—Mis padres ya lo han dejado hablado en la recepción, comeremos en su villa y después dejaremos el resort. Tú comerás en tu casa.

Coloqué la mano en su pecho, sobre la camiseta.

—Ese es el plan.

Se inclinó para dejar la cara muy cerca de la mía y no desaproveché la oportunidad. Lo besé y después le acaricié los labios.

—¿Qué te apetece hacer? ¿Nos perdemos por la isla el último día? Podemos desayunar en cualquier bar o restaurante, lo mismo que comer.

—¡Cari! —me llamó Julia, desde la cama balinesa.

Estaba casi encima de Marco y él que no se cortaba ni lo más mínimo, la tenía muy bien sujeta.

—Esta noche no nos vemos, me quedo con Marco —me dijo.

—Me has quitado las palabras de la boca —le habló Romeo, antes de que yo pudiera responderle—. Porque pienso pasar la noche aquí con tu hermana.

Sonreí.

Por suerte tenía las maletas hechas. Una de ellas la tenía abierta, para meter al día siguiente el pijama, el neceser y las últimas cositas que quedaran por la villa. Hasta que llegara ese momento disponía de todo el tiempo libre, Julia igual porque preparamos los equipajes con esa intención, para poder estar con los chicos.

—Quiero perderme por la isla, solos tú y yo —le contesté a Romeo.

Su mirada me atrapó y su sonrisa irresistible apareció en sus labios perfectos.

Nos besamos y cuando conseguimos separarnos, lo dejé en la terraza y entré para prepararme.

Me puse un pantalón corto vaquero y una camiseta palabra de honor que dejaba el final de mi barriga al descubierto. Debajo elegí un bikini muy mono y mini, con el que quería sorprender a Romeo. Tenía poca tela, pero la suficiente para tapar lo primordial.

Hoy quería volverlo un poco más loco de lo habitual y lo conseguiría, no tenía ninguna duda.

Me recogí el pelo en un moño alto en el baño y cuando salí cogí el bolso grande playero. Comprobé que llevaba dentro todo lo necesario y metí el móvil. Hoy todas las fotos que hiciera serían para mí, no las haría con la intención de subirlas a las redes en algún momento.

El último día estaba dispuesta a olvidarme de todo, iba a tener un día libre en condiciones, sin pensar en capturar las mejores imágenes. Hoy era para mi recuerdo, de todas las maneras.

Cuando terminé salí a la terraza y nos despedimos de nuestros hermanos, los que nos desearon a duras penas que pasáramos un día genial, ya que no tuvieron los labios por mucho tiempo separados.

Nos alejamos de la villa agarrados de la mano, con un día prometedor por delante.

Capítulo 37

Apreté los brazos alrededor de la cintura de Romeo, sin poder dejar de sonreír.

Cuando le dije que quería perderme con él por la isla no pensé en que terminaríamos montados en una motocicleta, yendo de un lado al otro.

En ella estábamos, Romeo la conducía y según me había dicho, estábamos a punto de llegar a una pequeña playa que le había recomendado uno de los trabajadores del resort, al que le preguntó por un sitio que fuese lo más privado posible, al mismo tiempo que bonito.

Según el chico no nos encontraríamos con nadie si íbamos antes de las siete u las ocho de la tarde, después comenzaría a aparecer gente para montar una fiesta improvisada, con la música a todo volumen.

Eran las cuatro de la tarde, ya habíamos comido. A pesar de ello, del restaurante nos llevamos en mi bolso varias piezas de comida y de fruta. También agua, por si nos entraba hambre y sed.

Por la mañana llegamos a un chiringuito muy cuco, con la motocicleta, en el que desayunamos de lujo. Cuando nos apeteció movernos nos fuimos a recorrer una parte de la isla, disfrutando de paradas cada vez que queríamos refrescarnos.

Los baños en el mar los acompañamos con caricias y besos que nos caldearon más. Porque sí, conseguí mi propósito con el bikini que llevaba puesto. Cada vez que me quitaba la camiseta y el pantalón Romeo no podía dejar de mirarme.

La braga no era tipo tanga, pero poco faltaba y tapaba. La parte delantera cubría mi zona íntima a lo justo. Se sujetaba con lazos a los lados. En los pechos solo tenía una tira de tela lo bastante ancha para taparme los pezones y un poquito de los pechos, se veían las curvas de ellos sin problema.

Era la primera vez que estrenaba el bikini y dudaba que lo utilizara en mucho tiempo, porque no era un traje de baño que me atreviera a ponerme donde vivía, ni donde pudiera haber gente conocida.

Para comer elegimos un bar que encontramos en el camino.

El día estaba siendo perfecto, tal y como había esperado. Romeo lo convertía en inolvidable.

—¿Ya hemos llegado? —le pregunté, cuando redujo la velocidad.

—Eso creo, a no ser que me haya perdido.

Solté una carcajada.

Al ir muy despacio me solté de su cintura y coloqué las manos en sus piernas, para acariciárselas despacio, con la intención de ponerlo nervioso. Cada vez que llegaba cerca de su entrepierna retrocedía. Podía notar cómo se tensaba.

—¿Quieres que nos caigamos de la motocicleta?

—No —reí.

—Pues como no pares…

—Vale, vale…

Me porté bien y puse las manos sobre sus hombros.

—Creo que hemos acertado —dijo cuando paró.

Después de recorrer un camino estrecho de tierra, rodeados por árboles y vegetación, llegamos al final, donde se abría una playa pequeña y solitaria.

—Vaya —dije, bajándome de la motocicleta.

Caminé unos pasos, admirando las rocas que la protegían por ambos lados.

—Es muy diferente a todas las que hemos visto hasta ahora.

—Sí.

Romeo desmontó y cogió mi bolso, después de desatarlo de la cesta que tenía delante la motocicleta. Se lo colgó al hombro y sonreí.

Accedimos a la playa cogidos de la mano y al llegar cerca de la orilla colocamos sobre la arena la toalla grande. Dejamos el bolso a un lado y nos quitamos la ropa. Cuando terminé los ojos de Romeo ya estaban recorriéndome el cuerpo.

—¿Tienes muchos trajes de baño parecidos? —Arqueó una ceja, mientras caminaba hacia mí.

—No —le contesté riendo—. De hecho, es el único tan atrevido.

—Atrevido, ¿eh? Eso se queda corto.

Se paró delante de mí y metió un dedo por debajo de la tira que me tapaba los pechos. Tiró de ella, descubriendo lo que escondía.

Me mordí el labio inferior.

—Este bikini, por darle un nombre, es una puñetera locura. No tienes ni idea de lo que me ha costado contenerme.

—Ya no tienes que hacerlo —susurré.

Me atrapó los labios en un beso agresivo y profundo, al mismo tiempo que me cogía en brazos. Mientras me apretaba las nalgas desnudas, le rodeé la cintura con las piernas y crucé los talones en su espalda.

Se puso en la toalla y se dejó caer de rodillas, para sentarse sobre los talones. No me soltó, cuando dejamos de besarnos me bajó de un tirón la tira de los pechos y guio mi cuerpo, agarrándome de los costados, para tener los pezones a la altura de su boca.

Jadeé cuando atrapó el primer pezón. Le agarré del pelo con fuerza, curvando la espalda para pegarme más a él. Su respuesta fue succionarme el pecho y hacerme gritar. Mordisqueó y lamió, volviendo loca, cambiando de un pecho al otro, mientras su miembro erecto se clavaba entre mis piernas.

En el momento en el que balanceé la cadera con más insistencia, abandonó mis pechos y me tumbó sobre la toalla. Separé las piernas de él, para apoyar los pies en la toalla y así dejarle un buen espacio entre mis piernas.

Llevé las manos a la cinturilla de su bañador y con varios tirones, se lo bajé. Su miembro salió libre y no tardé en agarrárselo con fuerza.

—Joder… —susurró.

Me sujetó la mano ejerciendo más fuerza y comenzó a balancear las caderas, en vez de mover nuestras manos. Durante unos minutos se mantuvo así, hasta que añadió el movimiento de nuestras manos, las que se humedecieron por su excitación.

Quise incorporarme, pero no me lo permitió. Me apartó de su miembro y llevó las manos a los lazos de la braga del bikini, para deshacerlos. Cuando la tela quedó suelta deslizó la parte delantera hacia abajo, dejándome desnuda por completo, porque la tira de los pechos la tenía por debajo de estos y no suponía nada.

Elevé la cadera al sentir varios de sus dedos acariciarme el sexo. Me tenía desesperada, llevábamos todo el día de precalentamientos y a estas alturas notaba que podía correrme en cualquier momento.

Gemí cuando coló varios dedos en mi interior. Los sacó y entró varias veces, al mismo tiempo que no abandonaba mi clítoris. Y cuando pensaba que había llegado el momento, que iba a dejarme llevar, se retiró dejándome al borde.

—Diosss… ¿valoras tu vida?

Soltó una carcajada por mi amenaza.

Sin apartarse de mí, se movió para coger el pantalón que se quitó al llegar. De él sacó varios paquetitos de preservativos, haciéndome un guiño.

Se los quité de las manos, cogí uno que abrí bajo su atenta mirada, y se lo coloqué. Se tensó mientras lo hacía y cuando terminé, me cogió en brazos otra vez.

Le rodeé el cuello con los brazos y la cintura con las piernas y sentado sobre sus talones, me abrió las nalgas con las manos, extendiéndome más las piernas. Me acarició el sexo con la punta de su miembro, humedeciéndola mientras recorría cada pliegue y rincón.

Jadeé y gemí, agarrándome con fuerza a él, con una necesidad increíble. Hasta que se posicionó y entró de golpe en mi interior, de un movimiento certero y profundo. Se quedó enterrado, quieto, y ambos gemimos al unísono.

Moví las piernas, sin que él me las soltara, y conseguí apoyar los pies en la toalla. De esa manera me impulsé y empecé a subir y bajar, dominando la situación por unos segundos, porque sabía que Romeo tomaría el control rápido, marcando un ritmo al que yo no podía llegar.

Jadeamos en la boca del otro, besándonos, y disfruté de cómo me llenaba. Era una locura sentirlo de esta manera, tan mío, y quedaban tan pocas horas para perder todo esto que estaba sintiendo…

Me moví con más rabia por ese pensamiento y después de pocos segundos, Romeo se apoderó de mi cuerpo por completo. Me movió a su antojo, tan rápido que lo único que pude hacer fue agarrarme con más fuerza de él y ayudarlo de vez en cuando con los pies, cuando alcanzaba la toalla.

Su cadera se elevaba para embestirme con fuerza, robándome jadeos, gemidos y gritos con cada empujón profundo y con cada roce intencionado y natural.

Me corrí gritando su nombre, con la respiración entrecortada, y Romeo me siguió al cabo de unos minutos en los que me tumbó en la toalla y me subió las piernas a sus hombros, para moverse a un ritmo de locura, ya que la posición le ayudaba para ello.

—Esto es el puto paraíso —susurró en la curva de mi cuerpo.

Se dejó caer sobre mí, pero apoyando la mayor parte de su peso en su costado que estaba en la toalla.

—Estoy de acuerdo —suspiré.

Me dio un beso en el hombro y se incorporó. Me mordí el labio cuando volvió a balancearse en mi interior, pero retrocedió y salió, dejándome fría, por completo.

Lo observé quitándose el preservativo, el que anudó y lanzó a un lado. Se subió el bañador y después me ató la braga, haciéndome los lazos a los costados. Por último, me tapó los pechos con la tira del bikini y se tumbó bocarriba a mi lado, levantando el brazo en una invitación clara para que me acurrucara en él.

Lo hice encantada, abrazándolo. Cerré los ojos sintiéndome totalmente satisfecha y en paz, notando el calor que me rodeaba. No me importó lo caluroso que era el día, ni que el sol todavía estuviera lo suficientemente fuerte para quemarnos la piel.

No fui capaz de moverme y Romeo tampoco lo hizo, nos quedamos abrazados por mucho tiempo, mientras nuestras pieles sudaban al estar en contacto.

Después de no sé cuánto tiempo, decidimos darnos un baño. A mí me costó meterme, por el contraste de temperatura, y agradecí que Romeo respetara mis tiempos. Llevaba haciéndolo durante todo el día, con cada baño.

Cuando conseguí mojarme entera nos abrazamos y besamos, como también habíamos hecho en cada baño en el mar.

Pasamos una tarde perfecta, a remojo, secándonos y comiendo de todo lo que metimos en el bolso. El tiempo fue pasando y cuando nos dimos cuenta el atardecer se nos echó encima, ofreciéndonos una vista preciosa y mágica.

Disfrutamos del momento abrazados, conmigo entre las piernas de Romeo, con la espalda apoyada en su pecho.

El sonido repentino de la música nos hizo mirarnos, antes de girarnos hacia atrás, para ver cómo la playa se llenaba en poco tiempo de mucha gente.

Nos quedamos asombrados porque cargaban con equipos de música, con varias mesas de madera, una cuantas neveras y cestos. Montaron un bar improvisado en segundos.

Utilizaron las mesas como barras y en ellas colocaron muchas botellas de bebidas, de todo tipo. También pusieron comida. La música no dejó de sonar.

—Hola —nos saludó un chico que se acercó.

—Hola —le correspondimos.

—Sois libres de uniros a la fiesta si os apetece. No hay problema —nos dijo con amabilidad y sonriendo—. Nos espera una noche muy larga.

Nos hizo un guiño.

—Gracias —le agradeció Romeo.

El chico se fue, y Romeo y yo compartimos una mirada. Después de soltar una carcajada, nos levantamos de la toalla y nos vestimos. Sobre todo, yo, que sin la protección del cuerpo de Romeo ya no me sentía a gusto con el bikini, rodeada de tantas personas.

Me puse el pantalón corto vaquero y la camiseta, recogimos la toalla, la que expulsamos bien para meterla en el bolso, y cargamos con este para acercarnos a los demás.

Ese fue el inicio de una noche inolvidable en la que bailamos, saltamos, cantamos, reímos, nos besamos, nos calentamos, nos miramos con deseo y necesidad, y en la que, sobre todo, compartimos algo único y especial, algo a lo que no fui capaz de ponerle nombre.

¿Por miedo? Tal vez.

Capítulo 38

Tragué saliva para contener la emoción.

Después de varias horas de vuelo y del tiempo que había pasado desde mi despedida con Romeo, no había conseguido sentirme ni un poquito mejor.

Todo había empeorado para mí, aunque no era la única. Julia iba sentada a mi lado, seria y con las gafas de sol puestas dentro del avión que nos llevaba hasta el aeropuerto de nuestra ciudad.

No habíamos sido capaces de hablar de ellos, de los hermanos, pero era lo mejor porque en cualquier momento una u otra podíamos estallar. Y como abriéramos la puerta a las lágrimas pararlas nos iba a costar.

Por otro lado, no queríamos preocupar a nuestros padres, aunque nos conocían tan bien que ya lo estaban. No es que fuéramos la alegría personificada. Este viaje era totalmente opuesto al que nos llevó hasta la isla.

Le agarré una mano a Julia y ella me la apretó, aferrándose a mí. Después se dejó caer en mi hombro y apoyó la cabeza. Yo no aparté la vista de la ventanilla, aguantando el tirón.

Cerré los ojos porque me molestaban, después de todo lo que había llorado en soledad. La despedida con Romeo me había dejado fatal. El único cambio que noté en él en ese momento fue su seriedad, por lo demás se mantuvo firme.

Estar en el resort sin él, durante las horas que tardamos en irnos nosotros, fueron una puñetera tortura. Lo veía y nos veía en cada rincón, no había zona en la que no hubiésemos estado y disfrutado.

Ni siquiera me consoló sentarme en la arena, cerca de la orilla, y dejar la mirada perdida en el mar. Fue peor. Ahí me encontró mi hermana y se unió a mí, en silencio.

—¿Cuánto falta? —me preguntó Julia, con la voz adormecida.

—Ya mismo llegamos. Unos minutos.

—Vale.

Se quedó de nuevo en silencio y bajé la mirada, para ver que volvía a tener los ojos cerrados. Le retiré el pelo de la cara y sonreí, por el suspiro que soltó.

El símbolo de los cinturones se encendió sobre nuestras cabezas, cuando comenzamos el descenso para aterrizar. El piloto lo hizo de lujo, con mucha suavidad. No quería pensar que el avión era propiedad de la familia de Romeo, al igual que el equipo que había dentro eran sus trabajadores.

Unos minutos más, pensé, al notar que me faltaba un poco el aire.

En cuanto fue nuestro turno nos levantamos de los asientos y Julia y yo salimos casi corriendo del avión. Una vez en la terminal fuimos a recoger los equipajes y con ellos en las manos, después de la espera, nos dirigimos directos hacia la salida, donde nos esperaba un sonriente Abel. Nuestro chófer y seguridad.

—Bienvenidos, familia —nos dijo.

Después de abrazarlo y de darle un beso, mi padre la mano y una palmada cariñosa en la espalda, lo seguimos hasta el parquin.

—¿Cómo han ido las vacaciones? —se interesó.

—Genial —le contestó mi madre.

—Me alegro, señora.

—Oh, ¿qué señora ni señora? Dile algo, amor —le pidió a mi padre.

Él y Abel rieron, cómplices.

—Abel, tengamos el primer día tranquilo —le dijo mi padre.

—A sus órdenes, señor.

Con esas palabras y un guiño rio, mientras se retrasaba unos pasos de mis padres, para unirse a mi hermana y a mí.

—¿Cómo están mis chicas preferidas? —se dirigió a mi hermana y a mí.

—Fatal —le contestó Julia.

Abel rio, pensando que era una de las bromas de mi hermana, hasta que se fijó bien en nuestras caras y frunció el ceño.

—¿Va en serio? —nos preguntó.

Pasó la mirada de una a otra.

—Sí —le confirmé.

Julia soltó un bufido, para dejárselo más claro.

—Pero ¿qué habéis hecho para estar así? —Quiso saber, sorprendido— ¿No habéis estado bien en el resort? Por las fotos que me envió vuestro padre cuando llegasteis, se veía tan impresionante como cuando me enseñasteis a dónde ibais.

—El sitio es maravilloso, de ensueño, Abel. El problema es a quiénes hemos conocido allí.

Me encogí de hombros.

—¿Las dos?

—A unos hermanos, sí —le contó Julia.

—¿Cómo vosotras?

—Ya ves tú, la casualidad —suspiré.

—¿País?

—Italia —contesté.

—Dentro de lo malo podría ser peor.

—Siempre puede empeorar, sí —confirmé.

—Por vuestros ánimos no parece que esos hermanos se hayan quedado en unos rollos de vacaciones.

Elevó las cejas.

—¡Es lo que han sido!

Con esas palabras y un gruñido, Julia caminó más rápido y avanzó alejándose de Abel y de mí. Este se quedó preocupado.

—Todo volverá a su sitio en unos días —le dije, chocando mi brazo con el suyo.

Mis padres se pararon y le preguntaron a Abel hacia dónde tenían que girar.

—El coche está a la izquierda, en la plaza ciento nueve.

Con esa información siguieron adelantados a nosotros, con Julia yendo cerca de ellos. Nuestro padre se paró para pasarle el brazo por los hombros.

—Tal y como estáis unos días me parece muy poco —carraspeó Abel.

—A lo mejor he sido muy rápida —reí, sin muchas ganas.

—Bastante.

Sacudió la cabeza.

La conversación terminó porque llegamos junto al coche. Abel lo abrió y lo ayudamos a cargar todas las maletas en el maletero. Cuando terminamos nos montamos y tomó rumbo a casa.

Me sentó bien volver a lo conocido, a mi ciudad. Durante todo el trayecto no aparté la vista del exterior, viendo las calles y las zonas pasar, con la cabeza apoyada en la ventanilla subida.

Julia fue todo el tiempo apoyada en nuestra madre. Las tres íbamos en los asientos traseros.

Cuando llegamos a casa nuestra querida Marisa apareció rápido, para recibirnos. Nos abrazamos y besamos como si hiciera meses que no nos veíamos, y terminamos riendo. Para Julia y para mí fue un desahogo, después de la tristeza y la mala leche que llevábamos encima, desde hacía horas.

—Ven a cenar —le propuso mi padre a Abel—. Cenaremos todos en familia.

—Por supuesto —aceptó él, con una gran sonrisa.

Julia y yo nos despedimos, pero Abel nos acompañó, para ayudarnos con las maletas.

—Nos vemos a la noche, voy a invernar hasta entonces —nos dijo Julia, cuando llegamos a la puerta de su habitación.

—Solo quedan dos horas —le dijo con diversión Abel.

—Joder, qué poco —suspiró ella—. Si no bajo venid a buscarme.

Puso los ojos en blanco y desapareció en su habitación, con sus maletas.

Abel me siguió a la mía, en la que entramos. Dejamos el equipaje a un lado y lo primero que hice fue descalzarme.

—¿Estarás bien?

—Claro —le sonreí—. No te preocupes, nadie se ha muerto de un mal de amores —le dije a modo de gracia.

—No estoy tan seguro de eso. —Negó con la cabeza.

—Demos gracias a que han sido pocos días.

Reí, dándole un pequeño empujón para que dejara de estar tan serio.

—Voy a descansar.

—Sí. Perdón.

—No te disculpes —le pedí sonriendo—. Gracias, Abel.

Asintió.

—Nos vemos en la cena.

—Claro.

Le hice un guiño.

—Y espero veros con un poco más de alegría. No me gusta esta sensación, no estoy acostumbrado a veros decaídas. Julia ni siquiera estuvo así con su última ruptura.

—No siempre se reacciona de la misma manera, ni nos pilla con la misma energía. Y no lo viste porque ella se ocultó, para no preocupar a nadie, pero la primera semana de la ruptura lo pasó muy mal. El problema es que hoy estamos cansadas y no controlamos nada. Mañana será mucho mejor.

—Lo espero de verdad.

Nos sonreímos.

En cuanto Abel cerró la puerta de mi habitación y me quedé sola, fui u n momento al baño y después salí a mi pequeña terraza privada.

Estuve fuera un buen rato, intentando relajarme y ver las cosas desde otra perspectiva. No logré mucho, pero algo sí conseguí.

Cuando me cansé entré en la habitación y me tumbé en la cama. Solté un suspiro al cerrar los ojos.

—Hogar, dulce hogar —susurré.

Coloqué un brazo sobre los párpados cerrados y en vez de dormirme, que era lo que me pedía el cuerpo y los ojos, comencé a darle más vueltas a los días que había vivido.

Bufé con rabia, cuando tuve que retirarme varias lágrimas.

Me levanté de la cama y fui a por el móvil. No había querido sacarlo del bolso hasta este momento, ni siquiera había quitado el modo avión al aterrizar, modo avión que días atrás me dio algún problemilla que otro.

Pensar en eso, en lo que viví con Romeo, me hizo sonreír.

Solté un suspiro y regresé a la cama, después de activar el móvil. Me llegaron varias notificaciones, pero ninguna importante, e hice lo que quería hacer.

Entré en la aplicación de mensajes y en la conversación con Romeo, para releer su último mensaje y escribirle yo. Así quedamos cuando nos despedimos, que nos avisaríamos cuando nuestros aviones aterrizaran.

Yo me había retrasado un poco.

Romeo: *Hola, preciosa. El avión acaba de parar en la pista. El vuelo ha ido bien, tranquilo. Espero que el tuyo también, sino tienes vía directa para poner una reclamación* —puso una cara con un guiño—. *Hablamos. Buen viaje.*

Carina: *Hola. Ya estoy en casa, todo ha ido muy bien. ¿Qué tal por ahí?*

Dejé el teléfono en la cama y no aparté la vista de la pantalla, pero el mensaje que esperaba no llegó. Ni siquiera después de largos minutos.

Solté un bufido, cabreada conmigo misma, y bloqueé el móvil, después de poner una alarma y dejarlo en silencio. Lo coloqué en la mesita de noche y me olvidé de todo.

Hice otro intento tumbándome en la cama y esta vez, aunque me costó relajarme, conseguí quedarme dormida.

Capítulo 39



—¡Síííí…! —grité y reí.

Me dejé caer al suelo. Me lancé exagerando.

—No es justo —se quejó Julia y más me reí.

—No sabes perder —le eché en cara.

—Es que no consigo ganarte ni una vez.

Bufó, sentándose a mi lado, en la pista.

Habíamos jugado un partido de pádel. Lo habitual era que se jugara en equipos de dos, siendo cuatro en la pista, pero las dos amigas con las que solíamos venir hoy no habían podido y Julia estaba empeñada en venir.

Así habíamos terminado aquí y con ella perdiendo, a pesar de que se pensaba que tendría ventaja.

Hacía un día y medio que llegamos de las vacaciones y yo solo quería sacar de casa a Julia, para que cambiara de aires por un rato. Le estaba costando mucho.

En la pista nos habíamos reído y varias cosas más, pero lo importante era lo primero.

—Esfuérzate más —la piqué.

—Vete a la mierda.

Reímos.

—Estoy pensando en irme unos días.

—¿Y eso? ¿A dónde y con quién?

Me incorporé para quedarme sentada como ella.

—Con Miriam. A la casa de verano de sus padres.

—¿La de la playa?

—Sí —sonrió—. Ayer me dijo que era el sitio perfecto para ahogar mis penas y como este año sus padres no van porque tienen otros planes…

—Miriam tiene razón. Te vendrá bien.

—Te apuntas, ¿no?

—No lo sé.

—Estás de broma —dijo sorprendida—. ¿Qué vas a hacer aquí?

—Lo de siempre.

—Exacto, por eso yo necesito hacer algo diferente.

—¿Vais las dos solas?

—Por ahora sí, pero Miriam iba a hablarlo con Patricia y Maite.

—Cuantas más seáis, mejor.

Le hice un guiño.

—Va, vente —insistió.

—¿Cuántos días estaréis? —me interesé, pensando.

—Mínimo una semana, pero no tenemos ninguna prisa para regresar. Miriam tiene todo el mes de vacaciones y a Patricia y Maite les quedan diez días como mínimo, si es que se apunta a venir. Hasta que nos cansemos.

Se encogió de hombros.

—Piénsalo, ponte en situación. Playita, piscina, copitas o cervezas en la mano, según el momento del día. Sol, tumbonas, columpios, césped, todo el día disfrutando porque Miriam se lleva a Elena.

Elena era la nana, de Miriam, así la llamaba desde que Miriam pudo hablar. Elena era como Marisa para Julia y para mí, por lo que la mujer estaría encantada de acompañar a su niña y así controlar que todo funcionaba bien en la casa. Lo de no hacer nada era porque Elena se encargaría de las comidas.

—Suena genial —comenté.

—Por eso, tienes que venir.

Solté una carcajada cuando comenzó a zarandearme.

—A lo mejor me lo pienso para ir algunos días. ¿Cuándo os vais?

—No hemos quedado en nada, imagino que esta tarde lo sabré cuando hablemos.

Asentí y nos levantamos del suelo, con las palas de pádel. Después de recoger las pelotas salimos de la pista y nos dirigimos al vestuario. Nos dimos una ducha rápida y decidimos a ir al club, para pasar un rato.

Eran las doce y media, nos daba tiempo a tomarnos algo y llegar a tiempo a casa, para comer. Más que nada porque antes de salir le aseguramos a Marisa que no faltaríamos.

Cuando salimos de las instalaciones fuimos directas hacia Abel. Nos esperaba apoyado en el lateral del coche y sonrió al vernos.

—¿Quién ha ganado?

—Yo —le contesté y reí, por el bufido que soltó Julia.

—Hace trampas, Abel. Tienes que ayudarme a demostrarlo.

—¿Yo?

Soltó una carcajada.

—Pues claro, ya va siendo hora de que te decantes por mí que soy tu preferida —le dijo con un guiño.

Le dio varias palmaditas en la mejilla, antes de montarse en los asientos traseros.

Abel me miró con diversión y encantando de vernos animadas. Le hice un guiño, para dejarlo aún más tranquilo.

Rodeó el coche y también nos montamos.

—Queremos ir al club —le dije.

—Al club a cumplir con la derrota.

Miró a Julia por el espejo retrovisor y él soltó una carcajada, cuando ella le dejó claro con un gesto lo que pensaba de su comentario y de lo de cumplir.

Así era, cada vez que jugábamos al pádel y no teníamos otros compromisos, la que perdía invitaba a la vencedora. Aunque jugáramos en equipos.

Abel nos dejó frente a la entrada del club y quedamos con él en que saldríamos una hora y media después. Nos bajamos del coche y accedimos al club, donde enseguida comenzamos a saludar a todos los que conocíamos.

Salimos a la zona abierta que se dividía en varias partes: la gran piscina, la zona de las hamacas con el bar y un restaurante que tenía las mesas colocadas en una terraza que daba a la playa. Tenía unas vistas inmejorables.

Caminamos directas hacia una de las mesas del restaurante. No había muchas ocupadas, tuvimos suerte de elegir una que quedaba pegada al final de la terraza. Estas eran siempre las más complicadas de conseguir porque las elegían las primeras.

—Hola —nos saludó Miguel, un camarero.

—Hola, guapo —le correspondió Julia.

Yo lo saludé después.

—¿Qué os pongo?

—Prepáranos uno de esos cócteles tan buenos que haces —le pidió mi hermana.

—Marchando, preciosa.

Nos hizo un guiño y se alejó.

—Qué pena que antes de salir de casa no se nos ocurriera meter los trajes de baño —comentó Julia.

—Pues sí, hubiese estado muy bien darnos un bañito ahora.

—Bueno, para algo ya estamos duchadas.

Rio y sonreí.

—Como si eso fuese un impedimento para nosotras —le dije con una risilla.

—También es verdad —confirmó sonriendo.

—Me encanta verte así.

—Lo mismo te digo, hermana.

Me lanzó un beso.

—¿Sabes algo de Marco?

—Anoche estuvimos hablando por mensajes.

—¿En serio? ¿Por qué no me has dicho nada? Si no te pregunto no me entero.

—Te lo iba a decir, claro que sí, pero primero quería tantear si tú también sabías algo de Romeo.

—Da igual si no sé nada, no quiero que te cortes para decirme las cosas que te pasan con Marco.

—Vale. —Levantó las manos—. No quería hacerte sentir mal.

—Lo sé, pero no es necesario —le dejé claro.

—Pero a todo esto… ¿Sabes algo de Romeo?

—Me contestó al mensaje que le envié cuando llegué del viaje y ya está, pero a su favor tengo que decir que me comentó que estaría unos días muy liado. Debe estar poniéndose al día, yo qué sé. Tampoco es que piense en eso.

Me encogí de hombros.

—Ah, vale. Eso es bueno, ¿no? Me refiero a que las dos hemos hablado con ellos y parece todo normal.

—Normal, normal…

—Ya me has entendido —se quejó, poniendo los ojos en blanco.

Miguel apareció con los cócteles y se lo agradecimos. Como siempre, entraban por la vista por la buena pinta que tenían.

—Joder, qué rico —dijo Julia. Después gritó hacia donde se había ido el camarero—. Miguel, hijo, si me prometes muchos de estos me caso contigo.

Escuchamos las risas de él, desde el interior del restaurante.

—Espectacular —estuve de acuerdo, después de dar el primer sorbo.

—Entonces todo bien con Marco, por lo que veo.

—No quiero hacerme ilusiones, pero al menos está como siempre conmigo. Tuvimos sexo telefónico.

Se tapó la boca.

—Nooo…

—Síííí…

Rio.

—Joder, y qué sexo —suspiró—. Así que, si alguna noche o en cualquier otro momento escuchas sonidos desde mi habitación, ignóralo todo porque estaré genial.

—Vale —reí, negando.

—En el coche me ha escrito Miriam, lo de la casa de verano de sus padres ya es un hecho. Nos vamos pasado mañana y Patricia y Maite también se han apuntado. Esta tarde nos llamaremos para el resto de los detalles.

—Guay.

—Va, di que sí —me pidió.

—Ahora mismo me apetece estar tranquila y tomármelo con calma, quizás aparezca en la casa en unos días, pero no tan pronto como cuando os vais.

—¿Por qué? ¿Para qué quieres estar en casa?

—No has escuchado lo de estar tranquila y tomármelo con calma, ¿no? —Elevé las cejas.

—¿En verano? ¿Teniendo esta oportunidad?

—Julia, aunque suene mal, si quiero irme a un hotel del lujo mañana mismo, puedo hacer las maletas e irme. No se trata de la oportunidad ni de que sea verano, se trata de mí.

—Joder. —Hizo una mueca.

—Anda, bebe y cambia la cara.

—Es que pensaba que te unirías. No quiero dejarte sola.

—No digas tonterías.

Sonreí.

—Oh, joder.

—¿Qué?

Sacó su móvil y me enseñó la pantalla, con una sonrisa radiante. Vi que Marco la estaba llamando y también sonreí.

—Ve tranquila —le dije.

Se levantó casi de un salto y se llevó su cóctel hacia una parte de la terraza que se encontraba solitaria.

Dirigí la mirada hacia el mar y recordé al instante todo lo que viví con Romeo en él. En un lugar diferente, a muchos kilómetros de aquí, pero no dejaba de ser lo mismo con algunas pequeñas diferencias. Lo importante no variaba, él y yo rodeados de mucha agua y arena de la playa.

Tragué saliva y cogí la copa con ambas manos, para contener las ganas que me entraron de sacar el móvil. No esperaba tener algo nuevo de Romeo, solo quería evitar que él lo tuviera de mí.

Algo me decía que debía esperar, pero no era fácil resistirse a los impulsos.

Capítulo 40

Miré hacia la puerta de mi habitación, al escuchar varios golpes.

—Adelante —dije.

Mi madre asomó la cabeza y sonreí.

—Hola, cariño.

—Hola, mamá.

Dejó la puerta abierta cuando entró, para venir hasta la cama, que era donde yo estaba.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Bien.

—No es verdad. Has dado un bajón y desde que tu hermana se ha ido esta mañana estás peor.

—No es nada, mamá.

—Sí que lo es y no me lleves la contraria en esto, Cari, que te he parido y te conozco.

—Se me pasará.

—Ya… ¿Por qué no te animas y te vas donde tu hermana? Llegarás con unas horas de retraso, pero te lo encontrarás todo hecho.

Me hizo un guiño y sonreí.

—Ahora mismo no me apetece, pero ya se lo dije a Julia, seguramente me pasaré unos días. Lo que no sé es cuando.

Me encogí de hombros.

—¿Sabes algo de Romeo?

—Ayer me envió un mensaje muy escueto en el que me dijo que lo perdonara, que estaba hasta el cuello de trabajo y que necesitaba otras vacaciones. Se despidió diciéndome que hoy me escribiría, pero todavía no sé nada.

—¿Por qué no le escribes tú?

—¿Con lo liado que está?

Negué.

—Tienes razón, es mejor que esperes.

—Si le importaras lo suficiente no tendrías que esperar a nada.

La voz de mi padre nos sobresaltó. Ambas giramos la cabeza hacia la puerta, él estaba apoyado en el marco.

—Ernesto…

—No, Carlota. En el amor hay una verdad universal que vale para todo el mundo.

Se separó del marco de la puerta y entró en mi habitación. Se sentó al otro lado de mi cama, a la altura de mi madre. Se miraron durante unos segundos y ella terminó asintiendo.

—Tienes razón, pero son jóvenes y te recuerdo que nosotros también lo hemos sido. Llevamos muchos años juntos y no siempre fue tan perfecto entre nosotros. ¿Te acuerdas del año que discutíamos por todo?

—No es lo mismo.

—No es lo mismo porque se trata de nuestra hija y lo vemos de manera muy distinta —insistió mi madre, con cariño.

—Papá, Romeo es un hombre muy ocupado.

—¿Y en qué lugar te deja a ti?

—Es que no sé si tengo un lugar como tú piensas, papá.

Pronunciar esas palabras me dolieron, pero no lo mostré hacia ellos. No quería complicar más la situación.

—Nos conocimos en las vacaciones, hemos disfrutado a tope de ellas, pero no nos hemos prometido nada. Solo quedamos en estar en contacto y por ahora lo estamos cumpliendo. Pero no quiero agobiarlo con mensajes o llamadas, porque él tiene un horario de trabajo y como me ha dicho, va a tope, haciendo horas extras.

—No me convence.

—Amor, a ti no va a convencerte ningún hombre para tus hijas, hasta que no tengan hijos, lleven muchos años casados y se note que las quieren —le dijo mi madre, sonriéndole.

Mi padre bufó, al mismo tiempo que se levantaba de la cama. La rodeó para venir a nuestro lado y se agachó para darme un beso en la cabeza. A mi madre en los labios. Después se fue diciéndonos que iba a hacerle compañía a Marisa en la cocina, que nos esperaba allí.

—Lo superará —dijo mi madre, cuando nos quedamos solas.

Reímos.

—Tú mejor que nadie sabes lo que tienes con Romeo y no tengo ninguna duda de que sabrás actuar acorde con lo que se te presente. Solo voy a decirte una cosa.

—¿Qué?

—En cierta manera tu padre ha acercado, tiene mucha razón. Cuando eres importante de verdad para alguien, siempre, siempre, encontrará la manera y el momento para estar contigo. Aunque sea desde la distancia. Tu padre y yo hemos pasado por mucho para llegar hasta hoy, pero jamás nos hemos soltado, cariño. ¿Entiendes?

Asentí, con los ojos humedecidos.

—Por muy enfadados que estuviéramos, o decepcionados con el otro, incluso con nosotros mismos, desde que nos conocimos nunca nos hemos alejado. Físicamente sí, por nuestros trabajos, pero sentimental y emocionalmente, jamás.

—Lo entiendo —susurré.

Me sonrió y me lancé a sus brazos cuando los abrió. Estuvimos un rato abrazadas, en silencio.

—Llevo varios días dándole vueltas a una cosa —le dije, cuando nos separamos.

—¿A qué?

—Me gustaría ir a visitar a Dy. Tengo muchas ganas de verlo y, aunque sea a ratos durante el día, o a última hora de la noche, quiero estar con él. Mientras esté trabajando haré turismo.

Sonreí.

—Me parece una idea genial, cariño —dijo ilusionada—. Harás feliz a tu hermano y él conseguirá animarte.

—Lo último no sé yo…

—Yo sí.

Reímos.

—Ahora que lo has dicho…

Se quedó pensativa.

—¿Qué?

—Tu padre nos lo confirmará, pero creo que no me equivoco. Un amigo de tu hermano estará con él durante una semana. Y tú lo conoces —sonrió.

—¿Qué amigo?

—Damián. Nos hablaste de él en la isla, coincidisteis en el festival.

—¿En serio? —Agrandé los ojos.

—Sí. Tu padre llamó ayer a tu hermano y se lo comentó de pasada.

—Joder, con Damián, está en todos los sitios —dije asombrada.

Soltamos una carcajada.

—Por lo visto tenía ganas de visitar la ciudad donde está tu hermano y como ahora Dylan tardará en venir un tiempo, por el nuevo rodaje… tu hermano le dijo a tu padre que Damián se ha cogido más días libres en la bodega, después de asegurarse de que todo va bien.

—Sí, debía incorporarse después de llegar del festival. —Asentí—. Pero me extraña que no me lo hayan dicho ninguno de los dos.

—Desde que llegaste no has hablado con Damián y creo que ha sido algo dicho y hecho entre ellos.

—Entre unas cosas y otras no he tenido ganas de hablar con nadie —suspiré—. Y tengo que quedar con él, con Alberto y con Pablo, para darles los detallitos que les compré en la isla. ¿Dy dijo cuándo iba Damián?

—No lo sé, cariño. Aprovecha y pregúntale a cualquiera de los dos.

—Sí.

Sonreí.

—Voy a la cocina, de refuerzo.

Me hizo un guiño y se levantó de la cama. Me dio un beso y me dejó sola en la habitación.

Cogí el móvil y le envié un mensaje a mi hermano, para asegurarme que podía hablar. No tenía ni idea de sus horarios en el nuevo rodaje, por lo que no quise arriesgarme a molestarlo.

Carina: *Hola, Dy. ¿Puedes hablar? Todo está bien, no vayas a preocuparte. Me apetece hablar contigo.*

Esperé durante unos minutos, los que se alargaron sin que mi hermano viera el mensaje. Todavía no podía, por lo que entré en la conversación de Damián y probé suerte con él.

Carina: *¡Holaaa! ¿Cómo fue la vuelta? ¿La bodega bien? Espero que todo esté genial. ¿Si te llamo puedes hablar?*

Esperé unos segundos…

Damián: *Hola, preciosa. Qué sorpresa. Todo bien, el viaje y el trabajo, aunque en este último todavía no estoy a tope. Te llamo yo.*

En la pantalla apareció su nombre y descolgué.

—Hola —volví a saludarlo.

—Hola. ¿Vas a confesarme que estás loca por mí y a aceptar por fin que soy el hombre de tu vida? Puedes hacerlo, estoy cómodo en el sofá, así que no corro ningún riesgo de caer desplomado de la emoción.

—Ja, ja, ja… no tienes remedio. Puedes esperar ahí sentado, pero te advierto que te rodees de mucha comida y bebida, porque te va la vida en ello.

—¡Qué poca consideración tienes conmigo, mi Carina! Con lo que yo te quiero.

Suspiró con dramatismo y volví a reírme.

—Gracias —susurré.

—¿Y eso? —se extrañó— ¿Qué pasa?

—Que hacía mucho que me reía.

—Cuéntame qué sucede.

—Nada que no fuese evidente. Lo mío con Romeo está en el aire, él en Italia y yo en España. No lo estoy llevando muy bien.

—Joder…

—Pero bueno, no quiero hablar de eso. Mi madre me acaba de decir que vas a visitar a mi hermano.

—Correcto.

—No tenía ni idea y resulta que le he dicho a mi madre que me apetece ir a ver a Dy unos días, para estar con él. Ha sido entonces cuando me ha dicho que mi hermano le contó ayer a mi padre que tú vas a verlo.

—¿Tú vas a ir? —se interesó.

—Me gustaría, pero todavía tengo que hablar con Dy. Llevo pensándolo varios días. Le he escrito, pero todavía está liado porque no ha visto el mensaje. Cuando hable con él terminaré de decidirme.

—Vente, te sentará muy bien el cambio de aires y distraerte. Mientras tu hermano trabaja tú y yo nos dedicamos a hacer turismo.

—Suena genial.

Sonreí.

—¿Eso es un sí? No me rompas más el corazón que ya no me caben más tiritas.

Reí.

—Es un tal vez, quizás.

—Joder —dijo de repente.

—¿Qué?

—Que acabo de caer en algo y no sé si supone un problema para ti. Mierda.

—¿Cómo?

—¿Has hablado con tu hermano últimamente?

—Hace días que no.

Fruncí el ceño.

—Es que ni he pensado en eso, como ha sido un cambio precipitado… —Bufó—. Tu hermano se traslada mañana a Italia, estará allí casi tres semanas para rodar no sé dónde, y después regresará a la ciudad en la que lleva una temporada viviendo.

—A Italia…

—Joder, Carina, no quería…

—Damián, no tienes que disculparte por nada —suspiré—. No tenía ni idea de ese cambio, pero Italia es muy grande.

—Exacto. Es grande y estarás conmigo.

—Hablaré con Dy, en cuanto pueda me llamará —susurré—. ¿Ya tienes los vuelos?

—No, quiero esperar a que tu hermano lleve acomodado allí unos días. Me ha dicho que no hace falta, pero bueno.

—Vale, me da tiempo a ir contigo si me decido.

—Yo me encargo de los billetes.

—Ni hablar.

Sonreí.

—No te pongas cabezota porque no va a servirte de nada. Tú ilusiónate por este viaje en el que estarás con tu hermano y con el amor de tu vida, o sea, yo.

Solté una carcajada.

—Después de la ilusión encárgate de preparar la maleta y se acabó. Como he dicho yo me hago cargo de los vuelos y tu hermano pone el alojamiento, ¿qué más puedes pedir?

—Como lo estás pintando nada, todo es maravilloso.

—Lo sé, soy increíble.

—Tú no, la situación.

Reímos.

—Así me gusta, me encanta escucharte reír.

Sonreí.

—Cariño —me llamó Marisa y miré hacia la puerta—. La cena ya está.

—Gracias. Enseguida bajo.

—Te esperamos —me sonrió.

Le devolví el gesto mientras asentía.

—Damián.

—Lo he oído. Hablamos mañana.

—Vale. Buenas noches.

—Buenas noches, amor de mis amores.

Riendo, de esa manera colgué la llamada. Y mucho más animada.

Capítulo 41



Al final me había lanzado a la aventura y me iba a Italia.

Mi hermano ya estaba allí, llevaba un par de días, y Damián y yo cogíamos el vuelo hasta Milán dentro de menos de media hora.

Al menos debía ser así, pero todavía no había nadie en la puerta de embarque de nuestro vuelo. No habían anunciado un retraso, pero todo apuntaba a que nos iba a tocar esperar.

Estábamos en una cafetería desde la que veíamos perfectamente la puerta de embarque, para controlarla.

Mi teléfono sonó encima de la mesa y sonreí en cuanto vi que mi hermana estaba llamándome. Descolgué poniendo el altavoz.

—¿Cómo va, parejita? —nos preguntó, para picar.

—Eso, eso… así me gusta, cuñadita —le respondió Damián, encantado y divertido.

Julia y él soltaron una carcajada, mientras que yo miraba a Damián negando, aunque con una gran sonrisa.

—Nos va bien —contesté yo—, esperando a que podamos acceder a la puerta de embarque. ¿Cómo va por ahí? ¿Estáis volviendo muy loca a Elena? —le pregunté por la nana de su amiga Miriam.

—Aquí genial, vamos de puntillo en puntillo y viviendo la vida sin frenos.

Rio de nuevo y nosotros con ella.

—Nuestra Elena está encantada, no nos puede mimar más.

—A ver si la mimáis vosotras —le dije.

—Precisamente estábamos hablando ahora de eso. Queremos ir al pueblo para contratar a un masajista, para que venga a la casa. Elena no quiere salir, así que no nos queda otra. La idea es que le dé una buena sesión relajante.

—Me encanta la idea, pero… ¿Qué es lo que acabo de oír? ¿Quién ha dicho esa locura? Es una broma, ¿no? —pregunté sorprendida.

Miré a Damián con los ojos abiertos al máximo, mientras él estaba a punto de reír.

—De broma nada y lo ha dicho su querida Miriam —me contestó mi hermana—. Sí, vamos a buscar a un masajista que ofrezca masajes con finales felices, para nuestra Elena.

Al otro lado de la línea todas estallaron en carcajadas. Damián ya no pudo contenerse más y también rio, con ganas. Yo no salía de la impresión.

—¿Qué queréis, que le dé algo a la mujer? Por favor.

Conocía a Elena lo suficiente para saber que sería así, como poco le entraría un ataque de nervios y a saber, si el masajista no saldría de la casa corriendo, esquivando los escobazos de Elena si al hombre se le ocurría realizar su trabajo hasta el final.

Me reí al imaginar esa escena.

—Ay, Cari, lo que te estás perdiendo —dijo entre risas Julia.

—Eh… que nuestro plan es una maravilla —se quejó Damián.

—Tienes razón, amor.

—¿Por qué esa palabra no sale de ti? —me preguntó Damián.

—Porque no eres mi amor —reí.

—Te haces la dura, pero voy por el buen camino.

Sonrió de medio lado.

—En tus sueños, Damiancito —le dijo Julia—. No tienes nada que hacer para ser mi cuñado.

—No me retes que puedo cambiar de hermana y como vaya a por ti, caerás.

Soltó una carcajada porque la dejó callada.

—Julia, voy a colgar. Acaban de aparecer los de la compañía aérea —le informé—. Vamos para la cola.

—Vale, guapos. Cari, avísame cuando lleguéis y dale un abrazo apretado a nuestro hermano y muchos besos.

—Vale. De tu parte. Te quiero.

—Yo más. Adiós, Damián.

—Adiós, preciosa.

Colgué y nos terminamos lo que nos quedaba de los cafés, antes de levantarnos para ir a la cola de embarque con prioridad.

Por suerte, al final, el vuelo tan solo se retrasó unos minutos en despegar. El viaje fue tranquilo y se nos hizo muy corto. Damián lo hizo muy ameno, ya que ninguno de los dos cerramos los ojos para descansar un poco.

Estuvimos planeando los lugares que queríamos ir a visitar y le advertí que iba a ser mi fotógrafo particular.

—Estoy encantado de serlo, preciosa —me dijo animado.

—Dentro de unos días me dices si sigues tan encantado —reí.

—Hecho. —Me hizo un guiño—. Por cierto, ¿le has dicho a Romeo que estarás en su tierra? —me preguntó con delicadeza.

—No.

—¿Por qué?

—Porque todavía estamos hablando muy poco y lo justo. No lo he visto conveniente.

Me encogí de hombros.

—No sé qué piensa ese tío —dijo y su seriedad fue muy sincera—. Si yo hubiera tenido la suerte de tener lo que ha tenido contigo, no te dejaría escapar.

—Gracias —sonreí—. Pero tú juegas con ventaja porque me conoces de años, no somos desconocidos.

—Eso es insignificante.

Puso los ojos en blanco.

—Pero ¿sabes qué te digo?

—No soy adivina —sonreí.

—Te digo que él se lo pierde, por imbécil. Más para mí, así sumo oportunidades.

Me hizo un guiño y negué con la cabeza, provocando que riera.

Cuando aterrizamos en Milán y recogimos las maletas, salimos de la terminal y fuimos directos a la zona de los taxis. Nos montamos en uno para ir a la dirección que me dio mi hermano la noche anterior.

Él no estaría, pero me dijo que encontraría una llave debajo del felpudo, para que pudiéramos entrar, dejar los equipajes y ponernos cómodos.

Eso fue lo que hicimos, después de recorrer el apartamento. No era muy grande, pero lo suficiente para mi hermano. Yo dormiría con él en la única habitación que había, Damián lo haría en el salón, en el sofá cama. Todo perfecto, estábamos encantados.

Dejé mi maleta en la habitación y salí escribiéndole a Dy.

Carina: *Ya estamos en el apartamento, acabamos de llegar. Todo genial hasta el momento. Vamos a salir a dar una vuelta por los alrededores y a comer. Nos vemos pronto, te quiero.*

Me guardé el teléfono en el bolso que llevaba cruzado y esperé a que Damián saliera del baño.

—¿Necesitas a entrar? —me preguntó.

—No.

—¿Has visto? Ya parecemos una pareja —comentó con humor.

—Eres muy tonto.

Reí.

—Y lo que te encanta, ¿qué?

Me hizo un guiño y salimos riendo del apartamento.

Durante una hora estuvimos dando vueltas, sin alejarnos del edificio del apartamento. En ese tiempo localizamos un par de restaurantes que nos llamaron la atención.

Cuando nos entró hambre, cerca de la una y media, decidimos a cuál entrar a comer. Elegimos varios platos para compartir y por ser el primer día, pedimos una pizza de cuatro quesos, un plato de pasta a la carbonara y unos mejillones en salsa.

Le hice fotos a todo. La comida tenía una pinta estupenda, tanto en apariencia como en presentación. Y estaba igual de buena, riquísima. Disfrutamos de una comida relajada y entretenida, hasta que todo se truncó cuando Damián regresó del baño.

—¿Qué haces? —le pregunté con diversión.

Había regresado con un periódico y tuve que reírme porque lo tenía al revés.

—Joder, que acabo de cogerlo y no me he dado cuenta —se justificó.

Soltamos una carcajada.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que domino el italiano a la perfección? —me preguntó con una ceja arqueada.

—Pensaba que solo sabías lo básico, para hablar el idioma.

—No —sonrió—. Por la bodega hablo cada semana con bastantes clientes italianos.

—Sé que exportas a otros países, pero creía que de esas gestiones se encargaban otros en tu empresa.

—Hay cosas que solo hago yo, no me gusta dejarlas en manos de nadie.

—Lo entiendo. —Asentí.

—Así que, sí. Puedo leer el periódico italiano perfectamente.

Reímos.

—¿Quieres café? —le pregunté.

—Vale.

Llamé la atención del camarero y le pedí dos cortados. Damián me ayudó para que el chico entendiera bien cómo los quería, por lo que le pidió la leche aparte.

Cuando viajaba, cada vez que pedía un cortado, me traían de todo menos lo que yo quería. Y tomarme algo forzada siempre me sentaba mal, no me caía bien al estómago si el café ni veía la leche.

—Joder —dijo de repente Damián.

—¿Qué?

Se puso más recto en la silla y se concentró en lo que leía.

—¿Algo interesante? —insistí.

Me extrañó ver su expresión cuando levantó la cabeza, para mirarme a los ojos.

—¿Qué pasa? —insistí, un poco desconcertada.

—Cari…

—Va, Damián, déjate de tonterías —le pedí riendo.

—Joder, no es una broma.

Su seriedad me dejó callada de golpe.

Me pidió que me acercara a él, con la silla, y le hice caso. Me levanté y llevé la silla a su lado.

Cuando me puso el periódico delante, apoyado en la mesa, abierto por la sección de actualidad, me quedé mirando fijamente la imagen en grande que estaba impresa.

Fue mi amigo quién me tradujo el artículo, aunque muchas cosas las entendí.

Notición de la vida de uno de los miembros más codiciados de la familia Galli, de la alta sociedad italiana. Greta, la madre de los mellizos Romeo y Marco, nos ha ofrecido unas declaraciones en exclusiva.

Gracias a ella sabemos que Romeo está entre dos amores, una española muy conocida en el mundo de las influencers, de la que por ahora nos reservamos la información, y Sofia Rossi, una italiana de nacimiento e hija del gran e importante empresario Francesco Rossi.

El tema está que arde, ¿a quién de las dos elegirá? ¿Cuál será su favorita? ¿Ellas se enfrentarán por el amor de este pasional hombre?

Esperamos actualizar la información en breve, ya que Romeo Galli es una de las personalidades más perseguidas del país.

—¿Qué…? —susurré.

Me quedé tan desconcertada que no pude reaccionar.

—Qué cabrón —Soltó Damián—. Lo siento, Cari.

Tragué saliva, sin poder apartar los ojos de la foto de Romeo. Salía solo en ella y me pareció reconocer de fondo a Marco, pero estaba muy borroso. El único que estaba enfocado con claridad era Romeo.

Le pedí a Damián que me leyera de nuevo el artículo, por si se había equivocado. Lo hizo sin ganas, por el daño que me hacía, pero me sirvió para ser más consciente de cada puñetera palabra italiana que estaba impresa en el puñetero periódico.

—¿Qué narices…?

Cerré el periódico con fuerza y lo arrugué, sin importarme una mierda que fuese del restaurante. Que me lo cobraran en la cuenta y que dieran gracias a que no la tomé con todo lo que había en la mesa.

—Joder, solo unas horas, solo unas puñeteras horas he podido estar tranquila. Mierda, ya.

Bufé, mientras la vista se me nublaba por las lágrimas.

—Vamos al apartamento —dijo Damián.

Se levantó y fue a pagar a la barra. Tuve que salir a la calle porque me faltó el aire, allí me encontró Damián, con el puñetero periódico porque no lo solté.

—Ya está, preciosa.

Susurró, abrazándome.

Me aferré a él, soltando un grito, para después llorar con rabia y una tristeza que me rompió por dentro.

—Qué tonta he sido, Damián —dije hablando entrecortadamente—. Pero qué tonta. El otro día, en uno de sus mensajes cortos, me dijo que estaba deseando verme y estar conmigo. Aunque claro, después no ha habido mucho más.

Escondí la cara en su hombro.

—No vuelvas a decir eso. Ser buena no significa ser tonta, Cari. Es ese tío el que tiene mucha cara dura y si no llegamos a venir, nos hubiésemos enterado demasiado tarde de esto. En cuanto se hubiese sabido quién es la española, la *influencer*, se te habrían echado encima.

—Joder, si es que sabía que escondía algo —hipé—. No fue normal lo atento que estuvo a su móvil en todo momento durante el viaje y, aun así, yo caí. No tengo perdón, tendría que haberme alejado de él cuando comencé a sentir. Ni siquiera lo he buscado en internet, en mi interior tenía miedo de encontrarme con algo que rompiera todas las esperanzas que me había hecho. Esperanzas falsas.

—Me extraña que Julia no cotilleara.

—Pues ya ves, en esta ocasión hemos pecado las dos de buenas —susurré.

No supe cuánto tiempo estuvimos parados a un lado de la puerta del restaurante, abrazados. Damián no me metió prisa en ningún momento ni sugirió que nos moviéramos. Respetó mi tiempo y no dejó de consolarme de la única forma que podía, apoyándome y estando junto a mí.

Capítulo 42

—¡Dy! —grité, en cuanto salí de la habitación.

Mi hermano se giró hacia mí sonriendo y se levantó del sofá. Nos movimos a la vez y nos encontramos a la mitad de la distancia que nos separaba, para abrazarnos con fuerza.

—Hola, cariño —me susurró al oído, apretándome a él.

—Hola —dije emocionada—. Jo, te haces muy caro de ver —me quejé.

Mi hermano rio, mientras yo le daba varios golpes.

—No tanto, la entrada del cine no cuesta mucho para ir a ver una de mis películas. —Me hizo un guiño.

—Idiota —sonreí.

—¿Por qué tienes los ojos rojos? —me preguntó con el ceño fruncido.

Se separó más de mí y me miró de arriba abajo, después dirigió la vista hacia Damián, que estaba sentado en el sofá.

Antes de que se hiciera suposiciones equivocadas…

—Ha pasado algo y…

—Y llevo toda la tarde consolándola —terminó por mí Damián, al interpretar lo que estaba pensando mi hermano.

—¿Qué mierda ha pasado? —Frunció el ceño.

Me agarró de la mano y sin separarse de mí, fuimos al sofá y me hizo sentarme a su lado. Damián se quedó a su otro lado.

—Esto —susurré.

Cogí el periódico de la mesa baja de enfrente, lo abrí por la página y se lo puse sobre las piernas. Mi hermano bajó la mirada y observó lo que le mostraba.

Le señalé el artículo y después de mirarme sin entenderme, comenzó a leerlo. Cuando terminó dejó el periódico sobre la mesa.

—La *influencer* española soy yo.

—¿No me digas? —Giró la cabeza hacia mí— No me había dado cuenta por cómo estás, porque casi me pones el artículo en la cara y por el nombre de quién hablan. No sé cuántos Romeos hay en el mundo, pero me a mí que no es un nombre que abunde. —Elevó las cejas

—Eres un crac —le dijo Damián, con una palmada en la espalda.

—No me toques los…

—Cuando quieras —lo interrumpió y le guiñó un ojo.

—¿Es que a ti te gustamos todos los hermanos? —le pregunté a Damián.

—Tengo mis preferencias, no pero sí —contestó, con una carcajada.

—Estás fatal —sonreí.

Damián se levantó del sofá para ir a la cocina. Le dijimos que nos trajera unas cervezas cuando nos preguntó si queríamos algo y regresó con tres botellines abiertos.

—Le he enviado un mensaje —solté de golpe.

—No me lo puedo creer —se sorprendió Damián.

Se sentó en la mesa baja, quedándose más cerca de nosotros, justo enfrente.

—Llevamos hablando toda la tarde de eso, me has asegurado no sé cuántas veces que ibas a pasar de él, como si no lo hubieras conocido, y ahora dices que le has escrito —dijo de carrerilla Damián.

—Ahora eres tú el que tienes que relajarte un poco —le pidió mi hermano, con unas palmadas en la cara.

—Joder.

Bufó Damián.

—¿Y qué le has puesto? —me preguntó mi hermano.

Solté un suspiro antes de levantarme del sofá.

Fui a la habitación para coger el móvil y regresé junto a ellos. Cuando me acomodé de nuevo desbloqueé el teléfono, entré en la conversación sin preocuparme, porque había puesto intencionadamente el modo avión para no recibir nada de Romeo, y les enseñé la pantalla.

Mi hermano me quitó el teléfono de las manos y Damián se echó casi encima de él, para leer ambos el mensaje.

Carina: *Eres un impresentable, todo lo que creía conocer de ti era mentira. A partir de ahora puedes irte a la mierda, tú y tu querida familia de la alta sociedad italiana. Ah, y acuérdate de llevarte a Sofia Rossi, esa italiana que con la que estás entre dos amores. Lo que está claro es que yo no soy la otra, ni en tus sueños. Que se te atragante la italiana hija de un gran e importante empresario de aquí. Y hazme un favor, dile a tu querida madre que deja mucho que desear y que no espere que tú tengas que elegir para saber cuál es tu favorita. Déjale claro que puede que a ella la eligieran así, a dedo, con cero sentimientos de por medio, pero créeme, de mí nadie va a reírse y ni mucho menos van a dirigir mi vida, señor, una de las personalidades más perseguidas de Italia.*

El siguiente mensaje fui una imagen de una mano que tenía el dedo corazón bien recto. Por si le había quedado alguna duda con mis palabras.

—Me he quedado a gusto —les dije, encogiéndome de hombros.

—Ya lo vemos —comentó mi hermano.

—¡Eres mi reina!

Damián se echó encima de mí y caíamos sobre mi espalda. Me contagió las risas, hasta que…

—No me lo puedo creer… ¿te has excitado? —le pregunté asombrada.

—Mierda. —Bufó—. Ha sido la emoción del momento —carraspeó.

Se apartó de mí de la misma manera. Mi hermano lo miró con las cejas elevadas y Damián se levantó.

Su agobio fue evidente, al igual que el bulto que no podía esconder al otro lado de la bragueta. Quedó a la altura de nuestros ojos y ni mi hermano ni yo pudimos apartar la vista. Cuando nos miramos entre nosotros lo hicimos conteniéndonos para no reír, mientras Damián desaparecía en la cocina.

—No te rías que bastante apuro siente ya —le pedí.

Con mis palabras lo empeoré porque Dy no pudo contenerse por más tiempo y Damián se cagó en él, desde la cocina. Más se rio mi hermano, mientras yo me contenía a duras penas.

—Bueno…

Cogió una bocanada de aire y se puso serio.

—¿Y ahora qué? —me preguntó.

—Ahora nada. —Negué con la cabeza—. Me hubiese gustado decirle muchas más cosas, pero me conformo con ese mensaje. No quiero saber nada de él.

—Has llorado.

—No pasa nada.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué quieres hacerme creer que no te importa tanto como para que yo tenga que preocuparme? Si fuese así ni siquiera habrías perdido tiempo en ponerte triste por ese tío. Sé que tú y Julia regresasteis a casa muy enganchadas a los dos hermanos, por las conversaciones que he tenido con vosotras y porque también he hablado con nuestros padres.

—No quiero hablar de él.

—Pues mala suerte porque no voy a dejarte tranquila hasta que lo saques todo.

—Tengo que echarme unos amigos mejores —se lamentó Damián.

Apareció calmada y con todo en su sitio.

—Podrás quejarte… —le dijo mi hermano.

—Pues sí, porque no me esperaba este recibiendo. —Nos señaló.

—Oye, que he sido yo la que ha sentido tu cosita —reí.

—¿Cosita? Me cago… Dile que no es cierto —le pidió a mi hermano.

—¿Y por qué va a saberlo él? —le pregunté con curiosidad.

Mi hermano comenzó a reírse.

—Porque nos la hemos visto muchas veces en los vestuarios —me contestó Damián, indignado.

—¿Te has parado a vérsela bien a mi hermano?

—Joder, pues lo normal, pero sin más. —Bufó.

—No tiene una cosita colgando —confirmó mi hermano y Damián sacó pecho.

Tuve que reírme.

—Joder, saltamos de una conversación a otra y a cada cual peor —comenté.

—Ahora me dirás que tú no has visto a tu hermana desnuda —me picó Damián.

—Pues claro. Y ella a mí.

—Entonces lo mismo es, y sin vergüenza.

Se encogió de hombros.

—Vale, ya lo he pillado. No tengo que ir a mirar el traje de madrina de boda —habló con diversión.

—No, querida. El que tienes que ir mirando ya es el de novia, porque te quedan días para caer rendida a mí. Recuerda que sé dar unos masajes increíbles. Quédate, aunque sea con mis manos.

Soltamos una carcajada.

Mi hermano nos miraba sonriendo. Sabía que le encantaba que Damián me hiciera reír, con él a mi lado Dy estaba tranquilo.

—Volviendo al tema… Activa el móvil.

—No quiero todavía.

Negué.

Mi hermano lo cogió y lo hizo por mí, ignorándome. En cuanto quitó el modo avión comenzó a sonar, me llegaron todas las notificaciones seguidas.

—Te ha escrito —dijo, levantado la mirada hacia la mía.

—Me da igual.

—¿No quieres saber lo que ha puesto? —insistió— Y no es que no tenga ganas de partirle la cara, pero si no lo lees te quedarás con las dudas y será peor.

—Tu hermano tiene razón. Además, lo lees y lo bloqueas, así te quitas de problemas y evitas dolores y tristezas innecesarias.

—Carina no quiere eso —habló convencido mi hermano.

—Ah, ¿no? ¿Y qué quiero según tú? —le pregunté.

Me cruce de brazos.

—Verte con él, o que te encuentre. Tenerlo delante para que te convenza de que solo piensa en ti.

Arqueó una ceja.

—No es verdad —susurré.

—Preciosa, has perdido fuerza —comentó Damián.

Me incliné para coger mi botellín y le di un trago largo a la cerveza.

—Vamos a ver —añadió Damián.

—¿Qué pasa? —pregunté desconfiada.

Se hizo con mi móvil y comenzó a teclear.

—¿Qué haces? —le pregunté asustada, por si había entrado a la conversación con Romeo y le estaba escribiendo.

Me eché hacia delante, para quitarle el teléfono, pero Damián me esquivó y continuó a lo suyo.

—Aquí tenemos a la tal Sofia Rossi.

Damián puso la pantalla para que la viéramos los tres.

—No te hace ni sombra —dijo mi hermano.

—Totalmente de acuerdo —se unió a él Damián.

A pesar del nudo que tenía en la garganta, el que me oprimía mucho, sonreí por sus comentarios llenos de cariño y protección.

Sofia Rossi era una mujer joven espectacular, vestía elegantemente a la última moda. Ella y yo éramos totalmente opuestas en el color del pelo. Ese solo era un ejemplo porque nos diferenciábamos en bastantes más cosas.

—Voy a buscar a estos dos juntos, a ver si sale algo y tienes más motivos para cagarte en él —dijo Damián.

Esperé impaciente, porque yo no me había atrevido a hacerlo desde que el periódico de este país me destapó la verdad.

—Solo hay estas fotos. Parece que son de un evento, pero Romeo solo tiene la mano colocada en la espalda de ella.

Volvió a mostrarnos la pantalla.

—¿Dónde quieres que la tenga, por debajo del vestido delante de tantas cámaras? —le preguntó mi hermano.

—Joder, no —rio, pero se calló por mí.

Con un gesto de la mano le dije que no pasaba nada y continuó.

—A lo que me refería es que no noto nada en él, hacia ella —carraspeó—. De ti no se separaba en la isla, en los momentos que compartí con vosotros —me dijo.

—Una foto es demasiado fría para capturar esas cosas —dije, mientras me levantaba del sofá—. Voy a echarme un rato en la cama, me duele la cabeza. ¿Saldremos a cenar fuera?

—Si os apetece sí —me contestó mi hermano.

Asentí, antes de darles un beso a cada uno en la mejilla.

—Si me duermo despertadme con tiempo. Ya estoy duchada, así que solo tendré que vestirme.

—De acuerdo —me sonrió Damián.

Le devolví el gesto y caminé hacia la habitación.

—¿Se lo has contado a Julia? —me preguntó mi hermano y me paré en la entrada del pasillo.

Miré por encima del hombro.

—No. El mejor momento para encontrarla más tranquila es por la mañana. Esperaré hasta entonces.

—Vale. Más que nada por si me escribe. Y Cari…

—¿Sí?

—No opino lo mismo de lo que has dicho.

—¿Sobre qué?

Me giré del todo hacia él.

—Una foto no es demasiado fría para capturar los sentimientos, porque cuando los hay estos traspasan cualquier cosa. Así que, sí, una fotografía puede hablar mostrando tan solo una imagen.

Sonreí, pero fue un gesto triste, antes de ir hacia la habitación.

Cuando entré dejé la puerta entornada y cerré los ojos con fuerza, dejando en libertad las lágrimas que llevaba tiempo conteniendo.

Capítulo 43



—¡Me ha bloqueado!

Me separé el teléfono de la oreja, por el grito que soltó mi hermana.

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué Marco me ha bloqueado! —repitió, llorando.

En sus lágrimas había muchos sentimientos entremezclados, entre ellos la rabia que sentía por la jugarreta que le había hecho Marco. Se había desentendido de ella a la mínima oportunidad, y todo por mi culpa.

No, por mi culpa no. Aquí el único culpable era Marco, porque lo que pasara entre su hermano y yo no tenía por qué afectar a su relación con Julia. Aunque claro, ese pensamiento era perfecto siempre y cuando él no hubiera estado jugando con mi hermana.

A pesar de que yo no me hacía responsable de lo tonto que era Marco, tuve la necesidad de animar a mi hermana y de disculparme.

—Seguro que ha sido por un calentón —le dije, pensativa—. Lo siento.

—Y una mierda. Calentón al que lo llevaba yo con las dos manos abiertas —Bufó—. ¿Por qué narices lo sientes? Ni se te ocurra ir por ahí porque bastante poco has hecho para lo que se merece el imbécil de Romeo. Joder, es que si los tuviera a los dos delante…

—Me alegro de que no estés aquí. Eres muy capaz de encontrarlos y no quiero ver a mi hermana entre rejas.

—Sería por una buena causa —rio—. Mierda —se puso seria y triste, de nuevo—. Qué cagada, Cari.

—Tuvimos mal ojo, sí —suspiré.

—Bueno, al menos muchos orgasmos que nos han dado han sido memorables —susurró.

Sonreí con tristeza, de la misma manera que la imaginé a ella.

—Tú no corras tanto con Marco, al me dice que te desbloqueará y te pedirá perdón para hablar.

—No quiero saber nada de los hombres italianos.

Bufó.

—No dirás lo mismo si ocurre lo que he dicho.

—Voy a investigar a esa familia —dijo con determinación—. Te contaré todo lo que averigüe.

—No te metas en problemas, por favor.

—No te preocupes, sé lo que hago.

—No me hagas reír.

Negué con la cabeza porque ahora mismo no se lo creía ni ella.

—Solo voy a buscar información, lo que tendríamos que haber hecho cuando los conocimos. Qué fallo, joder.

—Ni que tuviéramos que investigar a todos con los que nos cruzamos…

—No, pero con los que nos acostamos, sí. Visto lo visto… Qué desgraciado Romeo, qué está dudado a quién elegir, dice su madre. Qué mal me cae esa mujer, anda que si también la tuviera delante.

—Has dejado claro que arrasarías con toda la familia, sí —sonreí.

Me llevé la taza de café a los labios, con la mirada fija en la fuente que se encontraba a unos metros de mí.

El lugar era muy bonito, con mucho encanto.

Eran las ocho y media de la mañana del día siguiente al que llegamos a Milán y me encontraba en la terraza de una cafetería. Me había despertado muy temprano, tanto que comencé a agobiarme encerrada en el apartamento.

A pesar de lo tarde que nos dormimos anoche, porque cuando llegamos de cenar y abrimos la cama del sofá, para que Damián la tuviera preparada, nos acomodamos los tres en ella y se nos pasó el tiempo hablando.

Esta mañana, cuando ya estaba vestida y preparada para salir, me quedé en silencio al lado del sofá cama, para ver si Damián se despertaba. No fue así, estaba profundamente dormido, por lo que decidí bajar sola a tomarme el primer café del día.

Le había enviado un mensaje diciéndoselo, con la ubicación. Si terminaba y todavía no había aparecido, volvería a escribirle para comentarle que me movía.

Por el momento no tenía la intención de hacerlo, estaba de lujo aquí. Mi hermano se fue del apartamento mucho más temprano que yo, tenía el recuerdo de murmurarle algo y de sentir su beso en la sien. Poco más, hasta el final de la tarde no lo vería.

Por suerte en este país el rodaje de la película no era tan intensivo, ya que no había tantas escenas que grabar.

—¿Cari? —llamó mi atención mi hermana, al otro lado de la línea.

—¿Qué?

—Joder, te he llamado varias veces.

—Perdona, se me ha ido la mente. Este sitio es precioso, mira.

Hice una foto en la que saliera el final de mi mesa y gran parte de la plaza que tenía delante, con la fuente en el centro. Se la envié y enseguida la abrió.

—Oh, qué bonito.

—Sí, y hace un día increíble.

—Disfrútalo y en cuanto llegue Damián, id a muchos sitios. No sabes cómo me alegro de que estés con él, así no tienes que estar sola hasta que llega Dy del trabajo.

—Yo también me alegro. Ha sido un gran acierto venir aquí con Damián. Quién me lo iba a decir… O pasamos semanas sin vernos o nos encontramos en todas partes.

Reímos.

—Ya te digo, pero eso mola.

—Sí.

Sonreí.

—Tenemos que presionarlo para que organice un evento en su bodega, necesitamos emborracharnos.

Reí.

—¿No tienes bastante con todo lo que estás bebiendo ahí?

—Ahora mismo no. —Bufó—. Ya verás la que cojo esta tarde.

Rio ella y sonreí.

—Ten cuidado.

—Siempre, además, nuestra Elena nos cuida.

—Oye, ¿y lo del masaje feliz?

—Joder, calla, que lo hemos contratado.

—¿Qué dices? ¿Lo habéis hecho?

—Sí —rio y a mí me entró la risa nerviosa.

—Qué fuerte, pobre Elena o pobre de vosotras, porque cuando os pille…

—Nos lo agradecerá, ya te lo adelanto. Principalmente porque vamos a atarla a la camilla o a la cama, donde sea el masaje, y no podrá escapar.

—Madre mía, la que vais a liarle.

—De cintura para abajo sí, pero no quiero pensar en eso.

Hice una mueca y di por hecho que mi hermana hizo el mismo gesto que yo.

—¿Cómo estás, cariño?

—No hace falta que me lo preguntes cada poco —le dije con un suspiro—. Mi respuesta continúa siendo la misma.

—Ya… ¿Has leído el mensaje que te envió Romeo ayer, como respuesta a tu vete a la mierda?

—No.

—¿No vas a hacerlo?

—Por ahora no.

—Yo no tendría tanta fuerza de voluntad —suspiró.

—Lo sé —sonreí—. Por eso sé que, si Marco te llama o te escribe, tú estarás ahí. Después de insultarlo y ponerlo a tono, lo escucharás.

—No sabemos si sucederá —susurró y sonreí, porque lo estaba deseando por mucho que dijera.

—No somos adivina, no, pero yo creo que ha sido un calentón por lo de su hermano, un impulso del que se arrepentirá pronto. Si no lo ha hecho ya.

—Pues mi primero impulso va a ser darle una patada en los huevos.

—Suerte que será imaginaria.

Reímos.

—Me gustaría estar contigo.

—Y a mí que estuvieras, pero también quiero que sigas ahí. Te lo estás pasando genial y no tienes día de regreso. Aprovecha al máximo todo.

—¿Cuándo vuelvas de Italia vendrás?

—A lo mejor.

Sonreí.

—Me está llamando mamá —me dijo.

—Julia…

—Tranquila. No voy a decirles lo que te ha pasado, a ninguno de los dos.

—Gracias.

—Eso te corresponde a ti, a no ser que la situación se desmadre más. Entonces actuaré por mi cuenta para ponerlos al tanto.

—Tienes mi permiso.

—Y si no me da igual. Vas a tener que cargar conmigo el resto de tu vida —rio—. Lo que sí voy a hacer es advertirles sobre la familia de Romeo, para que se anden con cuidado, y, a poder ser, que no hablen con ellos.

—No sabemos si siguen en contacto —dije pensativa.

—Exacto. No van a utilizar a nuestros padres para llegar hasta a ti.

—Bien pensado.

—Lo sé, soy la inteligente de la familia.

—Sigue soñando.

Reímos.

Colgué con una sonrisa en los labios y solté un suspiro, mientras levantaba la taza.

Bebí un sorbo de café, observando a la gente que se movía de un lado al otro. Me encantaba el ambiente que se respiraba y ya había mucho movimiento porque era un día laborable.

Dirigí la mirada hacia la pantalla del móvil y volví a sonreír, al ver un mensaje de Damián.

Damián: *Hola, preciosa. Perdona, no me he enterado de nada. Me arreglo enseguida y voy, ya he visto que estás cerca.*

Carina: *No te disculpes, he sido yo la madrugadora. Y no corras. Podemos desayunar aquí, si cuando llegues te gusta la cafetería.*

Damián: *Claro, tú decides. En unos minutos estoy contigo.*

Di la conversación por terminada, para no retrasarlo. Cuando el camarero pasó cerca le pedí otro café con leche.

Durante el tiempo que estuve esperando a que llegara Damián, me lo tomé todo con mucha calma, tanto el café cómo mi estado de ánimo. Tuve que esforzándome para no entrar en la conversación de mensajes que tenía con Romeo.

Como le había dicho a mi hermana todavía no sabía qué me escribió como respuesta a mi largo mensaje, solo podía ver las primeras palabras.

¿Y qué más daba a estas alturas? Estaba claro que era un niño mimado y caprichoso de mamá y que ella controlaba su vida y la del resto de los integrantes de su familia, porque si no, a cuento de qué había dado ella esas declaraciones a la prensa, sentenciando el futuro de su hijo y dejándolo expuesto.

Ya me había quedado claro que creían que el mundo giraba alrededor de ellos, pero estaban muy equivocados. Empezando por mi familia, que iba muy por delante de esa, a leguas. No llegaban a nuestro nivel, por mucho que se las dieran de importantes.

—Qué falsa eres, Greta —susurré, soltando con rabia la taza en la mesa—. ¿Tú, fan de mi familia? No te lo crees ni tú. Todos sois muy falsos.

Bufé con rabia, con unas ganas tremendas de tenerla ahora mismo delante de mí, para dejarle clarísimo lo que pensaba de ella y de su falsedad.

Capítulo 44



Después de la noticia que saltó sobre la familia Galli, sobre el estado amoroso de Romeo Galli, el mellizo más deseado de la alta sociedad italiana, nos han llegado datos nuevos que pueden dar un giro a la trama que se ha montado en torno a él, en poco tiempo.

El tema está caliente y todo el mundo quiere seguir al día la noticia, mientras muchos y muchas suspiran por Romeo.

Hay que tener presente que son solo rumores, no podemos verificarlo, pero cuando los rumores suenan es por algún motivo.

Resulta que la compañía aérea de la familia Galli no está pasando por su mejor momento. Se comenta que es por eso por lo que la madre de Romeo, Greta Ricci, ha querido presionar a su hijo para que tome la decisión más acertada. El propósito es unir a dos familias poderosas, la suya y la de su futura mujer. Dato importante, ambas chicas sobre las que se especula tienen un nivel económico muy elevado y unas posiciones privilegiadas.

¿Verdadero o falso? Os seguiremos informando.

—¿Será cierto? —me preguntó mi hermano.

Dy era el que había encontrado la nueva actualización sobre la alta sociedad italiana, el nuevo artículo, mientras leía por encima algunas otras noticias.

—Ni lo sé ni me importa —contesté, encogiéndome de hombros—. Pero le tengo unas ganas a esa mujer…

Bufé.

—¿A la Sofia Rossi? —Quiso saber Damián.

—Nooo… Esa chica no me ha hecho nada. Bastante tiene la pobre con verse metida en algo así —suspiré.

—A lo mejor le va la marcha y está encantada por conseguir a Romeo —comentó mi hermano.

—Tal vez. —Cerré los ojos—. Pues tiene el camino libre completamente, si no hay otra candidata más por ahí que a Greta le interese para su hijito y para conservar su estatus. Si es que es verdad que necesitan el dinero para salvar la empresa aérea.

Estábamos sentados cómodos en el sofá, con la tele encendida, aunque ninguno de los tres le hacíamos caso. La película que pusimos hacía tiempo había pasado desapercibida, porque nos pusimos a hablar de unas cosas u otras.

Cada uno teníamos un bol con palomitas sobre las piernas estiradas. Nuestros pies reposaban en un puf alargado e independiente del sofá, por lo que podíamos moverlo a nuestro antojo. En los boles ya solo quedaban las últimas palomitas.

Eran las siete y media de la tarde, hoy mi hermano había llegado al apartamento un poco pasadas las cinco y habíamos estado los tres disfrutando en plan tranquilos.

—¿Os apetece perderos por las calles y cenar fuera? —nos preguntó mi hermano.

Se impulsó para echarse hacia delante y nos quitó los boles vacíos, los que colocó en la mesa baja junto al suyo.

—Estaría bien que nos diera el aire —comentó Damián.

Ambos me miraron.

—¿Vais a dejar que me emborrache?

—¿En serio?

—Si lo necesitas, por supuesto —me confirmó Damián, con un guiño.

—Cállate, no la animes. —Le dio un ligero empujón mi hermano.

Damián soltó una carcajada y se lo devolvió. Tuve que levantarme de sofá, para que no me llevaran por delante, pero no llegué muy lejos porque mi hermano me alcanzó y tiró de mí, para que cayera encima de Damián, que a su vez estaba encima de él, en una batalla improvisada.

Terminamos los tres riendo y sin fuerzas en el sofá, tumbados de cualquier manera y con las respiraciones alteradas, por el esfuerzo.

Damián se levantó al cabo de un rato para ir al baño.

—Me encanta verte así —me dijo mi hermano.

Mi sonrisa regresó y me acerqué a él para darle un beso en la mejilla. Después apoyé la cabeza en su hombro.

—Damián me ha dicho que has estado muy triste esta mañana.

—Damián es un chivato.

—Se preocupa por ti, más de lo que te crees, y por mí también, por eso me mantiene al tanto y está pendiente de ti.

—Lo sé —susurré—. No lo he dicho a malas.

—Lo sé —repitió y sonreímos—. Es muy buen tío.

Nos quedamos en silencio, abrazados, mientras las respiraciones se nos normalizaban.

—Entonces ¿te apetece salir?

—Claro. Estoy en Milán.

Rio.

—¿Cómo va el rodaje?

—Genial, según lo previsto. Vamos bien de tiempo.

—Me alegro.

—¿Has tenido la sensación alguna vez de hacer lo que más te gusta, pero que eso mismo te haga sentir raro?

—¿Qué quieres decir?

Me incorporé despacio y él hizo lo mismo Nos quedamos sentados.

—No lo sé. —Respiró profundo—. Sinceramente no tengo ni idea.

Se pasó las manos por el pelo.

—Noto que me falta algo, pero siento pasión por mi trabajo.

—Hay temporadas que todo nos supera.

Le acaricié el pelo, retirándoselo de la frente. Mi hermano era guapísimo, un bombón de hombre, y para mí era mi persona favorita del mundo.

—Será eso.

—¿Te ha pasado algo?

—No. No te preocupes. —Se inclinó para darme un beso en la frente—. Vamos a cambiarnos.

Asentí y nos levantamos del sofá. Cuando nos giramos hacia el pasillo nos encontramos a Damián. Nos sonreía apoyado en el marco de la puerta. Al pasar por su lado le di un beso en la mejilla y continué hacia la habitación.

—¡Te tengo en el bote! Si yo sé que no puedes vivir sin mí —me dijo.

Solté una carcajada y la sonrisa no se me borró mientras me vestía.

Me puse un pantalón largo de tela muy fina y suelta, y un top que quedaba genial con el pantalón. Me calcé unas sandalias. Me cepillé el pelo dejándomelo suelto, solo agarrado en un lateral con horquillas.

Lo último que hice fue aplicarme máscara de pestañas y pintarme los labios, nada más porque tenía un color muy bonito en la piel.

En cuanto vi a mi hermano tuve claro que esta noche sería el responsable de muchos suspiros, y no tuvo que arreglarse casi nada para eso.

—Tío bueno —le dije, silbando, cuando pasó por mi lado para entrar en el baño.

Reímos y lo dejé tranquilo para que terminara. Cogí el bolso, metí el móvil, y me reuní con Damián en el salón. Lo pillé abrochándose el pantalón vaquero, que era lo único que le faltaba para estar preparado para irse.

—Perdón.

—No pasa nada. Igualmente, no habrías visto nada nuevo.

Me hizo un guiño.

—Si hombre —reí.

—Joder, me refería a otros tíos. No a mí —se unió a mis risas.

—Ya decía yo —dijo mi hermano a mi espalda—. Ha faltado poco para que salte sobre ti. Mi hermana es sagrada.

Sonrió.

—Pues no le dices nada cada vez que me dice que soy la mujer de su vida —le hablé con humor.

—Porque eso no se lo cree ni él —fue la respuesta de Dy, encogiéndose de hombros.

—Me tenéis contento los hermanos —se quejó Damián.

Después de poner los ojos en blanco bufó, haciéndonos reír.

Nos fuimos del apartamento y en la calle comenzamos a caminar con calma, dando un paseo. Me agarré de los brazos de ambos y de esa manera llegamos a una zona peatonal que tenía mucho ambiente. En ella había bares y restaurantes, y las terrazas de ambos estaban bastantes llenas.

Alargamos el paseo y sobre las nueve de la noche elegimos una *trattoria* que nos encantó desde fuera. Escogimos una mesa en la terraza, hacía una noche estupenda y una temperatura muy agradable, y cuando la ocupamos, pedimos el vino de la casa, por recomendación del camarero que se acercó a atendernos amablemente.

Cenamos de maravilla, toda la comida estuvo deliciosa. Los tres tuvimos claro que el lugar se posicionó el primero en nuestra lista de favoritos, por lo que vendríamos a menudo. Mi hermano más, durante toda su estancia en Milán.

Me dejaron beber todo lo que quise, Dy se contuvo para no frenarme y lo agradecí porque era lo que necesitaba.

Por mucho que aparentaba normalidad, por mucho que reía y me mostraba despreocupada en muchos momentos, mi herida interna cada vez sangraba más. No quería preocupar a ninguno de los dos, ni mucho menos darle el viaje a Damián, de manera que continuaría callándome y fingiendo, por esta vez.

Ya tendría tiempo para venirme abajo cuando estuviera en casa, aunque la opción de irme unos días sola cada vez tenía más peso. Necesitaba dejar de aparentar lo que no era, porque estaba agotando mis fuerzas de tanto que lo hacía. Dolía y necesitaba mi espacio y mis tiempos para curarme del desengaño tan grande que me había llegado.

Culpa mía todo, lo sabía, porque ante la primera duda que tuve con Romeo tendría que haber frenado cualquier avance. ¿A quién quiero engañar? Me habría dejado convencer, creyéndolo, porque lo deseé mucho desde el principio.

Solté un suspiro, abrazada a mi hermano. Caminábamos de vuelta al apartamento. Cuando entramos en él le deseamos buenas noches a Damián y continuamos hacia la habitación.

Nos quitamos la ropa y Dy se puso el pantalón corto con el que dormía. Era lo único que utilizaba. Yo me puse el pijama de pantalón corto y camiseta de tirantes.

Al terminar nos tumbamos en la cama y me abracé a él, cerrando los ojos.

Estaba mareadilla, por todo el vino que había bebido. Fue mucho, pero no tanto como para decir que estaba borracha. Aunque no hubiera podido regresar al apartamento sin ir apoyada en el cuerpo de mi hermano.

—Descansa —susurró.

—Igualmente —dije, pero hablé tan bajo que no supe si me escuchó.

Ya no me quedaban fuerzas, me sumí en un sueño profundo, sintiéndome arropada y protegida. Hasta que los ojos se me abrieron en mitad de la noche, o esa fue la sensación que tuve porque todo estaba muy oscuro y en silencio. No supe qué hora era.

Me desperté con mucha sed y me incorporé para coger la botella pequeña que solía tener en la mesita de noche. Al no encontrarla recordé que la última vez que bebí se me acabó y no la repuse.

Solté un suspiro y me giré hacia Dy, para asegurarme de no despertarlo. No estaba, su espacio se encontraba vacío, por lo que di por hecho que había ido al baño.

Sin encender ninguna luz me levanté de la cama para ir a la cocina, porque no podía volver a dormirme si no bebía. Al pasar frente a la puerta del baño de la habitación distinguí que la puerta estaba cerrada.

Salí al pasillo descalza y adormilada, pero me espabilé de golpe por la sorpresa inmensa que me llevé.

Me paré en medio del pasillo, a un par de pasos de llegar al salón, al escuchar a mi hermano hablar muy despacio.

—¿Estás despierto? —le preguntó a Damián.

—Sí —susurró el otro.

Estaba claro que se había despertado por mi hermano, no por él mismo.

—Te necesito —le dijo mi hermano.

Contuve la respiración asomándome más, para ver con la poca claridad que daba un punto de luz que alguno de los dos había encendido. Seguramente mi hermano.

Y por si no me había quedado descolocada, desconcertada, alucinada, en shock… la respuesta de Damián terminó por rematarme.

—Ven aquí —le pidió, agarrando a mi hermano de las manos.

Me tapé la boca al presenciar cómo se besaban en los labios y cómo se abrazaban. Se tumbaron en la cama del sofá con los cuerpos enredados y se quedaron así, compartiendo abrazos, caricias perezosas y besos.

Retrocedí sobre mis pasos, sabiendo que me había quedado sin beber hasta el día siguiente.

Cuando llegué a la habitación no quise ni hacer ruido en el baño, porque me hubiese encantado entrar para abrir el grifo y beber un poco. Después de lo que había visto tenía mucha más sed.

No quería que nada los alertara de que estaba despierta, por lo que me metí en la cama a tientas y una vez me tumbé, me giré hacia la puerta, con la vista fija en la oscuridad del hueco vacío.

—Joder… —susurré, al escuchar los primeros jadeos.

No eran ruidosos, pero había tanto silencio en mitad de la noche que era normal que se escuchara hasta el más mínimo sonido. El tema se calentó enseguida y yo me tapé la cabeza con la sábana, a pesar de que tenía calor. Tampoco me arriesgué a encender el aire acondicionado, me habría delatado y les habría cortado el rollo.

Mi intento de ocultarme no sirvió de nada, seguí sintiendo que estaba metiéndome en la privacidad de ambos, en su intimidad más íntima. Porque más íntimo y personal no podía ser lo que estaba sucediendo en el salón.

¿Cómo podía ser? No terminaba de creérmelo, incluso me pellizqué para asegurarme de que no estaba soñando. Me hice daño, por lo que quedó descartado y la verdad me dio en toda la cara.

—Joder —repetí—. ¿Cómo no me he dado cuenta?

Imposible, lo llevaban muy bien oculto, tanto que parecía todo lo contrario. Si no me hubiera despertado…

Por más que quise dormirme para sentirme mejor, no lo conseguí. Escuché e imaginé todo, absolutamente todo, y tuve ayuda con las palabras de ambos. Eran casi susurradas, pero a veces se les iba de las manos y no lo lograban. Estaba claro que si hubiese estado dormida no me habría enterado de nada.

Me quedé fatal porque tuve la sensación de que los había espiado, pero tampoco pude hacer otra cosa. No me dormí hasta tiempo después de que ellos terminaran, tiempo que mi hermano no regresó a la cama conmigo.

Se quedó con Damián y escuché el murmullo de sus voces. Yo me dormí con una sonrisa en los labios. Alucinada, pero sonriendo feliz.

Capítulo 45



En cuanto abrí los ojos al día siguiente lo primero que vi fue a mi hermano tumbado en su lado de la cama, durmiendo plácidamente.

La luz del día entraba por las pequeñas rendijas de la persiana.

Parpadeé varias veces para aclararme la vista y mi hermano continuó donde estaba.

En algún momento regresó, para que todo siguiera como hasta antes de dormirnos. Lo que no sabía él es que eso era imposible. Y me supo mal que, por mi culpa, por mi presencia, no hubiera podido pasar la noche completa con Damián.

Se encontraba bocarriba, con un brazo por encima de la almohada y el otro sobre su barriga. Tenía los labios entreabiertos y una expresión de paz increíble.

¿Por qué no has confiado en mí, Dy?

Le hice la pregunta, pero en mi cabeza. No la pronuncié.

No me moví, me quedé contemplándolo. Era precioso, todo él, incluso el aura que desprendía. Lo adoraba, no me cansaría nunca de decir que era mi persona favorita, entre todas las personas a las que quería y eran mi vida.

El apartamento estaba en completo silencio, Damián también debía estar dormido. A saber, a qué hora caerían anoche, porque se quedaron hablando. Ese fue el último recuerdo que tenía de ellos, el del murmullo de sus voces.

Mi hermano se giró hacia mí y se quedó de lado, igual que estaba yo. Como si pudiera saber que lo observaba, al cabo de pocos segundos abrió muy despacio los ojos.

Sonreí y le retiré un mechón de la frente.

—Buenos días —susurré.

—Buenos días, cariño —me correspondió, hablando igual de bajo.

—¿Cómo has dormido?

Mi pregunta no iba con doble sentido, solo quería saber si había descansado.

Lo de anoche le dio sentido a mi preocupación de días atrás, cuando sentí que a mi hermano le pasaba algo.

No entendía cómo había podido ocultar durante tanto tiempo una verdad tan grande para él. Y no solo de cara al mundo exterior, que el suyo era complicado de narices porque era un personaje famoso, un actor muy conocido y de éxito, sino que nos lo había ocultado a la familia.

¿Cuántas conquistas de mujeres le habíamos echado encima? Muchísimas, infinidad de ellas, lo que no quería decir que todas fuesen mentira. Seguramente había estado con bastantes mujeres, no lo dudaba, pero lo que vi anoche, lo que sentí en él, la necesidad y el miedo que percibí cuando le dijo a Damián que lo necesitaba…

Hasta pude sentir su gran alivio cuando Damián le dijo *ven aquí* y le agarró las manos para meterlo en su cama, para acercarlo a él.

¿Cuánto has sufrido, Dy?

Otra pregunta que no salió de mis labios.

—He dormido bien —me contestó—. ¿Y tú?

Mantuvimos un tono de voz muy bajo, apenas un susurro, para no despertar o molestar a Damián. Aunque siempre que se dormía tarde le costaba despertarse.

—Igual que tú —le sonreí—. Se me hace raro que estés aquí a esta hora.

—Y a mí.

Soltamos una risilla.

Mi hermano tenía el día libre hoy, todo un lujo que íbamos a aprovechar al máximo. No necesitábamos hacer grandes cosas, solo estar juntos. Con ese pensamiento entendí sus palabras, cuando le dije una noche que fueran ellos a cenar fuera, ya que a mí no me apeteció moverme ni quitarme el pijama.

En ese momento él me dijo que no iba a irse sin mí y yo le insistí para que lo hiciera, porque era una tontería que no quisiera dejarme sola, cuando lo que yo no quería era estropearles a Damián y a él la diversión y la desconexión.

La respuesta de mi hermano fue clara: *únicamente necesito estar con vosotros, el lugar me da igual. Si es este apartamento, pues perfecto. Bastante tiempo paso solo, por el trabajo*.

—No sabes las ganas que tenía de hacer otra pausa en el trabajo, los días que descansé me supieron a muy poco.

—Es que casi no tuviste.

—Mejor eso que nada, pero joder, es que los rodajes se hacen tan intensos. Y si solo fuera ponerse delante de las cámaras…

—Lo sé, pero te encanta.

Le sonreí.

—Sí.

—Lo siento.

—¿Por qué? —Frunció el ceño— ¿A qué viene eso?

—Te vi anoche.

Como continuó con la misma expresión me lancé a ampliarle la información, para que supiera a qué me refería.

Lo dejé callado cuando estaba preparado para preguntarme de nuevo. Le cerré los labios de golpe con mis siguientes palabras.

—Me desperté durante la noche, con mucha sed. No estabas al lado, en esta cama, y pensé que habías ido al baño porque estaba la puerta cerrada. Lo siento —repetí—. Salí de la habitación para ir a la cocina, pero no llegué a dejar el pasillo. Dy…

Nos quedamos en silencio y en sus ojos vi pasar tantas emociones…

—Escúchame, Dy, no pasa nada —tuve la necesidad decirle—. ¿Me oyes? Absolutamente nada. ¿Cómo piensas que iba a reaccionar si algún día me enteraba? Soy yo, tu hermana favorita.

Con esa pequeña broma, no tan broma porque yo sí que era su favorita, aunque a Julia la adoraba y por las dos hacía lo imposible, pues con esa pequeña broma conseguí sacarle una sonrisilla.

—Siempre voy a estar contigo —insistí—. Te apoyaré en lo que sea. Siempre. Pensaba que no tenía que decírtelo, que no hacía falta.

—Sé que te tengo, cariño.

—¿Entonces? ¿Por qué me has ocultado algo tan importante? No lo entiendo. Nos has ocultado a la familia una de las cosas más importantes de ti, cuando sabes que todos te adoramos. Nuestros padres…

—Papá lo sabe —me interrumpió—. Lo de Damián no, pero lo mío sí.

Me dejó con la boca abierta, pero enseguida me recompuse.

—¿Y mamá?

Negó con la cabeza.

—Fue un día en el que yo no me encontraba bien, de esos en los que tienes un bajón tan grande que no puedes con el peso de la vida. Dio la casualidad de que papá me llamó y como notó enseguida que me pasaba algo, todo lo que llevaba callándome durante tiempo salió de manera atropellada de mi boca.

—¿Y qué te dijo?

—Qué dónde estaba el problema, si solo tengo que ser feliz.

Sonreí.

—Lo amo. Tenemos los mejores padres.

—Sí —sonrió él también—. Ha sido mi confidente, aunque solo me deshago con él cuando parece que todo me supera. Desde el principio le pedí que no le dijera nada a mamá porque me correspondía a mí contárselo. El problema es que el tiempo ha ido pasando, demasiado rápido, y ese secreto se ha quedado conmigo.

Hizo una pausa para hacer una respiración profunda, antes de continuar.

—No quería ocultároslo a propósito, es solo que el silencio se hizo cómodo. Yo… joder, tuve un *shock* la primera vez que un tío me besó en la boca. Fue por un juego, con los compañeros de rodaje. Eso quedó ahí, pero algo en mí cambió y comencé a hacerme muchas preguntas.

—¿Cuándo fue exactamente?

—Hace siete años.

—Joder. ¿Y lo de Damián?

—Desde hace seis años.

Agrandé los ojos.

—Fue mi segunda vez. —Tragó saliva.

—Seis años juntos.

—No es así del todo y no estamos juntos.

—Pero anoche… lo que vi y sentí al veros… Tenéis mucha complicidad, antes lo entendía como amistad.

—Damián no quiere estar conmigo hasta que deje de mentirme y dar una cara al mundo que no es la mía. —Cerró los ojos, como si le doliera decirlo—. Quiere poder estar conmigo sin prohibiciones, sin ocultarnos.

—Mierda, me he emocionado.

Apreté los labios.

—Y lo entiendo perfectamente —le dije.

—Yo también.

—¿Y por qué no lo haces? Conseguirías a Damián y tu felicidad. ¿De qué tienes miedo? ¿Qué te frena?

—Mi posición no es fácil. ¿Sabes la que se liaría con la prensa si…?

—Me importa una mierda la que se lie, todos te apoyaríamos y te protegeríamos. ¿Los problemas con la prensa son más importantes que tú y tu vida?

—Da vértigo perder todo lo que he conseguido.

—Sí, pero ese es un miedo interno tuyo y los miedos son irracionales. Lo que dices no tiene que ser así. Es más, apostaría todo lo que tengo a que tu vida privada no afectará a la profesional. Eh…

Me miró.

—Y si no es así, que les den a todos, que se atraganten con sus puñeteros rodajes y películas. Tú eres mucho más que eso, infinitamente más. Porque ¿sabes qué sería lo peor de todo para ti?

—¿El qué?

—Que perdieses a Damián, por no atreverte a dar el paso que os llevaría a ser felices.

Tragó saliva con dificultad y pude ver el miedo en sus ojos. Se puso bocarriba, mirando al techo. Yo me acerqué y le agarré una mano.

Capítulo 46



—Han pasado seis años, Dy, seis años que lleváis juntos tú y Damián. Y no me digas que no es así porque la necesidad que me transmitiste anoche cuando te acercaste a él, y el miedo que percibí… para ti son seis puñeteros años completos, con sus días y sus noches, intensos a más no poder porque has estado sufriendo y callado.

Me callé, dándole tiempo para que fuese procesándolo todo. Ambos estuvimos en silencio durante un rato.

—¿No te gustaría poder vivir tu amor con Damián, como a vosotros os dé la real gana?

—Llevo soñando con eso mucho tiempo.

Cerró los ojos, mientras que a mí se me humedecían.

—Convierte tu sueño en una realidad, Dy —le pedí—. Lo tienes tan al alcance… Y ya no solo por ti.

—¿Qué quieres decir? —Giró la cabeza hacia mí.

—Que no quiero imaginarme lo que ha tenido que pasar Damián por respetarte. La impotencia y la desesperación que ha debido sentir. La rabia por cada nueva noticia en la que se te ha relacionado con mujeres, durante años. Todo.

—Él sabe que nada era verdad. —Tragó saliva—. He estado con muchas mujeres, pero no después de él.

—Pero eso no quita que no duela igual, porque amas a esa persona. Y está claro que os amáis. Lo que no entiendo es que Damián te pida a ti que dejes de ocultarte y él lo haya hecho siempre —dije pensativa—. Vamos, es que ni por asomo lo he visto venir de él. También me ha tenido muy engañada.

—Muchas personas saben lo de Damián, comenzando por su familia y siguiendo por sus mejores amigos, Pablo y Alberto, y su entorno más cercano. Nadie más necesita saberlo porque es su vida privada y no le gusta exponerse. Pero eso cambiaría si yo doy el paso, está dispuesto a cambiarlo.

—¿Qué quieres decir?

Me incorporé para quedarme sentada.

—Me lo ha dejado claro muchas veces —suspiró—. Si doy la cara y me muestro como soy, él me acompañará en todo momento. Por mí se expondrá, aunque nunca se ha escondido al mundo ante la gente que le importa.

—Joder, qué bonito.

Hice un puchero.

—Pues Julia y yo no debemos importarle mucho —dije bromeando.

—Con vosotras siempre ha ido con mucho cuidado, por mí. Le vino bien echar mano a iniciar las bromas de que serías su mujer algún día.

Sonrió.

—Ahora entiendo realmente el final de la conversación que tuvimos anoche, antes de salir a cenar. Le dijiste a Damián que yo era sagrada, porque nos pillaste hablado de su cosita.

Soltamos una carcajada que amortiguamos con las almohadas.

—Y entonces yo te dije que no le decías nada cada vez que comenzaba con los comentarios de que soy la mujer de su vida. Claro, tu respuesta fue firme al decirme que eso no se lo creía ni él. Y Damián se quejó comentando que lo tenemos contento los hermanos.

Sonreímos.

—Joder, ahora también tiene sentido el momento en el que Damián se indignó, cuando me referí a su miembro como *cosita*, al sentirlo empalmado encima de mí. Te pidió a ti que me dijeras que no era una *cosita* y, después de mi pequeño interrogatorio, tú me confirmaste que no lo era*,* haciendo alusión a que la tenía grande.

Agrandé los ojos. Dy cogió mi almohada y me dio con ella en la cara. Terminamos riendo.

—Diosss… —Me tapé la cara con las manos—. Pero…

—¿Qué?

—¿Cómo se empalmó por estar encima de mí? —pregunté con el ceño fruncido.

—Porque se quedó con las piernas un poco abiertas, con el culo hacia mí, y yo le agarré de los huevos.

—Oh, joder.

Solté una carcajada que le contagié.

—¿Cómo podéis despertaros con tantas energías y riendo?

Al escuchar a Damián giramos las cabezas hacia la puerta abierta. Él ocupaba el hueco, todavía con cara de dormido. Disimulé cambiar de posición, para mirar a mi hermano de reojo.

Joder, no podía negar que desprendía amor por él. Cómo lo miraba… con adoración.

Me levanté de la cama riendo, por la pregunta de Damián, y caminé hasta él.

Me paré delante y lo dejé sorprendido, y sin saber reaccionar, cuando lo abracé de repente y con fuerza.

—Gracias —susurré.

Cuando me separé le di un beso en la mejilla y él miró a mi hermano. No se hablaron, pero algo tuvo que ver Damián en mi hermano porque tragó saliva, emocionado, antes de volver a mirarme a mí.

Después de tanto ocultar algo tan grande, era normal que no se lo creyese. De esa manera me observó.

—Quédate un rato con él —le pedí sonriendo—. Tenéis que hablar.

Damián movió los labios, pero no consiguió hablar. Le hice un guiño y fui a la mesita de noche, para coger el móvil.

—¿Puedo hablar con Julia? —le pregunté a Dy.

Sobraba comentar para qué y, por supuesto, respetaría su palabra.

—Sí —susurró.

Ver cómo poco a poco se desprendía del peso tan grande que llevaba encima me provocó un nudo en la garganta.

—Vale —le sonreí.

Me apoyé en la cama, subí una rodilla y me incliné para darle un beso en la mejilla. Beso que me devolvió.

—¿Has visto qué fácil es, Dy? Yo te lo haré más fácil aún. Este solo es el comienzo.

Nos sonreímos.

—¿Estará despierta tan temprano? —me preguntó por nuestra hermana.

—Ni idea, pero voy a intentarlo. Y tranquilo, le dejaré claro que mamá no lo sabe y que no puede escapársele. Eres tú quién tiene que hablar con ella.

Asintió, mirándome con cariño.

—Joder, voy a llorar —reí—. Te aconsejo que pongas ahora mismo el móvil en modo avión o que lo apagues directamente, porque Julia no te dará tregua en cuanto le cuente lo vuestro. Vuestra historia.

Miré a Damián. Si le quedaba alguna duda de hasta dónde sabía yo acababa de confirmárselo. Él no salía de su asombro.

—Tomaros vuestro tiempo, porque lo mío con Julia va para largo —les dije riendo, mientras caminaba hacia la puerta—. Te robo la cama del salón, Damián. —Le hice un guiño.

Todavía no se había movido del hueco de la puerta, por lo que lo agarré de las manos y tiré de él, para que entrara en la habitación. No reaccionaba.

—Ah, la puerta —dije agarrando el pomo—, que en mitad de la noche ya os escuché bastante, en directo.

Mi hermano bufó al imaginarse la situación, pero después soltó una carcajada.

Le hice otro guiño a Damián, quien me miraba con los ojos a punto de salírseles.

Mientas cerraba la puerta no pude contener la carcajada que me nació, al ver lo alucinado que lo había dejado. Todas sus emociones se reflejaban en su cara.

En el pasillo, esperé unos segundos a que…

—Ven aquí —escuché a mi hermano y sonreí de oreja a oreja.

Me fui al salón feliz, a pesar de cómo estaba mi situación sentimental.

En cuanto me acomodé en la cama del sofá desbloqueé el móvil y marqué el número de mi hermana. Me reí sola porque ella descolgó al segundo tono, por la suerte que tuve.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca? Joder, que tengo una migraña de campeonato —se quejó y lamentó—. No sé cuánto bebí anoche. —Bufó.

—Ya lo veo, no te acordaste de poner el móvil en silencio.

—Te odio.

—Me amas.

—Sigue creyendo eso si te hace feliz.

Reímos.

—¿Estás sentada? —le pregunté.

—Definitivamente estás loca. Estoy tumbada en la cama, como debe ser.

Reí.

—Perfecto, porque no quiero que te des un mal golpe si te desmayas. Tengo que contarte algo muy importante, grandioso. Vas a quedarte muertecita cuando lo sepas, pero tan feliz como yo. No tengo dudas sobre eso.

—¿Qué dices?

Se despertó de golpe. No me hizo falta estar a su lado para saberlo.

Sonreí de medio lado y comencé a hablar, sin alzar mucho la voz, aunque la parejita que estaba en la habitación no iba a enterarse de nada. Con las cosas tan interesantes que tenían por delante… entre ellas hablar largo y tendido, también.

Como sabía que la conversación con Julia se extendería mucho, me levanté para ir a la cocina. Me preparé un café con leche, mientras no dejaba de hablarle a Julia.

Cuando regresé a la cama del salón con mi café, ya había perdido la cuenta de todas las veces que mi hermana había gritado, por cada sorpresa que escuchaba.

Capítulo 47

Sonreí mientras mi hermano le sacaba una foto a Damián, o al menos lo intentaba, porque a Damián no le gustaba ninguna de las que le había sacado hasta ahora.

Yo los observaba sentada en la terraza de un bar.

Eran las diez y media de la noche, llevábamos aquí unos diez minutos, aproximadamente.

Cogí mi vaso y me la llevé a los labios. Me había pedido un mojito, mi hermano y Damián algo con ginebra. No me había quedado con el nombre.

Desde que sabía que se querían, a veces, me quedaba embobada mirándolos. En la calle, lejos de la intimidad, no lo aparentaban, en el sentido de pareja. Todavía no, para eso faltaba un poco.

Principalmente porque mi hermano primero debía y necesitaba hablar con nuestra madre, en persona, lo que no sucedería hasta que Dy se fuese de Milán.

Para eso faltaban semanas y llegado el momento, mi hermano no regresaría junto al resto de su equipo a la ciudad donde llevaba viviendo una buena temporada, por el rodaje. Se retrasaría un día porque de Milán viajaría directo a nuestra casa familiar, donde realmente él también vivía. Entonces tendría la conversación que terminaría de liberarlo.

Julia mantenía el secreto a salvo. Ella se quedó loca al saberlo todo, hasta me preocupé porque cuando dejé de hablar no dijo nada. Se mantuvo en silencio al otro lado de la línea y pensé que le había dado algo, por el alcohol, la impresión y las emociones.

Eso hasta que chilló, claro, y me dejó sorda.

En otro momento del día mis hermanos hablaron y Dy pudo sincerarse con Julia. Resumen, que terminamos los tres llorando, mientras que a Damián le costaba creérselo del todo.

—Joder, Dylan. ¿En serio? ¿Dónde mierda estabas enfocando?

La voz de Damián me sacó de golpe de mis pensamientos.

Sonreí, viendo cómo caminaban hacia mí.

—Deja de quejarte. —Bufó mi hermano—. La foto está perfecta. —Le puso la pantalla delante de la cara.

—Mis huevos están perfectos —se quejó Damián.

—Esos también, sí —dijo Dy.

Fue un comentario espontáneo, natural, por el que ambos se pararon, mirándose.

Soltaron una carcajada al unísono y yo no pude hacer otra cosa que reírme con ellos.

Cuando llegaron a la mesa ocuparon sus sillas y bebieron de sus copas.

—¿Es o no, perfecta? —me preguntó mi hermano, alargando el tema de las fotos.

A Dy se le daba fatal perder y que le sacaran fallos a lo que hacía. Apreté los labios y fijé la vista en la pantalla del móvil.

Damian se cruzó de brazos, mirándome expectante para que le diera la razón.

—Bueno —carraspeé—. Lo de las fotos no es tu fuerte —le di la respuesta.

—No me lo puedo creer —se sorprendió mi hermano, por no apoyarlo.

Damián soltó una carcajada.

—Lo sabes de sobra —reí—. Eres el primero en decirlo siempre.

Me encogí de hombros.

—Pero esta foto está bien —insistió.

—Si querías que saliera todo menos Damián, sí.

Damián se dobló de la risa y mi hermano bufó de nuevo, varias veces. Yo le hice un guiño, al mismo tiempo que cogía mi vaso para darle otro sorbo al mojito.

—No me pidas más fotos —le dijo mi hermano, mosqueado.

—Se ha enfadado —se dirigió a mí Damián.

—Sí —le confirmé, haciendo un esfuerzo para no reírme.

—Voy al baño.

Dy cortó la conversación y se levantó. Se alejó de nosotros serio, para entrar al interior del bar.

—¿Me he pasado? —me preguntó Damián, dudando.

—No te preocupes, es su mal perder —le sonreí—. Se le pasará rápido.

—Joder, ya lo sé.

Se pasó una mano por el pelo, sin dejar de mirar hacia donde había desaparecido mi hermano. Le agarré la otra con la mía, por encima de la mesa.

—Voy a irme.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque sí —le sonreí—. Porque es la última noche aquí y quiero que la paséis solos. A partir de mañana tardaréis en veros.

—Pero, Cari, no hace falta que…

—Y tanto que sí. Además, me apetece perderme un poquito por Milán, aunque no tengo la intención de tardar en ir al apartamento. Llevo la llave, mi hermano tiene la otra.

—A tu hermano no va a gustarle, me lo vas a dejar peor de como se ha puesto.

—No tengo dudas de que sabrás llevarlo por donde quieras y apaciguarlo.

Le hice un guiño.

Me levanté con el bolso en una mano y me incliné hacia él, para darle un beso en la mejilla. No necesitaba más, el móvil no lo había sacado del bolso.

—Ten cuidado —me pidió.

—Claro —le sonreí—. Me voy antes de que salga Dy, porque entonces sí que no me dejará irme.

Reí y él negó con la cabeza.

—Ni se os ocurra venir detrás de mí —le advertí.

Lo señalé con un dedo y de esa manera comencé a caminar hacia atrás, hasta que lo hice reír. Entonces me giré dándole la espalda y me alejé sin esperar ni un segundo más.

Me mezclé con la gente, pero no me fui. Me quedé en un sitio en el que no me veían, pero yo sí a ellos. Al menos a Damián por ahora. Sonreí cuando mi hermano salió y fue hasta él.

Se sentó y después de unas cuantas palabras hablando de mí, lo sabía de sobra, mi hermano se levantó dispuesto a buscarme. Damián lo agarró del brazo y lo retuvo junto a él. Le dijo algo que provocó que mi hermano bajara la mirada y se quedara observándolo por un largo rato.

La mano de Damián bajó del brazo de mi hermano hasta su mano y sonreí de oreja a oreja cuando se la agarró y entrelazaron los dedos. Dy se sentó y no solo eso, sino que ambos acercaron sus sillas.

Moría con ellos.

Me quedé con las ganas de ir corriendo hasta la mesa, para lanzarme encima de los dos y comérmelos a besos. Por supuesto que no lo hice, porque si me acercaba mi hermano no me dejaría irme otra vez.

Sintiéndome satisfecha con la decisión rápida que había tomado me fui de la zona, caminando con calma.

Había mucho ambiente por las calles, Milán estaba muy vivo a todas horas. Era una gozada.

Me paré en un bar para pedirme un botellín de agua, ya que estaba sedienta, y seguí moviéndome sin rumbo, pero aproximándome cada vez más a la zona donde se encontraba el edificio del apartamento.

Al cabo de un rato vi salir a un grupo de chicas de un local, con vasos de plástico. Estos contenían bebidas de colores en su interior. Me llamó mucho la atención y me acerqué, porque como no me había dado tiempo a tomarme el mojito…

Se trataba de un restaurante, pero tenía una parte exterior de venta de bebidas para llevar, así como helados. No me lo pensé y me acerqué.

Cuando me paré frente a la vitrina del expositor miré las variedades de los helados, con la tranquilidad de que no había nadie para atenderme.

—Hola.

Levanté la mirada al chico que me habló.

—¿Un helado?

—Unas chicas han salido de aquí con bebidas de colores y me ha llamado la atención.

—Ah, sí.

Señaló a su espalda y entonces vi los vasos vacíos y varias botellas.

—Aquí tienes la carta con los cócteles.

—Gracias.

La agarré, la miré y se lo dije rápido. No me costó elegir. El chico me comentó que enseguida lo tendría, con una sonrisa. Le devolví el gesto y me aparté a un lado de la vitrina.

Estaba esperando tranquilamente cuando algo me llamó la atención. Vi pasar por delante de mí, a varios metros de distancia, a dos personas que reconocí al instante.

Mi primera reacción fue contener la respiración y girarme, para darles la espalda. ¿Cómo podía tener tan mala suerte de encontrarme con Romeo mi última noche en Milán? Y no iba solo, a su lado estaba su hermano Marco.

Capítulo 48

Por suerte nos separaba la terraza del restaurante y algunos metros de la zona peatonal.

—Hecho.

Me sobresalté al escuchar al chico que apareció con mi bebida en una mano.

—Gracias —susurré.

Podía seguir haciéndome la fuerte, siempre y cuando no viera a Romeo. Mientras que no supiera nada más de él podía sobrellevarlo y aparentar una normalidad que no sentía. Pero así, sabiendo que estaba a mi espalda, cuando creía que ya no volvería a verlo más…

Del malestar, los nervios y la tristeza comencé a sentir rabia por lo que me había hecho, por el descaro de su familia y por la cara tan dura de ese hombre. Mi rabia fue en aumento y tuve que contenerme, mucho, para mantenerme en el sitio.

No valía la pena ir a por él y comenzar una discusión, por mucho daño que me hubiera hecho. Lo único que quería era olvidarme de él. Todavía dolía demasiado.

Pagué mi bebida y sin girarme, me moví hacia un lateral de cara a la vitrina. Sorbí de la cañita de mi bebida. El sabor era tan rico que volví a hacerlo varias veces más. Llevaba alcohol, pero estaba tan dulce que entraba como el agua.

Un peligro, lo sabía, pero en ese momento era justo lo que necesitaba para pasar el mal rato.

Mi móvil vibró en el bolso y lo saqué. Mi hermano me había enviado un mensaje.

Dylan: *Te has ido a traición, ¿eh? Ya te lo haré pagar. Por cierto, gracias por la oportunidad que nos has dado esta noche. Te quiero infinito. ¿Qué haces ahora? ¿Te has parado a tomarte algo? ¿Ya estás en el apartamento o cerca de él?*

Tecleé la respuesta con las manos temblorosas, pero con una pequeña sonrisa.

Carina: *De traición y de pagar nada de nada, que lo he hecho con todo mi corazón* —le puse un guiño y un beso—. *Estaba paseando, pero ahora estoy parada porque me he pedido una bebida. Ya voy hacia el apartamento, me la tomaré de camino. Yo también te quiero infinito. Disfruta de la noche y ni se te ocurra venir a la cama de la habitación. Te dejaré todo lo que necesitas fuera y cerraré la puerta, así que tenéis el resto del apartamento para vosotros.*

Dylan: *Disfruta también, cariño, y cuidado con lo que bebes.*

Carina: *Mientras que llegue al apartamento está bien, el cómo no importa.*

Dylan: *No hagas que vaya a buscarte…*

Carina: *Ja, ja, ja… como si fueses a encontrarme. Dime que le has dado un beso de tornillo a Damián y que lo has dejado loco. El pobre últimamente no gana para poner los pies en la tierra. Ja, ja, ja…*

Dylan: *¿De tornillo? ¿En serio?*

Carina: *Ja, ja, ja… ¿Cómo va por ahí?*

Dylan: *Ya no estamos tan tranquilos.*

Carina: *¿Y eso?*

Dylan: *Ha aparecido una pequeña banda de música y tienen un buen repertorio de canciones por tocar. Me parece que va para largo. Damián ha tenido que levantarse para escuchar bien, porque lo ha llamado su padre. Lo miro desde lejos y no me creo que tenga la felicidad tan a la mano.*

Carina: *Pues créetelo, hermanito. Ya va siendo hora. En cuanto hables con mamá podrás soltar la bomba al mundo.*

Dylan: *Ahora que estoy seguro de ello no veo el momento.*

Carina: *Y no sabes cómo me alegro. Te dejo. ¿Vale? Es que estoy parada frente a la vitrina del restaurante en el que me he pedido la bebida, porque no quiero que se me caiga con el móvil en la otra mano. Voy ya para el apartamento, estoy a varias calles.*

Dylan: *Vale, cariño. Ten cuidado y escríbeme cuando estés allí, para quedarme tranquilo.*

Lancé el móvil dentro del bolso y sorbí de la cañita varias veces, antes de atreverme a mirar hacia atrás.

Cuando lo hice tenía el camino despejado, Romeo y Marco ya no estaban, lo que fue un gran alivio.

Me despedí del chico que me había atendido, ya que se encontraba cerca, y me giré para largarme del sitio. De repente me entraron muchas ganas de encerrarme en el apartamento, para sentirme a salvo el resto de las horas que quedaban hasta que me fuera de Milán y de este país.

Caminé por el camino central que separaba las mesas de la terraza del restaurante, bebiendo de mi bebida.

Ya tenía el vaso casi a la mitad, otro motivo más por el que me urgía llegar al apartamento, porque tenía muy claro que el alcohol me subiría. Y no tardaría mucho porque ya comenzaba a notar algunos efectos.

O tal vez me había emborrachado y no me había dado cuenta, porque me pareció escuchar algo que no podía ser. Igualmente, por si acaso, aceleré los pasos.

—¿Carina?

—Joder, joder… Mierda —gruñí.

Como para no reconocer la voz que había pronunciado mi nombre varias veces, llamándome.

¿Cómo había cometido ese fallo? Había dado por supuesto que Romeo había desaparecido, en vez de asegurarme y descartar la mínima posibilidad de que se hubiera ocupado una mesa de la terraza del restaurante del que yo me alejaba.

Me cagué en todo, pero, sobre todo, en Romeo que volvió a llamarme.

—Carina.

En esta ocasión no hubo duda en su voz. De todas maneras, no me paré, vamos ni intención tenía de hacerlo.

Caminé más rápido y comencé a mezclarme con la gente que caminaba por la zona peatonal. Al cabo de unos minutos, cuando me había separado bastante de la terraza, me paré para mirar hacia atrás.

Necesitaba asegurarme de que estaba completamente sola, antes de llegar a la calle del apartamento. No iba a…

Solté un pequeño grito al encontrarme con la cara seria de Romeo, a tan solo unos pasos de mí.

—¿Qué mierda haces? ¿Por qué me sigues? —le pregunté, apuntándolo con el vaso del cóctel.

—¿Yo? ¿Qué mierda hago yo aquí? —Se señaló, el muy descarado —. Eres tú la que has salido huyendo y eres tú la que estás en mi país.

—Ja, ja, ja… —reí sin humor—. Tu país… ¿Qué pasa? ¿Es que eres dueño de él o qué? Como si tuviera que dar explicaciones de que estoy aquí. No te digo…

Bufé.

—Además. ¡Qué no me hables! ¡No quiero saber nada de ti! Te lo dejé bien claro en el mensaje que te envié.

—Oh, sí, el mensaje por el que te he escrito varias veces y me has ignorado.

—Por supuesto y seguiré ignorándote porque me das asco y no quiero saber nada de ti y de tu familia.

—Asco…

—Eso he dicho.

—No es lo que recuerdo.

—Solo hacen falta segundos para mandar los recuerdos a la mierda. Déjame tranquila.

Me giré de golpe y comencé a caminar, hasta que pasados otros minutos miré hacia atrás, para…

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué dejes de seguirme! —grité, al encontrarme de nuevo con Romeo.

—No tenía ni idea de que estabas aquí —dijo como si hablara para sí mismo—. Yo… llamé a tus padres y no conseguí sacarles ninguna información. Necesitaba hablar contigo. No entendía cómo te habías enterado de una noticia italiana, estando en España. Pensé que habías venido, pero no sé porque descarté esa idea.

—Como descartas todas las cosas de tu vida.

—No te pases. No me conoces —me echó en cara.

—Ja, ja, ja… exacto, ni tú tampoco me conoces a mí.

—Necesito hablarte de lo que ha pasado, necesito…

—Qué mala suerte para ti porque me importa poco y nada lo que tú necesites. Yo he necesitado muchas cosas que no he tenido, así que aprende a lidiar con tus frustraciones. Olvídate de que existo, yo ya te he olvidado.

Capítulo 49

—No es verdad, no me has olvidado.

Dio un paso hacia mí.

—Sí que es verdad.

Bufé.

Yo di otro hacia atrás, manteniendo la distancia.

—Pues yo no te he olvidado ni te he superado.

Solté una carcajada, una muy falsa.

—Qué poca vergüenza tienes. —Lo señalé con rabia—Te creí, pensé, pensé que realmente estabas muy ocupado con el trabajo y por eso no me prestabas mucha atención, desde que regresamos a nuestras casas del viaje. —Tragué saliva—. Fui muy tonta contigo, desde el principio, pero la culpa es solo mía.

—Carina…

—No vuelvas a pronunciar mi nombre, lo ensucias al decirlo.

Caminé de nuevo hacia atrás. Pasé por al lado de una papelera y después de beber un buen trago del cóctel, me deshice del vaso lanzándolo a la papelera.

—Déjame en paz, Romeo. Ya has jugado bastante conmigo.

—¡Nunca he jugado contigo, joder!

—¡A mí no me alces la voz!

—Pues permíteme que me explique.

—No me apetece, pero, sobre todo, no me interesa oír nada de lo que digas porque no voy a creerte.

Nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente. Podía sentir las miradas de las personas que pasaban a nuestro lado, pero poco me importó.

—Solo quiero saber dos cosas —susurré.

—¿Qué? —me preguntó con la voz ronca.

—¿La empresa de tu padre va mal?

—Sí, está pasando por un bache. Pero solo es eso, como puede sucederle a cualquier empresa. No es el final ni lo será. He conseguido inversores, por lo que arreglaré la situación. Es cuestión de meses. Mi madre no tiene ni idea de nada y se ha metido donde no la llaman.

—Inversores… —Negué con la cabeza—. ¿Cómo tu futuro suegro? ¿El padre de tu querida Sofia Rossi? Qué rápido has sido.

—He dicho inversores, en plural. Y no, no tienen nada que ver con el padre de esa mujer, el que por cierto no va a ser mi suegro.

—Ya… Lo segundo que quiero saber es si Marco y tú os acercasteis a Julia y a mí en la piscina del resort con una intención clara. Sabíais quienes éramos, al menos en eso no mentisteis.

—Carina…

—Vale, acabas de responderme.

Solté una carcajada que me produjo más dolor.

—Y hazme un favor, no menciones a tu madre delante de mí, si no quieres que te diga unas cuantas verdades sobre ella que no van a gustarte nada. —Hice una pausa, sintiendo que estaba a punto de venirme abajo.

—Todo lo que ha pasado no ha sido cosa mía. —Tragó saliva.

—¡No me mientas más! Si fuera cierto habrías corrido para encontrarme, no habrías parado hasta que te escuchara. —Volví a señalarlo con un dedo.

Era eso o se lo clavaba en un ojo.

—Si te hubiera importado un poco habrías hecho un maldito comunicado o lo que mierda se haga para salir en la prensa. Habrías negado las palabras de tu madre y las noticias de los artículos que hablaban de ti. No has hecho nada, absolutamente nada.

—No tienes ni puñetera idea de lo que he hecho, joder.

Se pasó las manos por el pelo.

—Nunca desmiento nada de lo que dicen de mí porque me importa una mierda. Yo sigo con mi vida como si nada. Siempre ha sido así. Pero si hubiera sabido que estabas en Italia… cuando me enviaste el mensaje con tantos datos y descarté la posibilidad de que estuvieras aquí, di por hecho que te habías enterado de alguna otra manera.

—No te creo —susurré.

—Carina…

—Que no digas mi nombre, joder. Tú y tu hermano sois iguales, al poco de enviarte el mensaje, descubriéndote, Marco bloqueó a mi hermana.

—Yo no respondo por él. Lo que haga o deje de hacer es cosa suya, te aseguro que no tengo nada que ver con ello. Y por si te interesa saberlo, sé que va a hacer algo para ponerle solución.

—Suerte con eso —sonreí de medio lado—. A ver qué tal se las apaña con mi hermana.

—Desde que te conocí en el viaje no he estado con nadie más.

Cambió de tema volviendo a nosotros y negué con la cabeza. No quería escucharlo.

—No vuelvas a seguirme —le pedí susurrando.

—Dame una oportunidad para poder hablar tranquilamente.

—Ya has tenido más de lo que te mereces. Adiós, Romeo.

—No puedes estar hablando en serio… Creí que te importaba, creí que habías comenzado a quererme.

—Y por quererte tanto me has roto. —Tragué saliva.

Mis palabras le afectaron, eso, o es que era mejor actor que mi hermano en el trabajo.

Romeo dio un paso hacia mí, suplicándome con la mirada que no me fuese.

Pero yo no podía aguantarlo por más tiempo, estaba a punto de colapsar y no quería llorar delante de él, porque eso era abrirle mis sentimientos, unos que no se merecía.

Tragué con dificultad, antes de dar el siguiente paso.

—Adiós —susurré, definitivamente.

Le di la espalda y comencé a caminar, pero en esta ocasión despacio. Tuve la certeza de que ya no me seguiría y así fue, porque lo vi de reojo cuando crucé una calle, en el mismo sitio que lo dejé.

Con mucha presión en el pecho y respirando profundo, porque me faltaba el aire, continué andado. Di una vuelta más grande para llegar al apartamento, mientras me despedía llorando de las calles de Milán. No las vi realmente, porque las lágrimas me nublaban la vista.

Cuando entré en el apartamento mi hermano y Damián todavía no habían llegado. Di gracias por ello, para que no me vieran en este momento. No quería preocuparlos, ni mucho menos fastidiarles la noche.

Le escribí un mensaje a mi hermano para decirle que acababa de llegar y fui directa a la habitación. Tal y como le dije a Dy le saqué al salón sus cosas, lo que iba a necesitar: el pantalón del pijama, el cepillo y la pasta de dientes, la almohada y el cargador para el móvil.

Se lo dejé todo en el sofá y me encerré en la habitación. Me aseguré de dejar la puerta bien encajada, antes de ir al baño. Al salir cogí el móvil del bolso, me quité la ropa y me puse el pijama, todo en automático y sin dejar de llorar.

No tenía fin con las lágrimas.

Me senté en el borde de la cama mientras ponía la alarma para despertarme temprano al día siguiente, aunque sabía que no hacía falta porque Damián y mi hermano también lo harían.

Me metí en la cama y me cubrí con la sábana, porque, a pesar de que hacía calor, yo estaba temblando. Sabía que no tenía nada que ver con la temperatura exterior, sino con lo mal que me sentía.

¿Por qué había tenido que ver a Romeo en mi último día en Milán? Porque el día siguiente no lo contaba, ya que Damián y yo teníamos que estar en el aeropuerto a las diez y media.

Mi hermano se las había ingeniado para estar con nosotros hasta las nueve y media, por lo que nos levantaríamos temprano y bajaríamos a desayunar a una cafetería, con las maletas. Desde ahí Damián y yo cogeríamos un taxi hasta el aeropuerto.

Lloré sin contenerme al estar sola y cuando estaba agotada, realmente sin fuerzas después de bastante tiempo, escuché abrirse la puerta principal del apartamento.

Tragué saliva, me limpié la cara con las manos, rápido, y me quedé en silencio, porque sabía que mi hermano abriría la puerta de la habitación para comprobar que yo estaba bien.

Así fue, no tardó en hacerlo. Entró descalzo, silencioso.

Mantuve los ojos cerrados para que pensara que estaba dormida y tuve que contener el llanto cuando vino hacia mí y me dio un beso en la cabeza.

Por suerte la claridad del pasillo no era suficiente para que se diera cuenta de mi gesto contenido. En cuanto salió cerrando tras de sí volví a llorar, pero en silencio.

Pensaba que la noche sería larga, que no podría parar por el vacío tan grande que sentía, pero me equivoqué porque de tanto llorar terminé agotada del todo.

El sueño me venció sin que me diera cuenta, caí en uno muy profundo.

Capítulo 50

—Cari.

Entreabrí los ojos y giré la cabeza hacia Damián.

—Vamos a aterrizar.

—¿Ya?

Asintió, sonriéndome con cariño.

Solté un suspiro y me puse recta en el asiento. Me masajeé las cervicales, al notar la molestia de la mala postura en la que había estado.

A pesar de que dormí bastante, al poco de que el avión despegara del aeropuerto me quedé dormida apoyada en el hombro de Damián.

—He sido muy mala acompañante —le dije.

—¿Quién lo dice? —Elevó las cejas— Vas a ser mi futura esposa, así que conmigo lo tienes todo perdonado.

Me hizo un guiño y reímos.

—No puedo contigo. —Negué con la cabeza.

—Me adoras.

Sonrió de medio lado.

—Pues sí y desde hace unos días mucho más.

Rio él, al referirme a mi gran descubrimiento en el apartamento.

—¿Se te ha hecho muy pesado el vuelo solo?

—Qué va. Yo también he dormido un rato y después me he puesto a leer.

Le sonreí y miré por la ventanilla, justo en el momento en el que las ruedas del avión impactaban con la pista de aterrizaje.

Por suerte no viajábamos con la compañía de la familia de Romeo, al igual que cuando fuimos a la ida.

Solo faltaba, se me hubiese indigestado el trayecto.

Cuando el avión paró salimos de los primeros y nos dirigimos a la zona de la recogida de maletas, para esperar a que salieran las nuestras. Aproveché ese momento para escribirle un mensaje a mi hermano, aunque Damián ya le había enviado el suyo, y otro a mi hermana y a mis padres.

Julia todavía continuaba en la casa de verano de los padres de su amiga Miriam.

Con las maletas en mano tiramos de ellas para dirigirnos a la salida, en la que esta vez no se encontraba para recibirme al otro lado Abel.

Como Damián vino a recogerme a casa en su coche, el día que iniciamos nuestro viaje, también me llevaba de vuelta.

Fue rápido acceder al parquin, meter los equipajes en el maletero y montarnos en el coche.

—¿Qué piensas? —me preguntó, después de pasar la barrera del parquin—. Estás muy callada.

—En nada.

—Mentirosa.

—Es verdad —lo miré sonriendo—. Ahora mismo no estaba pensando en nada.

—¿Seguro?

—Sí —le contesté suspirando.

—Tienes los ojos bien, se te ha quitado la hinchazón.

Bajé la visera para mirarme en el espejo pequeño, para comprobar que Damián tenía razón.

No había podido ocultarle a él y a mi hermano lo que me pasó por la noche con Romeo, la mala suerte que tuve al coincidir con él. Tampoco cómo lo pasé después de eso, todo lo que lloré.

Me delataron mis ojos hinchados y todavía un poco rojos, cuando me levanté. Aparte de que tenía el ánimo por los suelos y una cara de pena que no podía con ella.

Si Damián se dio cuenta en cuanto salí de la habitación, mi hermano, que me leía perfectamente y me conocía aún mejor, le faltó tiempo para venir rápido hacia mí. Me abrazó y después vinieron las preguntas y las explicaciones.

El que más se enfureció fue Dy, una vez terminé. Por suerte, entre Damián y yo pudimos frenar todas las ideas que se le pasaron por la cabeza.

—Si actúas como siempre tus padres no se darán cuenta de que te pasa algo. Al menos ganas tiempo —me dijo.

—Voy a hablar con ellos hoy, aunque no cuando llegue. Necesito un poco más de espacio sin agobios, encerrarme en mi habitación con la excusa de descansar y en algún momento al final de la tarde, sincerarme con mis padres.

Suspiré.

—Tómate tu tiempo, Cari. No te va de un día.

—Ya, pero cuanto antes me lo quite de encima, antes me recuperaré.

Damián asintió y el resto del trayecto lo hicimos en un silencio muy cómodo.

Me dejó frente a la verja de la casa de mis padres, donde paró el coche. Nos abrazamos, después de que sacara mi equipaje.

—¿Mañana te incorporas a la bodega?

—Soy un empresario responsable —dijo con diversión—. Iré esta tarde. Allí tengo al alcance todo el alcohol que necesite y mi cuerpo aguante, porque estoy jodido de ahora en adelante.

Se refirió a la separación de mi hermano y él.

—Damián… joder, con lo mío no he pensado que para ti este viaje también ha sido duro.

Hice una mueca.

—Bastante tienes con lo tuyo —Sacudió la cabeza.

—Pero tú puedes volver a Milán en unos días, eres el dueño de la bodega.

—No se lo he dicho a tu hermano porque quiero que sea una sorpresa si puedo hacerlo, pero tengo esa idea en la cabeza, aunque primero necesito ponerme al día en el trabajo. Por muy jefe y dueño que sea llevo muchas cosas de la bodega.

—Lo sé. Le darás una gran sorpresa.

—Ya lo das por hecho, ¿eh?

—Por supuesto —sonreí—. Lo necesitáis los dos.

—Me ha encantado hacer el viaje contigo, Cari.

—A mí también.

Lo abracé porque me nació, porque Damián se había metido muy dentro de mí. Me había calado hondo y ya no lo veía como semanas atrás, para mí ya formaba parte de mi familia.

Había sido testigo de sus miradas hacia mi hermano, de sus gestos, incluso los de antes de que yo me enterara de lo que había entre ellos. Al saber la verdad le di a todo un sentido nuevo, uno que tenía mucho más peso que el de la amistad.

—Nos vemos pronto, ¿vale? —me dijo.

—Claro —le sonreí—. Aunque yo también estoy pensando en irme unos días a algún sitio, pero sola.

—¿Sola?

Frunció el ceño.

—Sí —reí por la cara que puso—. Es lo que se suele hacer para estar en soledad, ¿sabes?

—Muy graciosa.

Negó con la cabeza.

—Me apetece, pero, sobre todo, lo necesito.

—Tus padres no van a agobiarte.

—Lo sé, pero igualmente.

Me encogí de hombros.

—Está bien, pero avísame cuando te vayas y si no es mucho pedir, dime a dónde. Te prometo que no me presentaré de sorpresa.

—Ya veré, porque no me lo trago.

Reímos.

—Acabo de acordarme que tengo algo para ti y todavía no te lo he dado. Lo dejé en mi habitación. —Señalé hacia atrás, hacia la casa de mis padres—. Anda que…

Bufé.

—¿Para mí? —Asentí— ¿El qué?

—Un detallito que te traje de la isla del festival, en la que coincidimos. Para Pablo y Alberto también tengo otros, así que habla con ellos para quedar un día los cuatro.

—No tendrías que habernos comprado nada, pero gracias.

Nos sonreímos.

—Fíjate, ¿eh? Y en ese momento no sabía que éramos cuñados y seguías agobiándome con lo de la mujer de tu vida.

Soltamos una carcajada.

—El regalo para mi hermano también se me olvidó aquí —negué—. En fin, cuando venga él.

—Sí.

Me hizo un guiño.

—Hablaré con Alberto y Pablo y con lo que quede con ellos te digo, aunque si quieres venirte esta noche con nosotros… Tengo que hablar con ellos, los llamaré cuando llegue a casa, pero sé que quedaremos esta noche. Cena y unas copas, en plan tranquilos.

—Suena genial. Me vendrá bien despejarme con vosotros —acepté.

—Estupendo —sonrió—. Cuando sepa la hora te envío un mensaje, vendré a por ti.

Nos abrazamos de nuevo y nos dimos dos besos, como última despedida, por el momento.

Tiré del equipaje hacia la verja de la casa de mis padres, mientras que Damián se montaba en su coche.

Desde el otro lado levanté la mano hacia él y entonces, después de imitarme, se fue.

Yo me dirigí hacia la casa, por el camino que llevaba directo hasta ella, y sonreí al ver a Marisa esperándome en la puerta.

—Hola, cariño —me saludó, con los brazos abiertos.

Solté la maleta y la abracé con ganas.

—Hola —susurré.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —me preguntó ilusionada.

Nos separamos y me frotó los brazos, sin dejar de sonreír.

—Lleno de descubrimientos.

—Eso es genial.

—Si yo te contara…

Suspiré.

Entramos en la casa y me dirigí hacia las escaleras, para subir a mi habitación.

—¿Te apetece un café o un té en el porche?

—Claro. Un café y dame unos minutos.

—Tranquila. Los preparo y te espero fuera.

Tuve que sonreír por lo entusiasmada que estaba por mi regreso, por eso mismo me olvidé de lo de encerrarme en mi habitación. Ya tendría tiempo después.

Le lancé un beso con la mano y fui a mi habitación. En ella dejé la maleta abierta encima de la cama y me descalcé, mientras sacaba el móvil del bolso.

Sonreí al ver los mensajes de respuesta de mi familia. En el de mi madre me decía que en una hora ella y mi padre estarían en casa.

Dejé el teléfono en la habitación y bajé al encuentro de Marisa, la que ya me esperaba en el porche, sentada cómoda en un banco con asiento acolchado que había en un lateral de la mesa.

Me puse a su lado y le sonreí cuando me acercó la taza de café con leche.

—Cuéntame cómo es Milán —me pidió emocionada.

Capítulo 51

—Hola, cariño —me saludó mi madre.

—Hola —sonreí mientras me daba un beso.

—Vas a retomar el deporte.

Lo afirmó porque yo llevaba puesto un pantalón corto, un top deportivo en el pecho y una camiseta de tirantes anchos que dejaba ver el top. Aparte de la funda para el brazo en la que ya tenía el móvil metido.

La funda reposaba sobre la isla de la cocina, donde yo estaba tomándome un café con leche.

—Ya está cogiendo fuerzas —dijo Marisa, de espaldas a mí.

Estaba preparando el desayuno para ella y mi madre.

—Sí, cariño, que en pocos días has perdido peso —se dirigió a mí mi madre, con gesto preocupado.

—Tampoco es para tanto.

Puse los ojos en blanco.

—Uy, que no dice. Mínimo una talla has perdido.

—Y tanto que sí —confirmó Marisa.

—Qué va —reí—. Qué exageradas sois.

Negué con la cabeza, sonriendo.

Era verdad que desde que llegué de Milán tenía el estómago cerrado. No me apetecía comer, me esforzaba en hacerlo, obviamente, pero, aun así, comía muy poco.

—¿A qué hora os vais? —le pregunté a mi madre.

—No tenemos prisa, a la hora que sea cuando terminemos de desayunar. Tu padre bajará ahora, está terminando de ducharse.

Asentí.

Mis padres se iban unos días de vacaciones a un destino de playa, ellos dos solos. Era un viaje de pareja, como les gustaba hacer. Según ellos para fortalecer más la relación, en lo que mis hermanos y yo estábamos de acuerdo, pero también sabíamos que esos viajes eran una gran excusa para disfrutar a tope, sin ropas durante las veinticuatro horas al día y a lo loco.

—Cuando vuelva no estaréis, así que pasáoslo muy bien. olvidaros de los teléfonos y de que tenéis hijos.

Le hice un guiño.

—Pides un imposible para tu madre —dijo mi padre.

Apareció recién duchado e impresionante, como siempre.

Sonreí.

—Bueno, yo os dejo.

Me bebí de golpe lo que me quedaba de café, llevé la taza al fregadero para lavarla, pero Marisa me apartó rápido para hacerlo ella, y me despedí de los tres con abrazos.

Reímos cuando les leí la cartilla a mis padres, para que no volvieran con el proyecto de un futuro hermano.

Al final no me había ido de viaje sola porque mis padres me dijeron los planes que tenían. La casa sería completamente para mí, a partir de mañana y durante todo el tiempo que tardaran en regresar. Eso sería dentro de cinco días.

Porque mis padres no eran los únicos que se iban, Marisa también, pero al día siguiente.

Hoy Marisa y yo nos haríamos compañía, y mañana comenzaría su semana de vacaciones. Esos serían sus días libre, ni uno más porque ella no quería tener tanto tiempo libre. Para Marisa vivir con nosotros no era un trabajo.

Mis padres hacía muchos años que desistieron de insistirle para que tuviera un mes libre, o como mínimo quince días.

Abel también estaba disfrutando de unos días de descanso.

Salí de la casa y recorrí el camino hasta la verja, a pasos ligeros. Me puse en los oídos los cascos y activé la música en el móvil que tenía en el brazo, dentro de la funda.

En cuanto pisé la acera comencé a trotar. Entre unas cosas y otras hacía tiempo que rompí con esta rutina, por lo que me lo tomé con calma. Hice la misma ruta de siempre y llegué al parque en el que podía perderme horas y horas.

Al cabo de una hora fui de regreso a casa. En total faltó poco para las dos horas fuera de casa, así que llegué muy satisfecha, pero también cansada.

—Hola —dije en alto, al entrar en casa.

—Hola, cariño —me correspondió Marisa.

Salió de la cocina, sonriendo, y le devolví el gesto.

—¿No se suponía que ibas a empezar despacio? Estás empapada.

—A lo mejor me he emocionado un poco —reí.

—Tienes visita.

—¿Cómo que tengo visita? ¿Ha venido Damián? —pregunté extrañada.

Desde la noche que quedé con él, con Alberto y con Pablo para cenar y tomarnos unas copas, el mismo día que Damián y yo regresamos de Milán, no lo había visto. Noche en la que por fin les di los regalos que les compré en la isla del festival.

Me sorprendí y preocupé porque mi última conversación por mensaje con Damián fue un par de días atrás, y en ella me confirmó que hoy volaba de nuevo hacia Milán, solo, para darle la sorpresa a mi hermano.

¿Le había pasado algo con mi hermano? La respuesta a esa pregunta era mi preocupación.

—No es Damián —la respuesta de Marisa me dejó descolocada.

—¿Entonces quién…?

No me dio tiempo a terminar la pregunta cuando tuve delante de mí la respuesta.

Agrandé los ojos al ver cómo Romeo se paraba al lado de Marisa. Me quedé en *shock*, sin entender qué estaba pasando.

—¿Qué narices haces aquí?

—Menudo recibimiento —dijo él.

Marisa me miró con comprensión, pero no entendí nada porque ella, al igual que mis padres, estaba informada de todo lo que me había pasado con Romeo.

Marisa nunca lo había visto, pero su nombre y alguna mención a mí habían bastado para que ella supiera quién era.

—Carina, cariño —me dijo para que no me alterara.

—Tranquila, Marisa. Estoy acostumbrado —soltó él.

—¿Tú eres imbécil o qué te pasa?

—¿Ves? A eso me refería —volvió a hablarle a Marisa, como si la conociera de toda la vida.

—¿Qué estás haciendo aquí, en mi casa?

Lo señalé.

—Venir a verte, ¿no es obvio? Pero ya veo que no te gusta recibir visitas.

—¿Y quién te lo ha pedido? No eres bienvenido y, por supuesto, yo no quiero verte.

—Pues Marisa me ha abierto las puertas sin problema y está siendo muy amable conmigo.

La miré a ella, sin comprender todavía porque lo había hecho.

—Tus padres me han llamado hace unas horas, para avisarme de que Romeo venía para aquí.

—¿Qué?

No fue mi intención, pero grité por la sorpresa.

—¿Mis padres?

Marisa asintió.

—¿Por qué? —Quise saber, alucinada y casi sin respiración.

—Podemos hablarlo más tarde —me dijo Marisa con suavidad.

Fruncí el ceño y aunque me fastidió la respeté.

—Fuera de mi casa —le ordené a Romeo.

Porque sí, fue una orden en toda regla, mientras le señalaba la puerta. Romeo se cruzó de brazos, dejándome claro lo que iba a hacer: nada.

—No voy a irme por varios motivos, entre ellos porque esta no es tu casa, sino la de tus padres, y ellos me han invitado a entrar, aunque no estén. Y aún más, me han dicho que puedo quedarme el tiempo que sea necesario.

—Estás de broma —dije con voz aguda.

—No, cariño —dijo Marisa—. Romeo va a quedarse unos días.

—No puede ser…

Me pellizqué porque me convencí de que esto era un sueño. Uno jodido, pero sueño, al fin y al cabo.

Solo conseguí hacerme daño, Romeo continuó delante de mí.

—Si no te vas tú, me voy yo —solté.

No comprendía la decisión de mis padres, necesitaba hablar con ellos de inmediato porque si era cierto todo lo que habían dicho, iba a preparar la maleta más rápida de mi vida.

—No lo creo —dijo el muy descarado.

Entrecerré los ojos.

—Tú eres tonto.

—Pero estás enamorada de mí.

Solté una carcajada y levanté el dedo corazón hacia él. Sonrió de medio lado y que lo hiciera me alteró más.

Pero no de la forma que debía hacerlo, porque mis pulsaciones se aceleraron por el efecto que tenía en mí.

Aparté la mirada de él, para sacar el móvil de la funda. Lo desbloqué y localicé el número de mi padre.

—Si vas a llamar a tus padres no te molestes, con ninguno de los dos —me dijo Romeo—. A mí me han dicho que iban a estar incomunicados unos días.

Agrandé los ojos.

—A mí también, justo antes de que se fueran. Tú ya te habías ido —me informó Marisa.

—No me lo puedo creer —susurré, mientras escuchaba el mensaje del contestador automático de la línea de mi padre.

No me conformé con eso, probé con mi madre, sin importarme lo que habían dicho. El resultado fue el mismo.

Me quedé mirando la pantalla, con la mente completamente en blanco. Al cabo de un rato pensé en llamar a mi hermana, por si sabía que estaba pasando, pero lo descarté para no preocuparla. Al menos por el momento, porque Julia era muy capaz de presentarse aquí en tiempo récord.

—Cariño.

Al escuchar a Marisa levanté la cabeza despacio y me encontré con su sonrisa de cariño.

—Confía en lo que está pasando —me susurró—. ¿Por qué no vas a ducharte? Lo necesitas después del ejercicio, te sentará bien.

O lo que era lo mismo que con la ducha lo vería todo de manera diferente.

Como si eso fuese posible…

Igualmente asentí porque estaba muy sudada y me sentía incómoda con la ropa de deporte pegada al cuerpo.

Sin fuerzas por el momento, me giré hacia la escalera y caminé hasta ella. Subí a mi habitación, cerré la puerta, lamentándome que nunca hubiese tenido pestillo, y fui hacia el baño.

Me dejé llevar por la inercia de lo conocido y habitual. Me desnudé frente al espejo sin ser consciente de ello, de la misma manera que me metí en la bañera.

Abrí el grifo y me senté dentro. Flexioné las piernas y las acerqué al pecho, para abrazarlas con los brazos. El agua corría a mi alrededor, pero no me importó. Bajé la cabeza hacia a las rodillas y apoyé la frente en ellas, mientras las primeras lágrimas se escapaban de mis ojos.

Ver a Romeo era demasiado. Ver a Romeo en la casa de mis padres era mucho más que demasiado. Que Romeo hubiese viajado a España, que estuviera en mi ciudad, y que el motivo fuese yo, lo sobrepasaba todo.

Cerré los ojos con fuerza, intentando comprender porque mis padres habían aceptado lo que estaba pasando. Era una locura, no me cuadraba, algo había pasado.

El problema era que, aunque tenía muchísimas ganas de saber qué era, no me atrevía a estar cerca de Romeo, de la forma que fuese, porque me hacía daño y me sentía débil.

Y no quería ser débil, no lo era, pero con él me superaba todo.

No podía creerme que cuando saliera de mi habitación y bajara a la planta principal, él estaría ahí. Y para colmo Marisa le sonreiría.

Capítulo 52

Sentada en la cama, con la mirada puesta en la puerta cerrada, llevaba un buen rato pensando en levantarme para salir de la habitación, pero no llegaba a hacerlo.

Solté un suspiro, antes de presionarme la frente. Me había entrado dolor de cabeza y las puñeteras pastillas también estaban abajo, en un armario de la cocina, el de las medicinas.

Bufé y al final me levanté. No tenía sentido que retrasara lo inevitable, Romeo no iba a desaparecer por arte de magia. Ojalá, pero no.

Bajé la mirada al vestido fresquito que me había puesto. Era de tirantes anchos y la tela caía por mi cuerpo, sin entallar. El largo me llegaba unos dedos por encima de las rodillas.

Descalza, como siempre me gustaba estar en casa en verano, caminé hacia la puerta y salí de la habitación. No escuché voces que me indicaran dónde podían estar Romeo y Marisa, porque no tenía duda de que ella no lo había dejado solo.

Bajé las escaleras sin que el silencio se rompiera en ningún momento y cuando llegué al salón, miré hacia todos lados. No había nadie y dejé la vista fija en la corredera que daba al porche y al jardín. Tampoco estaban fuera de la casa, a no ser que estuvieran en otra zona del jardín.

Estaba a punto de gritar el nombre de Marisa, cuando me llegó un sonido de la cocina. Sonreí un poco porque era donde más horas pasaba y al mismo tiempo negué, por haberlo pasado por alto.

Pero para mi sorpresa no era Marisa la que estaba en la cocina, sino Romea. Me paré en el hueco de la puerta, sorprendida.

Romeo se movía como si estuviese en su casa. Tenía en la isla de la cocina verduras y una olla en el fuego, hacia la que fue para remover lo que había en el interior. Después regresó a las verduras y continuó troceándolas.

Hasta que notó mi presencia y levantó la cabeza hacia mí, girándola.

—Hola. ¿Has descansado?

Hacía casi dos horas que subí a mi habitación. Sí, había estado escondida ahí y no me avergonzaba, en absoluto.

—¿Qué haces? —le pregunté con el ceño fruncido.

—La comida —me contestó con una ceja arqueada.

—¿Y por qué narices estás haciendo la comida?

—Porque hay que comer, digo yo —sonrió de medio lado.

Bufé y su sonrisa se amplió.

Qué ganas tenía de hacerla desaparecer… pero no a besos, joder, quítate eso de la cabeza.

—¿Dónde está Marisa?

—Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido?

Fruncí el ceño.

—Que se ha ido, ha adelantado el día. En vez de irse mañana y comenzar sus vacaciones, ha decidido iniciarlas hoy.

—No me lo creo. —Agrandé los ojos.

—Ha salido por la puerta de casa con una maleta, hará una hora. Me ha dicho que te llamará más tarde.

—¿Por qué no ha subido a verme?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella —contestó, encogiendo los hombros.

—No pude ser… ¿Qué está pasando? —susurré.

—Que es verano y todo el mundo tiene vacaciones. Tiempo libre.

—Ahora sí que puedo echarte de esta casa —sonreí—. Puede que sea de mis padres, pero a falta de ellos y de Marisa, a la que no pueden pedirle nada más, yo puedo hacer lo que me dé la gana.

—Si tú lo dices…

Pasó de mí.

Soltó el cuchillo con el que cortaba las verduras y caminó hacia la nevera, de la que sacó dos botellines de cerveza. Los abrió de dos golpes secos en el filo de la encimera y me ofreció uno.

Como no me acerqué a cogerlo lo dejó frente a él, mientras se llevaba el suyo a los labios.

—¿Me has oído?

—Estupendamente.

—¿Y qué haces aquí todavía?

Me crucé de brazos.

—¿Sabes dónde está mi hermano?

—Como si me importara.

—Yo creo que sí te importa.

Se limpió las manos en el delantal que se había puesto, con el que estaba para comérselo, y sacó su móvil del bolsillo del pantalón.

Lo dejé en la encimera y me hizo un gesto para que me acercara.

La curiosidad me pudo y fui hasta él, pero asegurándome de mantener la distancia con Romeo.

¿Por qué hasta un delantal lo hacía atractivo?

Cuando bajé la mirada a la pantalla de su teléfono agrandé los ojos y lo cogí.

Estaba viendo una foto, pero no una cualquiera. En ella salían mi hermana y Marco, y no podía decir que era antigua porque estaba tomada en el jardín de la casa de verano de los padres de Mirián, la amiga de Julia.

—¿Qué…?

—Nos hemos separado al poco de aterrizar.

No pude apartar la vista de la imagen. Mi hermana sonreía de oreja a oreja, mientras se agarraba a Marco. Lo sujetaba a ella con los brazos alrededor del cuello de él y las piernas rodeándole la cintura. Ambos miraban a la cámara.

Marco tenía la misma sonrisa que Julia, con un brazo en alto sujetando el teléfono.

—No me ha dicho nada —susurré, asimilándolo.

—Le pedí a mi hermano que le quitara la intención. Necesitaba ganar tiempo.

Levanté la mirada hacia él.

—Ya ves que no han tardado en arreglar sus problemas —sonrió de medio lado—. Está claro que a mi me ha tocado la hermana más guerrera.

Su sonrisa se amplió.

—Pues sí y muy orgullosa de ello.

—Y yo. No he dicho que me desagrade. Bebe.

Miré el botellín.

—Caliente no vale nada.

Volví a mirar la foto, a la vez que agarraba el botellín. Casi me bebí la mitad de un trago, por lo superada que me sentía por momentos.

—Vas fuerte —dijo.

—Todo esto… lo de mi hermana, tú… no sé qué significa.

—Significa que mi padre se ha retirado y ahora soy yo el que tiene el poder absoluto de la empresa aérea. Significa que hasta ese momento no he querido propagar ninguna noticia sobre mí. Me tomo muy en serio mi trabajo y así es como quiero que me vean y por lo que me respeten. La empresa ya ha comenzado a mejorar gracias a los inversores que conseguí y dentro de poco todo volverá a la normalidad.

Bebió un trago de cerveza sin apartar la mirada de la mía. Cuando colocó el botellín en la encimera, continuó.

—Como ves no he necesitado comprometerme para conseguirlo, como te dije. Nunca te he mentido, Carina, lo único que te he ocultado es que mi madre organizó el viaje a la isla porque tu familia iba. Es verdad que es una fiel seguidora vuestra, por lo que os tenía muy controlados. Quería provocar un encuentro con los hijos, ya sabes.

Bufé.

—A Marco y a mí nos daba exactamente igual, la dejamos hacer porque, igualmente, nosotros íbamos a lo nuestro. Ni él ni yo nos dejamos influenciar. Nos acercamos a Julia y a ti por nuestra madre, pero a partir de que nos presentamos tanto mi hermano como yo actuamos por nosotros mismos. Nos importa poco los planes que tenga nuestra madre. Y por si te lo preguntas, nuestro padre nos apoya.

—Pero… ¿Cómo supo tu madre que íbamos a esa isla? Podríamos haber pasado las vacaciones en cualquier otra parte. Nadie de mi familia publicó el destino.

Por cómo me miró…

—Porque volamos con vuestra compañía —me respondí a mí misma.

Capítulo 53

—Correcto. Mi madre, en su empeño por averiguar dónde ibais este año de vacaciones, se cruzó con la información de que habíais reservado los vuelos con nuestra compañía. Después todo se dio rodado.

—¿Por qué tengo que creerte?

Fruncí el ceño.

—Puedes estar mintiéndome —insistí—. ¿Cómo sé que no eres un experto?

—Soy muy sincero, Carina. —Balanceó el botellín—. Soy tan sincero que he hecho esto, a pesar de que suponía que mi madre estaría enfadada conmigo durante una buena temporada. No lleva bien que pasemos por encimad de ella, ni mucho menos que la dejemos mal delante de nadie. Aunque en el fondo está encantada.

—¿Cómo? ¿Qué has hecho?

Romeo le dio un sorbo a su cerveza y cuando soltó el botellín, se acercó al fuego para apagarlo, antes de salir de la cocina en silencio.

Me dejó sin saber qué pensar, mirando hacia el hueco de la puerta por el que se había ido.

Pero no tuve que esperar mucho, Romeo regresó con un periódico en una mano, mientras que con la otra se desbrochaba el delantal.

Vino hacia mí y nos quedamos cara a cara. Colocó el periódico a mi espalda, en la encimera de la isla, y se quitó el delantal cuando tuvo las dos manos libres. Todo ello sin apartar los ojos de los míos.

Contuve la respiración cuando me agarró de la cintura y me impulsó hacia arriba, para dejarme sentada sobre la isla de la cocina. Esta era amplia, ancha y larga, por lo que nos quedamos separados de las verduras que había estado cortando.

A estas alturas ya no podía apartarme de él. Quería creerle, necesitaba creerle, pero, aunque todavía no podía, estaba llevándome por el buen camino para que lo creyera.

Además, si toda mi familia se había puesto a favor de él, era por algo.

Se acercó a mí mucho, porque abrí un poco las piernas para darle espacio, y se inclinó para coger el periódico. Nos quedamos tan cerca que nuestras respiraciones se entremezclaron.

Cuando se separó y me recuperé del estado en el que me dejaba, bajé la mirada al periódico abierto que colocó en la falta de mi vestido.

Lo cogí con las manos temblorosas y comencé a leer el artículo. Estaba en italiano y como necesitaba saber bien lo que habían escrito en lo que parecía una entrevista, con preguntas y respuestas, le pedí a Romeo que me lo tradujera.

—Tú hazme las preguntas traducidas y yo te contesto —me pidió.

Asentí porque eso podía hacerlo perfectamente.

Comencé a hablar, como si fuese yo quien estuviera entrevistándolo, y entonces supe que Romeo había desmentido a su madre frente a toda la prensa y la sociedad italiana. De ahí el enfado que tenía Greta.

Esa mujer tenía que dar gracias a que su hijo no la dejó peor, porque podría haber explicado que lo organizó todo para hacernos coincidir en la isla a la que fuimos de vacaciones, con el único propósito de unirse a nuestra familia, por partida doble y en busca de dinero.

Romeo también dejó claro con una de sus contestaciones que nunca había estado con Sofia Rossi. Lo remarcó e insistió en ello, como también en que no tuvo nunca la intención de acercarse a ella. En ningún momento ni con ningún fin.

Habló de su actual empresa, de la retirada de su padre y de los problemas por los que había pasado el negocio, sin entrar en detalles. Pero de la misma manera comentó que estaban saliendo del pequeño bache al que se habían enfrentado él y su equipo directivo, en el que se encontraba su hermano Marco. Había sido un gran trabajo en equipo, dirigido por Romeo, con el que habían conseguido sacar la empresa adelante.

Romeo fue muy modesto porque no dudé ni por un segundo que la mayor parte del peso y de la responsabilidad las había soportado él, pero los logros, los que también serían mayoritariamente suyos, estos, quería que se repartieran entre todos.

Las palabras que más me afectaron y me emocionaron, las que me llegaron al corazón y me nublaron la vista, porque las pronunció mirándome fijamente y con intensidad, fueron las que dijo bien alto sobre mí.

Varias lágrimas se escaparon de mis ojos cuando lo escuché decir que estaba enamorado de una española que era una *influencer* famosa, aparte de ser famosa por la familia tan importante que tenía. Pero que ni mucho menos la quería por su dinero ni por su posición social.

Por último, se despidió diciendo e insistiendo que nadie tenía el poder de hablar en su nombre ni en el de su hermano, por si llegaba a darse el caso de nuevo. Fuese quien fuese de quien viniera la información. Dejó claro que Marco y él eran los dueños de sus vidas y que nada más que ellos mandaban en ella.

Remarcó que la prensa sabía que le gustaba mantener su privacidad, por lo que esta entrevista era una excepción necesaria a la que se había visto forzado.

Terminó de hablar comentando que a partir de esta entrevista todo volvería a su sitio, por lo que desbarató su madre, y que, una vez que finalizara ya no quería saber nada más de ningún medio de comunicación que se dedicara a hablar de cotilleos, tal y como llevaba haciendo toda su vida.

—¿Ahora me crees? —me preguntó, susurrando.

Me quitó el periódico de las manos, lo dejé a un lado de la encimera, y me acarició las mejillas. Al hacerlo me retiró las lágrimas.

—Sí —susurré igual.

—Si tus padres han confiado en mí y me han dado plena libertad es porque he hablado antes con ellos. Fue ayer por la mañana, estuvimos un buen rato al teléfono y después nos vimos por videollamada. Me sinceré con ellos y les dije lo que había hecho, lo de la entrevista, dando el primer paso para recuperarte.

—Que calladitos han estado —suspiré.

—Ese era el plan. Tenía pensado coger un vuelo hasta aquí, pero en cuanto me dijeron que se iban hoy no me lo pensé y compré el billete de avión antes de que nos despidiéramos en la videollamada.

—¿Y Marco?

—No me hizo falta preguntarle si me acompañaba, llevaba unos días fatal. Por momentos estaba muy decaído y en otros cabreado, por lo que le hizo a tu hermana. Sabía que estaba deseando solucionarlo con ella, así que también compré su billete.

Lo abracé llorando, con la necesidad de sacar todo el malestar que había sentido hasta ahora. Romeo me apretó entre sus brazos y me pegó a él. Escondí la cara en su cuello, para que su olor me calmara.

—He hablado con toda tu familia. Gracias a tus padres pude llamar a Julia y descolgó, lo mismo que sucedió con tu hermano Dylan. Con él me vi ayer por la tarde en Milán.

Lloré con más intensidad.

—Así que después de conseguir el apoyo y la simpatía de toda tu familia, en la que está incluida Marisa, solo me quedaba llegar hasta a ti.

Me dio un beso en la cabeza.

—No llores.

—Es que me has dicho que me quieres y yo no te he dicho nada —hipé.

Noté cómo su pecho se movía, como si estuviera riéndose en silencio.

—Puedes decírmelo ahora.

Me separé y lo observé durante unos segundos. Para mí era tan perfecto…

—Te quiero —le confesé.

—Te quiero —me devolvió.

Me agarró de la nuca y me besó. Me recorrió un escalofrío en el instante que nuestros labios se tocaron de nuevo y una vez que sucedió, no pudimos separarlos durante mucho tiempo.

Epílogo



Nueve años más tarde…

Romeo

Cómodo, en la tumbona de la piscina, veía cómo Carina jugaba en el agua con nuestros hijos.

Hacía un buen rato que se habían metido, ya debían tener partes del cuerpo arrugadas, pero a los tres les daba igual.

Bueno, a mi mujer no tanto, porque había intentado salir de la piscina varias veces, sin éxito. Abel y Martina, de seis y cuatro años, respectivamente, no dejaban que se alejara de ellos.

Sonreí mientras me llevaba el botellín de cerveza a los labios.

Estábamos pasando unos días de vacaciones en la casa de mis suegros, Ernesto y Carlota. Aquí estaríamos un par de semanas, para disfrutar de la familia. O quizás más, no teníamos ninguna prisa por irnos.

La vida de Carina y la mía comenzó a cambiar el día que llegué a esta misma casa, para encerrarme en ella si era necesario. Aceptar que nos queríamos, que estábamos enamorados del otro, supuso un cambio radical.

Ella se vino a vivir a Italia conmigo. No fue de manera permanente, solo algunos meses durante los primeros de la relación. Carina estaba un tiempo en Italia y después regresaba a su país.

El problema fue que conforme fue pasando el tiempo cada vez nos costaba más separarnos por largas temporadas. Yo estaba limitado por la empresa, así que no tenía la facilidad de ella para viajar y permanecer un tiempo en otro lugar.

Ese fue el motivo por el que Carina terminó trasladándose a Italia, momento en el que compramos una casa que convertimos en la vivienda familiar.

Veníamos a España siempre que podíamos y nuestra opción para quedarnos era la casa de mis suegros. Carina mantenía la suya de propiedad, la misma en la que nunca vivió. Una inmobiliaria se encargaba de alquilarla por temporadas, ya que por el momento Carina no quería desprenderse de ella.

Me casé con mi mujer cuando llevábamos cerca de dos años juntos, en una boda que conseguimos que fuese íntima y preciosa. A ella solo asistieron nuestra familia más cercana y nuestros mejores amigos.

Carina sigue siendo una persona muy influyente en las redes sociales, en ese sentido su vida no ha cambiado nada. En el que sí lo ha hecho es que también es empresaria. Años atrás montó con su hermana una tienda de ropa en Milán y les fue tan bien que, hoy día, tienen varias repartidas por distintas ciudades de Italia. También hacen muchas ventas online.

Yo continúo al frente de la empresa aérea, como dueño y como el que la dirige, aparte de que sigo siendo el CEO que lleva el control de la isla en la que me perdí varios días con Carina, por el festival que se celebraba en aquel momento.

Desde hacía años mi hermano tenía acciones de la empresa. Al final lo llevé por donde quise, por mi salud mental. Cuando nuestro padre se retiró y quiso dejar el negocio a manos de los dos, Marco se negó a ostentar dicho cargo. Con el tiempo conseguí que aceptara un tanto por ciento de las acciones, porque también le pertenecía una parte de la empresa familiar.

Yo sigo siendo el dueño, por mayoría, pero al menos mi hermano desde hace tiempo ya no está desprotegido.

Mi relación con mis suegros es genial, pero no puedo decir lo mismo de la de Carina con mi madre. Con los años, mi mujer ha limado asperezas con ella, por lo que hizo en el pasado y estuvo a punto de separarnos definitivamente. Pero, a pesar de que Carina tolera su presencia, no se siente cómoda cerca de mi madre.

Nos reunimos como una familia, claro que sí, pero Carina lo hace primero por mí y después por nuestros hijos, para que yo no me aparte de mis padres y para que los niños no crezcan sin conocer a sus abuelos. Me quedó claro años atrás que sería imposible hacerlas encajar.

Tampoco lo quería, entendía la postura de mi mujer, más que nada porque conocía muy bien a mi madre y era una manipuladora nata. Con quien podía, claro, porque a mí no se le ocurriría nunca más jugármela. La perdoné porque es mi madre, pero no he olvidado lo que me hizo. Lo que nos hizo.

Mi padre, por otro lado, siempre se ha mantenido al margen de lo que provocó su mujer. Él está muy involucrado con nuestra familia. Con Carina se llevaba muy bien.

Marisa apareció sonriente. Salió al jardín cargando con una bandeja. Esta mujer no paraba quieta. Continúa trabajando para mis suegros y viviendo con ellos de interna. Nada había cambiado porque Marisa es una más de la familia.

Abel sigue siendo el hombre para todo en la familia: chófer, seguridad y amigo. En definitiva, familia también. Lo mismo que sucedía con mi amigo Luigi. El primero, Abel, no tiene pareja. El segundo, Luigi, está casado desde hace cuatro años, pero lleva con Bianca ocho años. Tienen dos hijos, Mattia y Alice, de cinco y tres años, respectivamente.

Nuestros hermanos, Julia y Marco, retomaron su historia el día que Marco fue a buscar a Julia a la casa en la que ella pasaba las vacaciones. Se quedaron allí unos días, pero después se despidieron de las amigas de Julia y pusieron rumbo a la casa de Ernesto y Carlota. Cuando llegaron Carina y yo todavía estábamos allí. Nos encontraron solos y con los días llegaron Marisa y los padres, mis suegros. Marco y Julia ya no volvieron a separarse, ellos también viven en Italia porque se vieron en la misma situación que nosotros. Laboralmente hablando. Se casaron cuando llevaban un año juntos. Julia, como su hermana, sigue muy activa en las redes, aparte de llevar para delante las tiendas de ropa. Tienen tres hijos, Andrea, Luca y Carlo, de siete, cinco y tres años, respectivamente. Los cuatro continuamos muy unidos.

Después está Dylan, el otro hermano de Carina, el que poco faltó para que me partiera la cara cuando me encontré con él en Milán. Fue la primera vez, cuando al día siguiente viajaba a España para recuperar a Carina. Después de unos primeros minutos tensos, al final terminamos hablando sentados en una terraza. Ahí pude explicarle todo y pareció que lo encajó bien, pero hasta que no habló al día siguiente por la noche con su hermana, para saber cómo había ido el encuentro conmigo, hasta ese momento Dylan no me aceptó en la familia. Hoy día lo recordamos y nos reímos, porque ambos para el otro somos muy importantes. Nos llevamos genial. Damián y él están casados y viven en España, que es donde Damián tiene la bodega de su propiedad. Viajan mucho a Italia. Sobre el trabajo de Dylan, continúa siendo actor y de éxito, pero está planteándose dejarlo. Está cansado de viajar y de pasar temporadas lejos de Damián, por los rodajes, y Damián cada vez lleva peor su ausencia. Se aman con locura, pero el amor hay que cuidarlo y mimarlo, protegerlo. Es por eso por lo que Dylan está decidido a abandonar su profesión y sin ninguna pena. Con el dinero que lleva ganado puede vivir varias vidas, según sus palabras. Y me consta que es así, además, la bodega de Damián genera muchos beneficios. Y sobre cómo Dylan dio a conocer su relación con Damián, bueno, fue muy natural todo y un bombazo. Ambos asistieron a una fiesta de gala en la que se reunían muchas personas famosas y en el momento de fotocol, cuando eran el centro de atención de todas las cámaras, Dylan agarró de la mano a Damián y lo besó en la boca. Ese momento quedó retratado e inmortalizado de muchas maneras, así como la noticia dio la vuelta al mundo. A partir de ahí se terminó el esconderse y el negar lo evidente, que eran una pareja que se amaba.

Alberto y Pablo, los amigos de Damián, entraron con fuerza en nuestro grupo privado. Era muy normal que viajaran a Italia para estar con nosotros. Teníamos mucho contacto y no se perdían ninguno de los viajes que hacíamos en grupo. Había algo que ninguno nos saltábamos, y es que una vez al año organizábamos un viaje al que íbamos todos. Aquí no entraban los padres, ellos se quedaban encantados con los nietos, al igual que Marisa. Alberto está casado con Maite y tienen un hijo de seis años, César. Pablo tiene una relación con Sandra, pero por el momento no están pensando en dar el paso del *sí, quiero*. Aunque lo harán en un futuro. Tienen una hija de cuatro años, Aroa.

Y, por último, están Aitana y Matías. ¿Os acordáis de la pareja que conoció Carina durante el festival de la isla, los mismos que la ayudaron a que yo no la encontrara? Pues esa pareja es. Carina y ellos entablaron una buena amistad y que Carina se trasladara a Italia no supuso que perdieran el contacto. Nada que ver. Venían de viaje a vernos como mínimo varias veces al año, al igual que hacíamos nosotros cuando podíamos. Se casaron al poco tiempo de aquel verano del festival y continúan igual de bien, como entonces. Tienen dos hijos, Miguel y Pedro, de siete y cinco años, respectivamente. Nuestros hijos, los de ambas parejas, se llevan genial.

Y hasta aquí la aventura de nuestras vidas, al menos hasta este momento porque todavía nos queda mucho por recorrer.

Yo, mientras que esté con mi mujer, mis hijos y toda mi familia y amigos, ya soy feliz. No necesito nada más.

Atesoro la estabilidad de saber que cada día me despierto al lado de Carina y que, cuando me acuesto, ella sigue estando junto a mí. Porque eso significa que todo lo demás está bien.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadnabaker_
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu